

# JOE IDE

Lectulandia



IQ. Así se conoce a Isaiah Quintabe en los barrios humildes de la zona este de Long Beach. Hombre solitario, de una extraordinaria inteligencia, se ha convertido en una especie de detective sin licencia al que acuden las víctimas de la elevada criminalidad de estos barrios, desatendidos por la desbordada policía de Los Ángeles. Gente muy humilde, le pagan con lo poco que tienen.

Las circunstancias obligan a IQ a buscar fuentes de ingresos más sólidas, lo que le lleva a tener que aceptar el caso de un rapero al que han intentado asesinar. Con la colaboración de su peculiar colega Dodson, se adentrará en el oscuro corazón del negocio del rap, donde se mueven personajes extraños y peligrosos: pandilleros, prostitutas, abogados, asesinos a sueldo, capos de la droga de gatillo fácil, codiciosos productores musicales... Si logra resolver el caso, aplicando su método del razonamiento inductivo, IQ puede corregir un error que cometió años atrás. De lo contrario, no será solo el asesino quien irá tras sus pasos.

«IQ» es un *thriller* original y muy divertido; con personajes, escenas y diálogos delirantes que sirven de marco a Joe Ide para hacer una sátira del mundo actual y de sus diferencias sociales, de la que no se libran ni las letras de las canciones de rap ni los libros de autoayuda. Todo de la mano, siguiendo la senda de su admirado Conan Doyle, de IQ y Dodson, una especie de Sherlock Holmes y doctor Watson de los barrios deprimidos californianos.

# Lectulandia

Joe Ide

# IQ

ePub r1.0

NoTanMalo 06.02.2019

Título original: *IQ*  
Joe Ide, 2016  
Traducción: Eduardo Hojman

Editor digital: NoTanMalo  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Para mamá, papá, Bea y Harry

Salvarte es lo único que me traerá paz por todo el mal que he  
cometido. Esa es mi verdad.

JILLIAN PEERY, *Tiger Lily*

## Prólogo

**B**OYD APARCÓ SU CAMIONETA enfrente de la escuela y esperó a que sonara la campana. Había casi treinta y tres grados afuera y dentro de la cabina el aire estaba tan quieto y asfixiante como el de una tumba cerrada. La gorra de pescar de Boyd estaba oscura de sudor; tenía la cara surcada de gotas que se le metían en los ojos y le hacían arder las partes quemadas por el sol. Para aliviarse un poco, agitó el cuello de su camiseta y la axila despidió una nube de vapor tan hediondo que le hizo reír.

Había pasado horas en la bañera, semisumergido en el agua gris y tibia, viéndose a sí mismo haciéndolo de una manera y luego de otra. *Por Dios, qué ESTUPIDEZ, piensa en algo diferente, Boyd, vamos, VAMOSSSS, por Dios, no seas tan ESTÚPIDO.*

Cuando se rompió un diente delantero, estuvo a punto de cancelarlo todo. Sucedió en la cocina, mientras intentaba fabricar cloroformo. Ese producto no se podía comprar a menos que uno fuera médico o un laboratorio, pero había encontrado una receta en internet: acetona y químicos para piscinas. Combinar ambas sustancias le resultó bastante fácil pero inhaló demasiado vapor, se desvaneció y se golpeó el diente contra el fregadero cuando se deslizó hacia el suelo.

Más tarde, después de que se le pasara el mareo, comió un poco de helado Chunky Monkey para aliviar las encías ensangrentadas y se preguntó qué haría si la chica no se asustaba, se reía de él o pensaba que era una broma. Pensó en ir al dentista pero la necesidad era una gigantesca lombriz solitaria que se retorció en sus entrañas, frustrada, hambrienta y ciega. Iba por la mitad de su segunda tarrina de Chunky cuando empezó a sentirse enfadado. ¿Y qué si le faltaba un diente? Ya tenía un aspecto raro. Su boca era una línea ondulada en una cara grande y redonda, los otros dientes eran irregulares y tenían manchas de café; los ojos, negros como botones, estaban demasiado separados. El resto de su cuerpo tenía la forma de un huevo.

Cuando tenía once años, una niña salvaje cuyo nombre era Yolanda lo llamó Puto Humpty Dumpty mientras ella y sus amigas del equipo de fútbol lo patearon con sus zapatillas deportivas hasta que las piernas le quedaron cubiertas de moratones verdes y morados. Yolanda le había advertido de que no dijera *Holaaa, Yolanda*, pero él lo hizo de todas maneras. Era una suerte de marca de fábrica, algo que hacía a pesar de que sabía que irritaba a la gente. *Holaaa, Ernesto. Holaaa, Laquisha. Holaaa, señor Bleakerman.*

Boyd seguía irritando a la gente. En las noches de torneos se quedaba en la línea contemplando los bolos como si estuviera tratando de recordar qué eran mientras todo el equipo gemía y gritaba *Boyd*, y Nick le decía que se diera prisa, gilipollas. Cuando por fin lanzaba la bola, la soltaba de la mano demasiado tarde, de modo que volaba en el aire y rebotaba contra la pista, para después caer en la canaleta o arrastrar el sexto bolo. Entonces gritaba *MIEERDA* y volvía a su sitio golpeando los pies, con los puños apretados a los lados, murmurando *Venga, Boyd, VENNNNGGA*, como si lo único que tuviera que hacer fuera soportarlo, mientras Nick le decía: ¿A qué apuntabas, jodido imbécil, al puto cielo? Eso siempre hacía reír a los otros.

Sonó la campana. Boyd golpeó el volante como si fuera un bongó y observó a los niños que salían del edificio, arrastrando mochilas, clavando los dedos en sus teléfonos, molestándose entre sí, chillando como monos. *¡Akeem! ¡Ven aquí, tío! ¡Oh, Dios mío, qué fuerte! Mándame un mensaje, ¿vale? ¡No lo olvidas!* La energía que desprendían primero le resultó excitante pero luego lo irritó y le puso triste. Ninguna de las niñas cumplía con los requisitos. Eran demasiado mayores o demasiado corpulentas o parecían demasiado adultas. *Venga, VENNGA, tiene que haber ALGUIEN.* Y entonces la vio. Bonita y delgada, con el pelo recogido en una larga trenza que le llegaba más abajo de la cintura, una risa como el sonido del viento en la galería abierta de su abuela, rodeada de chicos que se peleaban a golpes para conseguir su atención.

Alguien la llamó.

—¡Carmela! ¡Carmela! Nos vamos, ¿vale?

Se llamaba Carmela.

Boyd regresó a su apartamento de mierda y tomó un baño. Flotó en el agua como un cadáver e imaginó el pánico en los ojos de ella cuando despertara en la oscuridad y sintiera la cinta adhesiva estirada sobre la boca y oyera la respiración caliente de Boyd silbando a través del espacio que antes ocupaba el diente y viera esos negros ojos de botón, despiadados y relucientes.



*Holaaa, Carmela.*

## Capítulo uno

### Sin licencia y en la clandestinidad

*Julio de 2013*

**L**A CHOZA DE ISAIAH tenía el mismo aspecto que todas las otras casas de la manzana salvo por el hecho de que el césped estaba cortado, la pintura era nueva y la entrada era un poco inusual. La reja de seguridad estaba hecha con la misma malla de uso industrial que utilizaban en la comisaría de Long Beach para mantener encerrados a los adictos al *crack* y a los ladrones de bancos. La puerta delantera estaba cubierta con una gruesa pátina color nogal pero debajo había un núcleo de acero de calibre veinte dentro de un marco de acero laminado en frío con una cerradura de Alta Seguridad Medeco Maxum de Doble Cilindro a prueba de ganzúas, a prueba de golpes y a prueba de taladros. Se necesitaban varias herramientas eléctricas potentes para atravesar todo aquello, e incluso si lo lograbas no había forma de saber en qué te estabas metiendo. Según los rumores, estaba infestado de bombas. Había un Audi S4 de ocho años de antigüedad pero en perfecto estado aparcado en la entrada para coches. Era un coche pequeño y sencillo color gris oscuro con un gran motor V8 y suspensión deportiva. Los niños del barrio siempre le gritaban a Isaiah que lo tuneara un poco.

Isaiah estaba en la sala, leyendo *e-mails* en el MacBook y bebiendo el segundo expreso, cuando oyó que se disparaba la alarma del coche. Cogió el bastón extensible de la mesa de centro, se dirigió hacia la puerta delantera y la abrió. Deronda estaba apoyando su tremendo culazo de primer nivel en el capó, asfixiando un faro delantero y parte de la parrilla. No era exactamente una de esas Chicas Corpulentas pero se acercaba bastante con sus pantalones

cortos de hombre y su top tipo tubo rosado dos tallas más pequeño. Hacía como que estaba enfurruñada; suspiraba y volvía a suspirar al tiempo que miraba con el ceño fruncido esas cosas brillantes que tenía en las uñas color azul hielo. Isaiah desactivó la alarma al tiempo que con una mano se cubría los ojos del resplandor de la tarde.

—No, no me olvidé de tu número de teléfono —dijo— y no pensaba llamarte.

—¿Nunca? —dijo Deronda.

—Estás buscando a un papi y sabes que no soy yo.

—Tú no sabes qué estoy buscando, y aunque lo supieras no serías tú. —Salvo que sí era cierto que estaba buscando a alguien que pagara algunas de sus facturas e Isaiah sería perfecto para ello. Sí, vale, él la ponía nerviosa, ponía nerviosos a todos, cuando te observaba como si supiera que estabas fingiendo y quisiera saber por qué. Tenía un aspecto normal, no era feo, pero prácticamente no notarías su presencia en una disco o en una fiesta. Un metro ochenta, flaco como un riel, sin cadenas, sin pendientes en las orejas, un reloj del color de una sartén de aluminio, y si tenía algún tatuaje no estaba en ningún sitio en el que ella pudiera verlo. La última vez que se lo había cruzado estaba vestido con lo mismo que ahora: una camisa celeste de manga corta, vaqueros y zapatos Timberland. Sus ojos le gustaban. Tenían forma de almendra y pestañas largas, como los de una chica—. ¿No vas a invitarme a pasar? —dijo—. Vine caminando desde la casa de mi mamá.

—Deja de mentir —respondió él—. De donde sea que hayas venido, no lo has hecho caminando.

—¿Cómo lo sabes?

—Tu mamá vive al otro lado de Magnolia. ¿Estás diciéndome que has caminado más de once kilómetros con este calor, en sandalias y con esos juanetes que tienes en los pies? Te ha traído Teesha.

—Te crees muy listo. Podría haberme traído cualquiera.

—Tu mamá está trabajando, Nona está trabajando, Ira todavía tiene la escayola en la pierna y DeShawn perdió el carné por conducir borracho. Vi su coche en el depósito municipal, el Nissan blanco, con la parte delantera abollada. No queda nadie en tu mundo excepto Teesha.

—Que Ira tenga una escayola en la pierna no quiere decir que no pueda conducir.

Isaiah se apoyó contra el marco de la puerta.

—Me pareció oírte decir que habías venido caminando.

—Sí que caminé —replicó Deronda—, solo que, ya sabes, una parte del trayecto, y luego vino alguien y yo... —Deronda se deslizó del capó y clavó los pies en el suelo—. ¡Maldita sea, Isaiah! —dijo—. ¿Por qué siempre tienes que joder a la gente? He venido en plan sociable, ¿de acuerdo? ¿Qué demonios importa cómo haya llegado hasta aquí?

No tenía ninguna importancia pero él no podía evitar ver lo que veía. Cosas diferentes o cosas que no estaban bien o que no estaban en su sitio o que sí estaban en su sitio cuando no deberían estarlo o no sincronizadas con las palabras que las acompañaban.

—¿Y bien? —dijo Deronda—. ¿Vas a obligarme a quedarme aquí de pie hasta que me dé una insolación o me vas a invitar a pasar y prepararme un trago? Nunca se sabe, tal vez pase algo bueno.

Deronda se miró el tobillo y lo giró hacia un lado y hacia el otro como si tuviera algo pegado, preguntándose, probablemente, dónde estaban posados los ojos de Isaiah. En su muslo chocolate oscuro que resplandecía bajo el sol californiano o en sus tetas chocolate oscuro que hacían todo lo que podían para escapar de aquel top tipo tubo. Isaiah apartó la mirada; le incomodaba tener que decidir qué ocurriría a continuación. Ella no era su tipo; tampoco es que lo tuviera. La mayor parte de su vida amorosa consistía en sexo por curiosidad. Alguna chica intrigada por aquel hermano discreto que era tan listo que se decía de él que daba miedo. Hacía bastante tiempo que aquello no ocurría. Abrió la reja.

—Bueno, pasa, pues —dijo.

ISAIAH ESTABA SENTADO EN EL SILLÓN releyendo sus *e-mails*. Tenía la esperanza de haberse saltado algo. Necesitaba algún caso de los que se cobraban pero no había nada que se acercara a eso.

*Hola señor Quintabe*

*Soy amigo de Benito. Él dice que usted es de confianza. Un hombre de mi trabajo dice que me va a chantajear. Dice que si no le doy dinero, le dirá a Inmigración que no tengo papeles. Mi hijo no puede quedarse sin su escuela. ¿Puede hacer algo para ayudarme?*

*Estimado señor Quintabe*

*Anoche, cuando estaba durmiendo en mi cama, viene un hombre y me manosea las partes íntimas. Esto lo sé con seguridad porque por la mañana tengo el camisón todo arrugado y una sensación rara allí abajo. Por favor, no se lo diga a nadie porque ya se han burlado de mis sospechas antes. ¿Puede venir el domingo después de misa?*

Isaiah no tenía un sitio en internet, una página de Facebook ni una cuenta de Twitter pero la gente lo encontraba de todas maneras. Su prioridad eran los casos locales en los que la policía no podía o no quería implicarse. Tenía más trabajo del que podía aceptar, pero muchos de sus clientes pagaban sus servicios con un pastel de boniato o limpiándole el jardín o con una flamante llanta radial, y eso cuando le pagaban. Un cliente que pudiera abonarle su tarifa diaria le proporcionaría ingresos suficientes para mantenerse y para contribuir al pago de los gastos de Flaco.

—Maldita sea —dijo Deronda mientras miraba dentro de la nevera, donde había agua Fiji y zumo de arándanos—. ¿No tienes nada de beber?

—Solo lo que hay ahí —respondió Isaiah desde la sala.

Tampoco había nada que picar. Deronda podría haber improvisado algo si supiera alguna receta a base de yogur natural, algunas ciruelas, una bolsa de frutos secos sin nada de M&M, pan I Can't Believe It's Not Butter! con semillas de girasol pegadas en los lados y huevos de gallinas no enjauladas, lo que mierda fuera aquello. Sobre la encimera había una máquina complicada. Acero inoxidable, grande como un microondas, con perillas y botones y un grifo doble encima de una rejilla, como una expendedora de refrescos. Sobre la rejilla había una diminuta taza de café y una jarrita metálica.

—¿Esta es tu máquina de café? —preguntó ella.

—Expreso.

—Necesitas una taza más grande.

Isaiah siguió leyendo los *e-mails* y trató de no pensar en Deronda, madura y jugosa como una de aquellas ciruelas. Se esforzó por mantener cerrada la cremallera de sus Diésel. No era una decisión fácil. Si tuviera sexo con ella, una noche llegaría a su casa y se encontraría con el hijo de tres años de Deronda destrozándolo todo mientras ella miraba *Idol* en la tele y se comía los últimos pedacitos de Alejandro después de haberlo frito hasta que quedara bien dorado. Cuando le dijo a Deronda que se dejara la ropa puesta, ella quedó menos desilusionada que sorprendida.

—No sabes lo que te pierdes —dijo—. Te haría algunas cosas muy locas.

*Estimado señor Quintabe*

*Mi hija lleva dos semanas sin volver a casa. Creo que se fue con un hombre llamado Olen Waters que es demasiado viejo para ella. Hay que recuperarla antes de que sea tarde. ¿Podría ir a buscarla por favor? No puedo pagar mucho.*

*Estimado señor Quintabe*

*Hace dos meses mataron a mi hermoso hijo Jerome en su propia cama. La policía dice que no tiene pruebas suficientes para hacer un arresto a pesar de que todos saben que fue su esposa, Claudia, la que tiró del gatillo. Deseo contratarlo, señor Quintabe. Quiero que se haga justicia con esa perra.*

La sala estaba fresca y oscura; a través de los barrotes antirrobo entraban tenues franjas de luz de sol y sombra, y el lugar estaba tan limpio que ni siquiera había motas de polvo en el aire. Isaiah no levantó la mirada cuando Deronda salió descalza de la cocina y cruzó el reluciente suelo de cemento. Había quedado distinto de lo que él había previsto pero le gustaba. Siluetas sin forma, grises y verdes, como un mapa por satélite de la jungla tropical. Deronda se dejó caer sobre el sofá que estaba opuesto al suyo y puso los pies encima de la mesa de centro. Sobre el cristal estaban las llaves del coche, una gorra de Harvard y el bastón extensible.

Deronda divisó una caja negra debajo de la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó, como si sospechara que se trataba de una bomba.

—Un subwoofer y quita los pies de la mesa.

—¿Quién fue a Harvard?

—Nadie.

—¿Puedo ver la tele?

—¿Acaso ves alguna tele?

—¿No tienes una PlayStation?

—No, no tengo una PlayStation.

—Te hacen falta más muebles.

Además del sofá y el sillón, ambos de cuero y color borgoña, estaba la mesa de centro, de cromo y cristal, una otomana de mimbre laqueado, una mesa lateral de cerezo y una lámpara para leer de cuello largo que parecía una

antigüedad. Eso era todo, salvo que añadieras la biblioteca que iba desde el suelo hasta el techo y ocupaba toda una pared. Había una colección enorme de elepés y cedés alineados perfectamente, como un código de barras, y un complejo equipo estéreo; el saxo de Coltrane rebuznaba desde los altavoces, enfadado y ronco.

—¿Puedo poner otro disco? —dijo Deronda, haciendo un gesto de dolor como si estuviera escuchando el camión de la basura.

—No.

Isaiah mantuvo la cabeza gacha y leyó otro *e-mail*. Deronda había venido a pedirle algo. Él se había dado cuenta en el momento en que la dejó pasar, cuando ella lo miró como si un papito no fuera lo único que necesitaba. Al declinar el sexo le había desbaratado su oportunidad. Él podía oír cómo sus nalgas chirriaban en el sofá cuando se retorció tratando de encontrar el momento adecuado. Tal vez si se mantenía el tiempo suficiente sin prestarle atención, ella se daría por vencida.

—¿Puedo pedirte algo? —dijo ella.

—No.

—¿Sería posible que tú, ya sabes, me conectaras?

—¿Te conectara con quién?

—Blasé. Tú eres muy amigo de él, y todo eso. —Ella esperó un momento y luego dijo—: *IQ*.

HABÍA APARECIDO UN ARTÍCULO en la revista *The Scene* titulado:

IQ

ISAIAH QUINTABE NO TIENE LICENCIA Y OPERA  
EN LA CLANDESTINIDAD

El artículo relataba unos cuantos casos que habían tenido lugar en el vecindario pero el que había llegado a los periódicos sensacionalistas había sido el más sencillo de resolver. Estaba relacionado con Blasé, el cantante de *rhythm & blues*. Durante una fiesta alguien le había robado su cámara, que contenía un vídeo de él inclinado sobre una tabla de planchar mientras el teclista de sus conciertos en directo lo embestía por detrás. Si la cinta salía a la luz, sería más que un escándalo. Blasé se promocionaba como un símbolo del sexo heterosexual. En la cubierta de su último álbum, *Can I Witness to Your Thickness*<sup>[1]</sup>, se veía a Blasé en tanga y con alzacuello dirigiendo un coro compuesto por tres mujeres con pelucas de rubia loca y batas cortas de

corista, cuyos traseros abultaban como si tuvieran bebés allí metidos. Blasé recibió una nota que decía: *Pronto recibirás mis demandas. Obedécelas o tus transgresiones serán reveladas y tu carrera estará acabada.*

—El lenguaje —dijo Isaiah—. Tus transgresiones serán reveladas. Es bíblico. ¿Alguno de tus invitados era religioso?

—Por todos los cielos, no —respondió Blasé. Respiró profundo—. Pero mi madre sí lo es.

La madre de Blasé era una bautista fundamentalista de un pequeño pueblo de Georgia. Cuando Isaiah la encaró, ella le dijo que pensaba usar la cámara de Blasé para hacer un vídeo del rosal y se encontró con la sorpresa de su vida. Después de reposar y de beber té de raíz de valeriana, decidió extorsionar a su hijo para que abandonase esa vida de pecado y perversión.

—Yo soy lo que soy, madre —dijo Blasé—. Pero si yo no puedo aceptarme a mí mismo, no hay motivo para que tú lo hagas.

Blasé estaba agradecido a Isaiah por haberle impulsado a llegar a ese momento, pero Isaiah no sabía qué había hecho más allá de leer una nota. Blasé salió del armario en *The Shonda Simmons Show*. La revelación perjudicó las ventas de sus discos pero la gente que sí los compró también compró la cinta con el vídeo sexual disponible en internet por 39,95 dólares y la mitad de los beneficios se destinaron a la iglesia de su madre.

—NECESITO QUE BLASÉ me ayude con mi carrera —dijo Deronda—. Puede que sea gay pero es una celebridad y lo único que necesito es que alguien me dé un empujón. Me refiero a que una vez que esté circulando en ese nivel superior y los que mandan puedan comprobar mi estilo de cerca y personalmente, ¿sabes?, voy directa al éxito.

Isaiah sentía que Deronda lo miraba, esperando que dijera que es solo cuestión de tiempo o no te rindas o alguna tontería similar, pero él mantenía los ojos pegados al MacBook. Deronda se enfurruñó, esta vez sin fingir.

—Debería haberme marchado de aquí hace mucho tiempo; yo tengo fibra de estrella —dijo—. Soy una nueva promesa, ¿entiendes? ¡Yo he nacido para ser una celebridad! Todos los reflectores deberían estar apuntándome a mí.

—¿Todos los reflectores apuntándote a ti? ¿Para qué? —preguntó Isaiah.

—¿Qué quieres decir con eso? El trasero de la chica Kardashian podría caber *dentro* del mío y tú me vienes con «para qué». ¿Sabes que ella ganó treinta millones el año pasado?



Isaiah conocía a otras chicas que sentían lo mismo. Que, por alguna razón, creían que un trasero grande equivalía a poseer alguna propiedad inmobiliaria o a tener un título universitario, algo que se podía poner en una solicitud de empleo.

Alejandro salió del vestíbulo contoneándose, dando picotazos, haciendo soniditos pa-pa-pa y mirando a Deronda con ojos saltones. Alarmada, Deronda levantó los pies del suelo.

—¿Permites que esa cosa ande por aquí? —dijo.

—Déjalo en paz y él te dejará en paz a ti —respondió Isaiah.

La señora Márquez le había dado como pago a Alejandro junto con una receta de arroz con pollo. A Isaiah no le gustaba limpiar la mierda de gallina pero en ese suelo no se quedaba pegada ni una mancha y le hacía sentir mal dejar al ave todo el día en el garaje. La otra mañana se había olvidado de cerrar la puerta del dormitorio y Alejandro se había posado sobre la barra del armario y le había cagado toda la ropa.

—Venga, Isaiah, ayúdame —dijo Deronda—. Lo único que necesito es un empujón.

—Yo no doy empujones.

—Te equivocas, Isaiah.

—Me equivoco todos los días —respondió Isaiah. Cerró el portátil, cogió las llaves del coche y el bastón extensible, se puso la gorra de Harvard y se incorporó.

—¿Me llevas a algún lado? —dijo Deronda.

—Ajá. Te llevo a tu casa.

BOYD APARCÓ SU CAMIONETA en el mismo sitio del día anterior. Estaba realmente nervioso pero se sentía preparado. Tenía todo lo que necesitaba en el bolso de bolos verde lagarto que estaba en el asiento contiguo. Cinta adhesiva, guantes de goma y un cuchillo para deshuesar lo bastante afilado como para cortar lonchas transparentes de un tomate blando. Dentro del bolso también había una esponja azul grande y una botella de agua llena de cloroformo casero.

Boyd trabajaba en F&S Marine, una distribuidora de suministros marinos fabricados en China. El edificio, que era un bloque de cemento, se encontraba en una lóbrega zona industrial colindante con un depósito a cielo abierto donde se amontonaban tanques de propano y un almacén sin nombre con alambres de púas en la parte superior de la valla. Más allá corría el río Los

Ángeles, una amplia y verde línea divisoria de aguas que atravesaba el área este de Long Beach y desembocaba en el puerto.

Nick Bangkowski, el superior de Boyd en F&S, tenía el pelo de punta y usaba camisas hawaianas muy ceñidas que se estiraban por encima de su circunferencia cada vez mayor. Cinco años atrás, los San Diego Chargers habían fichado a Nick en la segunda ronda. Había exhibido un gran rendimiento durante su paso por el campo de adiestramiento y era un firme candidato para apoyador principal, pero una semana antes del primer partido de pretemporada se reventó un ligamento cruzado anterior cuando estaba descendiendo del autobús del equipo.

—Estuve a esto —decía Nick después de sus seis primeras cervezas—. Estuve justo a esto, joder. Tenía mi propio armario. Tenía un jersey con mi nombre escrito. Estaba en el jodido equipo. ¡Yo ya estaba en el jodido equipo!

Nick le encargaba a Boyd todas las tareas de mierda. Desatascar los retretes sucios, engrasar las cadenas de las carretillas elevadoras, recoger las latas de cerveza y los condones usados del aparcamiento y realizar un inventario de los miles de interruptores de enclavamiento, tornillos de tapa hexagonal, bulones de pistón y cojinetes de cigüeñal. Boyd se quejaba pero jamás se enfadaba, ni siquiera cuando Nick lo expulsó del equipo de bolos.

—Tengo que sacarte, Boyd —dijo Nick—. Ron ya ha vuelto de sus vacaciones y él tiene un promedio de ¿cuánto, ciento setenta y cinco? En una noche buena tú apenas llegas a cien.

—¿Y qué hay de Maxine? —dijo Boyd—. Ella juega peor que yo.

—Bueno, es cierto, en lo que respecta a la puntuación, pero tiene unas tetazas hasta aquí. Es beneficiosa para la moral.

—Pero yo también quiero jugar a los bolos.

Nick palmeó a Boyd en el hombro, algo que jamás había hecho antes.

—Ya lo sé, pero hay un torneo dentro de poco y tú no quieres que perdamos, ¿verdad? ¿Qué te parece, Boyd? ¿Te sacrificarás por el equipo? Todos te adorarán si lo haces. ¿Qué me dices?

La noche del torneo de la liga Nick se quedó en la oficina y tomó unas cuantas Budweiser antes de dirigirse hacia la pista de bolos. Estaba en el aparcamiento entrando en su Altima cuando Boyd se le acercó por atrás de puntillas como un gato en un dibujo animado y lo golpeó con un ancla para embarcaciones de tres kilos envuelta en una bolsa de arpillera.

—¿Qué te parece, Nick? ¿Te sacrificarás por el equipo? —dijo Boyd, mientras lo atizaba una y otra vez.

En F&S todos pensaron que debió de tratarse de una confusión de identidad o algún marido enfadado. Se sabía que Nick se liaba con amas de casa en la pista de bolos. Nadie sospechó de Boyd. Era raro y subnormal, pero jamás haría daño a nadie. Maxine fue a visitar a Nick al hospital. Dijo que parecía un paquete de hamburguesa cruda y que no recordaba quién era ella. Boyd firmó la tarjeta de buenos deseos.

SONÓ EL TIMBRE. Boyd casi se da un susto tremendo y estiró el cuello buscando a la chica. *¿Dónde estás, Carmela? ¿Dónde ESTÁS? Mejor que estés aquí, mejor que estés aquí. Venga, Carmela, TIENES QUE ESTAR AQUÍ.*

Carmela estaba con un grupo de amigos. Llevaba una falda corta de denim y una blusa blanca; tenía el pelo atado en una larga trenza. Boyd se sintió aliviado; había temido que hubiera cambiado. Ella se tomaba su tiempo; mandaba un mensaje de texto, reía cuando leía otro, reía cuando se lo enseñaba a sus amigas y reía cuando enviaba un nuevo mensaje.

—¡Date prisa date PRISA! —gritó Boyd—. ¿Qué HACES? Vete ya a tu casa. Por Dios, VETE A CASA. —Carmela, por fin, se separó del grupo, se despidió con un movimiento de la mano y caminó hacia la calle.

—Vale —dijo Boyd—. Aquí vamos.

ISAIAH VIVÍA EN HURSTON, un barrio pequeño en el límite occidental de East Long Beach, a dos minutos del río Los Ángeles y a dos y medio de la autopista 710. Cogió Anaheim y condujo a través del área sobre la que había rapeado Snoop en *The Chronic*, con unas rimas que eran lo más notable de esa zona. Manzanas y manzanas de centros comerciales, tiendas de bebidas alcohólicas, talleres de reparación de coches, salones de belleza, dentistas que ofrecían descuentos y terrenos baldíos llenos de maleza.

—En serio, Isaiah —dijo Deronda—. Tengo que cambiar mi estatus social. Tengo que cambiar mi entorno cultural. Tengo que cambiar de domicilio.

Deronda tenía dieciocho años cuando la coronaron *Miss Big Meaty Burger*, la Reina de la Hamburguesa Grande y Carnosa, en un restaurante de la cadena BMB de Culver City. Un periodista del canal 5 de televisión se encontraba allí y Deronda apareció siete segundos en el programa de la mañana. Su nombre y su foto se publicaron en el *Long Beach Press-Telegram*

y la gente venía de otras partes para ver la diadema de plástico y la faja roja y dorada de Big Meaty Burger.

La entrevistaron en KHOP. El presentador del programa de radio le preguntó si hacía algo especial para mantener ese pompis en buen estado y si era naturalmente gruesa o si tenía que hacer un esfuerzo al respecto y cuándo había sido la última vez que le habían puesto nata en la tarta. Lo más destacado de toda aquella experiencia había sido una producción fotográfica en serio, y que su foto apareciera en los anuncios de BMB. En ellos se veía una hamburguesa gigantesca de tres pisos chorreando jugo de hamburguesa. Deronda miraba por encima del hombro, con una sonrisa amplia e incitante, las nalgas relucientes como caoba lustrada y divididas en el medio por un bikini rosa fosforescente. La frase decía:

### LA GRAN HAMBURGUESA CARNOSA

La más jugosa de Los Ángeles

Sabes que la quieres

En ese momento Deronda pensó que lo había logrado, que aquella sería su plataforma de lanzamiento. Sin duda alguien se fijaría en ella y vería su encanto y su potencial, pero no llamó nadie, no hubo más entrevistas ni artículos periodísticos y pocos meses después BMB cambió a la chica de sus anuncios. Deronda mantuvo las esperanzas. Algo tenía que pasar, ¿cómo que no? La fama era su sueño, su destino y, de alguna manera, la razón por la que estaba bien seguir haciendo lo que estaba haciendo; era, incluso, sensato. Ir a la peluquería, arreglarse las uñas, salir de fiesta con Nona y los demás, y ver *Jersey Shore* y *Housewives of Atlanta* y *Bad Girls* y *Keeping it Up with the Kardashians* y *Housewives of Orange County* y *The Bachelorette*. Llegaba a fin de mes desnudándose en el Kandy Kane sin dejarse nada puesto excepto la faja y la diadema. El padre de Deronda, supervisor en la empresa municipal de transportes desde hacía veinte años, le insistía en que buscara un nuevo rumbo y dejara de desperdiciar la vida pero eso solo contribuía a que Deronda se mostrara más testaruda y decidida a esperar el momento en que un rayo ardiente cayera del cielo y la hiciera estallar y triunfar.

—¿TÚ NO QUIERES SALIR del barrio? —dijo Deronda.

—No lo sé —respondió Isaiah—. Tal vez.

—¿Tal vez? Mierda, qué locura. Quiero decir: si yo tuviera tu perfil, ya sería una marca registrada.

Isaiah dejó Anaheim y viró por Kimball.

—Este no es el camino a mi casa —dijo Deronda.

—Tengo que parar en lo de Beaumont —dijo Isaiah. Lo de Beaumont era una tienda que hacía esquina llamada De Seis a Diez y Media. Vendía de todo, desde cerveza fría y burritos para microondas a piñatas y pósteres de *Scarface*.

—¿Sabes lo que dicen de que nada se queda como está, sino que todo cambia? —dijo Deronda—. ¿Dónde es eso? Yo no veo ningún cambio.

—Las cosas pueden cambiar y aun así seguir siendo iguales.

Estaban llegando al Capri, un complejo de apartamentos de protección oficial del programa Sección 8. Según el reglamento del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano, solo se podía vivir allí si la suma de las cuentas bancarias, la cartera de valores y las propiedades inmobiliarias del candidato no superaban el cincuenta por ciento de los ingresos promedio de la zona, que eran alrededor de cuarenta mil, más o menos. Había una larga lista de espera.

Un grupo de Sureños Locos 13 del East Side se habían ubicado en una franja de césped cerca de la entrada, un sitio escogido cuidadosamente. Había una pared baja de bloques de hormigón donde podían cubrirse y plátanos donde esconder las pipas. Muchos de los chicos estaban en la cárcel del condado por posesión de armas. La mayoría de los Locos eran adolescentes, pero eran ya asesinos curtidos, y hoy iban todos de uniforme. Pantalones cortos holgados, camisetas blancas demasiado grandes o chándales de fútbol americano, y algo rojo. Una muñequera, una gorra, un pañuelo colgando de un bolsillo. El rojo era su color.

—Fíjate en eso —dijo Deronda, señalando con el mentón a un Loco bebiendo un líquido que parecía pis de una botella de Miller de 1 ¼ litros—. ¿Cómo va a ser otra cosa que un condenado criminal si tiene Locos de X Vida estampado en toda la frente?

Los Locos sabían quién era Isaiah pero hicieron gestos y dijeron gilipolleces por principio. Un vato con una redecilla en la cabeza calva movió la cabeza de arriba abajo de manera muy exagerada.

—Este ya no es tu barrio, tronco —dijo—. Largo de aquí, cabrón.

Isaiah lo miró sin temor ni faltándole el respeto. Había crecido con algunos de la vieja guardia pero a estos jóvenes no les importaba nada de nada. Si no eras un Loco, eras una víctima.

El teléfono de Isaiah vibró. Miró el número y vaciló. Algunas personas eran como las canciones viejas que oías en la radio, que evocaban otra época,

otro lugar y la persona que eras en aquel entonces. El sonido de la voz de Dodson y el ritmo de su manera de hablar revolvieron un guiso de recuerdos que se había carbonizado en el fondo de su corazón. La última vez que habían hablado había sido en el funeral de Mozi que pero tuvieron que pasar uno o dos días para que el sabor a quemado se le fuera de la boca.

—¿Quién es? —dijo Deronda—. Una chica, ¿no?

Isaiah pensó en desviar la llamada directamente al contestador automático, pero si Dodson quería algo seguiría llamando e incluso hasta podría presentarse en su casa. Puso la llamada en manos libres.

—Hola —dijo.

—¿Qué hay, Isaiah? —dijo Dodson—. Ha pasado mucho tiempo, joder. No te veo desde que enterramos a Mozi que. Qué día triste aquel, ¿verdad? Yo siempre había pensado que un negro tan cabrón como él moriría peleando. ¿Y qué pasa? El tío acierta la trifecta en Santa Anita, va hasta donde Raphael para comprar un poco de hierba y lo atropella un tren de Amtrak. Está claro que la suerte siempre vale más que el dinero. Si tienes suerte el dinero te caerá del cielo.

Deronda revoleó los ojos y dijo:

—Oh, no. ¿Es Dodson?

—Sí, soy Juanell Dodson y a juzgar por el matiz prostibulario de tu voz debes de ser Deronda.

—¿Cómo es que no estás preso?

—No tengo ningún motivo para estar preso. Mis actividades delictivas han quedado atrás. Ahora soy un hombre de negocios legal, aunque desde luego eso no es asunto tuyo. Tal vez si te preocuparas más por tu miserable situación, estarías haciendo algo más productivo que aplaudir con el culo en el Kandy Kane.

—¿Sigues vendiendo esos mismos bolsos falsos y viejos de Gucci que llevas en el baúl de tu coche?

—No, los regalo, igual que haces tú con tu coño falso y viejo.

Isaiah, que no estaba de ánimo para diez minutos de diálogo agresivo, dijo:

—¿Qué ocurre, Dodson?

—Lo que ocurre es un caso —respondió Dodson—. La oportunidad de ayudar a una persona necesitada y posiblemente salvar una vida.

—Ah, ¿sí? —dijo Isaiah. Se arrepintió apenas las palabras salieron de su boca. Sonaba condescendiente pero no podía evitarlo. Sintió que Dodson se

contenía, que quería llamarlo cabrón arrogante con un cerebro de fenómeno de circo.

—El cliente quiere hablar contigo —dijo Dodson—. Tiene dinero, a diferencia de la mayoría de los tuyos. Me enteré de que Vatrice Coleman te pagó con unos *muffins* de arándano que compró en una tienda.

—No tengo tiempo para otro caso —dijo Isaiah.

—Quedemos en algún lugar y hablemoslo.

—He dicho que no tengo tiempo.

—No te estoy pidiendo tu tiempo, te estoy pidiendo que me escuches cinco jodidos minutos.

—Tengo que irme.

—¿Irte? ¿Adónde?

—Lejos de ti —intervino Deronda—. Está sacándote de encima, imbécil.

—Hasta luego —dijo Isaiah. Justo antes de cortar la llamada oyó que Dodson decía: que te jodan, Isaiah.

HABÍA UNA CAMIONETA BLANCA aparcada en la zona roja enfrente de la escuela. El oficial Martínez detuvo su coche patrulla detrás, preguntándose si el tipo no veía el cartel que decía NO APARCAR EN ZONA ROJA. Esperaba que el tipo estuviera haciendo una llamada telefónica y no colocado o borracho o masturbándose. Le faltaban veinte minutos para terminar su turno y no quería quedarse una hora empapelando al tipo y esperando una grúa. Hoy cumplía treinta y un años. Los niños estaban en casa de su madre y Graciella lo esperaba en su casa con un chuletón poco hecho, puré de patatas con ajo y un camisón transparente no más grande que una bolsa para envolver bocadillos.

Martínez mantuvo la esperanza hasta que vio al conductor. Aquel tipo estaba nervioso, sudaba como un cerdo y miraba la escuela como si fuera un bidón de limonada y él se estuviera muriendo de sed. *Aquí no hay nada sospechoso*, pensó Martínez. *Por Dios, ¿ese tufo le sale del cuerpo?*

—Holaaa, agente —dijo el tipo.

—¿Qué está haciendo aquí, señor? —le preguntó Martínez. El tipo no movió su cabezota de Charlie Brown; en cambio, siguió mirando hacia adelante como si la respuesta estuviera entre las azaleas—. Señor, le pregunté qué estaba haciendo aquí —insistió Martínez.

—¡No estoy haciendo nada! —respondió—. Estoy aquí sentado. No estoy violando ninguna ley.

En la cara del tipo aparecían nuevas gotas de sudor, como una fotografía a intervalos de tiempo del rocío matinal.

—¿Sus hijos vienen a esta escuela? —dijo Martínez.

—Ohhh, no, yo no tengo hijos —dijo el tipo, como si hubiera esquivado esa bala por un pelo.

Martínez se inclinó y miró por las ventanillas, recorrió el interior de la camioneta con los ojos y los posó un momento en la bolsa de bolos antes de volver al tipo.

—Carné de conducir, seguro y registro, por favor —dijo. El tipo sacó los documentos y se los pasó.

—¿Alguna orden judicial pendiente? —preguntó Martínez.

—¿Qué estaba haciendo, agente? No estaba haciendo nada.

—¿Alguna orden judicial pendiente?

—No, ninguna.

—Ponga las llaves en el salpicadero y quédese dentro del vehículo.

—No estaba haciendo nada, por Dios. ¡Lo único que he hecho es estar aquí sentado!

Martínez se quedó con el carné de conducir de Boyd y se dirigió a su coche patrulla. Si este cabrón lo hacía llegar tarde, lo acusaría de todo lo que se le ocurriera.

BOYD AFERRÓ EL VOLANTE con ambas manos y se sacudió como un chimpancé enfadado dentro de la jaula, gritando «¡MIEERDAAA!». Justo cuando todo iba tan bien, no como las otras veces en que había actuado solo por impulso.

Boyd vivía en Portland la primera vez que había atacado a una niña. Estaba pescando en los embarcaderos del puerto deportivo de la isla Hayden cuando vio a esa cosita diminuta con un traje de baño de lunares y gafas verde lima que entraba en el baño de mujeres. Era de las que gritaban y no se callaba, ni siquiera cuando la golpeó. La segunda vez fue una noche de Halloween. Boyd quería dar una impresión amable y se puso una careta de conejo con grandes orejas. La niña que escogió tenía una varita mágica y una túnica larga y negra, como la de los jueces. Boyd la agarró en la calle y la arrastró hacia un seto. Ella peleaba como un tigre, lo mordió dos veces y él tuvo que pegarle también. La tercera vez siguió a una chica desde la escuela hasta su casa y él consiguió entrar empujando la puerta delantera. La persiguió hasta un dormitorio y despertó a su hermano, que trabajaba de noche como personal de seguridad en el Hotel y Casino Wild Bill. El



hermano le torció la muñeca a Boyd y lo obligó a ponerse de rodillas para que la chica pudiera golpearlo varias veces con un trofeo que había ganado en un concurso de ortografía. De camino al hospital de la prisión, Boyd pensó que la próxima vez debía seguir un plan.

Lo sentenciaron por tentativa de violación a cuarenta y un meses en el Instituto Correccional Snake River y tuvo que registrarse como agresor sexual. Se suponía que tenía que pedirle permiso a su agente de libertad condicional para salir del estado y volver a registrarse cuando llegara a California, pero no había hecho ninguna de las dos cosas. Ahora su nombre aparecería en el ordenador y el policía miraría dentro de la bolsa de bolos y todo se habría terminado, fin del juego. Lo encerrarían con los negros y los mexicanos y él tendría que aguantar, esperando que nadie se enterara de sus antecedentes. Por alguna razón, con los asesinos no había problema, pero a los tipos normales como él los molían a palos o los violaban, por lo general todo al mismo tiempo. No permitiría que eso sucediera. Otra vez no.

En el espejo retrovisor, Boyd vio al policía de pie junto al coche patrulla hablando por la radio. Por su expresión era evidente que estaba oyendo algo malo. Boyd trató de no mover la parte superior del cuerpo mientras abría la cremallera de la bolsa de bolos apenas lo suficiente para meter la mano y cerrar el puño en torno al mango cálido y delgado del cuchillo para deshuesar.

BEAUMONT SALIÓ DEL ALMACÉN con Margaret Cho debajo del brazo. La comedianta coreana tenía una minifalda roja y medias negras de red, las manos sobre las caderas en actitud desafiante, la espalda arqueada y los labios fruncidos como si acabara de gritar vete a la mierda a alguien que se hubiera metido con ella en la época en que era una desconocida con exceso de peso. Cuando Beaumont llegó a la parte delantera de la tienda vio a Isaiah delante del exhibidor de revistas leyendo el *LA Times*. Estaba tan inmóvil que Beaumont pensó en las garzas que se ubicaban en las pozas de marea esperando que su cena pasara nadando. Había una chica con pinta de putilla poligonera y un trasero como dos jamones en una cesta de Navidad mirando el refrigerador.

—¿Puedo tomar un refresco, Isaiah? —dijo Deronda.

—Toma lo que quieras —dijo Isaiah.

Beaumont se quedó rodeando a Margaret con el brazo como si fuera su hija adoptiva.

—Aquí está —dijo—. La monté yo mismo.

—¿Quién se supone que es esa? —dijo Deronda.

—No sabía que te atraían las asiáticas —dijo Beaumont, con la esperanza de que Isaiah le explicara qué la quería, pero Isaiah no lo hizo.

Deronda y Margaret se miraron mutuamente, entornando los ojos.

—Ya sé quién es —dijo Deronda—. Es la camarera del Mandarin Palace.

ISAIAH ENCONTRÓ EL RECORTE A tamaño natural en eBay. El vendedor aseguraba que podía hacerlos de cualquier persona o de cualquier cosa. Gente, animales domésticos, plantas, paisajes, partes del cuerpo. Margaret Cho no representaría ningún problema. Costó dieciocho dólares más cuatro cincuenta extra por el Dr. Pepper, los Red Vines y las galletitas de mantequilla de cacahuete y queso que Deronda había puesto sobre el mostrador.

Isaiah sacó un manojo de billetes del bolsillo delantero y separó algunos. Podría haber pedido el corpóreo él mismo pero si UPS se lo hubiera dejado en la puerta se lo habrían robado. Isaiah conocía gente que no hacía otra cosa que robar los paquetes que dejaban los camiones de UPS.

—Agradezco las molestias que te has tomado —dijo Isaiah.

—Ningún problema —respondió Beaumont—. Me alegro de haberlo hecho.

Beaumont ponía nervioso a Isaiah. Ya estaba allí cuando Isaiah era el joven maravilla y cuando mataron a su hermano Marcus y cuando la guerra aterrorizó al barrio, y había visto a Isaiah reconstruir su vida y convertirse en un hombre admirado por todos salvo por los matones. Beaumont se contaba entre sus seguidores más entusiastas, pero a Isaiah no le gustaba que él supiera de su pasado y de cosas que lo avergonzaban.

—Tienes buen aspecto, Isaiah —dijo Beaumont—. Y eso me gusta.

—Gracias, Beaumont. Hasta luego.

Isaiah levantó a Margaret y se dirigió hacia la puerta. Beaumont no pudo contenerse.

—¿Para qué sirve una cosa como esa? —preguntó.

—Es un regalo —respondió Isaiah.

BOYD VOLVÍA EN SU VEHÍCULO a su apartamento cuando la vio caminando por Kimball. Era un poco mayor de lo que le gustaba pero era más flaca que Carmela y el pelo le llegaba a la mitad de la espalda. No había nadie cerca; el calor había hecho que todos se quedaran dentro de sus casas. Antes, en la

escuela, Boyd creyó que estaba acabado, pero justo llamaron por la radio al policía para informarle de disparos y un agente caído en una dirección de Cambodia Town. A Boyd le irritaba tener que dejar a Carmela pero si a ella le ocurría algo el poli sabría quién lo había hecho.

La flaquita estaba parloteando por el teléfono. Boyd deslizó hasta el fondo la cremallera de la bolsa de bolos, que se abrió como una boca.

ISAIAH SALIÓ DE LA TIENDA y avanzó hacia el Audi aparcado junto al bordillo. Se detuvo para dejar pasar a una chica. Probablemente estaba cursando la escuela secundaria y era flaca como un espárrago, con sus vaqueros superceñidos, su chaleco de plumón y sus botas Ugg, aunque hiciera calor. Uno usaba la mejor ropa que tuviera hasta que se gastara. Estaba hablando por su móvil rosa, riéndose al tiempo que decía:

—Quiero decir, vamos, en serio, ¿verdad? A Ramón ni siquiera le gusta ella.

Sin interrumpir ni un segundo la conversación, la chica sonrió a Margaret y siguió su camino. Isaiah abrió el Audi con un chirrido del mando a distancia justo cuando pasaba una camioneta a paso de peatón. Era una Silverado blanca, de diez años de antigüedad, que tenía en uno de los lados unas pegatinas deportivas que estaban despegándose y una gran abolladura en el guardabarros. El motor tartamudeaba. Los inyectores de combustible, pensó Isaiah. El hombre que estaba al volante llevaba una gorra con un logotipo. Le faltaba un diente frontal y la cara le brillaba porque estaba quemada por el sol. Estaba contemplando algo. Isaiah debería haberse dado cuenta de lo que pasaba. ¿Por qué aquel tipo conducía tan lentamente? Y, si no estaba mirando a Isaiah ni a Deronda, ¿a quién estaba mirando? Pero, en el momento, no registró nada de eso. Estaba distraído, pensando que necesitaba un caso que le reportara algo de dinero y tratando de meter a Margaret en el asiento trasero mientras Deronda le hablaba y le preguntaba si estaba beneficiándose a la camarera del Mandarin Palace y si *mu shu* significaba perro en chino.

Cuando Isaiah se apartó del coche y se puso de pie y Deronda se subió, olió algo que lo paralizó. Había leído en alguna parte que el cloroformo no tenía olor, pero sí que lo tiene. Un poco como acetona, con un dejo dulzón. El sonido del motor tartamudeando a toda máquina le hizo desviar los ojos a la derecha. La camioneta se alejaba a toda velocidad y giró en la esquina en una curva tan cerrada que una de las ruedas traseras se subió al bordillo de la

acera. Había algo redondo y reflectante en el parachoques trasero. La chica había desaparecido pero el móvil rosa estaba sobre la acera.

—Oh, no —dijo Isaiah.

Treinta segundos más tarde el Audi giró por la misma esquina, con los neumáticos Michelin chirriando y echando humo y la cola torciéndose hacia un lado. Isaiah enderezó el coche y clavó el acelerador, haciendo que trescientos cuarenta caballos de fuerza zumbaran como una colmena de megaavispas y que Deronda se hundiera en el asiento, con sus uñas azul hielo aferrándose a la puerta y arañando el salpicadero.

—¿Qué diablos haces, Isaiah?

BOYD CONDUCE EN PILOTO AUTOMÁTICO, sin poder creer realmente que lo hubiese logrado. La adrenalina le corría a raudales por las venas, el agujero del diente mellado emitía un silbido como el de un pájaro sin aliento y el corazón le latía con tanta fuerza que no notó que la suspensión tocó fondo cuando la camioneta rebotó en un enorme bache. La chica estaba atrás, en la parte trasera de la cabina doble, desparramada sobre el asiento, inconsciente, chorreando baba sobre el tapizado. La verdad es que el cloroformo sí funcionaba. Ella había estado demasiado absorta parlotando por teléfono y no había notado que él se le acercaba por detrás. Le apretó la esponja en la cara con una mano y le rodeó la cintura con el otro brazo. Ella pateó y agitó sus bracitos pero el cuerpo se le aflojó antes de que él la metiera en la cabina. Nadie lo vio. Más abajo, en la misma calle, había un tipo negro con la cabeza metida en un coche y una chica que le hablaba, pero no notaron su presencia. Lleno de alegría, Boyd saltó en el asiento, golpeó el volante con los puños y se echó a reír.

—¡La tengo! —gritó—. ¡Jesucristo, sí que la tengo!

EL AUDI SE DISPARÓ POR LA CALLE y el barrio pasó a su lado en un borrón. Isaiah tenía la mandíbula tensa pero, salvo por eso, no había expresión alguna en su rostro. Sabía que el hombre lo había pensado todo: venir a un barrio sórdido con su cloroformo y buscar a la chica adecuada. Además, la había metido rápido en la camioneta, sus movimientos estaban decididos con antelación, y uno no hace todo eso solo para dejarse caer en cualquier sitio al azar. Ese hombre tenía un plan.

Deronda se puso las manos delante de la cara.

—¡Isaiah!

Isaiah clavó los frenos y el Audi chirrió y se detuvo en una señal de *stop*. El hombre podría haber ido a la izquierda, a la derecha o podría haber seguido recto.

—¿Podrías por favor decirme qué sucede? —preguntó Deronda.

Isaiah miró a la izquierda. Había casas a ambos lados de la calle, una docena de entradas para coches en las que esconderse. Había niños jugando al *hockey* en la calle. No habrían tenido tiempo de mover las redes, dejar pasar la camioneta y volver a instalarlas.

—Sé que estás siguiendo a alguien —dijo Deronda—. No sé a quién ni cómo te has metido en esto pero...

—Cállate —dijo Isaiah, con tanto peso en la voz que Deronda cerró la boca de inmediato y cuando él miró a la derecha ella también lo hizo. Más casas, más entradas para coches. Había un grupo de hombres en la otra esquina, una manzana más allá. Isaiah podría preguntarles si habían visto la camioneta, pero tendría que conducir hasta allí para averiguarlo y la camioneta estaba ganando terreno a cada segundo. Más adelante, la calle seguía, pero trazando una curva, de modo que no podía verse hasta el final. Los ojos de Isaiah se enfocaron en un bache, rodeado de una floración de salpicaduras llenas de barro. Metió primera en el Audi y salió disparado por la estrecha calle, pasando tan cerca de los coches aparcados que uno podía extender la mano y tocarlos.

—Por favor, Dios, ¡por favor! —dijo Deronda con los ojos cerrados.

Isaiah se detuvo de golpe en Pacific, una calle ancha, y el tráfico pasó delante de él. Salió del coche y se subió al capó. Hizo un barrido visual en ciento ochenta grados que abarcaba un KFC, un aparcamiento, un taller mecánico Five Star Auto Parts, una gasolinera Chevron, Del Taco, una tienda de electrodomésticos Top Notch y los trasteros Reliable Public Storage. No era probable que el hombre hubiera parado a comprar unas bujías, comer algo o comprar una nevera, y la camioneta no estaba en la gasolinera. Pero podría haber entrado en Reliable. Isaiah conocía el lugar. Filas y filas de trasteros idénticos con puertas enrollables. La chica podría estar en uno de ellos, despertándose, mareada por el cloroformo, con la silueta del hombre cerniéndose sobre ella al tiempo que la puerta descendía y ocultaba el cielo.

Deronda sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué estás haciendo, Isaiah? —dijo.

Isaiah tenía la camisa pegada a la espalda y sentía un hormigueo en el cuero cabelludo. El hombre estaba alejándose, la chica no tenía ni idea de lo

que les esperaba. *¿Qué viste, Isaiah, qué viste?* Cuando salió de la tienda de Beaumont, Isaiah había visto pasar a la chica delgada, la camioneta que la seguía despacio, el hombre mirando fijamente hacia delante, la cara lustrosa y quemada por el sol. Tenía un logotipo bordado en la gorra. Un pescado con un anzuelo clavado en la boca, y había algo reflectante en el parachoques trasero. Un gancho para remolques.

*El hombre tenía un barco.*

Isaiah volvió al coche y clavó el acelerador. Se saltó un semáforo en rojo y los coches hicieron sonar sus bocinas. Si el hombre se dirigía al puerto deportivo, habría puesto rumbo al sur. En cambio, iba hacia el oeste, hacia el río Los Ángeles. Tal vez su intención fuera atacar a la chica en algún almacén o edificio vacío, pero un barco era mejor. Estar a solas con ella en el océano, hacer lo que quería, y tirar el cuerpo por la borda.

—Llama al 911 —dijo Isaiah. Deronda marcó el número en su móvil, puso el altavoz y lo sostuvo junto al oído de Isaiah.

—911 —dijo la operadora—. ¿Cuál es la emergencia?

Isaiah tuvo que gritar por encima del rugido del V8.

—Un secuestro —dijo—. Una niñita.

—¿Cuándo ocurrió eso, señor?

—Hace unos minutos. Estoy persiguiendo el tipo, se está alejando. Al oeste por Dover, acabo de pasar Pacific.

—¿Usted vio el secuestro?

—No, no lo vi. Le puso cloroformo y la metió en la camioneta.

—Señor, acaba de decir que no lo ha visto.

—Oí el cloroformo; a esta altura es probable que ya estén en el barco.

—El cloroformo no tiene olor... ¿Qué barco?

—¡Isaiah! —dijo Deronda, y soltó el teléfono.

El río se les venía encima a toda velocidad, llenando el parabrisas. Isaiah bajó un cambio, giró el volante a la derecha y luego lo llevó con fuerza a la izquierda; el coche se deslizó de lado, se subió al carril para bicicletas, Isaiah apretó el acelerador y el coche corrió río abajo despidiendo polvo y piedrecillas.

—¿Por qué no me bajé del coche? —dijo Deronda—. ¿Por qué?

EL MERCURY FUERA DE BORDA resoplaba empujando al *Hannah M*, que avanzaba dejando una estela por el ancho y verde río Los Ángeles. Río arriba el agua era muy poco profunda, pero aquí, cerca del puerto, el calado era

suficiente. Boyd se erguía cuan largo era en el puente de su lancha abierta de casi siete metros de eslora. El aire era como una manta caliente y húmeda en la cara pero, de todas maneras, era una buena sensación.

Boyd vivía en el segundo dormitorio de su abuela cuando ella murió de vieja. La casa se la quedó el banco pero ella le había dejado algo de dinero en una caja de seguridad. No era mucho, pero le alcanzó para comprar un barco de segunda mano con parches autoadhesivos Bondo en el casco, el parabrisas rajado y unas bordas de las que se desprendían escamas de óxido. A Boyd le encantaba ese barco; era, de lejos, lo mejor que había tenido. Nick le dejaba aparcar el remolque del barco dentro del recinto alambrado junto con la carretilla elevadora a cambio de poder usar el bote cuando quisiera. Empujar el remolque hasta el agua no llevaba nada de tiempo.

La chica delgada estaba encerrada en la cabina inferior. Boyd la había acostado sobre el colchón mohoso y le había puesto cinta de embalar en las muñecas, en los tobillos y en la boca. Ella había lanzado un par de gemidos; tenía la camisa levantada, sobre esa cintura increíblemente pequeña. Boyd se arrodilló a su lado, escuchándola respirar y sintiendo que la lombriz solitaria de sus entrañas crecía y se retorció, llenándolo de furia. Había estado a punto de atacarla en ese mismo momento, pero decidió ceñirse al plan.

*Hannah* estaba virando a estribor. Boyd volvió al presente y vio a un tipo negro en un coche gris conduciendo por el carril para bicicletas. *¿Ese es el mismo tipo? No, no puede ser.* Boyd volvió a llevar la embarcación por el centro del río y empujó un poco más la palanca del acelerador; el Mercury baló más fuerte, el barco avanzó a más velocidad. Pero el coche se puso a su altura y se mantuvo allí. *¿Quién es este tipo?* En ese momento sacó el brazo por la ventanilla y lo señaló... No, no estaba señalándolo, estaba moviendo el dedo como un limpiaparabrisas y diciéndole algo una y otra vez, se le podían leer los labios: *No lo hagas. No lo hagas.* Boyd subió el acelerador al máximo y el barco dio un salto y cobró velocidad, pero el coche se mantuvo a su altura, saltando sobre charcos y esquivando a ciclistas y corredores.

—¿Quién es este tipo? —dijo Boyd.

Boyd sabía que el negro pronto se quedaría sin camino. El carril para bicicletas terminaba unos seiscientos metros río abajo, en el paso elevado de la autopista marítima. Se quedaría allí atascado y Boyd se libraría de él. Faltaban unos pocos minutos para llegar al puente Queensway, donde el río se ensanchaba y dejaba atrás los puertos deportivos de lujo, el faro y el *Queen Mary*, para luego pasar al puerto de Long Island y, después de superar la línea de boyas, al mar abierto, donde nadie oiría ni el grito más fuerte del mundo,

excepto las medusas. A Boyd no le preocupó que el negro acelerara y se alejara. ¿Qué podía hacerle ese tipo? Nada.

—¡Vete a la mierda! —le gritó Boyd, rodeando la boca con las manos—. ¡Vete a la mierda, cabrón!

Boyd bajó a echar una mirada a la cabina. La chica seguía inconsciente. Bien. No quería volver a aplicarle cloroformo. La quería despierta. Bien despierta. Sonrió y se frotó las palmas. Se imaginó arrancándole la cinta de embalar de la cara y diciéndole: *Despiértate, zorrita. Ahora me perteneces.*

ISAIAH APARCÓ EL AUDI cerca del contrafuerte del paso elevado. Descendió rápido, fue hacia el maletero y lo abrió. Había quitado el panel inferior y el neumático de repuesto para darle más profundidad al compartimento. Había cajas de plástico de diferentes tamaños ordenadas y etiquetadas. HERRAMIENTAS DE MANO, SOLDADOR, SUJECIONES, TALADRO/SIERRA CIRCULAR, PALANCAS. En la caja etiquetada como armas había, entre otras cosas, un arma aturdidora, una pistola paralizante, una pistola de balas de goma, gas Mace como para derribar a un oso, un bastón de combate y una gorra de autodefensa. Parecía una gorra normal y corriente salvo porque tenía un compartimento secreto lleno de bolitas de plomo. Si uno le pegaba a alguien con eso, le rompía todos los huesos de la cara. El Determinator estaba dentro de su propio estuche amarillo de plástico duro.

—¿Qué es un Determinator? —preguntó Deronda.

BOYD ESTABA BALANCEÁNDOSE sobre los talones cuando el paso elevado de la carretera marítima quedó a la vista. Lanzó las manos hacia arriba como Rocky.

—¡Iupiiii! —gritó al estilo tirolés. Empezó a sacudirse y a agitarse como si tuviera que mear—. ¡Lo has logrado, Boyd, lo has logrado! —Y entonces su voz perdió fuerza y se le oscureció el semblante—. ¿Ahora qué? —dijo. El negro y una chica estaban bajando por la escollera hacia la orilla; la chica tenía las sandalias en la mano y se quejaba. El negro llevaba algo. Era demasiado corto para ser un rifle y demasiado grueso para ser una pistola. Parecía una pistola de calafatear. *Buena suerte con eso, estúpido idiota.* Agitó las manos como si estuviera encontrándose con el negro en un aeropuerto—. ¡Dispárame! ¡Dispárame, gilipollas! ¡Dispárame!

\* \* \*



EL LANZAGRANADAS DETERMINATOR HX era difícil de apuntar. Pesaba casi tres kilos, tenía un mango de pistola y medía más de sesenta centímetros con la culata extendida. El cañón era tan grande en su circunferencia como una lata de pelotas de tenis. Isaiah cargó una granada en la recámara y la cerró. Las granadas aturdidoras estaban restringidas a las fuerzas de seguridad pero podían comprarse granadas de fuegos artificiales por internet. Isaiah calculó los ángulos. El barco pasaría justo delante de él pero iba rápido, con la proa levantada, dejando estelas hacia las dos orillas. Si disparaba a quemarropa, la granada explotaría en el parabrisas envolvente. Asustaría al hombre, pero eso sería todo. Tendría que dejar pasar el barco lo suficiente como para disparar la granada a la parte trasera del parabrisas.

El barco se acercaba, con el motor aullando. El hombre estaba dándole la espalda y se había bajado los pantalones hasta las rodillas. Estaba agitando el trasero y gritando *¡Dispárame! ¡Dispárame!* Isaiah levantó el lanzagranadas.

—¿Por qué no me disparas? —rio el hombre cuando el bote pasó a toda velocidad.

Isaiah hizo fuego. La granada pasó por encima del hombro izquierdo del hombre y chocó contra la parte de atrás del parabrisas. Hubo una inmensa explosión de chispas rojas y blancas. El tipo soltó el timón y trastabilló hacia atrás, llevándose las manos a los ojos, con la camiseta en llamas y los pantalones retorcidos alrededor de los tobillos. Cayó sobre cubierta y se golpeó la cara contra un soporte para cañas de pesca. El barco empezó a trazar círculos a toda velocidad, despidiendo un remolino de chispas.

—Es el Día de la condenada Independencia —dijo Deronda.

El hombre se puso de pie y de inmediato salió despedido por la borda. Empezó a patallar y a tratar de mantenerse a flote, ahogándose en un agua envenenada por millones de bocas de tormenta, se sumergió y volvió a salir a la superficie hasta que hizo pie y avanzó con dificultad hacia la orilla, limpiándose el lodo de los ojos.

Isaiah se acercó a él con el bastón extensible.

—Mejor que la chica esté bien —dijo, pensando en lo mucho que ella debía de haber sufrido ya. Golpeó al tipo en la cabeza con el bastón lo bastante fuerte como para que Deronda diera dos respingos. El tipo se cayó y se hundió en el agua. Isaiah pensó en dejar que se ahogase pero lo agarró del cuello de la camisa y le sacó la cabeza del agua—. Mejor que esté bien, ¿me oyes? —dijo—. Mejor que esté perfectamente bien.

VEINTE MINUTOS DESPUÉS había coches patrulla y una ambulancia aparcados alrededor del paso elevado, así como un helicóptero haciendo uap-uap-uap en lo alto. Los policías daban vueltas, señalando y hablando. El barco de Boyd estaba sujeto y rodeado por una telaraña de cintas amarillas. La chica estaba en una camilla, consciente pero alterada y con náuseas. La atendía un paramédico.

—¿Cómo te llamas, cariño? —dijo el paramédico.

—Teresa —respondió la chica.

—Te pondrás bien, Teresa. Ahora voy a colocarte una máscara de oxígeno sobre la cara y quiero que respires profundamente, ¿sí?

Teresa apartó la máscara a un lado.

—¿Dónde está mi teléfono? —dijo.

Un agente llevaba a Boyd a un coche patrulla. Boyd estaba esposado, mojado como un perro mojado, sin pantalones, con la camiseta en harapos calcinados, marcas de quemaduras en la cara; había perdido su otro diente frontal y la boca era un agujero sanguinolento.

—Yo no hisse nassa —dijo.

—¿No le hiciste nada a quién? —dijo el agente—. ¿A la niñita que secuestraste y que tenías atada en tu barco?

Boyd pensó en responder que lo único que estaba haciendo era llevarla a pasear y mostrarle el paisaje, pero eso le sonó estúpido incluso a él.

—¿Y qué hay ssel sstipo que me ssiparó una bomba? —dijo.

—¿Te refieres al tipo que te disparó una bomba y que salvó a la niñita que tenías secuestrada en tu barco? Cierra la puta boca y métete en el coche.

\* \* \*

LLEGÓ NÉSTOR, EL PADRE DE TERESA. Ella le contó que iba caminando cerca de la tienda y que alguien le puso algo mojado en la cara y que cuando despertó estaba en el barco y el tipo negro estaba preguntándole si se encontraba bien.

—¿Te hizo algo? Quiero decir, ya sabes —dijo Néstor.

—No, papá, no lo entiendes. Él no fue el que me secuestró, él como que me rescató. Era amable, me di cuenta.

Teresa le contó a Néstor que el hombre negro la llevó a la orilla, la depositó en el suelo y le indicó que respirara profundo. Cuando ella ya podía mantenerse sentada sin tener que agarrarse a él, ese hombre le dijo que la policía llegaría pronto. Luego se subió a su coche con una chica y se fue.

—¿Simplemente se fue?

—Es lo que acabo de decir, papá.

Néstor se preguntó por qué el tipo no se quedaba a ser un héroe, a que su foto apareciera en el periódico y a salir en la televisión. Tendría que ir a buscarlo y agradecerse personalmente. Un tipo negro que dispara granadas a la gente no debería ser difícil de encontrar. Néstor decidió esperar uno o dos días a que Teresa se recuperase antes de preguntarle qué hacía cerca de la tienda, que no estaba de camino a su casa, y si resultaba que había ido a ver a ese pendejo de Ramón, le quitaría el teléfono.

ISAIAH LLEVÓ A MARGARET por la recepción hacia los ascensores, donde ya esperaba un grupo de personas. Nadie sonrió ni dijo nada. Había demasiados locos dando vueltas estos días, tal vez era su novia.

Flaco estaba en terapia física en ese momento. Mientras subía, Isaiah decidió que conectaría a Deronda con Blasé. Tal vez él pudiera ponerla en un vídeo y, quién sabe, puede que a ella la descubrieran y que saliera en la televisión. En cualquier caso, todo era cuestión de suerte. Como que la chica flaca pasara delante de la tienda de Beaumont justo cuando él salía. Si él se hubiera quedado dentro un minuto más, ella habría sufrido de un modo que él no quería ni pensar. Ella tuvo suerte y, tal vez, él también. Cuando uno debía tanto como él, no esperaba que le pusieran monedas en la mano.

Isaiah había estado cientos de veces en el hospital, pero siempre tenía un momento en que pensaba en volver más tarde o en no volver nunca, ¿pero qué sentido tendría? No había ningún otro lugar al que pudiera ir, ningún camino que llegara lo bastante lejos, ningún avión que volara lo bastante rápido como para liberarlo de su pasado. Ojalá pudiera ser como Dodson, seguir adelante con sus asuntos como si nada de aquello hubiera sucedido.

Había visto dos veces a Dodson después de la guerra. La primera vez fue en el funeral de Mozique. La segunda, él volvía a su casa, tarde, y vio a un coche patrulla con las luces encendidas y a Dodson sentado en el bordillo de la acera con los dedos entrelazados sobre la cabeza. Un agente revisaba el coche, el otro hablaba por la radio. Dodson estaba enfurecido.

—¿Está lleno de terroristas y asesinos en serie dando vueltas por todas partes y vosotros, hijos de puta, no tenéis nada mejor que hacer que identificar a un hermano respetuoso de la ley de camino a una entrevista de trabajo? Sí, ya sé que es la una de la mañana. ¿Creéis que un negro como yo no tiene reloj? ¿Que yo qué? ¿Que huelo a marihuana? Oh, ¿y eso lo sabéis con seguridad? ¿Alguno de vosotros es uno de esos perros que huelen droga

disfrazado de hombre blanco de culo grande? Sí, hace poco cumplí una sentencia en una institución carcelaria estatal, pero ¿qué tiene que ver eso con nada? Ya he salido. No me merezco esta clase de abuso. ¡Yo ya he pagado mi deuda con la sociedad!

Isaiah siguió conduciendo, pensando que eso era lo que más lo enfurecía de Dodson. La forma en que podía engañar a su propia conciencia y su ingenua simplificación de todo el mal que habían cometido. Cumplir una pena de prisión, ver al agente de libertad condicional una vez por mes, y eso era todo, estaba acabado. La deuda estaba pagada.

CUANDO FLACO VIO A MARGARET se le iluminaron los ojos y esbozó su habitual sonrisa torcida. Jermaine, la fisioterapeuta, puso al muchacho en su silla y él se acercó, haciendo girar las ruedas, mientras trataba de unir palabras. El cerebro sabía cuáles eran, pero los labios se habían olvidado de cómo decirlas. *Oh, Dios mío, ¡es genial!* Salía como *Oh... dion... ní... ezno... égenia.*

Isaiah colocó la figura recortada de modo que se mantuviera en pie por sí misma, mientras Flaco la miraba con la boca abierta y salía vapor del interior de sus gafas.

—Le mando tuits todos los días —dijo—. Me invitó a su actuación en el Greek.

Lo que probablemente significaba que había recibido un *e-mail* masivo.

—Trataremos de conseguir entradas —dijo Isaiah. Flaco siempre había aceptado la explicación de que Isaiah era un voluntario y a este le parecía bien dejarlo así. Flaco ya tenía diecisiete años, pero aparentaba doce. Tenía la cara enjuta y desnutrida y ojos inquisitivos, con su chándal deportivo azul brillante colocado sobre un cuerpo hecho de palitos delgados, el pelo como si alguien lo hubiera cortado con un cuchillo de carnicero. En una época Isaiah pagaba a Ira para que viniera a cortárselo pero eso no cambiaba nada.

Llegó una chica con muletas.

—¿Esa es Margaret Cho? —dijo.

—¿No es genial? ¡Me ha invitado a su concierto en el Greek!

ISAAH SE SENTÓ CON JERMAINE en la máquina de resistencia para fortalecimiento de piernas.

—¿Qué hará cuando cumpla dieciocho? ¿Irse a vivir contigo? —dijo Jermaine.

—Se lo he ofrecido, pero quiere tener su propia casa —respondió Isaiah—. Quiere ser independiente, arreglárselas solo.

—¿Sabe cuánto cuesta arreglárselas solo?

—La asistente social habló con él al respecto pero no creo que la entendiera. Me dijo que quería un lugar bonito junto a la playa.

Flaco tendría que dejar el hogar comunitario después de su próximo cumpleaños. Recibiría una pensión para discapacitados y cupones para alimentos e Isaiah le había conseguido un trabajo a tiempo parcial empaquetando galletas para perros en una tienda de mascotas. Sumando todo eso e incluso con un bono de vivienda no podría costearse más que un apartamento de protección oficial de la Sección 8. Tal vez podría conseguir uno en el Capri, teniendo de vecino al Loco de la redcilla. Isaiah había pensado en alquilarle un apartamento pero eso sería tirar el dinero. Luego encontró un piso en un bloque que podría servir. Un dormitorio, rampas, flores en el jardín, cerca de las tiendas. Necesitaba reparaciones, pero nada de lo que él no pudiera ocuparse. Una venta al descubierto, ciento treinta mil. Pero Isaiah ya tenía una hipoteca y necesitaría una segunda. Tudor, su gestor hipotecario, dijo que si ponía un anticipo del treinta por ciento, podría considerarlo. Con dos o tres casos que le pagaran, tal vez lo lograra, siempre que dejara de comer y de pagar las cuentas.

—¿Qué es eso de Flaco y Margaret Cho? —dijo Isaiah.

—¿Sabes quién es ella? —dijo Jermaine.

Jermaine se había criado en San Francisco, como Margaret, y sabía mucho de ella. Había crecido en el Castro, un refugio para inadaptados. *Hippies*, moteros, prostitutas, drogadictos, travestis y artistas de toda clase. Margaret también era una inadaptada. No era blanca, no se sentía asiática, y había sufrido acoso y ostracismo en la escuela.

—Quería ser comediente —dijo Jermaine—. Uno se pregunta de dónde habrá sacado esa idea. Las chicas asiáticas no eran conocidas precisamente por su sentido del humor, pero a Margaret no le importó. Estaba decidida a hacer lo que quería contra viento y marea y fue y lo hizo. Rompió el estereotipo y se hizo su propio camino a su manera.

—Yo creía que Flaco se inclinaría por una de esas estrellas pop adolescentes —dijo Isaiah—. Alguien más de su edad.

—No, es más que un enamoramiento —explicó Jermaine—. Míralo de esta forma. Si tuvieras que pasar el resto de tu vida en silla de ruedas y

quisieras ser independiente, arreglártelas solo, Margaret Cho no sería una mala persona a la que adorar.

MIENTRAS BAJABA EN EL ASCENSOR, Isaiah revisó su correo electrónico esperando encontrarse con un nuevo caso de pago, pero no había ninguno. Volvió a revisarlos cuando llegó a su casa, esperando que hubiera surgido algo en los quince minutos que le había llevado el trayecto desde el hospital. Recorrió su lista de alternativas pero no había encontrado nada viable las primeras dos veces que lo había hecho y, sorpresa, sorpresa, tampoco había nada viable esta vez. Empezó a dar vueltas, tomó un poco de sopa aunque no tenía hambre. Rellenó cheques para pagar recibos cuya fecha de pago aún no había expirado. Preparó una solución para limpiar unos elepés que no hacía falta limpiar. Pensó que casi preferiría volver a robar que hacer lo que tenía que hacer.

Llamar a Dodson.

## Capítulo dos

### Todo

*Mayo de 2005*

**E**L MÓVIL DE ISAIAH VIBRÓ. Probablemente era Dante, preguntándose por qué no estaba en el entrenamiento para el equipo de decatión académico. Tenían una competición mañana contra la escuela secundaria Crenshaw High pero a Isaiah no le importaba en lo más mínimo. Llevaba acostado boca abajo en el sofá desde anoche, con la tela tipo *tweed* impresa en la mejilla y la boca seca como una tostada quemada. Estaba esperando. Casi sin respirar. El grifo de la cocina goteaba lentamente. En cualquier momento, Marcus saldría del baño envuelto en una nube de vapor, oliendo a desodorante frescura de mar y cantando alguna vieja canción de Motown. *Let's Get It On* o *I Wish It Would Rain* o *Sugar Pie Honey Bunch*.

—Me gustan las melodías —decía Marcus cada vez que Isaiah lo miraba raro—. Me gustan las canciones. —Y no se contenía cuando cantaba. Nada de esos tarareos con algunas partes de la letra. Cantaba en voz alta, con toda la garganta, y también hacía los movimientos. Giraba las manos como la rueda de un hámster o extendía los brazos porque no podía dejar de amarte a ti y a nadie más. Cuando cantaba *My Girl*, quería que Isaiah lo acompañara en la parte de *my-girl-my-girl-my-girl*, pero Isaiah se negaba y decía que era demasiado cursi. Aunque le encantaría ser así. Hacer el tonto y no sentir vergüenza. Sin que le importara lo que pensarán los demás.

El grifo empezó a gotear más rápido. Isaiah se dio cuenta de que la angustia y el horror se acercaban chisporroteando, venciendo su resistencia, quemando su negación. Marcus no saldría del baño y ya nunca volvería a

hacerlo e Isaiah sintió que él mismo estaba convirtiéndose en cenizas y desmoronándose hacia la nada.

ESTABAN EN BALDWIN, volviendo del parque McClarin. Habían jugado un partido de dos contra dos con Carlos y Corey y les habían pateado el culo. Isaiah casi no había podido lanzar una sola bola.

—Corey es demasiado grande —dijo Isaiah—. Ya es adulto.

—Entonces ¿por qué tratabas de competir con él en fuerza? —dijo Marcus—. Tienes que tener conciencia de ti mismo, reprimir tus emociones, hacerte una idea general de la situación. En cambio, fuiste de machito y jugaste a la manera de Corey, no a la tuya. Eres más rápido que él, podrías haberlo obligado a perseguirte. Y tu defensa, si puedes llamarla así. Corey no paraba de encestar, como si tú ni siquiera estuvieras allí.

—Me hacía agachar todo el tiempo.

—Deberías haberlo hecho subir más, obligarlo a poner la pelota en el suelo, mantenerlo descentrado. Le resultaba muy fácil bloquear tu primer lanzamiento.

—¿No podrías haberme dicho esto durante el partido?

—Esperaba que te dieras cuenta solo.

A Isaiah no le interesaba mucho el baloncesto, pero a Marcus sí. Esa era una razón suficiente para jugar.

—Tienes que tomar la delantera —dijo Marcus—. Llevar la iniciativa, dictar las normas. No puedes limitarte a reaccionar. Eso es dejar que sea el otro el que mande. ¿Entiendes la diferencia?

Muchos chicos habrían puesto los ojos en blanco con todos esos consejos y amonestaciones pero a Isaiah no le importaba. Le gustaba ver hablar a Marcus, cómo mostraba aquella sonrisa grande y luminosa o cómo fruncía el ceño con un gesto de urgencia, mientras una mano le daba golpes de judo a la otra.

—No serás una estrella del básquet —prosiguió Marcus—, pero sí serás una estrella... De qué, es cosa tuya. La mayoría de nosotros tenemos que conformarnos con lo que nos toca, pero tú, con esa cabeza que tienes, puedes elegir tus propias cartas, jugar a lo que sea que quieres jugar, y no hay nada que pueda impedírtelo, salvo tú mismo.

Isaiah se sentía mal cuando Marcus hablaba de esa forma, como si su vida fuera inamovible, como si no pudiera ocurrirle nada nuevo. Apenas tenía veinticinco años y era la persona más lista que Isaiah conocía. Más listo que



Sarita, que estaba estudiando Derecho. Más listo que el señor Galindo, que entrenaba al equipo de decatlón académico, y más listo que los padres de Dante, que eran ambos psiquiatras.

—Tú ve donde Dios te llame —dijo Marcus—. Profesor, médico, científico, escritor. En realidad no me importa, siempre que hagas algo bueno. Puedes cambiar las cosas, Isaiah. Puedes cambiar muchas cosas. Me refiero a educar a la gente, a aliviar su sufrimiento, a traer algo de justicia al mundo. El dinero no tiene nada que ver, ¿entiendes lo que te digo? Dios no te otorgó un don para que te conviertas en un gestor de fondos de alto riesgo. Si sigues ese camino, si me defraudas de esa manera, comprándote un Bentley o instalando un campo de golf en tu patio trasero, yo... te... voy... a... moler... a... palos.

—Sí, eso ya me lo habías dicho —respondió Isaiah.

—Sé que te agobio mucho, pero eres mi hermano menor, mi sangre, mi orgullo y mi alegría. Quiero que tengas todo. Todo.

—Eso también me lo habías dicho.

SIGUIERON CAMINANDO POR BALDWIN hasta Anaheim y esperaron a que cambiara el semáforo. Era la hora punta, había un tráfico intenso en ambas direcciones. Costaba creer que pudiera haber tantos coches. No paraban de aparecer, como si estuvieran en un bucle; como si fueran a seguir apareciendo cien años más, a menos que el cambio climático sumergiera la ciudad bajo las aguas.

—¿Qué quieres cenar? —dijo Marcus.

—Me da igual —respondió Isaiah.

Pasó el autobús número 9, lanzando una ráfaga de aire caliente, y se detuvo en la parada, donde ya había gente haciendo cola para subir.

—Voy a la tienda. Tú vete a casa, termina los deberes. Solo has sacado un noventa y seis en el examen de cálculo.

—¿Solo?

—Los chicos coreanos se sacan un noventa y seis con una mano y tocan el violín con la otra. Si quieres entrar en Harvard, tienes que lograr mejores calificaciones.

—Oh, ¿ahora resulta que voy a ir a Harvard?

—Sí, si yo puedo hacer algo al respecto. ¿Tienes ganas de comer pastel de carne?

—Sí, el pastel de carne es rico.

—¿Y estofado? Tenemos carne en la nevera.

—Lo que sea más fácil.

El semáforo se puso en verde y Marcus retrocedió hacia el cruce para peatones.

—No me importa que sea fácil —dijo—. Dime qué quieres.

Sucedió muy rápido. El gruñido del motor, el relámpago de cromo, el espantoso momento del impacto, metal y velocidad aplastando carne y hueso; Marcus se dobló por la mitad, dio una voltereta en el aire y cayó sobre el pavimento con tanta fuerza que rebotó, en medio del remolino de humo de escape y polvo que dejó el coche cuando huyó a toda marcha. Hubo gritos y alaridos pero Isaiah no los oyó. Corría hacia su hermano, tropezándose, cayendo de rodillas a su lado, aullando auxilio, auxilio, que alguien lo ayude.

MARCUS PARECÍA UNA MARIONETA que alguien hubiera arrojado desde la ventanilla de un coche, demasiado inmóvil para estar vivo, con los brazos y las piernas despatarradas en ángulos antinaturales. Los paramédicos revoloteaban sobre él, sacando cosas de cajas anaranjadas y hablando entre sí. Uno de ellos cortó la mochila de Marcus con una tijera. Había sangre en ella y en los guantes del paramédico. Isaiah no pudo seguir mirando y volvió la cabeza. Quería preguntar si Marcus estaba bien pero tenía miedo de la respuesta.

Los paramédicos no permitieron que Isaiah viajara en la ambulancia, así que un policía lo llevó al Long Beach Memorial. En la sala de espera no consiguió quedarse sentado y atosigaba a cualquiera que entrara o saliera de las puertas para personal autorizado. *¿Marcus se encuentra bien? ¿Sigue en cirugía? ¿Cuándo sale el médico? ¿Puedo ir a hablar con él?* Isaiah llamó a Carlos, el amigo de Marcus, que llegó en diez minutos.

—Marcus se va a poner bien, es un tipo duro —dijo Carlos—. Va a ponerse bien, ya lo verás.

Después de tres horas de espera, salió un médico. Tenía acento jamaicano y parecía joven, incluso con la calvicie incipiente y las gafas sin montura. Dijo que habían hecho todo lo posible pero que Marcus había sufrido graves lesiones internas y había fallecido.

Isaiah negó con la cabeza y sonrió como si supiera que el médico estaba bromeando.

—No, olvídalo —dijo—. Marcus está allí dentro, yo lo sé, déjeme hablar con él... Déjeme... —Un sonido salió con fuerza de su interior; crudo, punzante y tan lleno de pena como si fuera la voz de un prisionero en el

infierno. Carlos trató de abrazarlo, pero Isaiah lo apartó de un empujón y sollozó cubriéndose la cara con las manos.

Carlos le dijo a Isaiah que podía quedarse en su casa. Sus hijas dormirían juntas e Isaiah tendría un dormitorio para él solo. Lucy ya los esperaba con la cena. Isaiah le dijo a Carlos que iba a venir su abuela de El Segundo y que se reuniría con él en el apartamento. Carlos sabía que no existía ninguna abuela y que los únicos otros parientes de Isaiah, a quienes él jamás había visto y con los que jamás había hablado, estaban en Carolina del Norte.

\* \* \*

ISAIAH SE LEVANTÓ DEL SOFÁ, fue al baño y vomitó en el inodoro. Se quedó allí un largo rato, apoyando la cabeza en el frío borde de la taza, mientras unas imágenes congeladas parpadeaban detrás de sus ojos. *Parpadeo*. El coche que viene. *Parpadeo*. Marcus golpeado. *Parpadeo*. Marcus doblado por la mitad. *Parpadeo*. Marcus volando por el aire. *Parpadeo*. Marcus en el pavimento, aplastado y roto, con la cabeza contra el bordillo.

*¿Cómo has podido hacer eso, Marcus? ¿Por qué no miraste? Eres tan estúpido, hombre, ¿por qué no miraste?*

Apareció Sarita, la novia de Marcus. Golpeó la puerta y gritó el nombre de Isaiah, pero él no respondió. ¿Qué iban a hacer, abrazarse y llorar y decir lo mucho que echaban de menos a Marcus? Él no podía enfrentarse a eso.

El sol de la tarde resplandecía a través de las ventanas. Isaiah corrió las cortinas, desenchufó el teléfono, apagó el móvil y se sentó en el rincón, debajo de la maceta de cinta. Se quedó inmóvil, abrazándose las rodillas, tratando de volverse pequeño, pero el dolor lo encontró de todas maneras y lo golpeó con la misma fuerza con que aquel coche había golpeado a Marcus, demoliendo pensamiento, razón, espíritu, todo. Se balanceó hacia atrás y hacia adelante y dijo Marcus Marcus hasta que afuera se puso oscuro y le dolía la garganta. Casi se había quedado dormido cuando oyó aquel sonido de impacto, nauseabundo y definitivo. Tuvo arcadas y volvió a vomitar pero no salió nada. Estaba vacío. Una jaula sin pájaro.

Marcus tenía una póliza de Neptune Society. Una organización sin ánimo de lucro que proporcionaba cremaciones a bajo coste. Isaiah pidió a Carlos que llamara al número gratuito de Society y que organizara los preparativos. La organización se ocupó de trasladar el cuerpo del depósito de cadáveres al crematorio. También del certificado de defunción, de la autorización para disponer de los restos y de los otros trámites. Pocos días después, vino Carlos,

que coló por debajo de la puerta el último salario de Marcus y una nota. La nota decía que las cenizas llegarían por UPS.

Isaiah se quedó en el rincón, debajo de la cinta, en un mundo reducido a sonidos: charlas en la televisión, puertas que se abrían y cerraban, sirenas, riñas de cuervos, alguien que gritaba a sus hijos. En determinado momento, empezó a temblar. Lo último que había comido era una barra de Snickers justo antes del partido con Carlos y Corey. Comió una lata de atún, buscó una botella de agua y regresó a su rincón. Perdió la noción del tiempo. Dormitaba, se despertaba con un respingo, preguntándose dónde estaba, dónde estaba Marcus. Se incorporaba como un viejo artrítico, lloraba y maldecía, se arrastraba hasta el baño o la cocina y luego regresaba al mismo sitio. Se le acabó la comida; no le quedaba nada en la cocina, salvo condimentos. Se obligó a ir a la tienda, con las ruedas de su cerebro girando en un lodo tan espeso como su pena.

El colegio. Llevaba ocho días sin ir y el número máximo de inasistencias permitidas en un año escolar era de diez. Después de eso, no aceptarían una nota. Los del colegio querrían hablar con Marcus y si se enteraban de que estaba muerto mandarían un asistente social y trasladarían a Isaiah a un hogar de acogida. Isaiah escribió una nota él mismo y volvió al colegio, pero era imposible actuar con normalidad, sus amigos se le acercaban. *¿Dónde estabas, Isaiah? ¿Qué te ha pasado? Tienes cosas en el pelo. ¿Estás colocado? Pareces colocado.* Él les respondía que estaba recuperándose de una gripe.

Algunas cosas eran imposibles. Almorzar en la ruidosa cafetería, charlar con Dante y sus amigos o trabajar en el laboratorio de los ordenadores con los otros chicos que tenían futuros prometedores. La nota decía que tenía laringitis. Eso lo libró de Educación Física y de hablar en clase. Le mandó un mensaje a Dante diciendo que renunciaba al equipo de decatión académico y les dijo a los chicos a los que daba clases particulares que se buscaran a otra persona.

La perspectiva de dejar el apartamento lo aterrizzaba. Compartir una habitación con chicos que no conocía, adultos extraños diciéndole lo que tenía que hacer. Fuera, en el mundo, sin el respaldo de Marcus. Sin Marcus. El apartamento era lo único que quedaba de él. Su hermano estaba en el aire, impregnado en las paredes, su olor en las sábanas, sus zapatillas en el suelo, manchas azules de su gel de afeitar todavía en el lavabo. Pasara lo que pasara, Isaiah no se iría.

Dinero. Marcus trabajaba para Carlos exterminando termitas cuando no podía encontrar otra cosa. El cheque que Carlos había deslizado por debajo de la puerta era de mil quinientos dólares, más de lo que el propio Carlos facturaba en una semana, y él era el dueño de la empresa. Eso, más los ochocientos dólares que había en la cuenta corriente, no durarían mucho. Había que pagar el alquiler. Recordó lo que había dicho Marcus, tomar la iniciativa, dictar las normas, no dejar que mandaran las emociones. Si quería permanecer en ese apartamento, tenía que encontrar un trabajo.

Marcus era un todoterreno, maestro de todo. Fontanería, electricidad, azulejos, mampostería, albañilería, ebanistería y carpintería fina; podía hacerlo todo igual de bien que cualquier profesional. Había fabricado una mecedora de cerezo para Harley Barnes, el subdirector de la biblioteca pública de Long Beach. La mecedora era un regalo para la madre de Harley, que iba a cumplir ochenta años. Ella dijo que era demasiado bonita para sentarse en ella y la tenía en su sala como un árbol de Navidad. Harley le consiguió a Isaiah un trabajo a tiempo parcial registrando los préstamos y volviendo a poner en los estantes los libros devueltos. Era un salario mínimo, por lo que no sería suficiente. Marcus también había trabajado en Manny's Deli. Había instalado cañerías nuevas en el baño de hombres, había reemplazado el mecanismo de cierre de la cámara frigorífica, había cambiado los cristales de las ventanas, había eliminado las filtraciones debajo de la mesa de vapor y, en definitiva, había impedido que el lugar se derrumbara.

—Marcus era un buen tipo —dijo Manny—. Tenía un corazón de oro. El mejor. —Isaiah agachó la cabeza y lloró—. ¿Necesitas ayuda? —dijo Manny, y puso las manos sobre los hombros de Isaiah—. Yo te ayudaré, pero con trabajo, ¿sí? Nada de caridad. Tu hermano me mataría.

Manny puso a Isaiah a trabajar los fines de semana, atendiendo las mesas, fregando suelos y lavando montañas de platos.

Isaiah calculó que el dinero que se llevaría a casa de ambos trabajos rondaría los setecientos ochenta dólares netos. El alquiler le costaba seiscientos setenta, lo que le dejaba treinta a la semana para las compras, el teléfono móvil, la conexión ADSL de internet, los billetes de autobús y todo lo demás. Dictar las normas era más fácil de decir que de hacer.

ENCONTRÓ A DODSON POR SUERTE. Ambos estaban esperando en la oficina de administración, Isaiah al orientador académico, Dodson al vicedirector. Dodson usaba su cadena de oro en el colegio, donde los adornos ostentosos

no estaban permitidos. Cuando le dijeron que se la quitara, se negó diciendo que los dos chicos judíos llevaban esas gorras y era lo mismo. Dodson estaba sentado en una silla de plástico naranja con los pies estirados hacia delante y hablando por su teléfono móvil. Llevaba vaqueros, zapatillas Puma y una camiseta blanca, pero de alguna manera presentaba un aspecto elegante. Se notaba que era bajo de estatura, incluso sentado.

—Mi tía May me echó, ¿puedes creerlo? —dijo—. Empezó a decir que sabía que yo vendía drogas y que no quería a un acólito del demonio en su casa. Mierda. Yo no soy ningún acólito. Soy su condenado sobrino.

La recepcionista, la señora Sakamoto, lo miraba con furia. Tenía pelo corto y gris, un vestido azul oscuro con trapezoides amarillos y varias pulseras de oro que sonaban a lata cuando chocaban entre sí.

—Guarde el teléfono, por favor, o recibirá una sanción —dijo.

Dodson no le prestó atención y marcó otro número.

—Soy yo —dijo—. ¿Qué? Sí que estaba en lo de Omari, pero no dentro de la casa. Dormía en el cobertizo, sí, en el patio, una de esas cosas de plástico que se compran en Home Depot, ni siquiera podía ponerme de pie dentro, estaba ahí con las macetas y el fertili... Oye, eso no es gracioso.

—Joven —dijo la señora Sakamoto—. Guarde el teléfono.

Dodson terminó la llamada y marcó un nuevo número.

—¿Y bien? —dijo—. Sí, puedo pagar alquiler. ¿Dónde duermo? ¿En la misma habitación de quién? ¿Tu abuela? Que te jodan, Freddie, y que jodan a tu abuela también.

—¿Me ha oído? —dijo la señora Sakamoto cuando Dodson marcó otro número—. ¡Guarde el teléfono inmediatamente o se le aplicará una sanción!

Isaiah sintió pena por ella. No tenía nada con qué intimidarle, salvo con algo que a ese tipo no le importaba. Como amenazar a una piedra con agua.

—¿Tu papá no quiere a un pandillero en la casa? —dijo Dodson, subiendo la voz una octava—. ¡Pero si tú eres un pandillero!

—Voy a buscar al señor Johnson —dijo la señora Sakamoto, y sus pulseras tintinearón cuando ella se alejó.

—Dígale que no pienso quitarme la cadena —dijo Dodson.

ISAIAH HABLÓ CON EL SEÑOR AVERY, el orientador académico. Avery llevaba calcetines negros y sandalias y quería que Isaiah lo llamara Seth. Isaiah le dijo que dejaba el equipo porque Marcus estaba sin trabajo y él tenía que conseguir un empleo.

—Sí, la economía está difícil —dijo Avery—. Dile a Marcus que las cosas van a mejorar. Cuando se cierra una puerta, se abre otra.

*Qué montón de mierda, pensó Isaiah. No hay puertas sin Marcus.*

—Tú eres una de mis personas favoritas —dijo Avery— y tengo que ser honesto contigo. Te necesitamos en el equipo. No vamos a ganar el torneo local sin tu ayuda. No te lo tomes a mal, pero cuando redacte las recomendaciones para tus solicitudes de ingreso a las universidades, bueno... es un decir.

*¿Me está amenazando? ¿Este gilipollas me va a presionar con la universidad si no me quedo en el equipo? Como si la universidad significara algo sin Marcus.*

—La universidad, el equipo o usted me importan una mierda —dijo Isaiah al levantarse e irse—. Es un decir.

\* \* \*

DODSON ESTABA JUNTO A SU TAQUILLA cuando Isaiah lo alcanzó. La parte interior de la taquilla estaba forrada de fotos de Tupac y de mujeres desnudas y untadas con aceite. Isaiah se preguntó si estaba a punto de cometer un error, pero el cerebro le chisporroteaba con estática e iba a entrar en pánico ante la idea de perder el apartamento.

—Tengo un sitio —dijo Isaiah.

—¿Un sitio? ¿Qué sitio? —dijo Dodson.

—Un lugar donde quedarte. Una habitación para alquilar.

—¿Tienes un apartamento?

—Sí.

—¿Quién más vive en él?

—Nadie.

—¿Tú tienes tu propio apartamento? No eres mayor que yo.

—¿Necesitas un sitio o no?

—Si me estás jodiendo, lo vas a lamentar, negro.

—Olvídalo —dijo Isaiah. Estaba demasiado cansado para eso. Empezó a alejarse.

—¿Adónde vas, negro? —dijo Dodson—. Espera un minuto, mierda. — Isaiah se detuvo pero no se giró—. ¿Cuánto es el alquiler? —preguntó Dodson.

Isaiah lo pensó un momento. Cuando Dodson estaba hablando por teléfono había dicho que vendía drogas. La cadena de oro parecía genuina y

las zapatillas Puma eran nuevas.

—Dos cincuenta —dijo.

—¿Dos cincuenta? Un poco excesivo, ¿no? ¿Fumas maría? Hagamos un trato. Yo tengo una Sour Diésel que te hará olvidar quién es tu mamá... ¿Adónde vas, negro?

ISIAH NO PODÍA AGUANTARLO, ver a Dodson husmear por todas partes como un inspector de sanidad, fruncir la nariz en la cocina, manosear las cortinas como si fueran un traje que iba a comprar, tocar cosas cuyo valor desconocía, cosas que había tocado Marcus. Dodson miró dentro del baño y dijo «ajá», como si esperara lo peor y no hubiera quedado defraudado. Isaiah estaba agotado, pero maldita sea, no permitiría que Dodson se aprovechara de él. Marcus decía que cuando alguien está tratando de joderte en un trato, no hay que discutir, sino mantenerse en silencio.

—¿Cómo has conseguido este sitio? —preguntó Dodson.

—No es asunto tuyo —respondió Isaiah.

—Tu televisor no tiene más de veintisiete pulgadas.

—Cómprate tu propio televisor.

—¿Tienes aire acondicionado?

—¿Acaso ves algún aire acondicionado?

—¿Qué es todo esto? —dijo Dodson, mirando los trofeos de Isaiah exhibidos en la pared. Pergamino de Honor, participante del plan de Educación Avanzada, Premio Académico de Matemáticas, Mención de Honor en el Concurso de Ensayos Científicos de Lipton, Campeón del Decatlón Académico del distrito, una carta del centro comunitario McClarin Park en la que le manifestaban su agradecimiento por enseñar a personas mayores a utilizar ordenadores.

—No te preocupes por eso —respondió Isaiah.

—¿Ese es el dormitorio? —dijo Dodson, señalando una puerta con un movimiento de la cabeza.

—Tú duermes en el sofá, que se convierte en una cama.

—Me pareció que dijiste que tenías una habitación.

—Esta es una habitación. También tienes una cocina y el baño.

—Eso es una puta mierda. No voy a pagar toda esa pasta por dormir en un sofá.

—Entonces no lo hagas.



—Déjame explicarte algo, hijo. No puedo tener a nadie cerca espiándome. Soy un hombre de negocios. Necesito tener privacidad.

—Tus negocios no me interesan, y si necesitas tanta privacidad búscate otro sitio.

—¿A quién le estás hablando, negro? —dijo Dodson, sacando pecho—. Si me faltas al respeto, te muelo a palos ahora mismo.

—Como quieras —dijo Isaiah. La amenaza lo había enfurecido pero sabía que Dodson estaba marcándose un farol. Si se pelearan, él no tendría donde quedarse. Dodson giró sobre sus talones.

—Por dos cincuenta debería quedarme con el dormitorio —dijo.

La idea de que Dodson durmiera en la habitación de Marcus era un sacrilegio.

—Eso no va a pasar —dijo Isaiah—. Ni lo sueñes.

DODSON ERA UN MIEMBRO RESPETADO de los H-Town Deuce Trey Crip Violators. Se le echaron encima a los quince años. Alrededor de una docena de sus futuros colegas le dieron una tremenda paliza en el aparcamiento detrás de Vons. Después, cuando lo levantaron del asfalto, todo era amor. *Eres uno de los nuestros, negro. Estás dentro para toda la vida, negro. Ahora sí que es de verdad, hijo, estás con los vips. Estás en el nivel más alto, perro, estás con los que tienen las pelotas más grandes.* Sí, estupendo, pero ahora que se había convertido en un sintecho todos esos vips de pelotas grandes tenían alguna que otra jodida excusa y él se veía obligado a dormir en el Ford Escort de diez años de antigüedad de Keenya con film plástico para envolver alimentos en lugar de los cristales de las ventanillas y pelo de gato incrustado en los asientos llenos de polvo. Se lavaba en el baño de hombres de la gasolinera Econo y comía burritos cocinados en microondas que compraba en el 7-Eleven y menús de oferta del Mickey D's. Ya había visto antes a Isaiah, conversando con algunos chicos que no pertenecían a ninguna banda, de esos que llevaban mochilas y tenían zanahorias en sus fiambreras. Al principio, pensó que Isaiah estaba metido en algo; todo encorvado, como su tía May, los ojos rojos, pelusa en el pelo, la ropa como si acabara de salir de la cama. Era imposible que un chico de diecisiete años hecho polvo pudiera tener un piso que no estuviera también hecho polvo. Salvo que no lo estaba. El apartamento le recordaba la casa de sus padres. Todo limpio, ordenado y cuidado como si a alguien le importara. Estaba absolutamente decidido a quedarse, pero jamás había pagado el precio completo de nada en su vida.

—No te alcanza para el alquiler; si no, yo no estaría aquí —dijo Dodson —. Sin mí, terminarás en la calle.

—Sin ti iré a buscar a algún otro y tú puedes volver a vivir en el cobertizo de plástico.

—Hablando en serio, necesito que me hagas una rebaja, hermano.

—No me llames hermano.

—Dos cincuenta supera mi categoría tributaria. ¿Qué te parece si quedamos en uno cincuenta?

—¿Qué te parece si quedamos en trescientos?

—¿Y qué te parece uno setenta y cinco?

—¿Qué te parece quinientos?

—Eres un negrito cabezota, ¿eh?

—¿Te quedas o te vas? Decídetelo.

Dodson sabía que tendría que ceder, al menos por el momento. Necesitaba darse una ducha, ponerse ropa limpia. Ya encontraría la manera de resarcirse más adelante.

—Me quedo, ¿vale? Me quedo.

—¿Dónde está? —dijo Isaiah.

—¿Dónde está qué?

—El dinero.

—Estoy un poco apurado esta semana. ¿Qué te parece si te doy cien ahora y el resto la semana próxima?

—¿Qué te parece si vuelves cuando tengas los dos cincuenta?

Dodson sintió una oleada de humillación, vencido por ese tontorrón. Se quedó allí, mirando el suelo, la cabeza ligeramente inclinada, un puño apretado. Sintió ganas de darle unos cuantos golpes a ese chico, hacerle saber con quién se estaba metiendo. En cambio, estornudó. Puto pelo de gato. Se dio la vuelta y se marchó, pensando *este es solo el primer round, hijo de puta*.

## Capítulo tres

### ¿Y mi sándwich, zorra?

*Julio de 2013*

**D**ODSON ESTABA SENTADO en una silla plegable de metal en el escenario del auditorio de la escuela secundaria Carver. Recordaba vagamente haber sido estudiante en ese sitio, aunque llamarlo estudiante era una exageración. Su asistencia era tan baja que su profesor de historia decía que debería llevar una credencial de visitante. Los deberes eran como un ritual extraño que se practicaba en un país extranjero donde todos eran rubios y usaban zapatos de madera.

Dodson compartía la tarima con un bombero vestido con un gran abrigo de lona, una enfermera filipina de bata verde, una mujer corpulenta de uniforme gris que trabajaba como funcionaria de prisiones y un viejo vestido con un mono manchado de aceite y una gorra de STP y que era propietario de un desguace. Sobre ellos colgaba un cartel pintado con témpera azul y verde que decía: orientación vocacional. Dodson vio aparecer a Isaiah por la parte trasera del auditorio y sonrió para sus adentros. Eso solo podía significar una cosa. Isaiah necesitaba dinero y lo necesitaba con urgencia.

El viejo era el primero. Dio comienzo a su presentación con un chiste.

—Muy bien —dijo—. Un hombre negro entra en un bar, sabéis, y tiene un loro en el hombro. Un ave grande y hermosa, con toda clase de colores y cosas así, y el camarero dice: oye amigo, eso es hermoso. ¿Dónde lo conseguiste? Y el loro dice: en África.

A partir de ahí todo fue cuesta abajo. La enfermera tenía un acento que la puso fuera de combate y el bombero hizo dormir a todos hablando de buenas

notas y personalidad. La funcionaria de prisiones explicó que su trabajo era duro pero tenían un sindicato y no podían echarse a menos que metieras droga de contrabando en la cárcel o tuvieras relaciones sexuales con algún preso.

El señor Ingram, el vicedirector, subió al podio. Estaba ataviado con pantalones Dockers color caqui y un polo celeste y tenía aspecto de agotamiento, como si pensara que le habría ido mejor siguiendo los pasos de su padre en la empresa de limpieza de alfombras.

—Muy bien, calmémonos todos —dijo, mientras miraba un portapapeles—. Nuestro próximo participante es un prominente emprendedor y conocido empresario local, el señor Juanell Dodson. Adelante, señor Dodson.

Dodson se incorporó. Se había puesto un traje cruzado color carbón con rayas color tiza, una corbata amarillo canario y un pañuelo del mismo color en el bolsillo delantero. Podría haber pasado por un empresario normal y corriente si no fuera por los pendientes de diamantes en las orejas y los zapatos de vestir Stacy Adams blancos y negros. Se paseó por el escenario, con el paso torcido de un chulo el día de su cumpleaños, abrochándose los gemelos y echando un vistazo a su reloj de pulsera, que tenía el tamaño de un reloj de sol y tantos diales y botones que prácticamente no podía verse la hora. Los chicos gritaron y silbaron pero a juzgar por lo que a Dodson le importaba, podrían haber sido cantos de aves.

Había una mesa y un proyector en el centro del escenario y un micrófono en un pie junto a la mesa. Dodson se puso delante del micrófono, respiró lenta, profunda y caritativamente y echó un vistazo a su público, con la mirada de alguien que estuviera oliendo algo que había superado la fecha de caducidad. Los chicos siguieron con sus risitas y sus cuchicheos pero Dodson esperó... y esperó... y esperó... hasta que reinó un silencio absoluto. Una circunstancia tan poco común que los niños empezaron a mirarse entre sí.

—Perdedores —dijo Dodson—. No veo más que perdedores. Mal peinados, codos resecos, teléfonos móviles con tarjeta prepago que ni siquiera os permiten usar a menos que os secuestren y zapatillas con logos que nadie ha visto fuera de Hong Kong o Vietnam. ¿No os gustaría que hubiera aunque fuera una sola cosa en vosotros que tuviera estilo? ¿Ahora mismo? ¿Algo que no os haya comprado vuestra mamá en las rebajas posnavideñas de KMart? ¿Algo de lo que pudierais estar orgullosos y exhibirlo ante vuestros amigos? Bien, claro que sí, y lo sabéis. —Dodson levantó una mano como si estuviera eludiendo la pregunta de algún periodista—. Oh, sé lo que estáis pensando. ¿Qué podría poseer un harapiento como yo que pudiera servir para alcanzar el nivel y la atención que tal vez me merezca o tal vez no? ¿Qué vestigio de

buena vida podría aspirar a adquirir alguien perteneciente a mi lastimoso grupo demográfico? Bueno, prestad atención, jóvenes. Juanell Dodson está a punto de volver realidad vuestros sueños.

Dodson sacó su teléfono móvil, pasó el dedo por la pantalla y empezó a sonar una música por el sistema de amplificación del auditorio, *California Love* de Tupac. Los niños balanceaban las cabezas y se miraban sonriendo. Dodson volvió a pasar el dedo por la pantalla y apareció una presentación de Power Point en la pantalla del escenario. En la primera diapositiva se veía a Jay-Z, fumando un cigarro y con una cadenilla de barbada de oro gruesa como una boa constrictor. Nelly tenía una cadena hecha completamente de diamantes y unos pendientes del mismo material. La cadena de Flo Rida era relativamente modesta, pero el pendiente de Jesús con diamantes engarzados era del tamaño de un pastel de pollo.

—Mirad esos eslabones —dijo Dodson, sonriendo como si él hubiera forjado las cadenas en su propio taller—. Te hacen sentir un ganador solo con mirarlos.

La música siguió sonando y los niños bailaban en sus asientos, mientras se sucedían más diapositivas de raperos, cantantes, actores, productores discográficos y atletas profesionales, todos con escandalosas cadenas de oro.

—Oh, sé lo que estáis pensando —dijo Dodson, y volvió a levantar la misma mano—. ¿Cómo alguien con tantos problemas económicos como yo puede pagarse joyas como esas? ¿Consiguiendo un trabajo? ¿Haciendo qué? ¿Quién va a contratar a un analfabeto como yo? ¿Tal vez mis padres podrían ayudarme? Por favor. No hay ningún ingreso extra en su horizonte monetario. Nadie te va a dar un aumento si arrastras un carro de perritos calientes o trabajas como cajero en Shop 'n Save. —Algunos de los chicos rieron, pero la mayoría no—. Pero, Juanell —continuó Dodson—, ¿por qué me muestras estos tesoros cuando sabes que estoy en bancarrota y que incluso si toda mi familia muriera al mismo tiempo lo único que me dejarían son algunos billetes de lotería y las cuotas del crédito del coche? Bueno, no desesperéis, jóvenes, el plan de financiación de alquiler y propiedad de Juanell Dodson puede poner en vuestras manos una genuina cuerda de catorce quilates lo bastante grande como para darle tortícolis a Kanye por apenas unos peniques al día.

MIENTRAS DODSON AMPLIABA SU COMENTARIO sobre Kanye, el señor Ingram se puso las manos sobre las rodillas y se levantó de la silla. Eso era lo único que

necesitaba, como si cinco clases de educación sanitaria con chicos que tenían bigote y que practicaban más sexo en un fin de semana que él en todo un año no fueran suficiente para arruinarle el día. Se acercó a Dodson y puso la mano sobre el micrófono. Trató de mostrarse escandalizado, pero le salió más bien como un ruego.

—De acuerdo, señor Dodson, necesito que pare —dijo—. Esto es una asamblea escolar, ¿no es obvio? Estamos aquí para educar, no para darle a usted la oportunidad de promocionar su negocio.

Dodson parecía apesadumbrado, como si el señor Ingram se hubiera contagiado de una enfermedad rara.

—Es un mundo de negociadores, hijo —dijo Dodson—. Y si no es uno el que negocia, alguien lo negocia a uno.

LA ASAMBLEA HABÍA TERMINADO. Dodson descendió del escenario y entregó sus tarjetas de visita a los chicos que hacían cola a su lado.

—W W W punto Juanell Dodson Alquiler y Propiedad —dijo—. Todo en una sola palabra. Llenad los formularios de solicitud y nos pondremos en contacto.

Isaiah seguía de pie en la parte trasera del auditorio, esperando que notara su presencia. Dodson siguió entregando tarjetas hasta que ya no quedaban más niños y el auditorio estaba vacío. Se subió al escenario, cogió su maletín e hizo el gesto de abrirlo para lograr el efecto deseado.

—Sabes que estoy aquí —dijo Isaiah, acercándose a él—. Me viste cuando entré por la puerta.

—¡Isaiah! —dijo Dodson, como si Isaiah fuera una antigua novia a la que se hubiera encontrado de casualidad en una fiesta—. Qué sorpresa. ¿Te han gustado las presentaciones? Creo que ha salido bien, ¿no?

—Tengo que hablar contigo —dijo Isaiah.

—Oh, lo siento, pero tengo prisa. ¿Podemos dejarlo para la semana próxima?

Dodson bajó del escenario y pasó caminando a su lado.

—Vamos, Dodson, deja de tontear —dijo Isaiah, siguiéndolo.

—Me temo que no sé a qué te refieres —respondió Dodson. Aceleró el paso. La idea era hacer que Isaiah se diera prisa, reducirlo a un niño persiguiendo a su madre.

—Quiero hablar de ese caso —dijo Isaiah.

—¿Del caso? —replicó Dodson—. Tengo muchos casos en este momento. ¿Podrías ser más específico?

Había que tener cuidado con Isaiah. Si uno lo presionaba demasiado, se levantaría de la mesa, le costara lo que le costase.

—El caso del que me hablaste —dijo Isaiah—. El del cliente que puede pagar.

—Podría ser cualquiera de mis clientes. Son un grupo muy exclusivo. — Dodson sabía que estaba llegando al límite de Isaiah pero no podía resistirse. Tampoco era que este cabroncete engreído y condescendiente no se lo mereciera—. Oh, espera, ya lo recuerdo —dijo—. Sí, es una situación muy complicada. Necesito al menos cinco minutos para explicártelo y me temo que no tengo tiempo.

\* \* \*

NO HABÍA MUCHO QUE MIRAR en el trayecto hasta la casa del cliente. Arcenes cubiertos de enredaderas y paredes de cemento bloqueaban la vista a ambos lados de la autopista. Tampoco uno se perdía mucho. Si alguien llegara en avión, lo único que vería sería una expansión urbana descontrolada e ilimitada hasta el horizonte. Long Beach, Compton, Carson, Torrance, Westwood, Studio City... nada más que nombres en un mapa.

Isaiah condujo, resistiendo el impulso de hablar. Dodson estaba vacilándolo. Después de la asamblea no había dicho nada sobre el caso, obligando a Isaiah a preguntar y dando una respuesta vaga. Luego había hecho una llamada y había declarado que tenían que reunirse con el cliente en ese mismo momento, sin aclarar de quién se trataba. Luego se negaba a permitir que Isaiah abriera un poco la ventanilla alegando que le arruinaría el peinado, mientras su colonia hacía que el coche apestara. Para Isaiah olía como si alguien hubiese metido chicle con sabor a fruta, un guante de cuero nuevo y las pelotas sudadas de un hombre en una licuadora y la hubiera encendido a la potencia de pulverización. En ese momento, Dodson estaba hurgándose los dientes con un palillo y agitando la cabeza al ritmo de la música de Tupac, música que, según insistía, le aclararía la mente para el caso.

En una de sus encarnaciones anteriores, Dodson había sido productor discográfico. Su protegido más prometedor era un chico con al aspecto de Charley Barkley que se hacía llamar Da Chunk, o El Pedazo. Chunk tenía una canción que llegó al puesto ciento noventa y ocho en la lista de sencillos más

vendidos de rap. Se titulaba «¿Y mi sándwich, zorra?». Dodson había escrito la letra:

*Estuve en el club de strip, haciéndomela frotar,  
pitando de una peta, con ganas de jamar.  
Me largo a mi quelí, no hay nada de papeo.  
La lumi soba, a leches la despierto.  
(Estríbillo).  
¿Y mi sándwich, zorra? ¡He dicho!  
¿Y mi sándwich, zorra? ¡He dicho!  
¿Y mi sándwich, zorra? ¡Tengo hambreee!  
¿Y mi sándwich, zorra?*

—¿Podríamos escuchar otra cosa que no sea Tupac? —dijo Isaiah.

—Sí, podríamos, pero esto es lo que quiero escuchar justo ahora —respondió Dodson—. Tupac es lo mío. ¿Sabías que estudió en la escuela de arte de Baltimore? Jazz, actuación, poesía. Se mudó a Oakland cuando yo empezaba. Era un icono en mi barrio. Yo escuchaba sus discos todos los días.

—Lo recuerdo. Me volvía loco.

—Este álbum de ahora, *Don Killuminati*, es un clásico. No salió hasta después de que Tupac murió. El mundo de la música perdió un gigante ese día.

—Para mí no era más que otro matón.

—Ahora estás exhibiendo tu ignorancia.

—¿Quieres decir que no era un matón?

—No como yo, si te refieres a eso. Cuando Tupac decía «matón» se refería a un hermano que no tenía nada pero mantenía la frente en alto, no se comía la mierda de nadie y hacía lo que tenía que hacer. Tupac era pura positividad, y además le importaba su gente. Rapeaba sobre pobreza, injusticia, la opresión del sistema. Suge Knight dijo que Tupac sigue vivo y que se esconde en una isla.

Isaiah tenía algo de rap en su colección, incluso un par de álbumes de Tupac, pero había dejado de escuchar esa música hacía tiempo. Todas esas letras representaban una vida a la que él jamás había aspirado. Hoy en día escuchaba toda clase de música: Coltrane, Beethoven, Segovia, Yusef Lateef, Yo-Yo Ma. Pero nada de cantantes. La música sin letra le permitía llenar la cabeza con imágenes de su propia creación, o con ninguna. Todavía tenía los



discos de Motown de Marcus, pero jamás los escuchaba. Si oía una canción en una tienda o en la radio de alguien, se alejaba.

Dodson lanzó con el palillo de dientes una basurilla diminuta sobre el salpicadero.

—Oye, no me tires basura en el coche —dijo Isaiah.

Dodson buscó la mancha, con la cara a tres centímetros del salpicadero.

—¿Tienes una lupa? Porque yo no consigo... Oh, sí, allí está, ya la veo. Pensaba que era una pulga.

—Lo que sea, no me tires basura en el coche.

—Sigues siendo un negrito quisquilloso, ¿no? Igual que en el apartamento.

—¿Podrías hablarme del caso antes de que lleguemos, por favor?

Dodson sonrió, triunfal.

—El cliente es Black the Knife —dijo, esperando que Isaiah quedara impresionado.

—¿Quién? —dijo Isaiah.

—Black the Knife, el rapero. ¿Tan atrasado estás? Era de la generación de Nelly, Ludacris, Mystikal y Busta Rhymes. Tenía casas, coches, su propia línea de ropa, su propia marca de tequila, su propia colonia. Es la que uso ahora. ¿Por qué pones esa cara? Intento ponerte en situación. —Dodson sabía que Isaiah se mostraría impaciente y condescendiente, como siempre. Era difícil no reaccionar, pero había una buena suma en juego—. El verdadero nombre de Black the Knife es Calvin Wright —continuó—. Se crio en Inglewood, por Hollywood Park, estaba con los Damu Bloods antes de meterse en esta historia. Anthony me contó que alguien trató de cargárselo en su propia choza y que casi lo logra.

—¿Quién es Anthony?

—Mi primo segundo. ¿No lo conoces? Un año más que nosotros. Consiguió una beca para ir a la universidad, trabajó para Bobby Grimes. Creo que así conoció a Cal.

Isaiah no sabía quién era Bobby Grimes pero no iba a preguntarlo.

—Anthony me ha dicho que no podía hablar de eso por teléfono pero que era urgente —prosiguió Dodson—. Cal se niega a salir de su casa y se supone que tendría que estar grabando un álbum.

—¿Su gente no puede protegerlo?

—Esa es la parte que no entiendo. Su equipo de seguridad son los hermanos Moody, Bug y Charles. No los conozco pero he oído hablar de

ellos. Son unos cabrones hijos de puta. Si uno los tiene al lado puede caminar por el medio del bulevar Afghanistan sin preocuparse por nada.

—¿Por qué no acudieron a la policía?

—Anthony dijo que esto había que mantenerlo en secreto y lo dijo dos veces. Me hizo jurar que no se lo contaría a nadie excepto a ti.

—¿Y qué hay de los honorarios?

—Aquí es donde viene lo bueno. Cobrarás tus honorarios diarios habituales más un bono de cincuenta mil dólares si resolvemos el caso.

—¿Cincuenta mil? No puede ser cierto. Es demasiado dinero.

—Pues agradécemelo. Le dije a Anthony que estábamos a punto de aceptar otro caso y que el cliente iba a soltar una buena pasta. Anthony preguntó cuánto y yo respondí veinticinco mil. Dijo que él igualaría la suma y yo dije: ¿por qué vamos a abandonar un caso si lo único que obtendremos es la misma cantidad? Él dijo treinta y cinco y yo dije cincuenta. Veinticinco por el trabajo y veinticinco por el cliente perdido. Le preguntó a Cal y Cal dijo que vale.

—Eso no tiene sentido —dijo Isaiah—. Por cincuenta mil podrían contratar a una de esas empresas de seguridad con alta tecnología. Tienen bases de datos, contactos en las fuerzas de seguridad e investigadores que son ex FBI.

—Cal y ellos son unos negros de verdad —dijo Dodson—. Sabes que gente así jamás va a contratar a ningún ex FBI y que tienen esa mentalidad. Si no pagas mucho dinero, es que no vale mucho dinero.

—Sabes que voy a trabajar solo en el caso.

—Imposible. Le dije a Anthony que éramos socios, como parte de mi argumento de venta. Y esta es una oportunidad para que yo expanda mi red y establezca nuevas relaciones comerciales y no pienso renunciar a eso porque tú tengas una actitud negativa.

—Yo trabajo solo para poder hacer las cosas a mi manera y no tener que preocuparme de nadie excepto de mí mismo.

—Trabajas solo porque no respetas a nadie excepto a ti mismo, y en esta situación en particular eso es una pena. Y, solo por curiosidad, ¿por qué estás tan arruinado? ¿Gastaste demasiado en el coche?

—No estoy arruinado y el coche lo he fabricado yo.

—Negro, por favor. Nadie puede fabricar un jodido Audi, ni siquiera tú. Y, ya que estamos con el tema del dinero, mi parte es la mitad. No me mires así. No habría nada de dinero sobre la mesa si no fuera por mí y no me molesta decirte que hizo falta mi incesante energía, mi visión para los

negocios y una buena cantidad de talento para las relaciones públicas para que obtuviéramos este trato. Por lo tanto, espero que se me compense de manera adecuada.

—Sabes que eso no es cierto —respondió Isaiah—. Anthony leyó aquel artículo de *The Scene*, ¿no? Recordó que tú y yo íbamos a la misma clase y te llamó.

—Sí, pero fui yo el que negoció y consiguió cincuenta mil dólares y me merezco el cincuenta por ciento.

—Ni lo sueñes.

CUANDO LLEGARON A LA CHOZA de Calvin, Isaiah había conseguido reducir al veinticinco por ciento la tajada de Dodson y ninguno de los dos estaba feliz. Calvin vivía en Vista del Valle, una exclusiva urbanización de Woodland Hills en lo alto de la colina. Un guardia de seguridad en una cabina verificó sus datos e hizo una llamada antes de dejarlos pasar. Las residencias eran inmensas, los céspedes lisos como mesas de billar, había coches de lujo en las entradas. Ninguno aparcado en la calle. Los únicos peatones eran niñeras que empujaban cochecitos de bebés de fibra de carbono que valían mil dólares.

—Mira, cuando lleguemos, déjame manejar la situación a mí, ¿de acuerdo? —dijo Isaiah—. Este es mi trabajo.

—Sé que la parte detectivesca la tienes clara —dijo Dodson—, pero la relación con clientes de este nivel no es lo mismo que encontrar el perro que se le perdió a alguien. Hace falta diplomacia, refinamiento y habilidad para la venta, cualidades de las que tu hosco y desagradable ser carece. Menos mal que tienes algo de talento, hijo, porque si tuvieras que sobrevivir con tu personalidad, estarías trabajando en el depósito de cadáveres con los muertos.

La casa de Cal era un gigantesco chalé color salmón de estilo mediterráneo con palmeras y helechos exóticos y una fuente con delfines saltarines que escupían chorros de agua. Había una casa estilo Cape Cod, igualmente gigantesca, que compartía el mismo callejón sin salida y las dos juntas eran como mellizas con diferente vestimenta. Isaiah aparcó el Audi en la entrada circular detrás de un Ferrari F1 descapotable, un Low Rider Chevrolet modelo 64, un Escalade y un Lexus IS 350.

Dodson examinó el Ferrari y pasó los dedos sobre la perlada pintura negra y el cuero mantecoso de la tapicería.

—¿Sabes a qué me recuerda esto? A Cherise después de que se pone humectante en las nalgas.

Dodson siguió hablando del Ferrari mientras los ojos de Isaiah recorrían la casa. Las ventanas de la planta baja eran emplomadas y la enorme puerta principal de roble estaba protegida por un grueso portón de seguridad de hierro forjado. Había una cámara tipo bala bajo un alero que apuntaba a la calle sin salida. Otra cubría la entrada para coches y también había una cámara tipo domo montada sobre la entrada. Había unos cartelitos rojos y blancos entre los arbustos que decían *ADVANCED SECURITY*, una empresa de alta gama. Isaiah conocía cómo trabajaban. Si alguien había conseguido entrar en esta casa, sabía lo que hacía.

LA CASA DEL RAPERERO se encontraba en la siguiente colina. El hombre del perro apuntaba sus binoculares de caza a los dos tipos que estaban en la entrada para coches. Era evidente que el que estaba a cargo era el más alto. Por la forma en que se quedaba allí de pie, no mirando a su alrededor sino más bien estudiando; se tomaba su tiempo, asentía cuando tomaba notas mentales de algo, se alejaba de la casa rumbo a la calle sin salida y luego volvía para ver qué había en ella. Estaba concentrado. No había dicho una palabra desde que se había bajado del coche. El pequeñito que estaba dando vueltas al Ferrari no podía parar de parlotear.

No había duda de que el tipo alto no era otro rapero. Podría haber sido un amigo, pero eso tampoco encajaba. No se parecía en nada a la gente que entraba y salía de esa casa. No tenía nada de esa actitud jactanciosa de mierda. Probablemente sería IQ, el tipo del que le habían advertido. Qué manera tan jodidamente estúpida de llamarse. El hombre pensó en sacar su rifle de francotirador de la camioneta, pero no había necesidad de nada extremo en este momento. Lo único que lograría sería que el rapero se recluyera todavía más; incluso podría hasta marcharse de la ciudad. De todas maneras, ¿qué podía hacer este tipo que se hacía llamar IQ? No había ninguna prueba que encontrar, ninguna pista que seguir. *IQ*. Las iniciales en inglés de Coeficiente de Inteligencia. Qué puto chiste.

El perro gruñó y se hinchó contra el collar de pinchos. Había un gilipollas con un pastor alemán caminando al otro lado de la calle. *¿Por qué me miras así? Oh, ¿crees que ese chucho tendría una oportunidad? Tienes suerte de que no suelte a mi perro. En dos minutos os mataría y comería a los dos. Espera, no puedo creerlo. ¿Acaso ese gilipollas acaba de sonreírme?*

—Quédate quieto, *Goliath* —dijo el hombre—. Quiero quitarte la correa.

DODSON LLAMÓ AL TIMBRE, con Isaiah todavía mirando a su alrededor. Algo iba mal, algo en el aire, algo en aquellas colinas al otro lado de Ventura Boulevard. Era la misma sensación que tenía cuando conducía por territorio de los Locos. Que lo miraban ojos que él no podía ver, que las balas llegaban antes que la detonación.

—Bienvenidos —dijo Anthony cuando abrió la puerta—. Me alegro de verte, Dodson.

Sonaba casi aliviado, como si lo fueran a rescatar. Le estrechó la mano a Dodson al estilo tradicional, confundiéndolo un momento, hasta que finalmente este entendió cómo se hacía.

—Me alegro de verte a ti también, primo —respondió Dodson, y lo decía en serio—. Ha pasado demasiado tiempo, joder.

Isaiah no pudo detectar ningún parecido físico entre ellos. Anthony tenía el atractivo de un universitario, como de chico blanco. Rasgos delicados, gafas de empollón, un jersey ceñido con triángulos de diferentes colores y pantalones pirata.

—Tú debes de ser Isaiah —dijo Anthony—. He oído hablar mucho de ti.

—Me alegro de conocerte, Anthony —dijo Isaiah.

—Por favor, pasad.

El vestíbulo habría sido una habitación de buen tamaño en la casa de cualquier otra persona. Un espejo recargado de marco dorado y un suelo blanco de travertino reflejaban la luz de una araña enorme; y una dramática escalera de mármol subía hasta la segunda planta.

—¿Siempre guardáis un Kalashnikov en el paragüero? —dijo Isaiah, mirándolo.

—Recuérdame no venir aquí si llueve —comentó Dodson.

—Es una larga historia —respondió Anthony—. Parte de la razón por la que estáis aquí. Nos reuniremos con Cal en la sala de juegos. —Isaiah vio furia y exasperación en los ojos de Anthony, como si lo hubieran obligado a hacer horas extras demasiadas noches seguidas. Anthony los guio por la casa, caminando rápido, como si se le estuviera haciendo tarde. Había más arañas iluminando el camino—. Por si os lo preguntáis, soy el asistente personal de Cal —explicó—. Trato con abogados, jefes de prensa y promotores. Le organizo la agenda y me ocupo de protegerlo de su sello discográfico, así como de cualquier otro que quiera aprovecharse de él.

Isaiah sabía que existían casas como esa, pero nunca había estado en una. La cantidad misma de muebles recargados, suelos de mármol, cuadros tamaño natural, esculturas exóticas, maderas barnizadas, gruesos cortinajes y espejos

dorados hacían que la residencia pareciera una tienda de decoración después de que todos los empleados se hubieran marchado.

—No sé qué te ha contado Dodson —continuó Anthony—, pero la situación está a punto de irse de madre. Cal lleva tres semanas sin salir de casa y luego, el fin de semana, sucedió esta locura. Ahora este lugar es como un campamento militar. Quería que yo llevara un arma, pero me negué. Para ser honesto, lamento haberte llamado, pero Cal insistió. Todo esto es completamente ridículo.

Cuando entraron en la sala de juegos, Dodson dijo:

—¿A qué jugáis aquí? ¿Al polo?

Era un espacio tan grande que parecía vacío, incluso con el billar americano, el futbolín, la mesa de cartas, la mesa de dados, la máquina de pinball, tres televisores, una chimenea, dos bares e islas de muebles blancos lo bastante grandes como para sentar en ellos al primer equipo de los Lakers. Una pared de cristal con una puerta deslizante, también de cristal, daba a un patio de ladrillo visto y una barbacoa de gas del tamaño de un búfalo. La piscina tenía un color azul de postal, el césped era casi demasiado exuberante y verde como para ser real; a un lado había una cancha de básquet de tamaño profesional.

—Ya sé —dijo Anthony.

Los hermanos Moody llegaron juntos. Junebug, alias the Bug, era una de esas personas que podía hacer que una habitación pareciera más pequeña. Era calvo, negro morado como una berenjena y ancho como una nevera Sub-Zero. Tenía la mayor parte del peso en torno a la cintura, pero parecía más temible que gordo y una Magnum calibre 357 en una pistolera aumentaba el efecto.

—Tú debes de ser Bug —dijo Dodson—. Es un placer conocer a alguien tan célebre.

Bug hizo caso omiso de él y se acercó a Isaiah, despidiendo calor como una cocina con un poco de marihuana Kush en el horno.

—Así que eres tú, ¿eh? —dijo—. ¿El gran IQ?

—Me llamo Isaiah —dijo Isaiah.

Bug extendió su carnosa garra, dándole la forma de un arma de mano, e hizo como que disparaba, para dar énfasis.

—Bueno, te lo diré directamente —dijo—. Tal vez seas alguien en Long Beach, pero aquí no eres una mierda. Si nos faltas el respeto, estás acabado, ¿me oyes? Cal es mi negro. Si la cagas, oh, por DIOS, te voy a hacer mucho daño.

Isaiah lo miró como si se hubiera presentado a la puerta vendiendo a cinco dólares unas chocolatinas que se podían comprar por un dólar en la tienda. Detestaba las amenazas. Un gilipollas como Bug, que exigía respeto como si actuar como un matón fuera una cualidad admirable, como la sabiduría o la amabilidad.

—¿Qué? ¿Qué? —dijo Bug, balanceando la cabeza como un metrónomo—. ¿No tienes nada que decir? ¿Eres un jodido mudo, negro de mierda? No te quedes ahí parado, negro, di algo.

Dodson se metió entre los dos levantando las palmas.

—Tranquilo, Bug, está todo bien. —No había muchas cosas de las que Dodson tuviera miedo y podía manejarse mejor que la mayoría. Había sido campeón de boxeo de peso pluma en la prisión estatal Chino, después de moler a palos a toda una serie de mexicanitos tatuados y fibrosos—. No hace falta ponerse hostil —dijo—. Hemos venido por trabajo.

—¿Estaba hablando contigo, insecto? —dijo Bug—. Sal de mi camino, cabrón.

—Charles —dijo Anthony—. ¿Podrías frenar a tu hermano?

Charles miró a Bug, quien resopló por la nariz y se colocó delante de uno de los bares.

—Nosotros nos ocupamos de nuestros propios asuntos internamente, ¿entiendes lo que quiero decir? —dijo Charles—. No necesitamos que vengan dos negros de fuera a interferir con nuestras cosas.

Charles era alto y desgarrado, y estaba siempre encorvado, tanto de pie como sentado. Tenía un rostro triangular, mirada torva y una barbita que terminaba en punta. Cuando las hembras lo veían aparecer, decían aquí viene el diablo.

—Nadie está interfiriendo —dijo Dodson—. Vuestro jefe nos ha invitado.

—Eso no significa nada para nosotros —dijo Charles.

—Trabajáis para él, ¿no?

—Más o menos.

Calvin Wright, alias Black the Knife, entró en la sala con paso un poco inseguro.

—¿Más o menos? —dijo—. ¿Eso es lo que haces, Charles, más o menos? Si me lo preguntas a mí, yo diría que haces menos.

Cal estaba hinchado, sin afeitado, con las trenzas deshechas. Tenía gafas de aviador con cristales de espejo, una bata negra gruesa como un abrigo de piel y pantuflas de terciopelo con borlas doradas. Llevaba un gran gato atigrado

naranja repantigado en sus brazos. El olor de su colonia era como un campo de fuerza.

—Cal —dijo Anthony—. Ellos son Isaiah Quintabe y Juanell Dodson.

—Ya era hora, joder —dijo Cal—. ¿Cuál de vosotros es el señor Q?

—Me llamo Isaiah —dijo Isaiah.

—Oh, sí, ¿verdad? —dijo Cal—. Bueno, a mí me importa un carajo, señor Q. Yo lo llamaré como quiera, y si no le gusta usted y su nombre pueden largarse de mi puta casa ahora mismo.

A Isaiah le llamearon los ojos y empezó a responder, pero Dodson se lo impidió.

—Es un verdadero placer conocerte, Cal —dijo Dodson—. Sigo tu música desde *Up from Nothin'*, tengo todos los discos que has hecho. ¿Sabías que en *The Scene* salió una lista de los cien mejores discos de rap de todos los tiempos y tú estabas en el segundo lugar? ¿Qué mierda es esa? ¿Cómo se atreven a decir que el álbum de Biggie es mejor que el tuyo? Cancelé mi suscripción en el acto. ¡Ya desearía Biggie poder rapear tan bien como tú!

—Bueno, no sé si es así —dijo Cal—. Quiero decir, Biggie es una vieja gloria, un prócer, le tengo mucho respeto a ese tío.

—Yo también, ¿pero segundo? Sabes que eso no está bien.

—Sí, lo sé, pero ¿qué se puede hacer? La gente siente pena por los muertos. ¿Queréis tomar algo?

—Gracias, Cal, pero no hace falta —dijo Dodson, sonriéndole a Isaiah.

—Muy bien, ahora —dijo Anthony, como si estuviera haciendo entrar a unos ancianos en la sala comunitaria—, sentémonos todos, ¿sí?

Cal se quedó de pie acariciando al gato con el hocico mientras los otros se acomodaban en un sofá en forma de U que rodeaba un Smart TV Sharp de alta definición y noventa pulgadas. Los hermanos se sentaron en un extremo, Isaiah y Dodson en el otro y Anthony en el medio, con el mando a distancia. La pantalla del televisor estaba dividida en una cuadrícula de seis pantallas más pequeñas y cada una de ellas mostraba una parte de la casa en imágenes nítidas, claras y a color.

—Esto es el viernes por la noche —dijo Anthony.

La marca temporal indicaba las 10:47. Cal salió de un dormitorio y avanzó por la sala. Caminaba lentamente, con los pies cerca del suelo, casi deslizándose. Con la bata encapuchada y las gafas de aviador parecía la Mosca convertida en un monje acudiendo a sus rezos nocturnos. La casa parecía abandonada, como si la gente se hubiera escapado.



—Puedo acelerar esta parte —dijo Anthony—. No pasa nada durante un buen rato.

—No, déjalo así —dijo Isaiah.

Anthony tocó unos controles en el mando a distancia y las pantallas siguieron a Cal por la inmensa escalera curva, a través del vestíbulo y hacia la sala principal, donde se detuvo a contemplar unos cuadros antes de seguir su camino.

—Por favor, no os ofendáis —dijo Dodson—. Estas preguntas son de rutina. Charles, ¿dónde estabas esa noche?

—En la disco, con Kartel y los otros —dijo Charles.

—Ya veo. ¿Kartel y los otros estarían disponibles para una entrevista?

—No, joder.

Isaiah estaba encogiéndose de vergüenza ajena. Dodson se creía que estaba en *CSI*.

—Se suponía que Bug tendría que estar aquí toda la noche —dijo Anthony—, pero se marchó temprano.

—Cal estaba dormido —dijo Bug—. ¿Qué se suponía que tenía que hacer aquí yo solo?

—¿Dónde fuiste, Bug? —dijo Dodson.

—A ver a esa BC —respondió Charles con una sonrisita de satisfacción.

—¿Qué es una BC? —preguntó Anthony.

—Blanquita Culona.

—Lamento habértelo preguntado.

—Tal vez nos interesaría ponernos en contacto con la BC para hacerle más preguntas —intervino Dodson—. ¿Podrías decirme su nombre?

—Claro —dijo Bug—. Se llama zorra.

CAL MASAJEÓ AL GATO y lo sintió ronronear entre las puntas de los dedos. Recordaba aquella noche con bastante detalle. Y era extraño, porque lo que había hecho desde esta mañana era una nebulosa. Recordaba lo contento que se había puesto cuando Bug se había marchado temprano y él se había quedado solo y había tomado algunas píldoras y fumado un porro, y que luego había recorrido la casa sin poder creer en toda la mierda que se había comprado. ¿En qué estaba pensando cuando pagó tanto dinero por un hacha de guerra escocesa del siglo XIV o los candelabros de platino con monogramas o las arañas que se parecían a la nave espacial de *Encuentros en la tercera fase* o el inmenso trono de teca en el que jamás se sentaba o el sofá de tela

mistral de siete módulos que todavía estaba envuelto en plástico? ¿Y de dónde habían salido esos cuadros? Su retrato no se le parecía en nada. ¿Desde cuándo tenía hombros redondos como balas de cañón y un estómago como si le hubieran metido seis ladrillos debajo de la piel? ¿Y por qué Michael Corleone sentado en un sillón era tan importante que tenía que ocupar espacio en la pared de la sala principal? Cal reconoció a Malcolm X en el tercer cuadro, pero no recordaba nada de él, salvo que Denzel lo había interpretado en la película.

Cal vio cómo el primo de Anthony trataba de hacerse pasar por policía sin que realmente le saliera bien. Era difícil actuar como si uno estuviera en calidad oficial si uno se parecía al comediante Katt Williams.

—¿A qué hora saliste de la casa, Bug? —dijo Dodson.

—A las diez y media —respondió Bug—. Cerré con llave, activé la alarma, revisé las ventanas y las puertas, todo. Iba a volver como siempre, a las dos o tres de la mañana.

—¿Anthony? —dijo Dodson—. ¿Y tú qué?

—Fui a ver a una amiga —replicó Anthony—. Y su nombre no es asunto tuyo.

—La chica misteriosa —dijo Charles—. Si es una chica. ¿De dónde sacaste ese jersey, amigo?

Cal se vio en la cocina, sacando cajas de comida para llevar de la nevera. Era extraño verse a sí mismo cuando uno estaba colocado. Moviéndose a cámara lenta, tan puesto que había que esforzarse para recordar lo que uno estaba haciendo; sin ninguna idea de lo que sucedería a continuación. En las otras pantallas se veía el pasillo, la sala de juegos y el patio trasero. Las cámaras exteriores tenían visión nocturna, todo envuelto en una niebla verde salvo la piscina. El resplandor de las luces que estaban debajo del agua se proyectaba con un temblor en el patio y en la pared de la enredadera, con la segunda planta de la casa estilo Cape Cod justo arriba. Una zona de césped separaba la piscina de una hilera de árboles que estaba en la parte trasera de la propiedad. El señor Q miraba la cinta como si estuviera absorbiendo cada píxel por los ojos. Charles sonreía y se metía con él como hacía con todos.

—¿Qué tal, señor Q? —dijo Charles—. ¿Ya lo ha deducido? ¿Tiene todas las pistas y toda esa mierda? ¿Ya está listo para hacer un arresto?

—No vais a creerlo —dijo Bug—. Esto es una locura.

—¿Podrías callaros, por favor? —dijo Anthony.

—Que te jodan, Anthony —dijo Charles.

Salvo por Cal en la cocina, todo estaba en calma. Los hermanos se inclinaron hacia delante, sonriendo y asintiendo.

—Mirad esto, mirad esto —dijo Charles.

En la cámara del patio trasero se vio aparecer un perro entre los árboles, explorando la hierba con el hocico y con los ojos resplandecientes en la oscuridad verde. Cal se estremeció bajo su bata y sintió ganas de mear.

Dodson miró el perro como si fuera un cocodrilo de siete metros de largo.

—¿De dónde ha salido? —dijo.

—La pregunta del millón —dijo Anthony.

El perro cruzó el césped y entró en el resplandor de las luces de la piscina. Se veía enseguida que era un pitbull. La cabeza como una maza, las orejas recortadas, el cuerpo rotundo, la postura ancha y beligerante. Dodson levantó los pies del suelo y giró las rodillas hacia los lados.

—Es un jodido pitbull —dijo—. Odio a esos hijos de puta.

El perro no tenía collar ni ninguna marca en su reluciente piel negra. Y era grande. Realmente grande. Casi podía confundírsele con un gran danés. Cal había visto un montón de pitbulls, pero ninguno de ese tamaño.

—Mirad esto, mirad esto —dijo Charles.

De pronto el perro levantó las orejas como si alguien estuviera gritando su nombre... y entonces empezó a moverse, primero con poca seguridad; dio vuelta a la piscina y se detuvo. Una vez más, levantó las orejas. Todavía con cierta vacilación, cruzó el patio, rodeó la barbacoa de gas y se dirigió hacia la casa, subiendo y bajando las orejas. Pasó debajo del pórtico y llegó hasta la puerta trasera.

—Espero que ese perro no tenga una llave —dijo Dodson.

—Ahora es cuando la cosa se pone loca —dijo Bug.

CAL RECORDABA HABER ESTADO DE PIE delante de la isleta central de la cocina, comiendo comida para llevar de un restaurante que se llamaba el Natural. Tempeh a la brasa con kale al vapor y quinoa vegetal con edamame de Jessica. Todavía no sabía manejar los palillos y la mayoría de la comida se había derramado sobre la encimera y le había manchado la bata. El libro decía que esta clase de dieta eliminaría las toxinas de su cuerpo pero no decía que tendría un gusto desagradable o que no sabría a nada. Estaba a punto de sacar las rosquillas Krispy Kreme de la nevera cuando entró un perro por la puerta para mascotas. Al principio Cal experimentó una gran alegría pensando que *Hella* se había escapado de la casa de Kwaylud y que había regresado

corriendo desde Atlanta para estar con su amo. Pero *Hella* era una rottweiler y este era un pitbull. Un hijo de puta grande y negro. El miedo se deslizó en el estómago de Cal, cuajando el tempeh y encogiendo el edamame. No se movió, no emitió sonido alguno. El perro seguía junto a la puerta para mascotas, adaptando los ojos a las hileras de luces empotradas y a los reflejos que despedían los electrodomésticos de acero inoxidable y el suelo de mármol blanco. Parecía más un monstruo de película que un animal doméstico. Una inmensa cabeza de *Tyrannosaurus rex*, pecho de Iron Man, colmillos como dagas de marfil, con esos oscurecidos ojos de cerdo, separados e implacables. Y jadeaba lentamente. *Jej... Jej... Jej... Jej*. El perro se quedó inmóvil un momento. Luego lanzó un gruñido grave, se encorvó para poner las patas debajo del cuerpo y se lanzó a través de la cocina como si lo hubieran disparado con una catapulta.

—¡Oh, MIERDA! —dijo Cal. Se volvió hacia la puerta y alcanzó a ver al perro patinando en el travertino cuando rodeó la isleta, deslizándose contra el horno, y una olla de cobre cayó al suelo. Cal corrió por el pasillo, con la bata abierta aleteando, y el perro lo persiguió veloz como un rayo, con las orejas echadas hacia atrás, las uñas escarbando y golpeando el suelo resbaladizo. Cal llegó a la sala de juegos y se metió entre las sillas y las mesas, con el perro tras él. Vio su reflejo en el cristal de las puertas deslizantes, con el perro a punto de echarse encima como un león sobre un ñu, pero lo esquivó dando un salto desde el sofá hasta la mesa de billar y luego otra vez hacia el suelo sin perder el ritmo.

El perro rodeó la mesa de billar, pero desde una distancia que le dio a Cal el tiempo justo para llegar a la puerta deslizante. La abrió con fuerza, salió e intentó cerrarla, pero el perro ya estaba a su lado y la pesada puerta le golpeó el cuello y lo retuvo allí como un trofeo de caza. No había forma de saber si el perro había sentido algo. Se agitó, se retorció y gruñó, chorreando baba desde los colmillos. Cal se apoyó en el pomo de la puerta con ambas manos, poniendo las piernas detrás como si estuviera empujando un coche mientras el perro enloquecía, sediento de sangre. Cal empezó a gritar como si ya lo estuviera desgarrando por la mitad. Las piernas estaban cediendo, perdía fuerza, las pantuflas resbalaban sobre los ladrillos.

El perro consiguió meter los hombros por la puerta y retorció el resto del cuerpo para hacerlo pasar. Cal soltó la puerta y corrió a través del patio, el perro lo alcanzó en tres zancadas, le agarró la bata por atrás, tiró y lo obligó a detenerse. Cal empujó hacia adelante como un caballo de tiro, resoplando y tensándose, pero el perro era fuerte y tiraba de la bata apoyando las patas

abiertas delante. Cal sollozó y, lentamente, empezó a caer de rodillas. Esperaba morir rápido y no quedar desfigurado, como una de esas víctimas con quemaduras a las que uno no se atrevía a mirar. Ya no podía seguir aguantando, las rodillas casi tocaban el suelo... y, entonces, la bata se rompió. Cal se retorció, consiguió liberarse, avanzó a trompicones y cayó de cara en la piscina. Primero fue la impresión del cambio de temperatura y luego todo se volvió plácido, no había nada, salvo el sonido de las burbujas que le salían de la nariz. Pensó que le gustaría quedarse allí abajo, lejos del perro, lejos del mundo... hasta que se dio cuenta de que no podía respirar. El pánico le atenazó los pulmones. Pateó y movió las manos para ascender, salió a la superficie y tomó aliento con fuerza, casi ahogándose.

El perro estaba en el borde de la piscina, ladrando incesantemente, inclinándose sobre el agua. Cal no pudo creerlo cuando la bestia se zambulló y empezó a nadar directo hacia él. Este hijo de puta era como el malo de *Terminator 2*. Cal trató de nadar hacia atrás, agitando las manos y dando patadas, creando una conmoción mayor que unos tiburones en un frenesí de voracidad, pero quedándose en el mismo sitio. Estaba agotado y cada aliento que tomaba era mayormente agua. Si no se ahogaba solo, el perro lo arrastraría hacia el fondo. Ya no podía seguir, estaba demasiado cansado para zambullirse o para hacer cualquier otra cosa. El perro se acercaba rápido, con solo los oscurecidos ojos de cerdo por encima de la superficie.

La mujer de la casa contigua salió al balcón. Una zorra rica que no tenía nada que hacer y que siempre se quejaba de la música y del olor a marihuana.

—¡Viene la policía! ¡Viene la policía! —gritó ella. Cal pensó que sus palabras siguientes fueron *negro de mierda*, pero tal vez lo imaginara. Al perro no pareció importarle y siguió avanzando hacia él. Un metro y medio, un metro veinte, noventa centímetros... Cal alcanzaba a ver dentro de la garganta del animal, a oler su agrio aliento... y entonces el perro levantó de golpe las orejas como lo había hecho antes en el patio y se alejó. Cal nunca se había sentido tan feliz en toda su vida. Con un nuevo impulso de energía, nadó agitando las manos hasta el borde de la piscina. Y entonces oyó lo que había oído el perro. Sirenas, y cada vez más fuerte.

—¡Estoy en la piscina! ¡Ayudadme! —gritó.

ISAIAH MIRÓ LA CINTA tratando de entender lo que estaba viendo. ¿Alguien había mandado un perro a matar a Cal? Alguien había usado un perro como asesino. ¿Quién haría algo así?

En la cinta, Cal había logrado llegar al borde de la piscina y la mujer de la casa de al lado no paraba de gritar. El perro había entrado en pánico y se movía furiosamente para salir de la piscina.

—¿Qué va a hacer el perro ahora? —dijo Dodson—. ¿Cómo va a irse?

Isaiah se concentró en los árboles que estaban al fondo de la propiedad. El hombre saldría de allí, no podía estar en ninguna otra parte. Y entonces apareció. Llevaba un pasamontañas, pantalones cortos, una camiseta que decía THE WHITE STRIPES y grandes zapatos de goma, como zuecos.

—¿Quién es ese? —dijo Dodson.

—Exacto —dijo Anthony.

El hombre atravesó el césped a la carrera. Isaiah le calculaba casi treinta años, alrededor de un metro ochenta de altura, setenta y cinco kilos, en buena forma. Tenía un extraño modo de andar, de arriba hacia abajo, y echaba los brazos hacia atrás y hacia delante como un practicante de marcha en ruta. La mujer se inclinó sobre la barandilla para gritar, como si su volumen no fuera lo suficientemente elevado. Él no le hizo caso y sacó un arma de fuego con un cañón largo. Ella lanzó un alarido y huyó hacia el interior de la casa. El hombre llegó a la piscina y vio a Cal al otro extremo justo cuando las luces intermitentes de una patrulla policial proyectaron destellos rojos contra la casa contigua. La policía estaba en el callejón. El hombre meditó un momento, guardó el arma y le dijo algo al perro. Luego caminó a lo largo de la piscina, arrastrando al perro hacia el extremo menos profundo. Saltó al agua, que le llegaba a la cintura, cogió al perro por debajo de los cuartos traseros, lo alzó y lo empujó por encima del borde de la piscina hacia el cemento. El hombre salió y ambos regresaron trotando a los árboles.

Unos momentos más tarde, los policías entraron rodeando la casa con las pistolas desenfundadas. Cal los llamó a gritos, agitó las manos... y se hundió. La acción había terminado pero Charles y Bug seguían mirando la cinta como si aquella fuera la parte buena, lanzando risitas y dándose codazos.

—¿Para qué quiere una piscina un negro que no sabe nadar? —dijo Charles.

—Apuesto a que se quedará en tierra firme el resto de su vida —dijo Bug.

—¿Vosotros dos, negros, estáis viendo algo gracioso? —dijo Cal, paralizándolos. El gato estaba mirándolos como si fuera a decirles *Vosotros, hijos de puta incontratables, os habéis buscado un problema*—. Porque lo que yo veo es al que les paga la comida a punto de ahogarse —dijo Cal—. Oh, voy a hacer un poco de limpieza en esta casa, podéis creerlo.

LOS OTROS SE INCORPORARON y empezaron a moverse. Isaiah seguía mirando la pantalla, tratando de procesar lo que había visto.

—Cal, ¿quieres contarle la situación a Isaiah? —dijo Anthony, haciendo un gesto de asentimiento en lugar de decir ¿podemos seguir adelante con este asunto?

—¿La situación? —dijo Cal—. ¿Qué situa...? Oh, sí, claro, claro, sí, el señor Q está aquí.

Dodson le mordió la lengua a Isaiah con una mirada.

—¿Cómo podemos ayudarte, Cal? —dijo.

—Podéis ayudarme metiendo en la cárcel a esa puta de Noelle —dijo Cal—. Conseguíme algún vídeo o algunas huellas dactilares o ADN. Ya sabéis, esa mierda policial, para meterla en chirona, que es donde tiene que estar. Ya veremos cómo se las da de diva con esas mujeres de pelo corto, nada de maquillaje y mangos de fregona.

—Cal cree que su exesposa está detrás del ataque del perro —explicó Anthony, haciéndole un gesto a Isaiah.

—No es que crea que ella esté detrás del ataque —dijo Cal—. Ella está detrás del ataque, no hay ninguna duda. ¿Quién más querría matarme con un jodido perro? Solo a una zorra malvada se le podría ocurrir una mierda como esa. Tal vez mañana me despierte con un dinosaurio intentando morderme el culo.

—Me gustaría hablar con usted en privado, Cal —dijo Isaiah.

—Si necesita saber algo, pregúnteselo a Anthony —respondió Cal, que empezó a caminar hacia la puerta—. Para eso le pago. Voy a dormir la siesta; vosotros, negros, dejadme en paz.

—¿Y qué hay del álbum? —dijo Charles.

—Que se joda el álbum y que te jodan a ti por mencionarlo, Charles.

—Oh, venga, Cal, tenemos trabajo —dijo Bug.

—Quieres decir que yo tengo trabajo. Vosotros, hijos de puta, no tenéis que hacer nada. Atrape a esa zorra, señor Q. ¿Anthony le ha contado lo del bono?

Cal salió de la sala arrastrando los pies y la tensión se alivió como si alguien hubiera apagado un detector de humo.

—En serio, Isaiah —dijo Anthony—. Sé que esto debe de parecerse ridículo. Si no quieres aceptar el caso, no hay problema. Te pagaremos por tu tiempo.

—No dejes que se libre tan fácilmente —dijo Charles—. Se supone que este negro sabe algo.

—Sí, «IQ» —dijo Bug—. ¿Qué vas a decir?

—¿Cómo hizo el hombre del vídeo para dirigir al perro hasta la puerta para mascotas? —dijo Isaiah, hablando consigo mismo.

—Le indicó que lo hiciera —respondió Charles.

—¿Quieres decir que estuvo gritándole todo este tiempo? Tendría que haberlo hecho cuando el perro estaba al otro lado de la piscina y Cal podría haberlo oído. No, hizo otra cosa.

—¿Cómo qué? —dijo Charles—. ¿Le mandó un mensaje de texto?

Isaiah se acercó a la mesa de billar, cogió la bola número nueve y la hizo rodar lentamente.

—Os dije que esto no serviría para nada —dijo Charles.

—Esto irá mucho más rápido si lo dejas pensar —replicó Anthony.

—Gracias, Anthony —intervino Dodson—. Isaiah medita mejor cuando no hay distracciones.

—¿Qué es lo que tiene que meditar? —dijo Charles—. Ha visto lo que hemos visto nosotros.

La bola nueve rebotó suavemente en el tapizado del otro extremo y volvió. Isaiah la cubrió con la mano.

—Silbatos —dijo.

—¿Has dicho silbatos? —preguntó Dodson.

—Ese hombre usó silbatos y le dio instrucciones al perro como hacen los pastores con los suyos. Como un agudo-grave para ir a la izquierda y un grave-agudo para ir a la derecha. El perro levantaba las orejas cada vez que giraba.

—Pero ¿para qué usar un perro? —dijo Anthony—. No tiene sentido.

—Sí —se hizo eco Charles—. Es una estupidez.

—Si eres un asesino profesional, tienes un plazo que cumplir —dijo Isaiah, moviéndose hacia la puerta de cristal—. Es así. Nadie te contrataría para matar a alguien sin darte un límite de tiempo, pero el asesino no había contado con que Cal estaría tres semanas sin salir de casa. La alternativa era dispararle a través de una ventana, pero las cortinas siempre estaban cerradas. En ese punto, la única opción que le quedaba al asesino era meterse dentro de la casa, pero no era posible porque hay una alarma y cámaras y personas armadas. Entonces ¿qué hace? —Isaiah llegó a la puerta de cristal y miró la piscina que estaba al otro lado—. Manda a su perro asesino.

Anthony asintió. Charles se frotó la barba de chivo. Bug tenía el gesto fruncido, como si aquello fuera demasiada información.

—¿Alguna pregunta? —dijo Dodson.



## Capítulo cuatro

### El Hombre Hacha

*Junio de 2013*

**T**RES SEMANAS ANTES DEL ATAQUE del perro al rapero, Kurt caminaba por el muelle de Santa Mónica, masajeándose el brazo sin darse cuenta mientras se recordaba a sí mismo que ese día se llamaba así. El clima hacía juego con su ánimo de mierda. El aire estaba húmedo, el cielo era de un color gris lavado, el océano estaba oscuro y manso. Había brisa, pero no lo bastante fuerte como para disipar el olor a grasa, a palomitas de maíz rancias, a patatas fritas y a jugo de perritos calientes. Lo único decente que había allí era un tióvivo anticuado. El resto era un montón de atracciones estúpidas, puestos de comida rápida, kioscos en los que se vendían sombreros y llaveros, y un restaurante llamado Bubba Gump por aquella aburrida película del tipo retrasado. Un viejo asiático le preguntó si quería que le pintara su nombre en un grano de arroz.

—¿Para qué? —dijo Kurt—. ¿Quién lo va a leer?

Se sumó a una familia de turistas extranjeros que estaban mirando lo más interesante de todo aquello: a un mexicano que sacaba del agua un pescado marrón y lleno de espinas.

—Si coméis eso terminaréis cagando mercurio —dijo Kurt.

LO LLAMABAN EL HOMBRE HACHA, un peso pesado de las artes marciales mixtas con un récord de dieciocho y ocho. Su última pelea había sido contra un coreanito que tenía el tamaño y la forma de una boca de incendios y el

apodo Hombre de Seúl. Cuando faltaba un minuto para que terminara el segundo asalto, el Hombre de Seúl trabó al Hombre Hacha con una cruel llave de palanca. El dolor era insoportable, pero tenía la cara aplastada contra la pantorrilla derecha del Hombre de Seúl y el brazo inmovilizado debajo de la pierna izquierda del coreano. No podía hablar y tampoco podía golpear el suelo para que pararan el combate. Fue el propio árbitro quien decidió detenerlo cuando oyó el crujido de los ligamentos del Hombre Hacha y la manera en que el húmero se astillaba como una ramita verde. Todos los que estaban en el recinto lanzaron un gemido. Un tipo de la primera fila vomitó.

Tres operaciones y un mes de rehabilitación más tarde, el Hombre Hacha recuperó algo de fuerza, pero no como antes. Algunos nervios habían sufrido daños permanentes y era más cómodo llevar el brazo en ángulo. Podía estirarlo si quería, pero tenía la movilidad limitada. De todas maneras, seguía siendo peligroso. En Donahue's un tipo había hecho una broma sobre el brazo y Hacha le rodeó el cuello con él como si fuera una pitón y lo asfixió hasta dejarlo inconsciente. Pero las peleas en los bares no eran como las peleas en las jaulas y tuvo que retirarse. Ahora se ocupaba de la seguridad de uno de los clientes de DStar.

KURT BAJÓ POR LAS AMPLIAS ESCALERAS de madera que iban desde el muelle hasta el aparcamiento y la playa. El aparcamiento estaba casi vacío. Avanzó por el segundo carril desde la derecha, tratando de aparentar despreocupación. Apenas un tipo normal y corriente de ciento diez kilos con una camiseta ceñida color verde lima y rastas con cuentas, cicatrices dentadas debajo de ambos pómulos, la oreja derecha completamente pulverizada y un brazo doblado como si estuviera escoltando a su pareja al baile de graduación. Lo ponía nervioso saber que lo observaban. Todo este rollo de agentes secretos era una mierda. Se había negado a ocuparse él mismo del trabajo y el jefe le había ordenado que llamara a DStar para conseguir alguna referencia. Aquel hombre conocía gente.

—Si quieres ver muerto a alguien, mi amigo no te va a defraudar —dijo DStar—. Es un verdadero lunático. Quiero decir, todos ellos son lunáticos, pero este tipo es... —DStar vaciló, como si no encontrara las palabras adecuadas—. Déjame decírtelo de esta manera: siempre, pero siempre, cumple con el trabajo.

*¿Cómo es un verdadero lunático que siempre cumple con el trabajo?*, pensó Kurt. *¿Acaso se aparecería dando volteretas en la arena vestido como*

un ninja o saldría del océano con una cinta en el pelo y disparando un M16?

Había un sintecho sentado en uno de los aparcamientos con un cartel de cartón que decía TENGO HAMBRE. Estaba mugriento, como si hubiera estado viviendo con lobos, cubierto con una vieja manta gris y con los pies envueltos en harapos.

—Señor, ¿le sobraría alguna moneda? —dijo.

—Búscate un trabajo, cabrón —respondió Kurt.

Un tipo con aspecto de ejecutivo estaba sentado en un Mercedes descapotable y escribía un mensaje de texto con los pulgares. Kurt bajó la velocidad cuando pasó a su lado pero el tipo no levantó la mirada. En ese momento una chica asiática con las rodillas curvadas hacia dentro y con unos complicados tacones altos avanzó hacia él tambaleándose como una jirafa bebé y Kurt se preguntó si esa chica, el tipo que pintaba granos de arroz y el Hombre de Seúl se conocerían. La chica sonrió y lo miró a los ojos y Kurt pensó que no, que no podía ser.

—¿Por aquí se va al muelle? —dijo ella.

Kurt miró el muelle, que estaba allí, enorme y a simple vista, y luego la miró a ella. No podía ser la asesina profesional; era demasiado estúpida.

—Sí —respondió—. Por aquí se va al muelle.

Siguió su camino y llegó al final del aparcamiento. La playa estaba vacía salvo por un montón de gaviotas que acampaban en la arena. Esperó y empezó a sentirse irritado, sin saber si tenía que quedarse dando vueltas como un idiota o mandar todo al demonio.

—¿Kurt? Soy Fluke. —Era el chico con el cartel de TENGO HAMBRE. Kurt se preguntó por qué alguien elegiría Fluke<sup>[2]</sup>, como nombre en clave.

Era difícil decir qué aspecto tenía bajo la mugre y la peluca. Costaría bastante reconocerlo en una rueda de sospechosos, lo que era, sin duda, la idea. De todas maneras, uno se daba cuenta de inmediato de que había algo raro en él. Eran los ojos: centelleantes y crueles. A Kurt le recordaban a ese asesino en serie que se vestía de payaso para entretener a los niños.

—¿Te importaría decirme por qué teníamos que encontrarnos aquí? —dijo Kurt.

—Claro, claro —dijo Fluke, frunciendo el ceño—. Tendríamos que haberlo hecho al estilo Garganta Profunda. Ya sabes, citarnos en un garaje subterráneo a medianoche y sin testigos. —Chasqueó los dedos—. ¡O en el museo de arte! ¡Sí, sentarnos delante de *La Gioconda* y fingir que no nos conocemos! —Kurt no sonrió—. No, en serio —dijo Fluke—, desde aquí puedo ver todo el panorama. —Barrió con la mano toda la extensión del

muelle—. Quién viene, quién va, quién está caminando en bucle, quién se queda junto a la barandilla sin hacer nada. Básicamente, forma parte del oficio.

Kurt se sentía incómodo hablando con alguien que parecía un mendigo. No hablaba con mendigos, *hippies* ni universitarios. Temía que alguien pensara que eran amigos suyos o que lo confundieran con uno de esos gilipollas que se manifestaban con carteles cuando mataban a tiros a algún negro.

—Espero que no te moleste, pero tengo que registrarte —dijo Fluke. Se colocaron detrás de su F150 con remolque—. ¡Vaya! Eres puro músculo —dijo—. Es como palpar un árbol. Oye, ¿podrías apagar tu teléfono? Me gustaría verte cuando lo hagas.

SE SENTARON EN LA CAMIONETA con el estéreo encendido. Un grupo de huevones gritando y aporreando guitarras.

—¿En serio eres el recomendado de DStar? —dijo Kurt, bajando el volumen.

—Sí, soy yo —dijo Fluke, volviéndolo a subir—. ¿Tú eres el recomendado de quién?

—Muy divertido. ¿Por qué has elegido *Fluke*?

—Todo termina siendo eso, ¿verdad? Una casualidad, una coincidencia azarosa.

El tipo tenía razón en ese punto. Fluke miró hacia el océano.

—Se supone que habría olas de casi tres metros en First Point. Debería haber traído mi tabla. ¿Tú haces surf?

—¿Surf? ¿Quieres hablar de surf?

—Oh, supongo que no puedes, ¿verdad? ¿Por lo del brazo?

Kurt podía hacer casi todo con el brazo, excepto masturbarse y llegar al estante superior del supermercado. Le dieron ganas de usarlo en ese momento. Agarrar a ese gilipollas de los pelos y golpearlo contra el salpicadero.

—Yo también tengo una incapacidad —continuó Fluke—. Cuatro dedos en el pie izquierdo. ¿Puedes creerlo? ¿Tú naciste así o fue un accidente?

—Sabes, en realidad no pareces un asesino profesional —dijo Kurt.

—Oh, ¿sí? ¿Qué parezco?

—Un chico jugando a los disfraces.

Fluke sonrió como si le alegrara que Kurt hubiera dicho eso.

—Tienes que ver esto —dijo cuando ya estaba descendiendo del vehículo.

Kurt vio cómo Fluke ponía una mochila en el capó y sacaba un telescopio monocular Nikon 8X. Fluke oteó el muelle como un pirata.

—Espera un poco —dijo—. Tengo que encontrar a la persona adecuada... Bien. —Le pasó el telescopio a Kurt—. Hay una chica justo al lado del Bubba Gump.

Una chica gótica de rostro pálido estaba subida a horcajadas sobre la barandilla comiendo un perrito empanado; a su lado había un tipo con una chaqueta militar con capucha hablando con ella.

—Sí, la veo —dijo Kurt—. ¿Qué le pasa?

Oyó que Fluke rebuscaba en la mochila.

—Sigue mirándola —dijo Fluke—. No la pierdas de vista.

Pasaron treinta segundos, y Fluke diciendo mantente allí, mantente allí, sigue mirándola, sigue miráaandolaaaa. Kurt estaba a punto de mandar a la mierda a ese gilipollas cuando oyó un tosido y el perrito empanado de la chica explotó, salpicándola con esquiras de harina de maíz y salchicha, mientras el chico de la chaqueta militar decía oh mierda oh mierda.

Kurt apartó el telescopio. Fluke tenía los codos apoyados en el capó, las manos sosteniendo una pistola con un cañón largo y sin mira siquiera. Del silenciador salía una voluta de humo, haciendo piruetas en el aire.

—No está mal, ¿eh? —dijo Fluke—, para un chico que juega a los disfraces.

DStar tenía razón, pensó Kurt. Este tipo realmente era un lunático.

SALIERON A TODA VELOCIDAD de allí y se dirigieron a Palisades Park, una extensión verde que daba a la autopista marítima Pacific. Fluke insistió en ir en su camioneta. Por lo que sabía, Kurt bien podía haber instalado un dispositivo de grabación en el Corvette que había aparcado a dos manzanas del muelle. Cada vez que uno ve a una mujer hablando con un policía de incógnito que ella cree que es un asesino profesional, ¿dónde están? En un coche.

Fluke saltó por encima de la balaustrada y se quedó en el borde del acantilado gritando qué hay, zorras, a los coches que estaban unos treinta metros más abajo.

—¿Podrías salir de allí? —dijo Kurt—. Estás poniéndome nervioso.

—¿De qué va el asunto? —dijo Fluke.

—Un rapero. Es necesario que deje de estar entre nosotros.

Fluke nunca preguntaba el motivo de matar a alguien. No saberlo hacía que se sintiera más como un trabajo. Como si él fuera un dentista y hubiera que extraer un diente.

—Conque un rapero, ¿eh? ¿Es negro?

—¿Por qué? ¿Solo te encargas de blancos?

—No. Podría encargarme de tu periquito, si quieres. ¿Recuerdas esa escena de *Dos tontos muy tontos* en que Jim Carrey le vende un periquito muerto al ciego?

—Tiene que ser desde un coche en marcha.

Fluke estaba desilusionado. Disparar a la gente desde un coche en marcha era aburrido. A él le gustaba ser creativo, hacer cosas nuevas, sorprender a sus clientes; conseguir esa reacción de *¡mierda!* ¿Que has hecho *qué?* Luego reirían o menearían la cabeza o pondrían la misma cara que Kurt cuando hizo estallar el perrito caliente empanado. Fluke había usado una ballesta táctica con un burócrata que había destapado algún asunto turbio. Había atravesado el cuello de aquel tipo con una flecha de caza de titanio cuando estaba lavando su minivan. Había puesto una trampa para osos para un abogado *gourmet* que gustaba de buscar setas en el bosque. Cuando los dientes de la trampa se cerraron sobre la pierna del abogado, el hombre entró en *shock*, se desmayó y se murió desangrado. Otro de los blancos de Fluke había sido una anciana japonesa. Su hijo estaba en manos de prestamistas de la yakuza y necesitaba la herencia con cierta premura. Fluke la hizo retroceder hacia su estanque de koi empujándola con una espada de samurái y ella se ahogó.

Fluke levantó una roca y la lanzó hacia los coches.

—¿Qué haces? Podrías herir a alguien —dijo Kurt.

—¿Cuándo quieres que lo haga?

—Cuanto antes mejor. —Kurt le dio los datos y pagó el anticipo—. ¿Y qué ocurre si no lo consigues? —preguntó.

—En realidad, básicamente —dijo Fluke—, eso no ha ocurrido jamás.

## Capítulo cinco

Allí es donde se encuentran los mejores  
sueños

*Mayo de 2005*

**T**ODAS LAS POSESIONES DE DODSON cabían en tres bolsas de basura y una caja de cartón.

—Hay que viajar ligero de equipaje cuando eres un sintecho —dijo—. Estuve a punto de agenciarme un carrito de supermercado.

Isaiah le dio ropa de cama y le hizo sitio en el armario y Dodson se convirtió oficialmente en inquilino. Se tumbó sobre el sofá, con las manos detrás de la cabeza, como si estuviera bronceándose en la playa.

—Hogar, dulce puto hogar —dijo.

Una vez resuelto el tema del dinero, Isaiah logró dormir decentemente por primera vez después del accidente, pero a la mañana siguiente, cuando despertó, no podía creer que había hecho algo tan estúpido. Dejar que Dodson, un auténtico gánster, se alojara en el apartamento que había compartido con Marcus desde siempre. Y era sábado. Tenía que trabajar en lo de Manny hasta las seis y Dodson se quedaría allí solo. Isaiah se sentó en el borde de la cama y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué has hecho? —dijo—. ¿Qué has hecho?

Isaiah se pasó todo el día raspando platos para quitarles restos de salsa y patatas y acomodándolos luego en el lavavajillas, mientras imaginaba a Dodson y a sus amigos gánsteres dejando el apartamento patas arriba. Cuando salió del trabajo, volvió corriendo a casa y subió por la escalera de incendios a los saltos. El pasillo olía a carne frita, pero cuando llegó a la puerta no se oía

música rap ni la televisión. Hizo ruido a propósito con las llaves para evitar sorprender a alguien y que le dispararan.

—Hola —dijo.

Todo estaba igual que como lo había dejado al salir por la mañana. Limpio como un espejo. No faltaba nada, no había nada roto. Le llegó el olor de suavizante de ropa y vio las camisetas y la ropa interior de Dodson dobladas cuidadosamente sobre el sofá. Había una sartén y algunos platos en el escurridor, pero la cocina estaba inmaculada. Lo mismo ocurría con el baño, pero era perturbador oler un champú distinto y sentir el aire húmedo de un desconocido dándose una ducha. Isaiah examinó el desagüe, donde no había ni un pelo.

—Bueno, pues que me... —dijo.

ISAIAH YA SE HABÍA IDO A TRABAJAR cuando Dodson se levantó. Se sentía bien; por el momento, tenía la vida resuelta. Se dio una ducha y puso la ropa sucia en las lavadoras de la planta baja. Decidió prepararse el desayuno y fue a hacer la compra a Vons.

Ralló algunas patatas, derritió mantequilla en una sartén y empezó a cocer las croquetas. Luego frío un poco de jamón y revolvió tres huevos como le había enseñado Lupita. Se acordó de ella, con esas bragas que decían SOLO EFECTIVO, batiendo los huevos con tanta fuerza que se sacudía debajo de la camiseta.

—Les tiene que entrar aire —decía—. Así quedan ligeros. Deja de mirarme el culo, pendejo.

Los huevos de Dodson quedaron húmedos y esponjosos. Para entonces, las croquetas ya estaban doradas, el jamón seguía caliente, la tostada de masa fermentada estaba cubierta de mantequilla. Se tomó un momento para admirar el plato.

—Como la portada de un menú de Denny's —dijo.

Comió lentamente, meneando la cabeza de placer, calculándolo de manera que le quedara suficiente tostada para limpiar el último resto de huevo. Después vio algunas peleas clásicas de Mike Tyson en la televisión, se cortó las uñas delante de una papelera y pensó en llamar a Kinkee y los otros. Hacerlos venir, ver el sitio nuevo, fumar un poco de maría, jugar al *GTA*. Pero Kinkee y los otros saquearían la nevera, derramarían sus bebidas, dejarían caer los porros entre los cojines del sofá, no acertarían al inodoro y mearían



contra la pared. Mejor dejarlos al margen, decirles que estaba viviendo en casa de alguna chica.

DODSON Y LOS OTROS VENDÍAN DROGA en un apartamento ubicado en la parte trasera de un viejo edificio de oficinas. El dueño había dividido el edificio en viviendas individuales diminutas en las que vivían entre ocho y diez personas, con dos cuartos de baño por piso. Al apartamento lo llamaban la Casa. Se mudaban cada varias semanas por cuestiones de seguridad, pero, más allá de cuál fuera su ubicación en ese momento, la Casa siempre era igual. Oscura como una cueva, mohosa, con ventanas demasiado sucias como para ver a través de ellas, las cortinas destrozadas, franjas negras en el suelo donde habían arrancado el linóleo, las paredes cubiertas con símbolos de pandillas y dibujos de pollas grandes. Los baños eran siempre terroríficos. Dodson, Kinkee, Sedrick y Freddie G. compartían el alquiler. Todos iban armados. Si alguien se ponía lo bastante gallito como para intentar robarles, le sería difícil salir de allí con vida.

Dodson obtenía la droga de Kinkee, quien la obtenía de Junior, que estaba en el escalafón más alto de la cadena alimentaria. Nadie sabía si Junior era el nombre que figuraba en su certificado de nacimiento o si había un Junior Senior dando vueltas por allí. Junior no venía mucho a la Casa y parecía pasar la mayor parte del tiempo yendo de un lado para otro en un inmenso Navigator blanco con chófer, ventanas polarizadas, llantas doradas BBS y un equipo de sonido que uno sentía en la acera antes de oírlo. A Junior le gustaba usar palabras altisonantes para parecer listo, pero por lo general causaba el efecto opuesto. Una vez Dodson lo había oído decir: «Esa hembra tiene las tetas más magnánimas que he corroborado en toda mi vida». Michael Stokely era su chófer, y Booze Lewis viajaba en el asiento del pasajero; ambos tenían el mismo aspecto que en sus fotos de archivo policial e iban armados como el equipo 6 de los SEAL.

Junior compraba kilos de cocaína sin tratar a través de una conexión con el cártel de Boyle Heights. La cortaba y la vendía en mitades, cuartos y octavos a los jefes de manzana como Kinkee. Kinkee volvía a cortarla, la cocinaba para convertirla en *crack* y la vendía en forma de rocas a narcotraficantes de bajo nivel como Dodson, y todos duplicaban su dinero. La mayoría de los días, Dodson ganaba más que sus colegas. Nunca exageraba la calidad de su producto, no se burlaba de sus clientes ni solicitaba una

mamada, e incluso ponía una pequeña cantidad extra en la bolsa cuando la calidad era mala.

Lo peor del trabajo eran las condiciones laborales. Atender a un triste desfile de drogatas de ojos vidriosos, que se retorcían, que tenían costras en los ojos, dientes marrones separados como lápidas, y que no paraban de contar, balbuceando alguna situación con sus colegas o sobre el dron del gobierno que los seguía día y noche. Algunos de los clientes consumían allí mismo, delante de uno, y los vapores del *crack* olían a goma quemada, generando nubes que subían en remolino hacia una atmósfera ya cargada con humo de marihuana, vino barato y hedor corporal. Era un misterio que uno no le diera cáncer solo por estar allí. La mayoría de los drogatas entraban y salían lo más rápido que podían pero siempre había algún que otro cliente más exigente que levantaba la piedra hacia la luz y decía: ¿esta es de la buena?

DODSON ESTABA ABURRIDO E INQUIETO. La Casa parecía más sofocante de lo habitual y el negocio iba lento. A Kinkee no le quedaban más que cagaditas y los adictos al *crack* estaban encontrando mejor calidad en otra parte. Dodson salió para tomar un poco de aire fresco que olía a tierra, maleza y caca de perro. No habría reposición del producto hasta que Junior volviera a Boyle Heights. Hasta entonces, había que esperar y esperar. Dodson sabía que necesitaba un nuevo negocio, algo más acorde con sus talentos; algo por lo que no terminara arrestado, muerto a tiros o de asfixia. Todavía no había decidido cuál podría ser exactamente ese negocio.

Pasó una hora y no vinieron más clientes, así que Dodson regresó al apartamento. Se dio una larga ducha, frotándose con una esponja para quitarse el hedor. Isaiah no estaba casi nunca en casa. En las escasas ocasiones en que se encontraban en el apartamento, ambos se mostraban incómodos y cuidadosos, como si hubiera reglas ocultas y ninguno de los dos supiera cuáles eran. A Dodson no le costó deducir a quién pertenecía el apartamento. Había un tipo de más edad en las fotos de la biblioteca que probablemente sería el hermano de Isaiah, que casi seguro estaba muerto y que era, sin duda, la razón de que Isaiah estuviera tan jodido. Su rostro estaba tan vacío de expresión como los deberes de matemáticas de Dodson, o, si no, apretaba los ojos y cerraba la mandíbula como si estuviera a punto de golpear a alguien. Se quedaba horas en el balcón, sosteniéndose la cabeza entre las manos o contemplando la oscuridad. Tarde, por la noche, Dodson lo oía dando vueltas en el dormitorio y hablando consigo mismo con una voz grave y feroz

mezclada con un poco de llanto. Dodson temía que el chico estuviera volviéndose loco.

CUANDO SALIÓ DE LA DUCHA, Dodson se cambió y fue a la cocina a comer algo. Isaiah estaba en el suelo, desmontando la parte trasera de la nevera. Había herramientas, cables y componentes eléctricos a su alrededor y tenía las manos negras de suciedad.

—¿Qué haces? —dijo Dodson.

—La nevera tenía una filtración en la parte inferior —explicó Isaiah—. El condensador está destruido.

—Tengo comida allí dentro.

—Está todo en el fregadero.

Dodson estaba impresionado. La nevera era un electrodoméstico terrorífico, con esa jaula en la parte trasera dentro de la cual había un nido de abejas asesinas, de esas que zumbaban de manera intermitente.

Isaiah lanzó un gruñido y se esforzó por sacar lo que parecía una barbacoa modelo Kettle en miniatura.

—¿Qué es eso? —dijo Dodson.

—El condensador —respondió Isaiah. Lo puso a un lado y con una maniobra insertó otro en el espacio vacío—. Tal vez este esté aún peor que el que acabo de sacar.

—¿De dónde ha salido? —dijo Dodson.

—Del uno cero cuatro. Lo saqué de la nevera.

—¿La puerta estaba abierta?

—No.

—¿Qué? ¿Forzaste la cerradura? ¿Usaste una ganzúa?

Isaiah no respondió y se concentró de manera un poco exagerada en lo que estaba haciendo. Dodson sonrió.

—Maldición, Isaiah —dijo—. Si hubiera sabido que te dedicabas al robo, podríamos haber atracado el edificio entero.

—No me dedico al robo.

—Ahora sí.

Isaiah podía ser un cómplice valioso, pensó Dodson. Alguien a quien podría usar y de quien sacar algún beneficio. Con todos esos trofeos en la pared ahora estaba reparando una nevera. No había forma de saber qué más podía hacer ese muchacho.

CUANDO LA NEVERA VOLVIÓ A ZUMBAR, Isaiah fue a lavarse, y cuando regresó, Dodson estaba cortando pollo descongelado. Se había desnudado hasta la cintura, y su cuerpo era delgado como un teléfono móvil y duro como un clavo, con tatuajes ilegibles en el pecho. Un enjambre de cicatrices le cubría el brazo izquierdo y la espalda. Tenían brillo y relieve; algunas circulares, como orificios de bala; otras eran manchones irregulares. Isaiah sintió deseos de preguntarle por ellas, pero se abstuvo.

—Revuelve eso —dijo Dodson. Había un hervidor de sopa con algo que parecía barro haciendo burbujas en el interior.

—¿Qué es? —preguntó Isaiah.

—Un roux... Revuelve a ese cabrón antes de que se queme... revuelve más rápido y raspa el fondo... sí, así.

Isaiah revolvió el misterioso barro mientras Dodson cortaba verduras y aplastaba unos dientes de ajo con el reverso de un cuchillo.

—¡Soy un cabrón hijo de puta en la cocina! —dijo Dodson—. Y no me refiero solo a la *soul food*. Mi lasaña es de otro planeta. ¿Alguna vez viste ese programa *Iron Chef*? Es como un concurso, con estos tipos llamados Cocineros de Hierro. Son como los Michael Jordan de la cocina. Compiten con otros chefs de todo el mundo y son unos verdaderos cabrones hijos de puta. Les dan algún ingrediente secreto, como codillo de jamón o mazorcas de maíz, y tienen que hacer cuatro o cinco platos distintos con él. Y esos tíos son para morir. Hacen toda clase de cosas. Bobby Flay, por ejemplo; ese hijo de puta puede convertir los huesos para caldo en una tarta de cumpleaños. Necesito participar en ese programa. Podría ser un rival digno de Bobby.

Dodson vertió un caldo de pollo caliente en el roux, añadió el pollo, un poco de chorizo en trozos, las verduras, el ajo, algo de condimento y lo que parecía una hoja seca. Luego le puso arroz, midiendo el agua a ojo. Lo hacía todo con el entusiasmo de un niño. Revolvía, lo probaba, le agregaba sal y pimienta.

—Lupita Tello. ¿La conoces? —preguntó—. Yo me la estaba beneficiando hasta que se mudó al Valle. La chica quería ser chef, me enseñó a cocinar, decía que yo tenía talento. Ya sabes, diferentes técnicas, qué queda bien con qué. Incluso a mi viejo le gustaba lo que yo cocinaba. Si tenía algo en los fogones, lo miraba por encima del hombro y decía «¿qué tenemos aquí, soldado? ¿Has hecho bastante para la tropa?». Ese hijo de puta había estado en infantería. No sabía hablar salvo dando órdenes. Harás la cama cada mañana llueva o haga sol. Volverás a casa antes de las cero quinientos. A ese hijo de puta le gustaba matarte a órdenes. —Dodson revisó el arroz y cortó

unos tallos de okra—. Sí, sirvió algunos periodos en Irak —dijo—. Allí se daban de verdad. Hacían que lo nuestro pareciera de jardín de infancia. Y eso lo dejó bastante jodido. Bebía vodka como si fuera Kool-Aid de fresa, iba a trabajar borracho todos los días. Era gerente de inventario en Best Buy hasta que lo echaron por dormir en el coche. Se llevó a toda la familia a Oakland y yo nací allí. —Dodson hizo algunos signos pandilleros con las manos—. El Cali del norte, tío. La Costa Oeste en la Bahía. —Imitó el pitido de un tren—. ¿Tienes alguna salsa picante?

—En el armario, a la izquierda.

EL BARRO MISTERIOSO ERA GUMBO. Espeso y cremoso, servido con arroz y okra frita crujiente, del color del jarabe de arce. Isaiah comía como si nunca hubiera comido antes, masticando con precaución y asintiendo con la cabeza.

—Bueno —dijo—. Muy bueno.

Pero no le sacaba el gusto a nada. Estaba incómodo por cómo lo observaba Dodson, como esperando una reacción más entusiasta.

—La okra está buena, ¿verdad? —dijo—. Primero hay que remojarla en vinagre, para quitarle el barro.

—Sí, también está buena.

Después de comer todo lo que pudo, juntó el resto en un montoncito para que pareciera que había comido más. Le dio las gracias a Dodson y se fue a su cuarto a hacer los deberes. Todas sus clases eran de Educación Avanzada. Ciencia medioambiental, cálculo, informática, geografía humana.

—SÉ QUE TUS CLASES SON DIFÍCILES —dijo Marcus—, pero son el camino a tus sueños. Muchos tipos no pueden seguir ese camino o sus sueños no tienen sentido. Mira a esos chicos de *American Idol*, los que no llegan. Cantan pésimo, ¿y qué es lo que dicen siempre después de que los hayan humillado? ¡Pero es mi sueño, y Mariah Carey ha dicho que no debo darme por vencido! Sí, bueno, tú no tienes la voz de Mariah Carey, así que sácate ese sueño estúpido de la cabeza. Lo que Mariah Carey *debería* decirles es que utilicen su talento y que *hagan* un sueño con lo que Dios les ha dado. —Marcus esbozó esa sonrisa grande y luminosa y vio el futuro en los ojos de Isaiah—. Dios te ha dado alas para que puedas volar por ese camino hasta lo más alto —dijo—. Allí es donde se encuentran los mejores sueños.

Isaiah siempre pensó que Marcus debería haber sido ingeniero o arquitecto, pero apenas acababa de terminar la secundaria cuando su madre murió durante una operación y su padre se hundió en una depresión profunda y se suicidó. Marcus quedó al cuidado de un niño de diez años y terminó convirtiéndose en un todoterreno. Isaiah había tratado de encontrar algún indicio de desilusión, pero jamás detectó ni oyó nada en la voz de Marcus. Siempre sonaba como si las cosas hubieran salido exactamente tal cual él las había planeado.

ISAIAH NO PODÍA TERMINAR LOS DEBERES. Arrojó los libros contra la pared y empezó a dar vueltas por el dormitorio escupiendo palabras como una cobra embistiendo. *Puto Marcus. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Por qué no miraste? ¿Eres estúpido? Puto Marcus. ¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer?* Eso empezaba a ser habitual: la rabia que le crecía en el pecho, amenazando con estallar y matar a todos lo que lo rodeaban. Se detuvo y se quedó con los puños apretados y sin nada que golpear. Las cosas salían como salían por obra de la suerte, así que ¿para qué esforzarse si ibas a terminar arrollado por un coche? ¿Por qué no tomárselo con calma si tu destino no estaba en tus manos? ¿Para qué hacer nada si Marcus no estaba con él?

La furia lo consumía. No tenía salida, nada en lo que canalizarla. Sabía que si seguía así, terminaría en un pabellón psiquiátrico. Estaba afuera, en el balcón, al amanecer, cuando se le ocurrió la idea, que lo levantó y lo calentó como el sol que le daba en la cara. Perseguiría al asesino de Marcus. Lo encontraría. Lo cazaría, le diría que no había matado a cualquiera, que había matado a Marcus, la mejor persona del mundo... *y luego se lo haría pagar a ese asesino de mierda.*

## Capítulo seis

### Síndrome del quemado

*Julio de 2013*

**I**SAIAH Y DODSON rodearon la piscina y se dirigieron hacia el grupo de ficus que estaba en la parte trasera de la propiedad de Cal. El perro y el hombre habían salido de allí.

—Hablas demasiado —dijo Isaiah—. Todo ese rollo de «tenéis algún motivo para creer que...».

—Estoy tratando de proporcionarte una apariencia de profesionalidad —dijo Dodson.

—¿No hemos hablado de esto? ¿No te había dicho que yo hacía las cosas a mi manera?

—Si me preguntas mi opinión, a tu manera le hace falta una buena puesta a punto si esperas triunfar en una época como esta. No puedes quedarte parado hablando para tus adentros y contemplando el espacio como si fueras alguna clase de jodido vidente. Tienes que comunicarte con tus clientes, mostrarte optimista, hacerles sentir que recibirán algo a cambio de su dinero.

Llegaron a la hilera de árboles y encontraron un grupo de huellas en el suelo húmedo. Las huellas del perro eran grandes, como las patas con garras de la antigua cómoda de la tía May. Isaiah se puso de rodillas para examinarlas más de cerca. Dodson sabía que los estaban mirando desde la casa, así que se arrodilló al lado de Isaiah y señaló una pista inexistente.

—¿Qué estás buscando? —dijo—. Ya sabemos que el perro y el hombre del perro estuvieron aquí.

—El hombre del perro llevaba Crocs —dijo Isaiah—. Ya sabes, esas cosas de goma grandes y ridículas con agujeros. La marca está impresa en la suela, ¿la ves allí?

—¿Qué es todo eso? —dijo Dodson. Había docenas de marcas cilíndricas de unos cuarenta y cinco centímetros de largo y todas miraban al mismo lugar.

—Una de esas sillas de playa —dijo Isaiah—. El hombre del perro se sentó aquí a vigilar la casa.

—¿Por qué no la vigiló desde la parte delantera?

—La empresa privada de seguridad lo habría detectado. En esta calle no aparca nadie.

Era como en los viejos tiempos, pensó Dodson; seguía tratando de hacer tropezar a Isaiah o de forzarlo a decir «no sé».

—Si el hombre del perro estuvo aquí, ¿cómo supo cuándo mandar al perro?

—Estuvo aquí varias semanas —dijo Isaiah—. Aprendió cómo sonaban los coches. Cuando todos se marcharon, supo que Cal estaba solo.

Detrás de los árboles había una cerca alta de madera que separaba la propiedad de Cal de un callejón donde se recogían los cubos de basura. Había un agujero en la cerca lo bastante grande como para que pasaran un hombre y su perro.

—Bueno, supongo que sabemos cómo entró —dijo Dodson—. Creo que aquel es Bobby Grimes.

Bobby Grimes avanzaba a paso vivo por el césped y el resto del grupo se daba prisa por alcanzarlo.

—Usted debe de ser el señor Quintabe —dijo—. Soy Bobby Grimes. He oído hablar mucho de usted.

—Un placer conocerlo —dijo Dodson—. Soy Juanell Dodson, socio principal de Isaiah. Mi tarjeta.

Bobby cogió la tarjeta como si fuera un saltamontes vivo. Estaba elegante con su traje azul cobalto de Savile Row y su camisa blanca abierta en el cuello, más el resplandor de un Piaget de platino justo debajo del puño.

—Me temo que tengo poco tiempo, así que iré directo al grano —dijo—. Bien, lamento tener que decir esto, pero en mi opinión esta investigación es una absoluta pérdida de tiempo. Sí, he visto el vídeo y me doy cuenta de que el intento de asesinato es real y que deberíamos estar todos preocupados, pero ahora no hay nada que podamos hacer al respecto salvo tomar precauciones y retomar la actividad.



—Bobby tiene razón —dijo Charles—. Quiero decir, o sea, tenemos que poner las cosas en marcha, hacer lo que hacemos.

—¿Estaba hablando contigo? —dijo Bobby—. No, no lo estaba. Y, hasta que lo haga, ¿por qué no mantienes la boca cerrada?

—Maldita sea, Bobby —dijo Bug—. ¿Por qué tienes que ponerte así?

—Cuando necesite tu opinión, grandullón, agitaré un sándwich de jamón —dijo Bobby.

—Cal cree que Noelle organizó el ataque del perro —dijo Isaiah.

—Oh, por favor —replicó Anthony—. Noelle odia a Cal, pero ni siquiera ella haría algo tan ridículo.

—¿Quién más querría matar a Cal? —dijo Isaiah.

—¿Quién no? —dijo Charles—. Cal jodió a un montón de gente. Todavía hay negros en Inglewood que le quieren meter un balazo en el culo.

—Como Kwaylud —dijo Bug—. Llevan toda la vida enfrentados.

—Ahora lo importante —dijo Bobby, mirando con furia a los hermanos— es conseguir que Cal vuelva al estudio. Todo lo demás es una distracción.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados Cal y Noelle? —preguntó Isaiah.

—Tres años —dijo Anthony.

—¿Hijos?

—No. ¿Por qué?

—Ante un matrimonio breve y sin hijos es probable que el juez le asignara a ella una pensión alimenticia por la mitad de ese tiempo. Tal vez se haya quedado sin dinero. ¿Cal tenía un seguro de vida?

—Oh, por favor, ¿realmente vamos a ir por ese camino? —dijo Anthony.

—¿Quieres prestar atención a este puto Columbo? —dijo Charles.

—Sí, señor Quintabe —contestó Bobby—. Cal tiene un seguro de vida. No me gustaría que usted lo averiguara por su cuenta y luego se apuntara un tanto. Hay una póliza de cinco millones de dólares por la vida de Cal y una de las condiciones del divorcio era que él siguiera pagando las cuotas del seguro. ¿Responde eso a su pregunta?

Isaiah se limitó a mirarlo.

—De acuerdo, enfoquemos esto desde otro punto de vista, ¿sí? —dijo Bobby—. Supongamos que sí fue Noelle la que trató de matar a Cal por el seguro de vida.

—No lo es —dijo Anthony.

—Podría llevar semanas o incluso meses resolverlo, si es que puede resolverse. Y Calvin no tiene semanas o meses. Está obligado por contrato a grabar un disco para mí antes del lunes de la semana próxima, y cuanto más

tiempo continúe esta investigación, por llamarla de algún modo, más excusas tendrá él para seguir escondiéndose en su casa.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Isaiah.

—Cal ya no hace caso a sus amigos, pero a usted puede que lo escuche —dijo Bobby—. Quiero que le diga que lo que le ha pedido no es posible y que estará perfectamente a salvo si vuelve a trabajar y me graba el disco.

—No sé si no es posible y no sé si él estará a salvo. Sea quien sea el que quiere ver muerto a Cal es lo bastante serio como para haber contratado a un asesino profesional.

—Oh, ¿ahora presuponemos que era un profesional? ¿Por qué no podía ser alguien del pasado?

—Eso es lo que yo dije —dijo Charles.

—Cállate, Charles.

—¿Quiere decir que el hombre blanco del vídeo es de Inglewood o de la pandilla de Kwaylud? —replicó Isaiah.

—Podría ser uno de esos sureños que odian a los raperos —dijo Bobby—. Cal recibe continuamente amenazas de esa clase de gente. Está sacando conclusiones apresuradas, señor Quintabe.

—Ese hombre no estaba en pánico cuando salió de los árboles —dijo Isaiah—. Y cuando aparecieron las luces de la policía, ¿ha visto lo que hizo? Vaciló, se puso a pensar. Cal estaba en el otro extremo de la piscina. Si el hombre hubiera ido hasta ahí para dispararle, tal vez no habría tenido el tiempo suficiente de regresar, salvar a su perro y huir, porque la policía estaba delante de la casa. Y sabía que no iba a poder sacar a ese perro del agua tirando de él, porque el animal pesaba prácticamente tanto como él mismo. Así que lo fue guiando hasta la zona menos profunda y se metió él mismo en la piscina para empujarlo desde abajo. ¿Usted podría haber mantenido la calma en esa situación? ¿Y ha visto esa pistola? Tenía un cañón especialmente largo. Las Glock que usa la policía tienen un cañón de dieciocho centímetros. El del arma de este hombre era de por lo menos veintitrés, por lo que tuvo que haber sido fabricado a medida. Y tenía forma de tubo, lo que se llama un caño de línea gruesa. Suelen verse en armas de precisión para tiro al blanco. Pero incluso con un arma como esa, dispararle a través de una ventana a alguien que puede estar en movimiento desde, qué, treinta, treinta y cinco metros de distancia, no es fácil, especialmente sin una mira. Si uno tiene esa clase de seguridad, es porque sabe disparar. Y recuérdelo: este tipo llevaba tres semanas sentado entre los árboles, puede que más. Ningún sureño fanático sin dinero haría algo así porque odie la música

rap. Este hombre tenía paciencia. Este hombre estaba acostumbrado a la presión. Este hombre era un profesional.

—¿Alguna pregunta? —dijo Dodson.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Isaiah y Bobby se miraron.

—De acuerdo, señor Quintabe —dijo Bobby—. Veo que no hay manera de convencerlo, así que permítame expresarlo así. Suponiendo que tomamos todas las precauciones necesarias, ¿podría tranquilizar a Calvin como un favor personal hacia mí? Quedaré en deuda con usted, y que Bobby Grimes esté en deuda con usted no es algo desdeñable.

—No puedo —dijo Isaiah—. Trabajo para mi cliente, no para usted.

—Sé realista —dijo Anthony—. No tenéis nada salvo una cinta de vídeo con el ataque de un perro. ¿Por dónde vais a empezar?

—Un razonamiento excelente, Anthony —dijo Bobby—. La cuestión es que estaría empezando desde menos que cero, señor Quintabe. Por lo que sé, no tiene ningún contacto en la policía, y estoy más que seguro que Noelle no va a hablar con usted voluntariamente. Así que, en realidad, ¿con qué empezaría?

—El asesino es la única conexión con quien sea que lo haya contratado —dijo Isaiah—. Y la única conexión con el asesino es el perro.

Todos esperaron a que continuara, pero él no lo hizo.

—¿Qué está diciendo, señor Quintabe? —preguntó Bobby—. ¿Que va a encontrar a ese perro? ¿A ese perro en particular?

—Eso es estúpido —intervino Charles.

Dodson daba la impresión de que estaba a punto de decir lo mismo.

—Lo siento —dijo Anthony—, pero esta vez estoy de acuerdo con Charles. ¿Cómo es posible encontrar a un pitbull en una ciudad llena de pitbulls?

—Me pondré en contacto si averiguo algo —dijo Isaiah, que se dio la vuelta para marcharse.

—Lo que usted quiere hacer es una necedad, señor Quintabe —dijo Bobby.

—No hay problema. Ya he hecho necedades antes.

TAN PRONTO ESTUVIERON EN EL COCHE, Dodson dijo:

—¿Cómo vas a encontrar a ese perro? Hay millones iguales y podría ser de cualquier parte. Long Beach, Compton, Carson, Lawndale. Mierda, en el este de Los Ángeles hay más pitbulls que personas.

—El asesino profesional no es de ninguna de esas zonas —dijo Isaiah.

—¿Cómo lo sabes?

—Usa Crocs, para empezar. Y ya has visto la grabación. ¿Recuerdas la camiseta? ¿Conoces a alguien de esos barrios negros que escuche a los White Stripes?

—¿Y si el asesino no es de por aquí? ¿Y si es de México o de Miami? Por lo que sabes, ya podría haber regresado a alguno de esos sitios.

—¿Quieres decir que cuando el asesino se dio cuenta de que Cal no iba a salir de su casa regresó a Miami o a México para ir a buscar a su perro? No, es de aquí.

—¿A qué te refieres con que es de aquí? ¿Que puede llegar a su casa desde Woodland Hills en coche? También se puede llegar a México desde Woodland Hills en coche. Ahora estás discutiendo por discutir. No hay ninguna jodida manera de que encuentres a ese perro.

ERAN LAS ONCE DE LA MAÑANA. Noelle estaba en la cama, envuelta en un kimono de seda con pájaros rosados y negros estampados, y hablando por teléfono.

—¿Qué dices? —dijo—. ¿Que Cal ha contratado a un investigador? ¿Cuándo ha ocurrido eso? Bueno, ¿por qué no me lo comentaste antes? Oh, sí que es un problema. Lo juro por Dios, ese maldito Calvin me atormentará hasta que me muera.

Antes de casarse con Cal, Noelle era una cantante del estilo de Mary J. Blige. Bobby Grimes la tenía contratada, pero su carrera se había estancado porque ella poseía voz pero no alma. Conoció a Cal haciendo los coros en uno de sus álbumes. A él lo atrajo su belleza elegante y su estilo sofisticado, muy distinto del de las chicas a las que estaba acostumbrado, todas idénticas a Lil' Kim. Noelle conocía de sobra las historias sobre las novias de los raperos, pero aun así él consiguió seducirla. Calvin era dulce y encantador cuando quería y tenía esa arrogancia callejera de la que ella había jurado mantenerse lejos, aunque no le había sido posible. De todas maneras, lo que la hizo dar el salto fue el estilo de vida.

—Si se te antoja algo, puede ser tuyo —dijo Cal.

Era cierto. Si se le antojaba algo, lo compraba sin echar ni una mirada a la etiqueta del precio. La atención que recibía era alucinante. Lo único que tenía que hacer era caminar hasta su coche con sus muy cortos pantalones cortos y esa misma noche aparecía en el E! channel y en TMZ. Pero había aspectos

negativos. Una vez que se casó con Cal, su desarrollo mental quedó en suspenso. No había ninguna necesidad de leer otra cosa que periódicos sensacionalistas y revistas de moda y ninguna razón para afrontar algún reto o crear algo más valioso que una gama de bolsos para vender en HSN. Había seis mil bolsos de esos en algún almacén. Pensó en buscar algún empleo pero Calvin se oponía, a menos que se tratara de algo que estuviera de moda. Nada que pudiera ensuciar la marca. La vida hogareña del matrimonio era inexistente. Cuando no estaba grabando, Calvin pasaba el tiempo en discotecas, holgazaneando con sus amigos o en giras de cuatro semanas seguidas.

Y Noelle descubrió que incluso el exceso ilimitado pierde su encanto y que la excitación de conseguir cualquier cosa que quisiera se volvía cada vez menos interesante. ¿Acaso no se trataba precisamente de eso? Querer, esperar, esforzarse y solo entonces obtenerlo. No querer y obtener en el mismo maldito acto. Se dio cuenta de que pensaba en las mismas cosas normales y corrientes en las que pensaban todos los demás. ¿Cómo puedo sentirme bien conmigo misma? ¿Qué me apasiona? ¿Puedo triunfar por mí misma? ¿Cómo saco a Charles y Bug de mi puta casa?

Calvin también era infeliz en su matrimonio. Esa Barbie de gama alta con la que se había casado, que era una diosa increíble cuando iba de su brazo y que le había dicho que estaba dispuesta a morir por él y que le afeitaba las pelotas, y que se ponía tangas y tacones altos para prepararle el desayuno, tenía muy mala leche, estaba todo el tiempo deprimida y se quejaba de todo, desde el tamaño de su armario hasta los asientos que les habían asignado en la gala de los premios Image. Ninguna palabra sobre la casa en Coconut Grove justo al otro lado de la bahía de la residencia de LeBron ni sobre sus seiscientos pares de zapatos ni sobre cuando se juntaba con sus amigas en el Pasha Club a beber botellas de Cristal de mil dólares ni sobre su estilista ni sobre su maquillador personal ni sobre esa bestia de guardaespaldas que la seguía a todas partes, como si necesitara que alguien la protegiera mientras ella almorzaba en el Ivy. Y a Noelle no le interesaba tener hijos. Tampoco era que Calvin los quisiera, pero tener hijos estaba de moda, era una señal de estilo. Si uno no tenía un bebé y le llamaba Zippy o Apple Pie, uno estaba fuera de onda.

Al principio Noelle acompañaba a Cal en las giras para ahuyentar a las putas y a las chupapollas, pero él la engañaba de todas maneras. Sus amigas le decían que ese era el precio de estar casada con una estrella del rap. Noelle lo soportó durante un tiempo, pero cuando los rumores aumentaron y se

volvieron persistentes la situación pasó a ser humillante. La gota que colmó el vaso del respeto por sí misma fue una foto publicada por un periódico sensacionalista en la que se veía a Cal con la lengua metida en la garganta de Tierra, otra cantante del sello de Bobby con la que Noelle jamás se había llevado bien. Noelle se vengó. Le impidió a Cal entrar en casa, le cortó los trajes con un abridor de cajas, tiró sus habanos Montecristo en la piscina e hizo que una grúa se llevara su Mercedes Black Series SL65. Cal se vengó de la venganza trayendo a Tierra a su propia casa y follándosela en la cama matrimonial. Cuando Noelle encontró cinco condones usados en el suelo del dormitorio, dijo:

—Oh, ahora sí que la hemos liado.

Sus peleas eran legendarias incluso en el mundillo del rap. Cal estaba actuando en el Nokia ante un público que había agotado las entradas. Estaba interpretando el último tema, *Up from Nothin'*, poniéndole un poco más de energía porque se suponía que Snoop y su entorno estaban mirando desde bambalinas. Cuando iba por la mitad de la segunda estrofa, Noelle apareció en el escenario y lo golpeó con una copa llena de joyas incrustadas que se decía que era la Copa del Chulo de Bishop Don Juan. Cal agarró a Noelle del vestido y la lanzó sobre el público. En una cena de Acción de Gracias, Cal cocinó el bolso Stella McCartney de Noelle y ella lo abofeteó con una pata de pavo. Ella casi le arrancó un dedo de un mordisco cuando él le señaló la puerta y le dijo que se marchara y él le aplastó sus gofres en la cara en Roscoe's. Noelle mandó a *Hella* por flete aéreo a Kwaylud, un rapero rival que vivía en Atlanta, y Cal tiró al peluquero de Noelle por la ventana de la segunda planta. Ella puso una foto de él masturbándose en su página de Facebook. Él contrató una mezcladora de cemento para fosilizar su colección de zapatos en hormigón. Después del divorcio, las peleas no terminaron. Él grabó una pista para ofenderla, con una letra en la que hablaba de su culo de requesón y sus tetas de diferente tamaño, con pezones grandes como magdalenas. Noelle respondió con una entrevista en la radio en la que describía en gran detalle que a Cal le gustaba que le hablaran como un bebé y que su polla tenía la forma de una aguja de tejer con un casco militar clavado en la punta. Bobby Grimes dijo que los periódicos sensacionalistas deberían haberse reunido para darles un premio.

—Tenemos que hacer algo —le dijo Noelle al que la había llamado por teléfono—. No sé qué, pero sí sé que no quiero que un tipo al que llaman IQ se ponga a husmear en mis asuntos, y, por si lo has olvidado, estamos juntos

en esto. Me doy cuenta de eso, pero esta historia no acabará hasta que haya acabado. De acuerdo, llámame más tarde.

Noelle entró en su vestidor, que parecía una catedral y que tenía más ropa que la tienda de Prada de Rodeo Drive. Iba a aparecer en *The Shonda Simmons Show* y quería ofrecer una buena imagen, hacer una declaración de principios. Que el mundo supiera que a ella le iba bien sin el canalla y traidor de su marido. Lo único que tenía que hacer era decidir qué ponerse cuando saliera a comprar algo que ponerse.

Consuelo, el ama de llaves, estaba limpiando el dormitorio.

—Consuelo —dijo Noelle—. ¿Podrías decirle a Rodion que quiero ir de compras?

—¿Quieres decir que el monstruo feo<sup>[3]</sup>? —dijo Consuelo—. No quiero.

CAL ESTABA ACURRUCADO EN LA CAMA DUXIANA tamaño 2 × 2 como un langostino cocido. Sobre él había una foto en blanco y negro tamaño póster tomada en un club subterráneo de South Central. Paredes de hormigón, techo bajo, focos que se reflejaban en un mar de rostros arrebatados y nubes flotantes de humo de marihuana en el aire. En esa época Cal formaba parte de un trío y aquel era su debut como líder. Estaba desnudo hasta la cintura, su cuerpo era un manojo de fibras enjorjado de sudor y sostenía el micrófono como si estuviera bebiendo las últimas gotas de néctar de un cáliz de oro. Cal conocía bien la canción. Era la que lo había dado a conocer. Se quedó allí acostado, moviendo los labios y siguiendo la letra:

*Yo he subido desde la nada, no vengo de ninguna parte  
soy un solista en el camino hacia todo  
No necesito convencer, siento que el suelo sube  
La hoja de mi sable drepanocitando a los que odian  
vaporizando traidores en el inodoro mientras yo gano pasta  
si te quiero te cojo, te circunvalo el ecuador  
Nadie podrá salvarte, yo crezco más y más  
Me he convertido en el Creador*

*UP FROM NOTHING*, «Subir desde la nada», llegó a multiplatino y se mantuvo seis semanas en las listas de *Billboard*. Había empezado la vida de estrella de rap. Autocares ultralujosos para las giras, conciertos con las entradas agotadas, firmas de autógrafos, viajes en limusina, porros grandes como

cucuruchos y *suites* del tamaño del patio trasero de la casa de su mamá. Se paseaba por las zonas VIP con las celebridades, hizo un anuncio para una compañía de tequila, tocó en los premios BET y recibió una nominación para el Grammy. Filmó un episodio piloto llamado *No Diggity* y le dieron el papel de un narcotraficante desquiciado en una película sobre carreras callejeras. Siempre había tenido éxito con las hembras pero de pronto estaba directamente en otro nivel, con las zorras haciendo cola como solicitantes de empleo y discutiendo entre ellas sobre quién sería la primera en mamársela.

CAL GRABÓ TRECE ÁLBUMES MÁS. Cuatro multiplatino, cuatro platino y el resto oro. Era una estrella a tiempo completo, el rey del barrio, el jugador más importante en el juego en el que todos querían participar. En el camino, se casó con Noelle. Sí, la cosa se arruinó, pero habían tenido algunos buenos momentos, eso había que reconocérselo. No recordaba exactamente cuándo había empezado a quebrarse. El derrumbe ocurrió gradualmente y al principio nadie lo notó. Él se mostraba cada vez más reacio a salir y pasaba la mayor parte del tiempo incomunicado en su choza. Si le preguntabas en qué andaba, se encogía de hombros o hacía como que no te había oído. Cuando los amigos lo convencían para que jugase al *Madden*, él se equivocaba a propósito o tiraba la pelota de costado hacia las gradas. Dormía doce o catorce horas diarias o tenía insomnio y daba vueltas por la casa hasta las cinco de la mañana. Se volvió paranoico. Dijo que le faltaban algunas joyas y que alguien estaba adulterando su comida. Dejó de ducharse y de afeitarse. Se alimentaba a base de Krispy Kreme y zumos V8 picantes. Se quejaba de alergias, jaquecas y dolor de espalda, pero el doctor Macklin no le encontró nada. Adoptó un gato callejero.

BOBBY GRIMES NO SE ENTERÓ DEL ESTADO en que se encontraba Cal hasta que este empezó a grabar unas pistas nuevas para el primero de los tres próximos álbumes de Cal, por los que había firmado un contrato de cincuenta y cinco millones de dólares. Había pasado una semana antes, en el estudio Rock Steady de Santa Mónica. Bobby llegó tarde. Charles y Bug escribían mensajes de texto en sus teléfonos. Anthony contemplaba la fotografía de una gaviota como si estuviera llevándose su juventud.

—¿Cómo está? —dijo Bobby.

—Míralo tú mismo —dijo Anthony.



Cal estaba en la cabina, supuestamente trabajando en el estribillo de un sencillo. Estaba de pie ante el micrófono, demacrado y desesperado, con un estómago del tamaño de una pelota de fútbol bajo su bata de cachemira de novecientos noventa y cinco dólares. Rapeaba con una voz monocorde:

*En el cerebro dolor, nada de valor  
lo que hay en mi cabeza no se puede cuantificar ni justificar  
la forma en que vivo me está comiendo vivo  
como cuando Bug se jala una pala  
mis ganas de sexo están por el suelo  
salto a tierra, los premios a la mierda  
estoy pregrabado, estoy explotado, quiero estar  
sigmundfreudiado.*

Bobby lo observó, sintiendo que el horror y la incredulidad crecían en su interior como una nube en forma de seta.

—¿Por qué tiene puesta una bata? —preguntó.

—Dice que es más cómodo —respondió Anthony.

—¿Más cómodo que qué, que la ropa?

—Dice que está cansado.

—No parece cansado, parece trastornado. Dios mío, está grande como una casa.

Cal siguió con su perorata:

*Tengo que dejar el vagabundeo, tengo que volver a mi agujero  
ir a Misisipi, hacer mi propio confeti  
estar de dientes con mis parientes  
no los veo desde que era una yema de huevo  
de la bolsa de mi papi donde guarda sus huevos  
no veo, no siento, mi mundo se está ennegreciendo.*

Bobby se sentó delante de la consola de grabación al lado de Big Terry, que llevaba mucho tiempo produciendo los discos de Cal.

—¿Por qué le permites que siga así? —dijo Bobby.

—Cal hace lo que quiere —dijo Big Terry—. Ya sabes cómo es.

—Bueno, ¿podrías hacer que vuelva a trabajar, por favor?

Big Terry encendió el intercomunicador.

—¿Qué mierda estás haciendo, Cal? —dijo—. Tus parientes están en Inglewood y tú no sabrías cómo encontrar Misisipi en un puto mapa. Será mejor que empieces a actuar con seriedad.

Cal no pareció oírlo, se quedó contemplando un horizonte que solo él veía.

—Esto es increíble —dijo Bobby—. Sabía que tenía problemas, pero no tenía idea de que las cosas estaban tan mal. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Ha ido cuesta abajo desde el divorcio —explicó Anthony—. Casi no consigo traerlo al estudio.

—¿Y no se te ocurrió comentármelo antes de que yo lo hiciera firmar un contrato de cincuenta y cinco millones de dólares por tres álbumes?

—En realidad, Bobby, pensaba que a esta altura ya se le habría pasado.

—¿Y qué pasa con vosotros? —dijo Bobby a Bug y Charles—. ¿No se os ocurrió avisarme?

—Pensábamos que estaba enfermo o algo así —dijo Bug—. Como que había pillado la gripe.

—¿La gripe? ¿Pensasteis que había pillado la gripe? ¿Con toda esa grasa y sin ninguna neurona?

A esas alturas Cal se había vuelto ininteligible, y estaba murmurando delante del filtro antipop como si fuera una oreja y él estuviera contándole un secreto.

—¿Qué se ha metido? —dijo Bobby.

—Marihuana, píldoras recetadas —dijo Anthony.

—Míralo. No hay más posibilidades de que termine una grabación decente de las que tiene Bug de rechazar un menú familiar en Popeye's.

Cal salió de la cabina y atravesó la sala de control como un zombi.

—Cal, ¿te encuentras bien? —le preguntó Bobby.

CAL ENTRÓ TRASTABILLANDO EN EL BAÑO de hombres y cerró la puerta. Estaba sudado y le costaba respirar. Un zumbido que él creía que era la luz fluorescente estaba en realidad dentro de su cabeza, una presión cada vez mayor detrás de los ojos. Y entonces, por primera vez desde que tenía cinco años, lloró como un niño de cinco años.

—Estoy jodido, estoy jodido —dijo—. Me estoy volviendo loco.

Cuando por fin dejó de llorar, se sintió tan vacío como la caja de Krispy Kreme que se había comido en el coche, sin dejar nada salvo miguitas. Estaba sonándose la nariz en una toalla de papel cuando oyó la Voz.

—Ya no sé quién soy —dijo la Voz—, y no tengo ni idea de lo que me está pasando.

Al principio, Cal pensó que las palabras salían de él, pero se miró en el espejo y no estaba moviendo la boca.

—Estoy aislado —dijo la Voz—. No tengo en quién confiar, nadie que me entienda. Mis amigos y mi familia no sirven para nada.

Cal detestaba estar con la pandilla. Anthony siempre impaciente, Charles con su actitud, Bug con su historia del amor duro. *Vamos, hijo, demuéstrame que eres un hombre y quítate esa puta bata.*

—He perdido interés por todo salvo por dormir —dijo la Voz—. Las actividades que antes me gustaban ahora me parecen ridículas.

En estos días, Cal tenía tantas ganas de ir a la discoteca como de ir a un rodeo. La música ensordecedora, las deslumbrantes luces estroboscópicas, la multitud borracha y ruidosa que agitaba las manos y gritaba como si estar amontonados como patatas Pringles en una pista de baile y pagar dieciséis dólares por un cóctel fuera divertido. Y una estrella de rap no podía relajarse en público. Había que estar bien cada jodido minuto, no fuera que alguien te hiciera un vídeo metiéndote el dedo en la nariz y lo colgara en YouTube hasta el fin de los tiempos; había que estar allí diciendo gilipolleces con un cigarro amargo como el culo en la mano y cogiendo una botella de Gran Patrón por el cuello como si no fuera nada o riéndose con los tíos como si solo alguien del círculo íntimo pudiera entender el chiste, haciéndose el fino con las damas, cada frase ya dicha miles de veces.

—He olvidado cómo disfrutar —dijo la Voz—. Cómo divertirme.

La última vez que Cal recordaba haberse divertido de verdad había sido cuando él era un niño y su padre lo paseaba por el Forum con su carretilla elevadora o cuando Angie y sus amigas venían de visita y hacían sus bailes estúpidos en la sala. El hombre que corre, el Soulja Boy, el Ala de Pollo.

—Como descontroladamente —dijo la Voz—. Bebo demasiado o consumo muchas drogas.

Cal había engordado más de once kilos. Solo se sentía cómodo con la bata y consumía pastillas como si fueran un grupo de alimentos. Si Snoop supiera la cantidad de marihuana que fumaba, organizaría una intervención.

La voz continuó.

—Mi trabajo es tan inútil y tan agotador para el alma que ni siquiera quiero pensarlo.

Se suponía que Cal tendría que estar componiendo canciones para el nuevo álbum, pero no sabía sobre qué escribir. ¿Más putas, mamadas y joyas?

¿Más Rémy, Dom y Courvoisier? ¿Más látigos y correas y dominación mundial? Todas las rimas ya estaban usadas. Había pensado en seguir los pasos de Kanye, hacer algunas canciones sobre su madre, Jesús, el materialismo y lo que fuera. Lo intentó y grabó un par de pistas en su estudio casero. La primera duraba veintitrés segundos y se titulaba *¿Qué mierda hago en este planeta?* La segunda duraba treinta y cinco minutos y no tenía título, pero la primera frase decía: *En el In-N-Out cambiaron la receta, la carne ahora tiene sabor a seta.* Cuando volvió a oír las pistas, ordenó a Charles y Bug que sacaran todos los equipos de grabación de la casa y los arrojaran al océano.

—Francamente —dijo la Voz—, no me molestaría en levantarme de la cama, pero no tengo alternativa. Tengo que pagar las facturas, hay gente que depende de mí y obligaciones que cumplir.

Estaba la pensión alimenticia para esa zorra malvada de Noelle, los gastos escolares de sus sobrinos, las hipotecas de las casas y del apartamento que les había comprado a sus padres. Se suponía que sería uno de los presentadores de los premios Soul Train y se había comprometido a dar entrevistas a *XXL* y *WBL*. Se suponía que se presentaría a una audición para una película de dos amigos con Ashton Kutcher. Tenía deudas fiscales atrasadas y había cancelado citas con su director comercial en diez ocasiones. Y también estaba Bobby Grimes. Cal se sentía como si fuera una caravana Winnebago en una carretera de un solo carril, y Bobby, un Porsche Turbo que zigzagueaba detrás de él haciendo sonar la bocina.

La voz continuó.

—No sé cuánto tiempo puedo seguir así; ni siquiera sé si podré seguir un segundo más. Estoy en el abismo, estoy al final del camino, tengo que seguir adelante pero no puedo. Estoy quemado.

—¿Quemado? —dijo Cal. Eso sonaba correcto. Se limpió las lágrimas de la cara y se giró para ver a este señor Voz, pero no había nadie. Pensó que se había vuelto loco de verdad, pero había un carrito con elementos de limpieza aparcado contra la otra pared y una radio portátil en la parte superior.

El locutor de radio dijo:

—Para aquellos que acaban de sintonizarnos, estamos hablando con el consejero de orientación vital doctor Russell Freeman. Él es el autor del nuevo libro *Atascado en la vida, o cómo curar el síndrome del quemado y dejar de hacer girar las ruedas.*

—Agradezco que me hayas recibido, Dan —dijo el doctor Freeman.

Cal no podía creerlo. La Voz era una persona que se hacía llamar doctor Freeman.

—Ese fragmento que acaba de leer tiene mucha fuerza, doctor Freeman —dijo el locutor—, pero permítame que haga de abogado del diablo. ¿Este síndrome del quemado no es otra de esas enfermedades de Oprah como la adicción a los zapatos y la fobia a las suegras?

—El síndrome del quemado es muy real. Atiendo casos en mi consulta todos los días. Hay hombres y mujeres en todos los ámbitos de la sociedad que están tan agotados que ya no pueden hacer nada.

—Tal vez es porque trabajan demasiado.

—Ese es un malentendido muy habitual. Una persona puede sufrir del síndrome del quemado aun sin moverse del sofá. Uno puede quemarse por no hacer nada, igual que puede quemarse por el éxito. El denominador común es una frustración prolongada.

—Hacer girar las ruedas.

—Exacto. La sensación de que hagamos lo que hagamos siempre estamos en el mismo lugar que ayer. Que, en definitiva, no hay razón para continuar, porque seguiríamos hundidos en el mismo lodo, corriendo por la misma cinta sin fin, bailando el mismo baile agotador. Un ama de casa, un policía, un haragán o un magnate de los negocios, todos pueden tener el síndrome del quemado.

Cal asintió. Si había alguien haciendo girar las ruedas, era él. La monotonía de la fama, la vida de los raperos, siempre iguales, como cortadas por el mismo patrón.

—Entonces, si la enfermedad es el síndrome del quemado, ¿cuál es la cura? —dijo el locutor.

—El tratamiento más eficaz es la terapia de grupo —dijo el doctor Freeman—. Un quemado puede estar con otras personas que tienen el mismo problema y hablar sobre sus experiencias comunes bajo la guía de un terapeuta.

Cal trató de imaginarse sentado en un círculo con un montón de blancos. ¿De qué experiencias comunes podría hablar? ¿De que la funda engarzada con diamantes y esmeraldas que se había puesto en la dentadura le producía llagas y de que no podía mantenerse despierto porque a DStar se le había acabado el Aderall y de que el sexo no valía la pena? Una canción de éxito de su último álbum se titulaba *Chingando hasta el alba*. La última vez que había estado con una chica se había corrido en tres minutos, se había dado la vuelta

y se había quedado dormido. La chica se lo pensó un momento, lo sacudió y le dijo: «Todavía no es el alba».

—Pero hay muchas personas que no tienen tiempo o recursos suficientes para una terapia de grupo, y esa es la razón por la que escribí el libro —dijo el doctor Freeman—. He desarrollado una serie de cambios en el estilo de vida y ejercicios diseñados para, y en esto tengo que ponerme técnico, desatascar. Cambiar el enfoque, reenergizar, aliviar los síntomas y hacer que uno recupere el control.

Anthony estaba golpeando a la puerta del baño de hombres.

—Cal, ¿te encuentras bien? —dijo—. Tenemos que volver al trabajo. Todos están esperando.

—Y el síndrome del quemado no se cura solo —dijo el doctor Freeman—. Si no se trata, los síntomas pueden ser severos. Dolores corporales, trastornos estomacales, adicción, obesidad, ataques de pánico y un aislamiento cada vez mayor. Puede tener efectos devastadores y a veces irreparables. Algunos de mis pacientes vienen a verme cuando ya es demasiado tarde, cuando ya han perdido a sus amigos, su familia, su casa, su carrera, sus cuentas corrientes. Todo.

—¿Todo? —dijo Cal. Sabía que la estaba cagando, pero no sabía que tenía que ver con «todo». Mierda. La casa, los coches, la ropa, las zorras, la marihuana de primera calidad. De ninguna manera iba a perder todo eso.

—Bueno, todo esto ha sido verdaderamente ilustrativo, doctor Freeman —dijo el presentador—. Y creo que es una llamada de atención para muchos de nuestros oyentes. Gracias por venir.

—Gracias por invitarme.

Cal aspiró la esperanza como una calada en una pipa de agua. Había una luz al final del túnel, una oportunidad de recuperar la arrogancia y volver a ser el de antes, y no estaba jodido en un sentido amplio, tenía un trastorno específico, el síndrome del quemado, y el síndrome del quemado tenía un tratamiento, y tal vez no pudiera ir a la terapia de grupo pero por todos los demonios sí que podía comprarse el libro.

Anthony seguía golpeando a la puerta.

—Cal, tenemos que seguir. ¡Cal! Están todos esperando.

## Capítulo siete

### Matar sin previo aviso

*Julio de 2013*

**D**URANTE SU ADOLESCENCIA Isaiah trabajó para Harry Hadelman y ya entonces se preguntaba cómo era posible que ese hombre siempre se mantuviera en un estado de indignación perpetua, con esos feroces ojos oscuros mirando con furia a través de unas gafas bifocales que parecían hechas con botellas de Coca-Cola y que descansaban sobre una tremenda nariz y con esos pelos blancos como la nieve que sobresalían como los de un cepillo de dientes. Isaiah pensaba que tenía el aspecto de un director de orquesta. Louise, la esposa de Harry, decía que parecía un águila con gafas.

—Pitbulls —dijo Harry—. Mi tema preferido. Los perros de esa raza tienen mucha energía, cuesta mucho dinero mantenerlos y son, en comparación con otros animales del mismo peso, una de las criaturas más poderosas sobre la faz de la tierra. Entonces resulta que un condenado adolescente se compra uno porque cree que así le crecerá la polla. Algunas ciudades han prohibido los pitbulls cuando lo que deberían hacer es prohibir a los jodidos adolescentes. ¿Sabías que la gente abandona a los pitbulls más que a ningún otro perro? Ahora mismo tenemos cinco o seis, y llegará otro más antes del final del día.

Harry, Isaiah y Dodson caminaban a lo largo de la hilera de jaulas para perros del Refugio para animales de Hurston, pasando delante de un perro tras otro, todos aullando, llorando, enfurruñados, abatidos o irritados, y la cacofonía de ladridos era más fuerte que el volumen máximo al que Dodson podía poner los altavoces de su coche. Dodson caminaba pegado a la pared a

la mayor distancia de los perros que era posible sin acabar convirtiéndose en pintura.

—Es una jodida vergüenza —dijo Harry—. La gente se compra un perro, no puede cuidarlo o es demasiado estúpida como para cerrar la jodida puerta y al perro hay que sacrificarlo. La gente es idiota. Prefiero estar con perros todos los días. Preguntadle a Louise.

Harry tenía un conocimiento enciclopédico sobre perros. Había escrito un libro sobre lenguaje canino y había criado sabuesos campeones. Era juez en exhibiciones caninas de todo el estado y llevaba dieciséis años como supervisor del refugio. Había visto perros de todo tamaño, tipo, raza y raza mixta.

—Fijaos en este —dijo Harry. En una jaula había un pitbull color ciervo con las garras en las rejas y que ladraba sin cesar, dando la impresión de que no se detendría hasta que lo soltaran, lo alimentaran, le gritaran, jugaran con él o le hablaran. Cualquier cosa. Dodson parecía un poco asustado y se adelantó rápido para dejar atrás al perro—. Lo trajo un tipo ayer —continuó Harry—. Me contó que había comprado el perro para proteger su coche deportivo mientras él estaba en el trabajo, era un modelo clásico o algo así. Dejaba al perro todo el día en el garaje. Bueno, supongo que el perro se hartó, porque cuando el tipo llegó a su casa se encontró con que había arrancado la capota del coche, había desgarrado los asientos y había mordido los estribos laterales hasta arrancarlos. ¿Y sabéis lo que dice este idiota? No esperaba que el perro hiciera algo así. *No esperaba que el perro hiciera algo así.* Yo le dije: ¿cómo te sentirías tú si yo te encerrara en un garaje todo el día? ¿No tendrías ganas de destruirme el coche? Vete a comprar una alarma antirrobo, tacaño miserable. Es hora de dar de comer a los pájaros.

—Los pájaros me gustan —dijo Dodson.

HARRY EXAMINÓ UNA JAULA DE ALAMBRE donde había cinco crías de cuervo dentro de un cuenco de ensalada forrado de toallas de papel. Aún no tenían plumas, solo una pelusilla irregular a través de la cual se veía una piel gris. Estaban esperando que los alimentaran, chillando con los picos bien abiertos. Harry les dio comida para gatos con un palito de helado.

—Sabéis —dijo—, tal vez os cueste creerlo, pero en una época, el pitbull era el perro que menos mordía a la gente. Es cierto.

—Ninguno de esos vive cerca de mí —dijo Dodson—. Conozco pitbulls capaces de disfrazarse de Papá Noel, bajar por la chimenea y morderte.



Harry lo miró.

—Esto empezó en Inglaterra, a principios del siglo XIX —dijo—. Las peleas de perros eran tan populares como hoy lo es la lucha en jaula. Ahora bien, uno pensaría que los perros de pelea serían muy excitables y peligrosos para la gente que estaba cerca de ellos, pero no. No podían. Antes de que empezara la pelea había que dejar que el rival lavara a tu perro, por si le habías puesto algo en el pelaje que fuera resbaladizo o que tuviera mal sabor. Por lo tanto, no se podía tener un perro que mordiera a un desconocido, incluso aunque le estuvieran echando agua en la cabeza. Y los perros eran valiosos. Si un perro se lesionaba durante una pelea, se hacía un intervalo y se lo curaba. Bueno, si te van a morder, ese es el momento más probable, cuando el perro está totalmente excitado y dolorido. Entonces, si el perro tenía aunque solo fuera una inclinación a morder, se lo sacrificaba. Lo mataban. En otras palabras, se criaba a los perros para eliminar toda agresividad contra los humanos.

—Sí, bueno, ya la han recuperado —dijo Dodson.

—La culpa es de vuestros adolescentes —dijo Harry—. Es la otra ley de Murphy. Cualquier cosa en la que haya algún adolescente involucrado es un jodido horror. Estos pequeños descerebrados desgraciados crían perros agresivos que descienden de perros agresivos y luego los entrenan para ser crueles. Es repugnante, si queréis mi opinión. Si tratas a un pitbull como un miembro de la familia, si lo socializas, si lo entrenas, nunca tendrás una mascota mejor. Pero la mayoría de la gente es estúpida y vaga, y cuando se entera del trabajo que eso supone levanta las manos y encadena al perro a un árbol como si fuera culpa de él.

Isaiah tenía una copia de la cinta de vigilancia en su tableta.

—Echa un vistazo a esto, Harry —dijo.

Harry miró la cinta, echando la cabeza hacia atrás para encontrar el punto correcto de enfoque de sus gafas bifocales.

—Justo cuando uno creía haberlo visto todo —dijo—. Un pitbull pesa en promedio casi treinta kilos. Este perro debe de pesar casi sesenta. Es casi tan grande como un bullmastiff. Inaudito. Vuelve al principio, la parte en la que el perro está en la cocina. —Harry vio cómo el perro entraba por la puerta para mascotas, permanecía quieto unos instantes y luego se lanzaba sobre Cal—. Esto no me gusta —dijo Harry—. No me gusta nada. El perro vio al tipo y lo atacó. Sin advertencia, sin cambiar de postura, sin vacilación... Y los perros, a diferencia de vuestros jodidos adolescentes, tienen que tener una razón para atacar. Puede que sea una razón de perros, pero en cualquier caso

es una razón, y yo no la veo aquí. Este tipo no estaba en el territorio del perro. No tenía una actitud amenazadora y no había nada por lo que pelear, como comida o una hembra, y tampoco salió corriendo hasta que el perro lo persiguió. —Harry pareció encogerse un poco, con sus feroces ojos de pronto cansados—. Los perros —dijo—. Devotos, valientes, te aman aunque seas un gilipollas. Hacen cualquier cosa que les pidamos. ¿Y sabéis qué hizo el criador de este? Lo entrenó para atacar sin previo aviso.

Harry cerró la jaula y pasó a otra. Tres ruiñones bebés acurrucados sobre una bola de algodón, ninguno más grande que un abejorro. Harry les dio agua azucarada con una jeringa.

—Le dije a Peterman, mi vecino, que no cortara la madera de boj hasta que terminara la temporada de anidación, pero él fue y lo hizo de todas maneras. Por suerte encontré a estos pequeñines. Tienen un metabolismo tan alto que hay que darles de comer cada veinte minutos. *Peterman*. A él habría que esterilizarlo.

—Harry, ¿cómo es posible que ese perro tuviera un tamaño tan grande?

—Bueno, podría ser un fuera de serie, como esos chicos que superan los dos metros cuando todos sus hermanos tienen alturas normales. Pero los fuera de serie son más escasos que los dientes de una gallina. Podrías tener cien camadas y no conseguir ninguno. Y es de esperar que un perro tan grande tuviera una constitución completamente descontrolada. Ya sabéis, todo desproporcionado y con alguna que otra deformidad. Pero este perro se parece a cualquier otro pitbull. Definitivamente no es para presentar en una exhibición, pero tiene un aspecto bastante aceptable para la mayoría de la gente. Si me pidieran mi opinión, diría que a este perro lo criaron así. Lo criaron para que tuviera un tamaño grande. No es fácil.

—¿A qué te refieres?

—Vale. Digamos que ya tienes un perro grande. Bueno, podrías aparearlo con un perro de tamaño normal y tal vez nacieran cachorros grandes o tal vez no. La forma más segura es buscarse otro perro grande. Eso no es ninguna garantía, pero tienes más probabilidades de que salgan cachorros grandes de esa manera, y, si tienes suerte, uno de ellos tendrá un tamaño mayor que el de sus padres cuando crezca. Entonces coges a ese perro, lo apareas con otro perro grande, obtienes un cachorro todavía más grande, y luego es vuelta a empezar; en cada generación tienes uno más grande hasta llegar al gigante del vídeo. Es como mi hermano, Barry. Nunca fue muy brillante, para empezar, y va y se casa con una mujer que tiene treinta y cuatro años y que ya ha suspendido dos veces el examen de nivel secundario. Luego tienen un hijo

que es más tonto que comer piedras; este hijo se casa y tiene hijos que juegan al escondite en los rosales. ¿Puedo volver a ver la secuencia de la cocina? — Harry sostuvo la tableta de una manera y después la giró hacia otro lado—. Sí, es lo que pensaba —dijo—. Este perro es mestizo. En algún momento del pedigrí, tuvo un padre pitbull al que aparearon con alguna otra raza. Es muy frecuente. La gente aparee pitbulls con dóberman, rottweiler, catahoula, toda clase de cosas. Bien, aquí no se distingue con mucha claridad, pero este perro tiene un poco de papada, arrugas en la frente, las patas son un poco largas y tiene una curva en la cola. Podría ser gran danés o mastín, pero creo que es más probable que sea presa canario, lo que explicaría muchas cosas.

—¿Presa qué? —dijo Dodson.

—Presa canario. Proviene originalmente de las islas Canarias, en España. Un perro grande y fuerte, que pesa más de cuarenta y cinco kilos. Los hacendados lo crían para combatir a depredadores y para peleas de perros. Lo llaman pitbulls con esteroides. Tiene un temperamento impredecible y es agresivo con los humanos. Si mezclamos todo eso con la temeridad y la determinación de un pitbull y lo entrenamos para atacar sin previo aviso, no sé qué tenemos. —Harry cerró la jaula y se limpió las manos en la camisa—. Y os diré algo más —añadió—. Sea quien sea el tipo que crio a este perro, es un demente hijo de puta.

## Capítulo ocho

### Jiffy Lube

*Mayo de 2005*

**B**USCAR AL ASESINO DE MARCUS centraba a Isaiah; le daba algo para ocupar la mente con otra cosa además de la pena. Una razón para levantarse por las mañanas. Llamó a la comisaría de East Long Beach y habló con el inspector Purcell, que estaba a cargo de la investigación. Le dijo al policía que llamaba en nombre de su madre. Ella estaba demasiado alterada para hablar y quería saber si se había producido algún avance en la búsqueda del conductor.

—Me temo que no tengo mucho que decirte —respondió Purcell—. Cuando hay un atropello y el conductor se da a la fuga, la gente tiende a mirar a la víctima primero y solo ven el vehículo cuando ya está alejándose de la escena del crimen.

—¿Nadie vio nada? —dijo Isaiah. Pudo oír a Purcell pensando: *¿Y por qué no viste nada tú?*

—Había un testigo en la parada del autobús —dijo Purcell—. Declaró que el vehículo era un Honda Accord último modelo, plateado, de gama alta. No pudo describir al conductor, todo pasó demasiado rápido.

Purcell comentó también que se había mencionado el accidente en las noticias locales y que había aparecido un artículo en el periódico pero que nadie había llamado a la línea telefónica que se había establecido especialmente para el caso.

—¿Hay alguna otra cosa que pueda decirle a mi mamá? —preguntó Isaiah.

—La investigación sigue en curso y estamos haciendo todo lo que podemos —respondió Purcell—. Si hay alguna novedad, nos pondremos en contacto.

POR PRIMERA VEZ DESPUÉS DEL ACCIDENTE, Isaiah regresó a la intersección de Anaheim y Baldwin. No había mucho tráfico a esa hora. Una mujer cargando combustible en la gasolinera Shell. Un anciano barriendo la acera delante de una tienda de bebidas alcohólicas. Un chico sin hogar que caminaba con dos perros. Todo normal, como si Marcus jamás hubiera estado allí. Como si Marcus no hubiera muerto. Isaiah trató de no mirar la franja de asfalto donde su hermano había perdido la vida, pero no pudo evitarlo. Vio a Marcus allí tumbado, una bolsa de huesos rotos y arterias aplastadas, la luminosa sonrisa borrada para siempre. Sintió una oleada de calor que surgía desde su interior, expulsando sudor por sus poros, haciéndole arder la cara. Empezó a marearse y a sentir náuseas y se sentó en el banco de la parada del autobús. Alguien le preguntó si se encontraba bien y lo apartó con un gesto.

EN EL TEST DE INTELIGENCIA STANFORD-BINET SB5 las puntuaciones de razonamiento de Isaiah llegaron casi al nivel de un genio. Su talento era natural, pero las clases de matemáticas lo refinaron. Tuvo una introducción formal al razonamiento inductivo en geometría, una materia de décimo grado que él cursó en octavo. Su profesora, la señora Washington, era una mujer severa que parecía puro cartílago bajo los colores vivos de su traje pantalón. Lavanda, verde loro y melocotón. Ella se dirigía a la clase como si hubiera terminado en esa situación porque alguien la había engañado.

—Muy bien —dijo—. El razonamiento inductivo. Es lo que esos que se hacen llamar investigadores en *CSI*, *Unidad de víctimas especiales*, *LMNOP* y todos los demás llaman razonamiento «deductivo», lo que está mal, y ellos deberían saberlo. Es razonamiento «inductivo», una herramienta que utilizaréis con frecuencia en la geometría, así como en análisis matemático y trigonometría, suponiendo que lleguéis tan lejos, y desde luego tú no lo lograrás, Jacquon. Deja de tontear con el pelo de esa chica y presta atención. La nota de tu último examen era tan baja que tuve que escribirla en la suela de mi zapato. —La señora Washington miró fijamente a Jacquon hasta que le derritió la cara. Volvió a empezar—: El razonamiento inductivo consiste en razonar hasta encontrar la explicación más probable. Un ejemplo: Jacquon

estaba volviendo de la escuela a su casa y alguien lo golpeó con un ladrillo en la cabeza veinticinco veces. Los sospechosos son la señora Washington y su marido, Wendell. La señora Washington mide un metro sesenta, pesa cincuenta kilos y da clases en una escuela. Wendell mide un metro ochenta y ocho, pesa ciento catorce kilos y trabaja en un almacén. Entonces, ¿quién diríais que es el culpable más probable?

Isaiah y el resto de la clase contestaron que Wendell.

—¿Por qué? —dijo la señora Washington—. Porque tal vez la señora Washington quisiera golpear veinticinco veces con un ladrillo a Jacquon pero no es lo bastante grande ni lo bastante fuerte. Parece razonable, teniendo en cuenta los datos de los que disponemos, pero este es un ejemplo de cómo el razonamiento inductivo puede llevaros a error. Tal vez no tengáis todos los datos. Por ejemplo, que Wendell es contable en el almacén y que todo el ejercicio que hace es levantarse de la cama cada mañana, mientras que la señora Washington, antes de ser profesora, estaba en el equipo de lucha libre de la universidad estatal de San Diego en la categoría de cuarenta y cinco a cincuenta y cinco kilos y que habría ganado el torneo de su división si esa rubia, Cal Norhtridge, no le hubiese metido un pulgar en el ojo. Jacquon, conozco a tu madre, y si le cuento cómo te comportas en clase, te dará una paliza tan grande que tu nombre pasará a ser Jesús.

EL CONDUCTOR QUE MATÓ A MARCUS iba en dirección este por Anaheim, se saltó un semáforo en rojo en Baldwin y circuló delante del testigo, que estaba en la parada del autobús, a menos de diez metros de distancia. Según el horario del autobús, el número nueve paraba allí a las 6:05. Hora punta. El testigo, pensó Isaiah, probablemente estaría volviendo a su casa y, si ese era el caso, cogería el mismo autobús cada día.

Isaiah esperó. Poco antes de las seis aparecieron tres mujeres latinas. Probablemente empleadas domésticas, con sus rostros rotundos y sus bolsos enormes. Luego llegó un hombre negro regordete, de ojos alegres y pajarita, que sonreía a todos como si estuviera encantado de conocerlos. A continuación vinieron siete hombres latinos, de uno en uno y de dos en dos. Tenían ropas ásperas y zapatos resistentes, y algunos de ellos cargaban recipientes de comida para el almuerzo. Cualquiera de estas personas podría haber reconocido un Accord, pero el testigo le había dicho al policía Purcell que era un modelo de gama alta, y si uno podía distinguir entre modelos, es que estaba interesado en los coches. El testigo fue el último en llegar. Era

corpulento, de pelo corto, cara cuadrada y manos poderosas que jamás estarían limpias. Tenía en la camisa el logotipo rojo y blanco de la cadena de talleres mecánicos JIFFY LUBE. Si se pasaba el día entero cambiando aceite, sin duda sabría de coches.

Isaiah subió al mismo autobús que el hombre de Jiffy Lube. Allí lo tendría arrinconado, sería un oyente cautivo. Jiffy se sentó en un asiento cerca del fondo, cruzó los brazos en el pecho y cerró los ojos. Isaiah se quedó de pie cerca de él y se sujetó a la barra vertical. No sabía qué decir. Si era demasiado directo o utilizaba las palabras incorrectas, el tipo podría enfadarse o asustarse y no soltar prenda.

—Usted vio el accidente —dijo Isaiah—. El atropello en que el conductor huyó. —Jiffy no reaccionó, ni siquiera abrió los ojos—. Estaba esperando el autobús y lo vio —insistió Isaiah. Jiffy se puso a mirar el suelo detenidamente y la gente que estaba a su alrededor empezó a ponerse nerviosa y a clavar los ojos en las ventanillas—. El hombre al que atropellaron era mi hermano —prosiguió Isaiah—. Quiero encontrar al tipo que lo hizo. ¿Puede ayudarme?

Jiffy le echó una rápida mirada a Isaiah y negó con la cabeza.

—Es malo ver algo así —dijo—. Ojalá no lo hubiera visto. Es malo.

—El policía me ha dicho que el coche era un Accord —dijo Isaiah.

Jiffy se encogió y se inclinó un poco hacia atrás, como si el recuerdo fuera demasiado brutal para revivirlo.

—Sí, un Accord, color plateado —dijo—. El modelo de lujo; vi que tenía doble salida de escape. Los otros solo tienen la de un tubo.

—¿Vio al conductor?

—Iba muy rápido, no lo vi —dijo Jiffy. Encorvó los hombros y se le nublaron los ojos—. Es como mi amigo César —dijo—. Murió del corazón. Y era joven, apenas cuarenta y un años. Eso te deprime, amigo, te destroza.

—¿Alguna otra cosa? No tengo ni por dónde empezar.

—No estoy seguro, ¿de acuerdo? Pero creo que vi una pegatina, como la de los Lakers.

Jiffy asintió con un gesto que daba a entender a Isaiah que sí estaba seguro.

—¿Una pegatina de los Lakers? —dijo Isaiah—. ¿Dónde?

—En el parabrisas, atrás. El coche estaba alejándose, ¿sabes? Pero creo que la vi.

—¿Cómo sabe que era de los Lakers?

—Es dorada con letras púrpura, como los colores del equipo. Ya estoy llegando a mi parada —dijo Jiffy, con expresión de alivio. Se incorporó y se

acercó a la puerta—. Lamento lo de tu hermano —dijo—. Algo así te hunde, te hunde del todo.

ISAIAH VOLVIÓ A SU CASA y se conectó a internet. El Accord de gama alta se llamaba EX y estaba cotizado en veintisiete mil dólares y pico. Si se le añadían los impuestos y el registro, se podría hablar de treinta. No era el coche de un operario o de un hombre joven; la edad media de los que conducían un Accord era de cincuenta años. No había duda de que había hombres negros y latinos de mediana edad que compraban Accord, pero según la experiencia de Isaiah estos tendían a preferir los coches estadounidenses de gran tamaño, todoterrenos y camionetas. Y el conductor se dirigía hacia el este, hacia East Long Beach. Sesenta por ciento de blancos, según el censo. Haciendo un cálculo de probabilidades, todo indicaba que el conductor era blanco.

Bien, entonces, ¿adónde iba este tipo? Si su destino era Signal Hill, habría ido por Willow o por la autopista costera Pacific. Si era la zona portuaria, tendría que haber tomado hacia el sur. Tal vez cogería Anaheim para cruzar Long Beach, rumbo a Blair Field o Colorado Lagoon, pero por alguna razón eso no parecía encajar, y la razón tenía que ver con el área desde la que él conductor venía: el oeste. Si uno continúa por Anaheim en esa dirección, pasaría por debajo de la autopista 710, atravesaría una sórdida zona industrial y luego llegaría a Wilmington, y en ninguna de esas zonas había muchos hombres blancos que condujeran Accord. Era eso o que el conductor hubiese venido por la 710 y hubiese bajado por Anaheim, aunque si iba a Blair Field o Colorado Lagoon había formas más fáciles de llegar. No, ese tipo vivía en East Long Beach.

La pegatina de los Lakers que según Jiffy Lube estaba en el parabrisas trasero era una pelota de básquet dorada con la palabra *Lakers* escrita en letra púrpura. A ojos de Isaiah era fea, y esa clase de pegatinas no era fácil de quitar una vez que las ponías. Había que querer mucho a los Lakers para pegar una cosa así en un coche de treinta mil dólares. Y el mismo día que Marcus había muerto los Lakers jugaban contra Allen Iverson y los Philadelphia 76ers. Ningún verdadero aficionado se perdería ese partido, que era a las seis y media por la diferencia horaria. El accidente había tenido lugar cerca de las seis, de modo que tal vez el conductor tenía prisa por llegar a su casa para ver el partido y por pura casualidad había asesinado a Marcus en el camino.



*El conductor era blanco, maduro, tenía un buen trabajo, vivía en East Long Beach y era un fan de los Lakers.*

Después de haber atropellado a Marcus, lo más probable era que el conductor evitara volver a pasar por toda esa área. Sería estúpido no hacerlo, pero había pasado tiempo. Tal vez ya había retomado su rutina habitual. Si no abandonaba la 710 en Anaheim, tendría que continuar por la autopista, salir en la Séptima y retroceder. Marcus siempre decía que las costumbres eran difíciles de cambiar. No importaba que fueran buenas o malas.

A LAS CINCO Y MEDIA DEL DÍA SIGUIENTE, Isaiah se sentó en el muro de contención contiguo a la rampa de bajada a Anaheim. Vio pasar coches, docenas y docenas. Sacó fotos de los Accord con su teléfono. Tres eran último modelo, pero ninguno era plateado ni tenía una pegatina de los Lakers. Las fotos salían bien si el coche se detenía en el semáforo. Podía verse el número de matrícula y el rostro del conductor. Pero si el semáforo estaba en verde y los coches estaban en movimiento, las fotos salían borrosas y no servían.

Cuando volvió a su casa, puso un burrito en el microondas y salió al balcón. Estaba anocheciendo. Unos cuervos se habían reunido para discutir a quién le pertenecía el cielo; aromas de cebolla, ajo y cilantro subían desde los pisos bajos. Estaba enfadado consigo mismo. Furioso, de hecho. Habían matado a Marcus delante de él y no podía darle ni una sola pista al investigador Purcell. Y lo preocupaba la perspectiva de ver al Accord y no poder recordar el número de matrícula ni el aspecto del conductor. Sería tan inútil como lo era ahora.

Al día siguiente, se sentó contra el muro de contención y practicó un juego consigo mismo. Miraría un coche durante tres segundos. Mil uno, mil dos, mil tres. Luego cerraría los ojos y diría lo que recordaba. Había llegado a la conclusión de que tres segundos era más o menos el tiempo que había tenido el hombre de Jiffy Lube para ver el Accord. Lo que Isaiah averiguó es que tres segundos no es mucho tiempo.

*Una chica del barrio, con algo en la cabeza, como un chal, distintos colores, el coche era un... mierda, no lo sé. Matrícula B R... mierda.*

*Un tipo latino, camioneta, ¿de entre veinte y treinta años? Con una camisa marrón, algo escrito en la puerta, ¿Construcciones ARGO? ¿AGRA? ¿AFCO? Matrícula 2 U... mierda.*

Cientos de coches más tarde, empezaba a pillarle el truco. Tenía que filtrar el ruido de los motores, el humo de los escapes, el resplandor del sol, las miradas de los conductores y a los chicos que gritaban, «ey, usted, señor, ¿es un mendigo?». Sin pensar en ver o sin obligarse a ver, simplemente viendo, eliminando toda la perspectiva excepto el coche, tomando una instantánea con los ojos.

*Coche estadounidense, grande, verde como sopa de guisantes, un tipo blanco, gafas, treinta o cuarenta. ¿Qué ropa llevaba? Mierda. Matrícula X R 7 G U... mierda.*

*Buick Regal, dorado, un tipo negro, cincuenta o más, calvo, papada... ¿Qué más? Maldición, había algo más. Matrícula R 7 5 3 B... 9... ¿C9? Mierda.*

*Prius nuevo, azul, mujer latina, más de veinte, de uniforme, gafas de sol ovaladas, pase de parking en el espejo, matrícula 5 6 7 M 8 9... mierda, casi lo tengo.*

*Acura TSX, negro, último modelo, ventanillas polarizadas, llantas, chico blanco, veinte o más, camiseta blanca, gorra roja y dorada, logo de Trojan, X R 7 0 9 4 D.*

SE QUEDABA DESPIERTO HASTA TARDE todas las noches y salía a caminar. Era mejor que no dormir o quedarse en el balcón mirando la nada. Tomaba Henderson hasta Shoreline Drive y miraba el *Queen Mary*, fondeado al otro lado del río Los Ángeles, todo iluminado, con gente pasándose bien. O cogía la autopista costera Pacific hasta Martin Luther King y tomaba grasienta comida china en el Mandarin Palace. Snoop, Nate Dogg y Warren G habían grabado su maqueta al otro lado de la calle, en VIP Records. Ya estaba cerrado, pero en una época había un pinchadiscos a tiempo completo que conocía tus ritmos y los pasaba cuando entrabas por la puerta. Una ruta diferente cada noche: Cambodia Town, East Village, Rose Park, Marc Arthur Park, el centro. En el camino, memorizaba los grafitis de las pandillas. Barrio Viejo, Crip Violators, Headhunter Crips, Boulevard Mafia, Latin Time Playboyz, Mid City Stoners, Sons of Samoa, Asian Boyz, Sureños Locos 13. Un mapa callejero codificado que crecía en su cabeza como las raíces de un árbol. Dejó de asistir al colegio. Solo volvía a casa para ducharse y dormir. Comía cuando se acordaba de hacerlo. Abandonó sus trabajos y se olvidó del dinero. Estaba obsesionado.

Cuando no estaba contra el muro de contención, caminaba por Anaheim en una dirección y en la opuesta preguntándole a cualquiera que aceptara hablar con él si había visto un Accord plateado último modelo con una pegatina de los Lakers en el parabrisas trasero y quizás alguna abolladura en la parte derecha del parachoques delantero. Nadie sabía nada. Empezó a observar y a memorizar al azar. Ver, oír, oler. Estar atento a los cambios.

*Un anuncio diferente en el banco de la parada del autobús. Bonos de Fianza OutFast. Las plantas de la ventana de Louella están marchitas. Me pregunto si ella estará bien. En la tienda de bebidas alcohólicas pusieron otro cartel de Bud Light. El señor Singleton comerá pescado esta noche. El precio de la gasolina común en la Shell subió medio céntimo. El televisor del vecino suena mejor, se ha comprado uno nuevo. Otro arañazo en el coche de Aldo, debe de estar enfadado. El perrito del chico sin hogar tiene un collar distinto.*

Pasaron varias semanas sin que Isaiah se enterara de nada nuevo respecto del Accord o de su conductor. Estaba agotado y exhausto, con los pies tan hinchados que los zapatos ya no le cabían. Se sentía como un vaso de poliestireno flotando en el puerto, moviéndose, pero sin ir a ninguna parte. La investigación estaba terminada y él lo sabía. Seguir era inútil. El asesino de Marcus se saldría con la suya.

ERA UN DÍA BOCHORNOSO. Isaiah había caminado durante horas en un trance autoinducido. Ya había aprendido a hacerlo. Ver sin ver, sin oír. Ya no tenía sentido seguir observando. Solo servía para recordarle que había fracasado. No paraba porque no tenía ninguna otra cosa que hacer. Cuando llegó a su casa fue directo a la nevera y cogió un Dr. Pepper de Dodson. Abrió la lata y tragó, con la parte de abajo apuntando al techo. Dodson entró. Isaiah se atragantó y escupió un poco de refresco.

—Te la pagaré —dijo.

—No te preocupes, bébetela —dijo Dodson.

—Iré a la tienda ahora mismo —insistió Isaiah.

—A nadie le importa un carajo la puta lata de Dr. Pepper. Tienes problemas más serios en los que pensar.

—¿Qué clase de problemas?

—Estás en bancarrota. ¿Crees que no me di cuenta de que no te alcanzaba para el alquiler? No te preocupes, ya lo he pagado yo.

—Es temporal. Conseguiré otro trabajo.

—No fantasees. Sabes que no volverás a lavar platos —dijo Dodson. Cogió una Dr. Pepper y se la sirvió en un vaso. Llevaba mucho tiempo pensando en cómo podría utilizar a Isaiah para alguna clase de plan. No se le había ocurrido hasta ese mismo momento que lo mejor era dejar que el propio Isaiah lo dedujera—. Yo no puedo mantenerte —dijo—. Si no ganas algo de dinero, terminaremos los dos en la calle. Tienes que pensar en alternativas.

Isaiah se encogió de hombros.

—Ya lo he hecho —dijo.

—No, has estado pensando en alternativas comunes, alternativas de nueve a cinco, alternativas de salario mínimo. Yo estoy hablando de alternativas delictivas. —Dodson bebió un poco de refresco y eructó—. Chico, con el cerebro que tienes, seguro que se te ocurre alguna idea.

## Capítulo nueve

### Criados para la pelea

*Julio de 2013*

**L**OS CRIADORES DE PERRO de cualquier raza en particular son como un club. Todos sienten el mismo amor por los dálmatas, los malamutes, los pitbull o por cualquiera que sea la raza que hayan escogido. Compiten entre sí en exposiciones caninas. Socializan, compran y venden perros entre ellos y leen sobre sus colegas en blogs y en revistas del ramo. Se generan rivalidades, celos, polémicas y más cotilleo del que podríamos encontrar en el E! Channel. Si uno le pregunta a un criador por los perros de otro criador, nos encontraremos con una larga lista de fallos de constitución, problemas de salud y malas estirpes. Todos conocen los asuntos de los demás.

Harry llamó a sus amigos criadores de pitbulls y cada uno de ellos le dijo que debía de estar refiriéndose a un bully pit o a alguna otra clase de perro porque no existe ningún pitbull de sesenta kilos. Harry preguntó sobre perros grandes. George Aguilar, de American Pride Pit Bulls, había tenido una hembra de casi cuarenta kilos pero se la había dado a su sobrina, que lo montó en el desfile del Cinco de Mayo como si fuera un caballo. George dijo que Derek Austin, de All American Pit Bulls, de Flagstaff, tenía un perro más grande de lo habitual. Derek dijo que sí, que en una época había tenido un macho reproductor de treinta y siete kilos que no había apareado nunca porque a los jueces no les gustaban tan grandes, pero que un tipo se había trasladado especialmente desde California para comprárselo. El tipo no regateó y pagó al contado. Cuando Derek le preguntó para qué quería un pitbull al que no podría exhibir, el otro sonrió y dijo que le gustaban los

perros grandes. No, Derek no recordaba el nombre de aquel tipo. Había sido una transacción en efectivo y él no la registró. ¿Para qué pagar más impuestos de los necesarios?

Mary Settler, una adiestradora profesional, comentó que un día acudió a una exhibición en Redlands y que allí le contaron que un tipo desquiciado se había presentado con un pitbull tan agresivo que lo descalificaron antes de subir a la pista. Nadie sabía cómo se llamaba el tipo. Bob Walters, de Champion Pit Bulls, de Victorville, dijo que en la consulta del veterinario se cruzó con un tipo que tenía una nueva camada. Unos cachorros de muy buen aspecto. La madre era una perra de WindFlyer, el padre era de Minnesota. Se llamaba *Intrépido*, o algo así. Uno de los cachorros era inmenso. El tipo dijo que tenía ocho semanas pero parecía del doble. Y que su nombre era Skip Algo.

Harry llamó a John Cisco, el presidente del Club Presa Canario de Estados Unidos. John mandó un correo electrónico grupal en el que preguntaba si alguno de los miembros le había vendido un perro a alguien que se llamaba Skip. Ben Mason, de Invincible Presa Canario, en Temecula, respondió que un tipo llamado Skip le había comprado un macho reproductor de cincuenta y ocho kilos llamado *Belicoso*. Era un perro hermoso, pero, según dijo Ben, pensaba sacrificarlo, porque se lanzaba sobre todo lo que se movía. Ben dijo que se lo advirtió a Skip pero que Skip respondió que entrenaba perros para las fuerzas armadas y que eso no sería un problema. El apellido de Skip era Hanson. Su compañía se llamaba Pitbulls Colina Azul y estaba en Fergus, una parada de camiones en el desierto de la autopista 58 entre Barstow y Boron.

—Fergus tiene apenas una manzana, y eso exagerando —dijo Ben—. No hay ninguna razón para detenerte allí, a menos que te guste el café de mierda.

DETRÁS DEL RESTAURANTE DROP IN DINER empezaba un camino de tierra junto a un cartel que decía VERTEDERO MUNICIPAL – TRATAMIENTO DE RESIDUOS – 10 KILÓMETROS. Pitbulls Colina Azul se encontraba en algún punto intermedio. La carretera era desigual y no se veía otra cosa que un desierto sombrío y lleno de arbustos a un lado y a otro. El Audi ya estaba cubierto de polvo y la grava repiqueteaba contra el convertidor catalítico.

—Así que ahora estamos buscando a un perro —dijo Dodson, indignado—. ¿Y si lo encuentras? ¿Qué harás? ¿Llamarás a la policía y les dirás que el perro del vídeo es el mismo que vimos en Blue Hill? ¿Cómo dice, agente? ¿Que cómo lo sabemos? Bueno, los dos son grandes y oscuros. Así es como

vosotros identificáis a los negros, ¿no? Creo que mi teléfono no funciona aquí.

—¿Qué te ocurre? —dijo Isaiah—. ¿En serio los perros te dan tanto miedo?

—¿Alguna vez te conté esto? A los siete, ocho años, tenía un puesto de Kool-Aid delante de la casa de mi tía May. Cobraba cinco céntimos por vaso y triplicaba mi inversión incluso después de haber pagado el azúcar.

—Sí, vale...

—Entonces estoy allí, vendiendo el Kool-Aid y ocupándome de mis propios asuntos y veo al perro de Javier, *Biscuit*, uno de esos pitbulls andrajosos del depósito de chatarra. Ya sabes, blanco, con todo rojo alrededor de la boca como si acabara de desayunarse un gato, y ese cabrón hijo de puta viene directo hacia mí. Mierda. Solté la jarra, corrí hacia el patio de mi tía y traté de subir al porche, pero ese perro hijo de puta me atrapó antes de que llegara a los escalones. Me hizo cagar a mordiscos, además. Me habría matado si mi tío no hubiera salido y no le hubiera disparado con su rifle para ciervos. Y me jodió bien jodido. Perdí tanta sangre que tuvieron que hacerme una transfusión. Me tuvieron que meter doscientos puntos en el culo. —Isaiah recordó haber visto a Dodson en el antiguo apartamento, delante de los fogones, preparando un gumbo. Todas aquellas cicatrices en el brazo y en la espalda—. Durante cinco o seis años no soportaba estar delante de un maldito perro —dijo Dodson—. Ni siquiera un cachorrito. ¿Te das cuenta de por qué no quiero estar aquí?

EL ODÓMETRO MARCABA TRES KILÓMETROS cuando se encontraron con un cartel de madera contrachapada clavado en un eucalipto que decía Pitbulls Colina Azul con letras que chorreaban pintura blanca.

—¿Qué colina azul? —dijo Dodson.

Aquella casa estilo español de una sola planta resultaba extraña, tan aislada y solitaria en el vasto desierto vacío, como si el dueño hubiera pensado que se construirían otras casas en torno a ella. La puerta mosquitera no estaba en su sitio y había arbustos marchitos debajo de las ventanas. En el patio de tierra se veía una pala y un ventilador de techo del que salían cables. Había una F-150 de color azul vivo dentro de la cochera.

Isaiah y Dodson salieron del coche.

—No oigo ningún perro —dijo Dodson, aliviado—. Hace calor, mierda.

Un joven salió de la casa, hablando por su teléfono móvil.

—No te preocupes, Bonnie. Ya lo arreglaré. Antes de lo que piensas. — Terminó la llamada y sonrió como si supiera algo—. ¿En qué puedo ayudaros?

—¿Podrías indicarme dónde está el aire acondicionado? —dijo Dodson.

—Busco a un perro —dijo Isaiah.

—Básicamente, no vendo al público en general —dijo el tipo—. Si vendo uno a algún pandillero de esos que tienen tres perros y una página web, mi estirpe se va a corromper, sin ofender.

—A nosotros no nos importa —dijo Dodson—. No somos pandilleros.

—Me llamo Skip.

—Isaiah.

—Juanell Dodson. Un placer conocerte.

Skip era de la misma altura y peso que el hombre del vídeo. Además, se movía de la misma manera. Ese extraño paso hacia arriba y hacia abajo. Parecía un tipo normal y corriente; desaliñado, pelo rubio ceniciento, una barbita tan escasa que uno se preguntaba para qué se molestaba. Llevaba unos pantalones cortos holgados y una camiseta que decía THE BLACK CROWES. Llevaba unas Crocs. Podría haber sido cualquier tipo vendiendo collares de concha de puka y pipas de hachís en el paseo marítimo de Venice.

—Bob Walters me ha dicho que tenías una nueva camada —insistió Isaiah—. Que apareaste a tu perra de WindFlyer con un perro de Minnesota.

—*Intrépido Náufrago Amo de la Carretera* —dijo Skip—. Campeón de la Asociación de Casetas Caninas de los Estados Unidos, el mejor de todas las razas en cuatro torneos nacionales.

—¿Ese es el nombre del perro? —dijo Dodson—. ¿Cómo lo llamas? ¿Ven aquí, *Intrépido Náufrago Amo de la Carretera*?

—¿*Intrépido* no es una de las crías de la perra de Amy Sullivan? —preguntó Isaiah.

—*Náufraga de la Ciudad del Pecado* —dijo Skip—. Traté de comprarla pero Amy se negó. ¿Has visto a Amy? Es idéntica al pequinés de mi mamá. Me enfadó mucho todo aquel asunto.

—¿Qué tal están los cachorros?

—Maravillosamente, en serio. ¿Queréis verlos? Están en el granero.

SIGUIERON A SKIP a lo largo de un costado de la casa, un cementerio de misceláneas. Una tabla de surf llena de cicatrices con la aleta rota. Un cubo de basura lleno de latas aplastadas de Red Bull. Dos puertas mosquiteras con las



pantallas destrozadas. Una bicicleta de montaña con el manillar torcido. Un palo de golf partido por la mitad. *Skip tiene mal carácter*, pensó Isaiah. Había una diana de tiro con arco clavado a un pedazo de madera contrachapada, del que salían flechas. Algunas lo habían atravesado por completo.

—¿Prácticas tiro con arco? —dijo Dodson.

—Sí. Y lo hago bastante bien —dijo Skip—. Iba a tratar de entrar en el equipo olímpico, pero tengo herpes. ¿Alguna vez lo has tenido? Es lo peor.

—Espero que no te moleste que te lo pregunte. ¿Por qué vives aquí?

—Los impuestos son bajos y no hay vecinos, ¿sabes? Los perros hacen mucho ruido. Lo malo es que no hay nada que hacer. Tardo una hora en llegar a Redlands, dos horas en llegar a Los Ángeles. ¿Cuánto habéis tardado vosotros? Más bien tres, ¿verdad? Yo hago surf en First Point, Malibú, y tardo más o menos lo mismo. ¿Vosotros hacéis surf, amigos? Oh, cierto, en los barrios negros el surf no está muy de moda.

SKIP VIO LA NUBE DE POLVO en movimiento cuando estaba a la altura del restaurante. Subió al pajar, abrió la portezuela y quitó la toalla de los prismáticos de caza Minox 15×56. Estaban instalados sobre un trípode y enfocados en el cruce de la carretera. Un coche llegó a una señal de *stop*, con dos tipos negros discutiendo en el interior. Esto tenía que estar relacionado con el rapero. Skip sacó a *Goliath* de su caseta y lo hizo tumbarse en la sala. Se quedaría allí sin emitir sonido alguno hasta que oyera un silbido. Skip se acercó a la ventana delantera y vio cómo los tipos negros llegaban en coche y se bajaban. Era un Audi, raro para un negro; y con un motor grande, por el sonido que hacía. No parecían amenazadores, allí fuera, bostezando y desperezándose; y no tenían armas, por lo que Skip alcanzaba a ver. Sacó la Beretta subcompacta de la papelera y se la puso en la pistolera trasera. En ese momento llamó Bonnie.

—¿Usaste un puto perro? —dijo Bonnie—. ¿Qué demonios te pasa?

—No tenía alternativa.

—Ya, pues el tipo está enfadado conmigo por haberte recomendado.

—Dile que cumpliré con el trabajo. ¿Acaso no lo hago siempre?

—Mira, límitate a disparar a ese tipo —dijo Bonnie—. Nada de perros, gatos, cerbatanas, bumeranes ni ninguna otra gilipollez, dispárale y listo.

Skip salió y vio que los dos negros venían por el sendero.

—No te preocupes, Bonnie. Ya lo arreglaré.

—¿Cuándo?

—Antes de lo que piensas.

LA PARTE TRASERA DE LA CASA DE SKIP estaba tan descuidada como la delantera. La puerta de la cocina estaba abierta y de allí emanaba olor a comida rápida y a ropa que llevaba tiempo sin lavar. Isaiah agradecía que Skip no los hubiera invitado a pasar. Un cuadrado de cemento con hierbajos sobresaliendo entre las grietas hacía las veces de patio, donde había una parrilla oxidada estilo japonés instalada en un bloque de hormigón. No había donde sentarse, excepto una silla playera baja con una raída cincha amarilla. Más allá de la mugre y el abandono, Isaiah se encontraba incómodo; la sensación de soledad era como una atmósfera, invisible pero que lo rodeaba todo.

—¿Entrenas perros de ataque? —dijo Dodson, mirando un mono muy acolchado que estaba hecho un ovillo cerca de la manguera.

—Para los militares —dijo Skip—. Sí, los infantes de marina los llevan a todas partes. Europa, Asia, Alemania. Mi padre estuvo en Irak, cumplió como cinco o seis períodos de servicio. Le dieron un Corazón Púrpura.

—Ah, ¿sí? Al mío también.

El patio daba a un área de ejercicios. Un cubo de basura con un rastrillo metido dentro era el único superviviente en un campo de batalla de cráteres, montículos de tierra excavada, hojas de palmera desecadas, un par de neumáticos viejos, botellas de refresco de plástico aplastadas y espirales de caca de perro. El perímetro estaba rodeado por una alambrada de tres metros. Por la parte superior corrían dos cables cubiertos por aisladores de cerámica. Unas maltrechas palmeras daban un poco de sombra.

—Por aquí —dijo Skip. Rodearon el patio. Skip no pareció notar los cientos de casquillos en el suelo o los orificios de bala en la carretilla, en el cobertizo de metal, en las latas de pintura y en los rieles de la alambrada. Dibujó una débil sonrisa cuando pasaron delante de unas planchas de madera con personas dibujadas, algunas de labios grandes y ojos muy abiertos—. Sí, mi grupo de tiro se reúne aquí —dijo Skip—. A veces se les va la mano.

Isaiah vio a lo lejos una colina sin árboles del color de una caja de cartón. Estaba moteada por unos circulitos blancos, como chinchetas en un tablero de corcho.

—Un momento —dijo, y se agachó para atarse los cordones.

—¿Se gana algo de dinero con los perros? —dijo Dodson.

—Básicamente, no —respondió Skip—. Para aparear a mi perra WindFlyer tuve que presentar certificados clínicos de que estaba bien de la vista, del corazón, del tiroides, que no tenía displasia de cadera y además tuve que hacerle un análisis de progesterona para determinar la fecha más adecuada para la concepción. Sí, parece mentira, ¿verdad? Y los honorarios del macho reproductor *Amo de la carretera* eran dos mil pavos; y escucha esto: había que enfriar el semen y mandarlo por Federal Express en una caja especial con diluyente para semen y hielo.

—¿Diluyente para semen? —dijo Dodson.

—No he ganado ni un céntimo con los perros. Lo hago solo por pasión. Dios, detesto esa palabra. Pero esperad a ver a los cachorritos, alucinaréis.

—¿Diluyente para *semen*?

EL GRANERO TENÍA UNA GRAN PUERTA DESLIZANTE y una puerta común; Isaiah se fijó en que ninguna tenía cerrojo. Los perros habían presentado la presencia de los visitantes y ladraban sin cesar. Isaiah pensó que si Dodson no fuera negro, estaría pálido.

—Mierda —dijo Dodson—. ¿Cuántos perros tienes allí?

Skip abrió unos centímetros la puerta común. Un pitbull gris pizarra de ojos verdes como rayos láser metió la cabeza en la apertura y gruñó a los recién llegados.

—¡Oh, mierda! —gritó Dodson dando un salto hacia atrás. Isaiah lo estaba esperando. La única razón para tener puertas sin cerrojo era que hubiera alguna otra medida de seguridad.

—¿Podéis imaginar que alguien tratara de colarse aquí? —dijo Skip, sonriendo—. Atrás, *Attila*. Siéntate.

*Attila* retrocedió y se sentó. Skip abrió la puerta del todo y una franja de luz solar atravesó la frescura y oscuridad del granero. Isaiah olió cemento húmedo, perro húmedo, serrín, aceite de armas, cordita, alguna clase de desinfectante y un ligerísimo aroma a mierda de perro. Había una hilera de jaulas para perros contra una pared. Las habían lavado poco antes con una manguera. Tenían plataformas de madera para que los perros durmieran sin tocar el cemento y cuencos con agua pura. Dos de las jaulas estaban vacías y una de ellas era del doble de tamaño que las otras. Todos los perros eran pitbulls, de diferentes colores, la mayoría de tamaño normal. Con excepción de *Attila*, que se había quedado quieto, todos los perros ladraban salvajemente, a un volumen casi insoportable.

—Vale, callaos —dijo Skip, como si estuviera hablándole a su hermanita. El silencio fue inmediato y estremecedor; el único sonido era el jadeo de los perros, *jej-jej-jej-jej*.

—Mierda, Skip —dijo Dodson—. Saben quién es su papá, ¿verdad?

\* \* \*

DODSON HABÍA OÍDO que los perros olían el miedo, y si eso era así, él estaría apestando el granero. Él mismo podía olerlo. Como leche echada a perder con un poco de sudor añadido. Los perros lo miraban. Solo a él. Con sus largas lenguas asomando por encima de unas sonrisas llenas de colmillos. Aquello le hizo recordar su primer día en Wayside, caminando a lo largo de las celdas con su ropa de cama mientras los otros presos hacían ruidos de besos, le decían bonito y le preguntaban si le gustaba chupar perineos.

—Esos dos parecen realmente grandes —dijo Isaiah, señalando con un movimiento del mentón dos perros negros—. ¿Cuánto pesan? ¿Cuarenta kilos?

—Me gustan los perros grandes —dijo Skip—. Están bien, ¿verdad? Espantan a la gente. Adelante, la camada está en la parte de atrás.

Dodson avanzó en primer lugar, pasando delante de bolsas de pienso dispuestas de manera ordenada y cajas de comida enlatada para perros. Le parecía extraña la manera en que Skip cuidaba más a los perros que a sí mismo. Había relucientes cuencos metálicos de comida apilados en relucientes estantes metálicos. Unas neveras portátiles rotuladas con las palabras ASEO, PRIMEROS AUXILIOS, OREJAS, OJOS. De unos ganchos colgaban collares de pinchos y bozales que parecían tiestos. Algo que se asemejaba a un largo tenedor de dos puntas para barbacoas con un grueso mango amarillo estaba colgado en un lugar separado, como un reloj de pared o un pergamino.

—¿Son estos? —dijo Dodson, como si estuviera mirando un nido de tarántulas.

—Sí —respondió Skip con una gran sonrisa. La camada estaba en un corral hecho con unas cercas provisionales. El suelo de cemento estaba cubierto de virutas de madera y en el medio había una piscina para niños llena de pedacitos de papel. Junto al corral había una bombilla colgando de un cable encima de un viejo sillón hundido en el medio, al lado de un montón desordenado de revistas en el suelo.

—¿Queréis entrar allí con ellos? —dijo Skip.

—No, gracias —dijo Dodson—. Un tiburón bebé sigue siendo un tiburón. La única diferencia es que te come en pedazos más pequeños.

\* \* \*

ISAIAH Y SKIP SE SENTARON EN EL CORRAL, con los cachorros saltando sobre sus piernas, lanzando grititos, tirando de los cordones de los zapatos de Isaiah y masticando las Crocs de Skip. Cada cachorro tenía una mancha de esmalte de uñas de color diferente en la coronilla. El tamaño del verde duplicaba al de los otros.

—¿Qué edad tienen? —dijo Isaiah.

—Diez semanas —dijo Skip.

—¿Y qué hay de este? —dijo Isaiah, rascando al cachorro verde—. No puede tener diez semanas. ¿Es de la misma camada?

—Tiene un aspecto fantástico, ¿verdad? Los ojos están en la posición correcta, tiene todos los dientes, una buena cola, buen cuerpo, estructura ósea. Podría ser un ganador.

—¿Lo vas a exhibir?

—No, pero lo llevaré a exposiciones de perros. —Skip jugueteó con el cachorro rojo golpeándolo con las manos—. Vamos, rojo, muéstrate fuerte —dijo—. Eso es, así me gusta, defiéndete, defiéndete. Mis perros tienen muy buena sangre. *Redboy*, *Carver*, *Bourdeaux*. Cada uno de ellos criado para la pelea.

—¿Qué significa criados para la pelea?

—Significa que los padres participaban en peleas de perros —explicó Skip—. Es como si tu mamá y tu papá fueran Mike Tyson y Ronda Rousey. Un perro de pelea tiene una tolerancia al dolor muy alta y no retrocede, pase lo que pase. Seguiría peleando aunque estuviera perdiendo, incluso aunque lo estén partiendo a pedazos, aunque esté muriéndose. Deberías ver a mis perros. No dejan de pelear nunca ¡ni siquiera cuando están ganando! Hablando seriamente, si el otro perro ya está muerto y enterrado, mi perro lo desenterraría y volvería a matarlo.

*Como si eso fuera motivo de orgullo*, pensó Isaiah. Entrenar a un perro para que no sirva para otra cosa que matar. No pensar dos veces antes de dejarlo partir en dos a alguien. Skip era un sociópata, lo que no hizo más que confirmar lo que Isaiah supo en el momento en que salió de la casa. Él era el asesino profesional.

—Oh, escuchad esto —dijo Skip—. Hay un mexicano que vive cerca del vertedero. Tiene una manada de cabras, que alquila para limpiar maleza. En serio, estas putas cabras son capaces de comer cualquier cosa. Un día uno de mis perros se escapa y, oíd esto, mata a la manada entera. No bromeo, eran como veinte. —Skip sonrió—. Estaban corriendo de un lado para otro, trepando unas encima de las otras. BAAAHH, BAAAHHH. Me llené de sangre.

Isaiah miró a esta criatura que se ganaba la vida matando, con sus ojos pícaros y depravados, encantado por la carnicería que había provocado. Probablemente piensa que es un profesional, como un corredor de carreras o un cantante de ópera. Cree que es algo enrollado porque vio a Tom Cruise hacer de asesino profesional en una película. No se le pasa por la mente que es un enfermo y retorcido sociópata, y que sus perros son más humanos que él.

—Vale, azul, es tu turno —dijo Skip—. Adelante, adelante, vamos, muéstrate fuerte.

—¿Cómo escapó el perro? —dijo Isaiah—. ¿Logró salir del granero?

—Estaba en el patio. Vamos, azul, sigue allí, sigue allí.

—¿El perro trepó por la alambrada?

—Es un pitbull, ¿qué puedo decir?

—Son más de tres kilómetros desde el restaurante hasta tu casa y casi diez hasta el vertedero. ¿El perro siguió seis kilómetros más hasta la casa del mexicano y encontró las cabras por casualidad?

—Te lo digo en serio, los perros tienen un olfato doscientas veces superior al de los humanos. Pueden oler una cabra aunque esté en San Bernardino. En una época viví allí, qué lugar de mierda.

Isaiah pensó: *Skip ha matado gente. La madre de alguien, el padre de alguien, la hermana, el hermano de alguien, perdidos para siempre, igual que Marcus.*

—Hay algo que no entiendo —dijo—. Si el perro escapó, ¿cómo es posible que tú estuvieras allí, viendo cómo mataba las cabras?

—¿Quién ha dicho que yo estaba allí? —preguntó Skip. Parecía desconcertado, como si la pregunta hubiera aparecido de la nada.

—Has dicho que las cabras trepaban las unas encima de las otras y que te llenaste de sangre. ¿Cómo es posible algo así si no estabas allí?

—¿A qué vienen tantas preguntas?

—Tu perro no escapó trepando por una alambrada electrificada de tres metros de altura. Tú tampoco podrías escapar por encima de una alambrada electrificada de tres metros de altura. Llevaste al perro al terreno del

mexicano en tu camioneta y lo soltaste delante de las cabras. Parte del entrenamiento del perro, para que pruebe la sangre, para que le guste matar. ¿Era el perro especial, Skip? ¿El gigante que usaste para tratar de matar a Cal?

—¿Cal? ¿Quién es Cal? —dijo Skip. Los ojos centelleantes se habían oscurecido, la sonrisa había quedado empastada. Abrazaba al cachorro azul como si estuviera protegiéndolo de la lluvia.

Dodson se deslizó detrás de Skip con una mirada que decía *estás presionando demasiado*, pero Isaiah estaba demasiado enfadado como para que le importara.

—¿Dónde está, Skip? —dijo—. ¿Dónde está el perro especial?

—No sé de qué hablas.

—Tienes trece perros y quince jaulas. Una de ellas es la de *Attila*. ¿Para quién es la jaula grande? En este momento está en la casa, ¿no? Por eso dejaste la puerta abierta, para poder llamarlo con un silbido si lo necesitabas. Y lo entrenaste bien, como a los otros, ese truquillo de «callaos» fue muy impresionante. ¿Usas mucho esa aguijada? —dijo Isaiah, señalando el tenedor de barbacoa con un movimiento de la cabeza—. Y la cuelgas allí para que puedan verla, para recordarles quién manda. Otra cosa, ¿qué pasó con el Presa Canario? ¿Cumplió su propósito y te deshiciste de él? De hecho, ¿qué ha pasado con el resto de las camadas? Habrás necesitado muchas para conseguir un tamaño como ese. Las enterraste en el desierto, ¿no? Cavaste una fosa y les echaste tierra encima porque no eran lo bastante grandes o lo bastante agresivas o no mataban cuando tú se lo ordenabas.

—Las regalé —dijo Skip, con una voz apenas audible.

—¿Las regalaste? —dijo Isaiah—. Mentira. Has mentido desde que llegamos. Las flechas que están clavadas en el blanco miden cuarenta y seis centímetros. Son de ballesta, y la ballesta no es un deporte olímpico. ¿En qué unidad, Skip?

—¿Qué? —dijo Skip.

—¿En qué unidad? Tu padre fue infante de marina. ¿En qué unidad?

—Lo olvidé —dijo Skip.

—Tu padre no estuvo en la infantería de marina ni tú tampoco —dijo Isaiah—. ¿Y qué eran todas esas tonterías sobre un club de tiro?

—Tenéis suerte de que los miembros no estén aquí —dijo Skip, con la voz como si estuviera estrujándose la garganta y los ojos como cortes practicados con un cuchillo—. No les caen muy bien los afros.

—¿Todos los miembros de tu club se sientan en esa única silla? ¿Todos beben Red Bull? ¿Todas las hamburguesas caben en esa parrilla japonesa? ¿Dónde las comen? ¿Sobre la mesa de pícnic que no tienes? Solo estás tú, Skip. Sentado de noche en el sillón, leyéndoles a los cachorritos.

El cachorro azul lanzó un chillido. Skip estaba apretándolo demasiado fuerte.

—En serio —dijo—. Es hora de que os marchéis.

PARARON EN EL MCDONALD'S y comieron allí. Isaiah no quería dejar olor en su coche.

—Creo que es cierto que les ponen *crack* a estas patatas fritas —dijo Dodson—. Me pregunto si puedes cocinarlas y fumártelas. Conozco a algunos negros que lo intentarían.

Isaiah estaba revolviendo lechuga con un tenedor tratando de encontrar la parte *premium* de su Ensalada Sureña *Premium*. Un revoltijo de verduras mustias, cubos resecos de pollo, unas pocas alubias y granos de maíz en una caja de plástico. El condimento parecía moco.

—No sé qué es esto —dijo.

En la mesa contigua, una señora que se había puesto tres cárdigan sorbía vapor de Sprite por una pajita.

—¿Quiere esto? —dijo Isaiah, ofreciéndole la ensalada.

—Sí —dijo la mujer.

—Bueno, supongo que hemos encontrado a nuestro hombre —dijo Dodson—. Has estado muy frío con ese muchacho. Todas las hamburguesas caben en esa parrilla japonesa. Pensé que se iba a poner a llorar.

—No tenemos manera de conectar a Skip con el que lo contrató —dijo Isaiah—. Lo presioné un poco.

—¿Era eso lo que estabas haciendo? A mí me pareció que lo estabas humillando. Refregándole su jodida vida en la cara, en especial la parte sobre leerles a los cachorrillos. Sabes que vendrá a buscarte, ¿no?

—Ojalá. Está demasiado enfadado, cometerá un error.

—Tú eres el que lo ha enfadado y el que ha cometido un error. Ahora sabe que lo hemos descubierto.

—No importa, ya lo sabía. Tardamos unas tres horas en llegar desde Long Beach hasta Fergus. ¿Recuerdas lo que dijo Skip cuando estábamos caminando por un lateral de la casa? Dijo: ¿cuánto tardasteis en llegar hasta



aquí? ¿Tres horas? Podríamos haber venido de cualquier parte. San Bernardino está a una hora. Riverside también. Los Ángeles a dos.

—Entonces, ¿quién se lo contó? —dijo Dodson—. Los únicos que saben algo son Bobby Grimes, Anthony y los hermanos Moody.

—Y uno de ellos es el empleador de Skip o trabaja para el empleador de Skip.

—No estoy de acuerdo. Todos ellos quieren que Cal termine el álbum, y no puede hacerlo a menos que esté vivo.

—Para que Cal termine el álbum tiene que ir al estudio.

—¿Y?

—Entonces estará al descubierto y Skip podrá meterle una bala en la cabeza.

La mujer devolvió la ensalada; tenía lechuga colgándole de la boca.

—¿Edto ed una bdoma?

## Capítulo diez

### Pet City

*Julio de 2005*

**N**ADA DE ARMAS. Isaiah no cedería en eso. Entendía de ordenadores, pero *hackear* era un delito federal. Demasiado peligroso para él. Estaba la venta de drogas, pero las pandillas habían acaparado ese negocio. Las drogas de diseño sí entraban en su ámbito de especialización, pero eran drogas de *raves*, drogas de blancos, en el barrio no las consumía nadie. Isaiah era un excelente jugador de póker, pero hacía falta una apuesta.

—No queda otra alternativa que el robo —dijo Dodson. Estaba junto a los fogones, friendo beicon para un bocadillo de beicon, lechuga y tomate—. Mi amigo Duane y su socio Dakor iban a robar una tienda de recambios para coches pero tuvieron que colocarse antes y eso les llevó un buen tiempo. Un par de negros dando vueltas en un Cutlass modelo 72 a las tres de la mañana. Los arrestaron antes de llegar a la autopista.

—¿Por qué? —dijo Isaiah.

—Porque eran dos negros dando vueltas en un Cutlass modelo 72 a las tres de la mañana. Luego, otra vez, entraron en una tienda de productos electrónicos de Carson. Pensaban pillar unos televisores pero se olvidaron de tomar las medidas del coche. Ese par de idiotas estaban tratando de encajar un plasma de sesenta pulgadas en el asiento trasero del Cutlass cuando apareció la policía. Los dos tenían antecedentes, y los sentenciaron a Vacaville. Tan pronto salieron, volvieron a entrar. Atracaron una farmacia para conseguir oxicodona, alguien los vio desde el otro lado de la calle y llamó a la policía. Fueron a parar directamente a Vacaville, ni siquiera hubo que cambiar las

sábanas. A Duane le cortaron la garganta en la cola del comedor. Dakor seguirá allí dentro hasta que pase a ser dependiente de la seguridad social.

Dodson sacó el beicon de la sartén y lo dejó secar sobre papel absorbente.

—Hoy en día no es fácil ser ladrón —dijo—. Con todas esas cámaras por todas partes. Ahora te ponen en la tele. Hacen que toda la ciudad te busque. Roamin se había puesto una máscara de Halloween pero lo reconocieron por el pelo. Debe de ser el último hermano de la manzana que lleva la permanente. Prescott tenía un pasamontañas y solo se le veían los ojos, pero lo identificaron por los tatuajes. Tenía el nombre de su exesposa tatuado por todo el cuello. Ella fue quien lo entregó. Prescott también está en Vacaville, preparando salsa de ají picante y jugando a las cartas con Dakor.

—¿No conoces a ningún ladrón que haya triunfado? —preguntó Isaiah.

—Todos triunfan hasta que los cogen —dijo Dodson. Puso los bocadillos en platos y le pasó uno a Isaiah—. Cómetelo todo —dijo. La versión de Dodson de un bocadillo de beicon, lechuga y tomate llevaba beicon ahumado dos veces sobre una tostada de centeno con alguna clase de lechuga picante, gruesas rodajas de tomate reliquia y mayonesa Best Foods con hierbas. Isaiah probó un bocado. Era la primera cosa que le sabía a algo en mucho tiempo y no podía creer lo bueno que estaba. Tuvo que parar y mirarlo.

—¿Pero sabes cuál es la principal causa de arresto de los negros? —dijo Dodson—. Sus socios. Mierda. Si un hermano se enfrenta a una sentencia de diez años, te va a entregar el culo antes de llegar a la comisaría... ¿Adónde vas?

ISAIAH SALIÓ AL BALCÓN con su bocadillo y su portátil y se quedó allí un buen rato. Cuando volvió, Dodson estaba jugando a *GTA*.

—Maldición, los diálogos de este juego son penosos. ¿No podían conseguir un mexicano de verdad para hacer de Chico?

—Vamos a dar una vuelta —dijo Isaiah.

Usaron el Explorer de Marcus, que tenía cinco años de antigüedad. A Marcus no le interesaban los coches y por lo general conducía un cacharro. Compraba uno barato, lo usaba hasta que no daba más de sí y compraba otro. Había adquirido el Explorer para que Isaiah no sintiera vergüenza cuando se sacara el carné de conducir.

—La policía recibe miles de alarmas por año —dijo Isaiah— y más del noventa por ciento terminan siendo falsas.

—¿Noventa por ciento? —dijo Dodson.

—Por eso establecieron una regla. Tu tienda o tu empresa puede lanzar dos falsas alarmas, pero a la tercera tienes que pagar una multa y el precio de la multa aumenta con las siguientes falsas alarmas. Por eso las empresas de alarmas intentan verificar si se trata de un robo real y no de alguien que se quedó trabajando hasta tarde.

—¿Cómo verifican un robo si no hay nadie allí excepto los ladrones?

—Cuando salta la alarma, el sistema manda una señal a la empresa que la instaló. La empresa llama al dueño y tiene una conversación con él. Nombre, usted es responsable de la propiedad en tal y tal dirección. Sabe que su alarma está sonando, hay alguien en las instalaciones con su autorización y cosas así. Muy bien, una vez que la alarma está verificada, la empresa de alarmas llama al encargado de robos de la policía y tiene otra conversación con esa persona. Cuál es la compañía, cuál es el número de registro, la alarma ha sido verificada o no, cuáles son los puntos de activación; solo entonces se transfiere la llamada al policía que está de patrulla y este todavía tiene que llegar al domicilio en cuestión. Todo eso lleva tiempo.

—¿Y si la llamada no se verifica?

—Las llamadas no verificadas son la mayoría y se las considera de baja prioridad. La policía responde si tiene efectivos en la zona sin nada mejor que hacer. Como poner una multa de tráfico, zanjar una pelea en un bar...

—Comer una rosquilla, golpear a un negro en la cabeza.

—De una manera u otra, tenemos tiempo de hacer el trabajo.

—¿Cuánto tiempo?

—He detectado muchas diferencias respecto al tiempo que tardan en responder a las alarmas. Siete minutos, diez minutos, doce minutos, cuarenta y cinco minutos. No hay forma de saberlo con seguridad. Pero los tiempos de respuesta más cortos son los de las llamadas al 911, las emergencias. En esas no hay verificaciones ni conversaciones, y tienen que ver con cosas como robo a mano armada, disparos, atropellos en los que el conductor se da a la fuga. El promedio del tiempo de respuesta en todo el país se sitúa en torno a seis minutos. Creo que, para ir sobre seguro, deberíamos limitarnos a eso.

—¿Seis minutos? ¿Qué podemos robar en seis minutos que tenga algún valor? A menos que estés hablando de joyerías. Mierda. Si no es romper la puerta y coger lo que sea, necesitaremos más de seis minutos solo para entrar en el jodido sitio.

Estaban en El Segundo. Isaiah acercó el coche a la acera y aparcó.

—Allí, al otro lado de la calle —dijo—. Ese es el sitio.

—¿Qué sitio? —dijo Dodson—. Ahí no hay nada, salvo una tienda de mascotas.

UNA CHICA DE PELO ROJO ENCRESPADO y un chaleco púrpura los saludó apenas cruzaron la puerta.

—Hola —les dijo—. Bienvenidos a Pet City. ¿En qué puedo ayudaros?

Pet City pertenecía a una cadena de tiendas de artículos para mascotas, grande y bien provista, que olía a arena para gatos, comida para mascotas, virutas de madera, alfalfa y medicamentos. Las bombas de los acuarios no paraban de zumbar y las aves piaban. Otros jóvenes con chalecos púrpura estaban atendiendo a otros clientes, vendiéndoles galletas sin gluten para perro y juguetes inteligentes para sus hámsteres.

Isaiah le dijo a la chica pelirroja que querían mirar un poco. Recorrieron la tienda. Dodson no podía creer lo que la gente compraba a sus mascotas.

—¿Para que tu perro tenga un aliento fresco? —dijo—. Si puedes oler el aliento de tu perro es que estás demasiado cerca... ¿Comida para ratas? ¿Eso es lo que dice aquí? Alguien tiene que decirles a todas estas personas que no hace falta alimento especial para una jodida rata... Oh, Dios mío, apiádate de mí, esto no puede ser cierto. ¿Pañales para monos? ¿Pañales para monos? Si tienes un mono con pañales es que te equivocaste de sala de partos.

Pasaron al pasillo de las golosinas para perros. Isaiah sacó un sobre de plástico transparente de un exhibidor. Dentro del sobre había tres palitos de casi veinte centímetros de largo y aspecto correoso que se parecían a los *snacks* de carne seca Slim Jim, pero eran más irregulares y secos.

—Esto se llama palitos de toro —explicó Isaiah—. Son golosinas masticables para perros. Los hacen con pene de toro.

—Lupita me dijo que hay gente que se come las pelotas —dijo Dodson—. Ahora sé qué hacen con la polla.

—Mira. El paquete pesa setenta y tres gramos; fíjate en el precio.

—¿Veintiuno con noventa y cinco? Mierda. ¡Yo no pagaría veintiuno con noventa y cinco por algo masticable para mí!

—¿Cuánto habrá allí? ¿Veinticinco paquetes? Son quinientos dólares, y podrías meterlos en una bolsa de papel.

En el pasillo de salud había tiras reactivas para epilepsia felina a cuarenta y seis con noventa y cinco. Cuatro tabletas de antiparasitarios para perros, cincuenta y cinco con noventa y cinco. Los medicamentos antipulgas estaban en una vitrina de cristal cerrada con llave y que solo podían abrir los

empleados. La cantidad de Frontline que hacía falta para un período de seis meses venía en una caja de cartón delgado no más grande que un libro de bolsillo y que pesaba ochenta y cinco gramos. Setenta y dos con noventa y cinco. Una valla invisible de contención costaba casi trescientos dólares. No parecía nada especial. Un transmisor de plástico, un collar y algunos sensores.

—¿Cómo se supone que funciona esto como valla? —dijo Dodson.

—Si el perro trata de salir del patio el transmisor le manda una descarga eléctrica a través del collar —dijo Isaiah.

—Conozco algunos negros a los que habría que ponerles ese collar —dijo Dodson. Empezaba a entender el concepto. Isaiah estaba señalando artículos caros que eran pequeños y fáciles de transportar. Y si bien había un sistema de seguridad en Pet City, no era nada en comparación con Radio Shack o la joyería Zales. ¿Quién robaba en una tienda para mascotas?

Dieron la vuelta en coche hasta el callejón. Isaiah descendió y caminó con actitud desenfadada hasta dejar atrás la parte trasera del edificio. Luego regresó al vehículo.

—Hay un reflector y una cámara pequeña encima de la puerta —dijo—. La cerradura es normal y corriente, pero el pestillo va a ser difícil y tal vez haya un cerrojo deslizante en el interior.

En el camino de regreso pararon en un Foster Freeze y comieron helado blando.

—Tenemos que pensarlo bien —dijo Isaiah—. Ser metódicos. Planearlo.

—No tengo nada contra los planes —dijo Dodson.

—Nada de errores, nada estúpido que haga que nos arresten.

—Espero que no estés llamándome estúpido.

—No me refiero a eso. Tú estás metido en asuntos de pandillas. Eso de acercarse y meterle una pistola en la cara a alguien.

—Lo de los pandilleros no es una técnica, es una actitud. O te follas a alguien o terminas follado.

—Vale, pero nada de armas. ¿Está claro?

—Sí, negro, está claro. ¿Quieres seguir explicándomelo?

Regresaron al apartamento y hablaron un poco más. Isaiah tomaba en cuenta todos los detalles, hacía listas en un cuaderno. Dodson estaba impaciente. Isaiah no paraba de planificar todo y de hacer caso omiso de todas sus sugerencias. Fueron de compras. Rite Aid, Big 5, la tienda Goodwill.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto? —dijo Dodson.

—Descartar errores —respondió Isaiah.

—No sé qué carajo quiere decir eso. ¿Y qué hay de la puerta? ¿Vamos a forzar la cerradura o usar alguna ganzúa?

—La cerradura es fácil, pero el cilindro es ASSA, modelo de alta seguridad. No se puede abrir con una ganzúa ni con una llave de percusión y tampoco podemos extraerlo con un taladro, a menos que contemos con una prensa industrial.

—¿Por qué sabes tanto de cerraduras?

—Por mi hermano. Él sabía de todo.

—¿Entonces qué hacemos?

—Anoche vi las noticias. La policía hizo una batida en un fumadero de *crack* de Compton.

—Sí. ¿Y eso qué tiene de raro?

—Creo que van tras la pista de algo.

Fueron a una tienda de excedentes militares. Isaiah le explicó lo que quería al calvo que estaba sentado detrás de una vitrina llena de cuchillos. El tipo los llevó a la parte trasera y encontró lo que buscaban apoyado contra la pared, detrás de un perchero con chaquetas militares petrificadas.

—Maldición, Isaiah —dijo Dodson—. Tú sí que no bromeas.

ERAN POCO MÁS DE LAS ONCE cuando llegaron a Pet City. El tráfico era poco fluido pero suficiente para cubrirlos. Dodson se sentía más excitado que asustado. Estaba acostumbrado a situaciones de alta presión; vender *crack* era un negocio de alta presión. Le había disparado a Lil Genius, que estaba disparándole a él. Lo habían robado a punta de pistola dos veces, lo habían arrestado dos veces, había pasado un tiempo en una prisión de menores y se peleaba con un camboyano o un mexicano todos los días. Algunos Locos lo habían perseguido hasta un pantano cerca del canal Domínguez y se había escondido entre juncos hediondos durante una hora, lapso durante el cual lo habían acribillado los mosquitos. Le echó una mirada a Isaiah. Sí, claro, el señor Eliminator de Errores parecía a punto de saltar por un acantilado; transpiraba y respiraba profundamente. Sí, apuesto a que ahora te gustaría tener algo de madera de gánster.

Los dos llevaban camisetas abotonadas y gafas de lectura a las que les habían quitado las lentes. El Explorer estaba lavado y llevaba matrícula robada y una pegatina de la Universidad de California en Los Ángeles en el parachoques trasero. Dos amables chicos universitarios volviendo a casa tras el entrenamiento de voleibol. Pasaron por delante de Pet City, giraron en la

esquina y volvieron a girar hasta llegar al callejón donde estaba la parte trasera de la tienda.

—Recuerda —graznó Isaiah—. Seremos metódicos, seguiremos el plan.

—Te oí las primeras cuatrocientas veces —dijo Dodson. En los ojos de Isaiah podía ver el miedo de que lo atraparan; podía oírlo cuando tragaba saliva—. Realmente espero que podamos lograrlo —dijo. Meneó la cabeza y frunció el ceño con arrugas de falsa preocupación—. La última vez que estuve en la cárcel de menores unos chicos blancos me atraparon en la lavandería y me partieron el culo. Pasaron varios días hasta que pude volver a caminar.

—¿Podríamos no hablar, por favor? —dijo Isaiah.

Isaiah encendió los faros e hizo avanzar lentamente el coche, aplastando gravilla con los neumáticos. La oscuridad lo cambiaba todo. Incluso Dodson estaba un poco nervioso. Los postes de teléfono eran árboles quemados; los contenedores de basura, escondites. Todo estaba silencioso, incluso tranquilo, pero la percepción era otra. La percepción era como si hubiera un equipo de SWAT dentro de la tienda cargando sus Uzi y hablando por la radio. *Paloma Uno y Paloma Dos ya están en el área. ¿Me copiáis?* Isaiah aparcó el Explorer y se quedó allí sentado como si se hubiera olvidado de lo que tenía que hacer a continuación. Dodson empezó a cambiarse de ropa.

—¿Por qué sigues aquí sentado, capitán? —dijo—. ¿No vas a liderar el ataque?

APARCARON DETRÁS DEL EDIFICIO y salieron del coche. Estaban cubiertos de pies a cabeza. Pasamontañas, gafas de sol, camisas de manga larga, guantes de látex y linternas en la cabeza como las que usan los mineros. Isaiah se quedó quieto y se aclaró la garganta. Tenía la mente en blanco. Dodson hizo una mueca, se acercó a la puerta trasera y se encendió un reflector que iluminó la mitad del callejón. Sacó la pistola de balines a gas que habían comprado en Big 5, la sostuvo de lado y apagó la luz de un disparo.

—Chúpate esta, zorra —dijo, mientras los cristales caían al suelo.

El ariete que habían comprado en la tienda de excedentes militares era de la misma clase que había usado la policía en la redada del fumadero de Compton. Casi un metro de largo, con la forma de un submarino y con agarraderas como las de un caballo con arcos. Pesaba veinticuatro kilos y hacían falta dos personas para balancearlo. Cuando Barry Bonds marcaba un *home run* haciendo pasar la pelota por encima de la valla derecha del campo y llegando hasta China Basin, su bate generaba tres mil seiscientos kilos de



fuerza. El ariete golpeaba con dieciocho mil. Isaiah y Dodson habían practicado en una obra y habían atravesado una pared de hormigón.

Isaiah no sentía las manos y tenía la garganta tan seca que no podía emitir más que susurros.

—¿Listo? —dijo.

—Mierda —respondió Dodson—. Yo sí que estoy listo.

Balancearon el ariete como un péndulo. Hacia atrás y hacia adelante, hacia atrás y hacia adelante, cogiendo ritmo, tensándose para el golpe. Juntos, dijeron «*una... dos... ¡¡¡TRES!!!*». El ariete golpeó contra la cerradura como una bomba inteligente, arrancó el pestillo y el cilindro de sus placas de impacto; la puerta se rompió y se salió del marco. Isaiah estaba estupefacto. Había funcionado.

—Maldición —dijo Dodson.

Entraron. El aire del almacén estaba cargado como el de un vestuario lleno de gente, las cajas de cartón olían a huevos hervidos y vómitos, la sirena sonaba tan fuerte que era espesa, como si hubiera que vadearla. Encendieron las linternas y barrieron con la luz las hileras de estantes y pilas de cajas de cartón que llegaban hasta el techo. Isaiah dijo seis minutos pero Dodson ya había desaparecido.

Isaiah se centró en el lado derecho del almacén, subiendo y bajando por los pasillos, buscando los artículos de la lista de compras. El pasamontañas le picaba, las gafas no dejaban de deslizarse hacia la nariz y el haz de la linterna subía y bajaba como la aguja de un sismógrafo. En un montaje de película de terror, vio recogedores de arena para reptiles, aceite de semilla de uva, orejas de cerdo ahumadas, pasta de dientes para felinos, alpiste ecológico y comida para perros a base de pato confitado, pero nada de lo que estaba en la lista. Algunas de las cajas estaban colocadas al revés o con la parte trasera hacia fuera o solo se les veía un código: LT SN 67J9990 100U, R997 SMPGTR LG 10U. Isaiah estaba entrando en modo pánico, respirando como un nadador nadando en sudor, con la adrenalina aullándole en las venas, la sirena generando fallas sísmicas en su cráneo. Las putas gafas estaban tan empañadas que no podía ver. *Y el tiempo*. Ya habían pasado cuatro minutos. No podía pensar. No sabía qué hacer. No había otra cosa que la sirena. *No la aguanto. No aguanto esa puta sirena*. Estaba a punto de darse por vencido cuando su linterna encontró una etiqueta: F. C. E. INC FRONTLINE PLUS DOG 4588 1K PACK 20 U. Una pila de pequeñas cajas de cartón ubicadas en uno de los estantes superiores. Las había pasado por alto dos veces.

—Tengo el Frontline —dijo, como si hubiera descubierto un filón de oro. Se subió a uno de los estantes inferiores y empujó las cajas hacia el suelo. Sacudió una bolsa de basura para abrirla y trató de meterlas en el interior, pero la bolsa no se quedaba abierta—. ¿Qué haces? —siseó. Se puso de rodillas y metió las cajas de cartón en la bolsa de una en una, deteniéndose constantemente para volver a subirse las gafas por encima de la nariz.

Dodson apareció marchando deprisa por el pasillo, totalmente ocupado, con dos bolsas de basura llenas.

—¿Qué carajo estás haciendo? —dijo cuando pasó a su lado—. ¿Has visto la hora que es?

SALIERON EN COCHE DEL CALLEJÓN, se quitaron los pasamontañas de un tirón y jadearon como si estuvieran saliendo a la superficie después de una zambullida.

—Ooohhh, mierda —dijo Dodson—. Qué plan tan meticuloso, tío. Para mí ha funcionado. Oye, para un poco, ¿qué carajo haces?

Isaiah estaba sentado, recto como una vara, apretando el volante con las manos; los tímpanos le reverberaban como campanas lanzadas al vuelo. Abrió un poco una ventanilla. El aire fresco fue como un salvavidas.

Dodson hablaba como si hubiera anotado tres puntos seguidos en la Super Bowl.

—¿Me has visto allí dentro? —dijo—. Yo era como *Ocean 11, 12 y 22*. De esas mierdas de toro que decías, cogí como un millón. Cuesta creer que haya tantos toros dando vueltas por ahí sin polla. Solo quedaban tres de esas vallas, pero sí encontré toda una caja de esas cosas de la epilepsia. ¿Qué precio tenían?

—No lo recuerdo —dijo Isaiah en un susurro pegajoso.

Dodson sonrió.

—Te vi correr por todos lados como un loco —dijo—. Esta mierda de pronto se volvió real para ti, ¿no?

—Tuve un par de problemas. Nada serio.

—¿Fue eso lo que te pasó? Me molestaría mucho verte asustado. Isaiah, si quieres que esto funcione, tienes que encontrar tu gánster interior.

Metieron la mercancía en el apartamento discretamente y luego apilaron las cajas sobre el suelo de la sala. Dodson las miró, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué crees? —dijo—. ¿Esto vale tres, cuatro mil dólares?

Isaiah se encogió de hombros.

—Sí, más o menos.

Isaiah se despatarró en la cama donde había dormido Marcus y se puso a recrear lo que había ocurrido en el almacén, sintiendo lo que había sentido cuando corría de un lado a otro por los pasillos, con el pulso acelerándose y ralentizándose cada vez que veía una parte de todo el episodio, transpirando, incluso allí tumbado. Estaba sufriendo un cambio total. Su angustia, su dolor y su pena desaparecían poco a poco y, en su lugar, el rugido de la adrenalina, el excitante impacto del miedo y el éxtasis fresco y límpido de haberse salido con la suya.

## Capítulo once

### Lucky

*Julio de 2013*

**S**KIP CONCENTRÓ SUS DISPAROS en la entrepierna del negro y el rifle 22 largo de alta precisión hizo trizas el blanco de contrachapado. Ese puto listillo con todas sus jodidas preguntas. *¿Cómo escapó el perro? ¿En qué unidad estabas?* Skip metió otro cargador en la Buck Mark y siguió disparando. Le gustaba esa pistola para el trabajo porque tenía menos retroceso que una calibre 9 o 45, y matar a alguien tenía que ver con ubicar bien la bala y con la penetración, no con la potencia. Un beneficio añadido: una bala pequeña rebotaba por todos lados dentro del cráneo, por lo que luego era más difícil relacionarla con un arma específica.

La entrepierna del negro había quedado reducida a astillas y Skip cogió su arma para el día a día, una Colt Delta calibre 40. Acribilló algunos blancos más. Un policía, un zombi, una mujer mostrando los dientes con un cuchillo. Ese cabrón de IQ lo había hecho sentirse más pequeño, estúpido y avergonzado que en toda su vida. De una manera u otra atraparía a ese hijo de puta que iba de listo.

EN SECUNDARIA, SKIP ERA una larga lista de noes. No era un atleta, no era un estudiante de honor, no estaba en el club de teatro, no era un gánster, un yonqui, un adicto a la tecnología, un hípster ni un surfista y, definitivamente, no era un tipo popular. Lo que sí era era anónimo. Un chico marginal que se paseaba por los pasillos fingiendo que tenía dónde ir y que reía mientras

hablaba por su teléfono móvil con un amigo imaginario. A los otros chicos les decía que practicaba surf en First Point, Malibú, que su novia era animadora en otra escuela y que su padre, a quien jamás había conocido, había recibido una medalla de honor en Irak. Nada de eso le servía, como tampoco su nombre, Magnus Vestergard. ¿Qué otro apodo iban a ponerle salvo Maggot, gusano? Con frecuencia pensaba que su vida sería completamente diferente si tuviera un nombre común, como Jeff, Brian, Bill o Skip. Skip le gustaba. Sonaba amable y alegre. Y un apellido diferente. Menos extranjero y más estadounidense. Miller, Parker, Goodman, Hanson.

Todo cambió cuando vio un vídeo en YouTube. Un gilipollas igual que él se metía una bengala entre las nalgas y galopaba por la entrada para coches echando chispas por todos lados mientras sus amigos se reían hasta quedar idiotas. Tuvo un cuarto de millón de visitas. *Un cuarto de millón.*

Apenas un día después, Magnus comenzó su carrera en YouTube cuando estaba tomando un atajo por el callejón detrás de Shop 'n Save y encontró un sintecho muerto sentado en una mecedora destrozada. El tipo tenía unos pantalones muy maltrechos con una enorme mancha de pis en la entrepierna y zapatos de vestir sin cordones. Había pasado sus últimos momentos inhalando limpiador de gas comprimido y todavía tenía la lata en la mano llena de hollín. Magnus pensó que el tipo se parecía mucho a Gilligan, el de aquella vieja serie de televisión. Rostro delgado, corte de pelo estúpido, una nariz grande y labios gruesos. Se agachó a su lado con su teléfono y se grabó a sí mismo haciendo una entrevista, acercando un micrófono falso a la cabeza inclinada del tipo.

—¿Qué hay, Gilligan? —dijo—. ¿Cómo están todos los de la isla? ¿Qué dices? ¿Que cultiváis hierba? Oye, qué genial. ¿Qué dices? ¿Que al señor Howell le entró hambre y se comió un coco entero y se murió? Qué putada. ¿Y qué pasó con Mary Ann y Ginger? ¿Se liaron y andan siempre desnudas? Mierda, amigo, yo pagaría la entrada para verlo. Sabes, hay algo que siempre quise preguntarte, Gilligan. ¿Cómo te las arreglas para tener sexo? Espera, ¿puedes repetir eso? ¿Que lo hacías con la señora Howell? ¡Jesús! ¿Y qué tal era? ¿Así que tardabas quince minutos en quitarle las bragas? Vaya.

En la escuela, los chicos se le abalanzaron. ¡Tío, tío, qué loco! ¡Puaj! ¿O sea, cómo has podido? ¡Eres un puto psicópata, tronco! ¿En serio estaba, eh, muerto? Magnus hizo más vídeos. Cagó encima del capó de una patrulla de la policía y disparó una pistola de patatas con una paloma como proyectil. Le pagó a una pordiosera para que le diera un beso con lengua y prendió fuego a un lote entero de árboles de Navidad. Magnus pasó de ser anónimo a

convertirse en ese tío loco que hace vídeos. Lo suspendieron, lo arrestaron, se convirtió en una celebridad del barrio, pero siguió sin poder hacer amigos, ni siquiera en el patio de ejercicios de la cárcel de menores.

Después de no graduarse, Magnus buscó trabajo, pero nadie quería contratarlo a causa de los vídeos. Entonces su madre convenció a su cuñado Hugo de que lo contratara. La tienda Guns America que Hugo Vestergard regenteaba en San Bernardino era la tercera armería más grande de California. Magnus estaba encantado, como si fuera un niño en el día de su cumpleaños y la Asociación Nacional del Rifle le hiciera una fiesta. Las armas eran un tema que a él podría interesarle y Guns America era un supermercado de armas de fuego. La tienda ofrecía la selección habitual de Glock, Smith & Wesson, Beretta, Walther, Browning y Remington, pero el tío Hugo también tenía la pistola S&W de calibre 500, la escopeta de bolsillo PS1, la micropistola Kel-Tec PRAT, el rifle semiautomático de francotirador M110 y la escopeta Chiappa de tres cañones. En privado, al tío Hugo le gustaba decir: «Si quieres matar a alguien con algo poco común, ven a verme».

El tío Hugo tenía también un gran inventario de armas de segunda mano. Cuando fue la recesión y la gente tenía dificultades para pagar la cuota de la hipoteca, traían sus armas y se las vendían. El tío Hugo las adquiría por una parte de su valor.

—¿Por qué compras tantas? —preguntó Magnus.

—Porque estamos en los Estados Unidos de América —dijo el tío Hugo— y tarde o temprano habrá otro tiroteo masivo. ¿Y qué pasa después de cada tiroteo masivo? Los desquiciados que quieren controlar las armas aparecen diciendo que hay que prohibir esto y hay que prohibir aquello y de pronto todo el mundo quiere tener un arma. Bueno, si no pueden pagar una nueva, les vendo la vieja. A cada uno lo suyo.

Había muchas de esas armas de segunda mano que aún no habían sido registradas en el inventario, de modo que a Magnus no le resultó difícil llevarse en préstamo unas cuantas. Paseaba por el desierto y las probaba. Lo que descubrió fue que tenía un talento genuino para disparar a cosas. Podía acertarles a lagartos que estaban posados en una roca a quince metros, dispararle a un conejo en la cola y derribar a cuervos en pleno vuelo con una pistola. La Colt Delta Elite era su favorita. Disparaba un proyectil reglamentario del FBI de 10 milímetros que tenía una trayectoria más plana y un alcance mayor que un 9 milímetros. Magnus instaló su propio polígono de tiro y podría haber aprobado los exámenes de rifle y pistola del Cuerpo de

Marines y haber obtenido un certificado de la Asociación Americana de Francotiradores.

Pero ¿qué sentido tenía ser hábil con todas esas armas tan molonas si nadie se enteraba? Empezó a enseñarles las armas a trabajadores del Departamento de Transportes y a camioneros detrás de un club de *striptease* de Redlands. A veces llevaba a un grupo de tipos al desierto para disparar a sandías y botellas de agua. Era muy divertido, pero después nadie quería ir a tomar una cerveza.

Empezó a vender las armas. Las ofrecía a precios bajos y consiguió un montón de clientes. Cambió un subfusil Heckler & Koch por un pitbull de seis años que se llamaba *Carver's Lucky Seven*. El perro descendía de un largo linaje de perros entrenados para la pelea. Magnus y *Lucky* dormían en la misma cama y se duchaban juntos. Magnus se alimentaba con comida rápida, pero *Lucky* comía carne orgánica de animales de pastoreo, pollos criados en libertad y verduras de bajo contenido glucémico. Al anochecer salían a cazar coyotes; Magnus les disparaba y *Lucky* acababa con ellos. Magnus dejó de ir al cine porque no quería dejar solo a *Lucky* tres horas, y solo tenía sexo si a *Lucky* le gustaba la prostituta. Al tío Hugo le encantaba el perro; decía que era la mascota perfecta para una armería.

Las cosas iban bien hasta que Debbie Bellweather, una contable entrometida, notó una discrepancia entre el número de armas de segunda mano que se habían adquirido y el número de armas que quedaban por registrar en el sistema. Se lo contó al tío Hugo, quien sumó dos más dos y llamó a la policía. Encontraron a Magnus culpable de hurto agravado y de venta de armas sin licencia. Hizo un trato, se le impuso una multa de diez mil dólares y una sentencia de dieciocho meses en la cárcel estatal de Solano. El primer día se puso insolente con un guardia llamado Studdard y le dieron una tremenda paliza.

Mientras estaba dentro, Magnus dejó a *Lucky* al cuidado de Al Gunderson, de Sentinel Pit Bulls, en Fergus. Llamaba cada vez que podía, pero el viejo no aceptaba sus llamadas porque eran a cobro revertido.

El compañero de celda de Magnus en Solano era Jimmy Bonifant, un narcotraficante que operaba desde Los Ángeles. Magnus le contó a Jimmy que todos lo llamaban Skip y le explicó que lo habían arrestado por culpa del tío Hugo y de Debbie Bellweather y de lo que lo lamentarían cuando él saliera. Le habló de las armas y de lo hábil que era con ellas y le contó que habría aprobado todos los exámenes del Cuerpo de Marines y que podía derribar cuervos en pleno vuelo con una Delta Elite que disparaba proyectiles

de 10 milímetros cuya trayectoria era más plana y su alcance más elevado que el de los de 9 milímetros. Le dio a Jimmy su dirección de correo electrónico: luckygrantirador@gmail.com.

—Es fácil de recordar, ¿verdad? —dijo Magnus. Le pidió a Jimmy su dirección de correo electrónico pero Jimmy respondió que no tenía.

Cuando salió de la cárcel, no pudo pagar los honorarios del alojamiento de *Lucky*, así que Gunderson le permitió trabajar con él hasta cubrir la deuda. Andaba mal de salud y necesitaba ayuda. Magnus limpiaba las jaulas, daba de comer a los perros y los hacía ejercitarse, colaboraba con los entrenamientos y los preparaba para las exposiciones. Cuando *Lucky* murió de hepatitis canina, Magnus lo hizo cremar y metió parte de las cenizas en un casquillo de bala de francotirador que llevaba colgado del cuello.

Los meses que trabajó para Gunderson fueron para Skip como un doctorado en pitbulls. El viejo llevaba treinta y cinco años en el negocio y sabía todo lo que se podía saber sobre esa raza. Sus perros habían ganado docenas de galardones por constitución, arrastre de peso, salto y agilidad. Elsa, la esposa de Gunderson, detestaba a los perros y decía que si tenía que quitarle el polvo a otro trofeo se suicidaría.

Cuando Gunderson murió de un tumor cerebral, Elsa quiso vender la propiedad e irse a vivir con su hermana en Pasadena. Un lugar donde no hubiera cuarenta grados todos los días y uno pudiera mirar por la ventana y ver seres humanos. Pero el agente inmobiliario le dijo que nadie en su sano juicio compraría una vivienda en tan mal estado justo en medio de la nada y saturada de mierda de perro, de modo que Elsa renunció a la propiedad en favor de Magnus. Con lo obtenido por el seguro de vida compró un Buick nuevo y dejó todo atrás, diciéndole a Magnus que no había nada entre sus pertenencias que no estuviera relacionado con *perro*.

Magnus no podía creer en su suerte. ¡Qué casualidad! A él le encantaban los perros. Ya los conocía individualmente por haber dormido en el granero, y a medida que la salud de Gunderson empeoraba, Magnus se había ido convirtiendo en el líder de la manada. Adoptó el nombre de Skip Hanson y rebautizó el criadero como Blue Hill Pit Bulls. Construyó nuevas jaulas y amplió el patio de ejercicios. Sacaba a los perros a cazar en el desierto y a nadar en el lago Silver. Adiestramiento diario de obediencia y ataque. La aguijada para los flojos. Con un poco de miedo, se llegaba muy lejos.

Magnus no podía describir lo que sentía cuando veía a los perros en el patio, chillando y persiguiéndose entre sí, con su pelaje resplandeciente bajo el sol del desierto. O cuando abría la puerta y ellos lo rodeaban, saltando y



ladrando, deseosos de captar su atención y solo la suya. O cuando iba a al desierto a cazar con ellos, un ejército de pitbulls que registraba los arbustos mientras Skip, el líder de la patrulla, ladraba órdenes. O cuando estaban en la casa, arrastrándose por el suelo, devorando galletas Pop-Tart, tumbándose sobre las frescas baldosas, durmiendo con los hocicos debajo de la cama o poniendo las patas en el alféizar y ladrándole al viento. Los perros no peleaban entre sí. Skip no lo permitía. *Goliath* se quedaba cerca de él, a sus pies, o a su lado en el sofá cuando veía la televisión. Ninguno de los otros perros se le acercaba.

Una vez que Blue Hill empezó a funcionar, Skip volvió a San Bernardino y recuperó el arsenal de armas del tío Hugo que había escondido en el desierto. Practicó un poco de tiro al blanco para mejorar su puntería. Tenía unos asuntos pendientes de los que ocuparse.

JIMMY BONIFANT, EL EXCOMPAÑERO de celda de Skip en Solano, había montado un negocio pujante de venta de heroína y cocaína a la élite de Hollywood. Tenía una casa en la colina, conducía un Maserati Quattroporte y su novia había quedado como segunda finalista en el concurso de *Miss San Diego*. Jimmy se había olvidado por completo de Skip hasta que vio en las noticias que a Hugo Vestergard, de Guns America, y a su contable, Debbie Bellweather, les habían disparado a quemarropa con una pistola que utilizaba proyectiles reglamentarios de 10 milímetros, lo que era poco común. El mismo día alguien mató a tiros a Jerry Studdard, el guardia de Solano, cuando salía del Bar None, un lugar donde solían reunirse los trabajadores de la prisión. La policía declaró que el homicida estaba a más de un kilómetro y medio de distancia y que probablemente era exmilitar. Jimmy, que le pagaba a un vidente jamaicano dos dólares por minuto para que este le dijera que no lo matarían ni arrestarían en un futuro próximo, supuso que haberse enterado de esas noticias no era casualidad. El universo estaba mandándole un mensaje y, lo que tampoco era casualidad, uno de los socios de Jimmy se había fugado con una cantidad de heroína negra valorada en quinientos mil dólares justo al mismo tiempo que Jimmy recibía amenazas de muerte por parte de un viejo competidor. Y Skip tenía razón. luckygrantirador@gmail.com era fácil de recordar.

EN LOS AÑOS SIGUIENTES, Skip hizo algunos trabajos para Bonifant y su círculo de socios criminales, lo que le permitía tener una vida decente pero no espectacular. Se sentía casi feliz, pero, incluso con el cuidado de los perros, todavía le quedaba mucho tiempo para matar. Por curiosidad, fue a una exhibición canina y no podía creer lo estúpido que era aquello. Un juez, que se parecía al agente de libertad condicional de Skip, molestaba a los perros de todos, los hacía trotar en círculo y luego elegía a un ganador. Era un puto misterio cómo lo hacía. Todos los perros presentes, incluyendo el de Skip, tenían exactamente el mismo aspecto, y si ganabas te daban un lazo que ni siquiera tenía tu nombre. Skip sintió deseos de alucinar a la gente, de espantarlos, de generar esa reacción de *oh, mierda*, pero la diferencia fue que esta vez quería hacerlo con perros. Se le ocurrió la idea de un perro grande mientras veía la nueva película de Godzilla, con aquel gigantesco lagarto pisando todo, aplastando edificios, derribando puentes y provocando inundaciones mientras la gente corría para todos lados como hormigas, gritando, escondiéndose, rezando, llorando y llamando a gritos a sus seres queridos.

Uno de los perros de Gunderson era una hembra de treinta y cuatro kilos que se llamaba *Zelda*. Gunderson la tenía como mascota, pero para Skip *Zelda* era la perra de la oportunidad, la perra del triunfo, la perra como el-muerto-que-se-parece-a-Gilligan. Hicieron falta un montón de llamadas telefónicas y correos electrónicos pero Skip encontró un candidato adecuado. Un semental de dos años y treinta y siete kilos en All American Pit Bulls, Flagstaff, Florida. Skip compró el perro, lo apareó con *Zelda* y un cachorro de esa camada terminó siendo más grande que sus padres. Siguió repitiendo el proceso, añadiendo nuevos linajes y el presa canario, consiguiendo perros cada vez más grandes hasta que obtuvo su obra maestra, *Goliath*. Sesenta kilos de músculo y sed de sangre. *Goliath* mató a las cabras. Mató a un asno salvaje. Atacó una camioneta de correos y la persiguió hasta el vertedero. Mató al presa canario en un minuto y medio.

Skip exhibió a *Goliath* en una exposición canina y causó una conmoción. Los otros dueños declararon que *Goliath* era un monstruo de la naturaleza y llamaron Doctor Frankenstein a su dueño. Skip se les rio en la cara y se imaginó soltando a *Goliath* y viendo a la gente escabulléndose como hormigas; gritando, escondiéndose, rezando, llorando y llamando a gritos a sus seres queridos.

SIGUIÓ DISPARANDO HASTA DESTRUIR todos los blancos. La mano con la que sostenía el arma le dolía y tenía taponados los oídos. Entró en el granero para descansar y estar con los perros. Llamó a Kurt.

—¿Qué? —dijo Kurt. Siempre atendía el teléfono así.

—El puto Q estuvo aquí —dijo Skip.

—¿Quién?

—IQ, el negro.

—Mierda.

—Básicamente, ese cabrón listillo tiene que desaparecer.

—Te llamo luego.

Kurt llamó una hora más tarde.

—Haz lo que quieras con IQ pero cárgate al rapero. Para eso te pagamos.

—Básicamente, el rapero sigue sin salir de su casa —dijo Skip.

—Básicamente, arréglatelas.

—Necesito información confidencial.

—¿Información confidencial? ¿*Información confidencial*? ¿Qué eres, la CIA?

—¿Quieres que haga el trabajo o no?

—De acuerdo, veré qué puedo hacer.

SKIP FINALIZÓ LA LLAMADA y escuchó los crujidos y estremecimientos de las palmeras en el viento. A pesar de todos los homicidios que había realizado, la policía no sabía de su existencia, pero ese cabrón listillo lo había encontrado así de fácil. Había estado a punto de matarlo cuando estaban sentados con los cachorros, pero tal vez alguna otra persona supiera que estaba en Blue Hill y habría tenido que matar al otro tipo. Habría sido sucio. En especial en su propia casa. Pensó en cómo mataría a ese cabrón. Primero le reventaría las rodillas y le diría algo ingenioso mientras estuviera en el suelo, rogando por su vida, y luego le dispararía tantas veces que no lo podrían identificar ni siquiera por los dientes.

Era tarde. Se levantó del sofá; la bombilla desnuda proyectó su gigantesca sombra en la pared. Pensó en entrar en la casa y ver la tele con *Goliath*, tal vez comer algo. Podía hacerlo ahora mismo. Los cachorros dormían.

## Capítulo doce

### Adiós adiós adiós

*Julio de 2013*

**D**ENTRO DE LA CESTA de la ropa sucia había tres pistolas, un fusil de asalto, un Mac Air, dos iPad, un dock Bose para iPod, una Xbox, un reproductor de Blu-ray en 3D, una PlayStation y un revoltijo de cables. Cal sacó la cesta de la casa y la arrastró hasta el patio, donde ya se veía un montículo formado con sus pertenencias que le llegaba a la altura del pecho. Llevaba dos horas dedicado a eso, tragando focalin para mantener la energía y lorazepam para evitar que el sistema nervioso vibrara hasta convertirse en polvo. Dio vuelta a la cesta, volcando el contenido encima del montículo, y dijo:

—Adiós, adiós, adiós.

Había empezado con una base formada con muebles y baratijas. Una otomana Eames de fresno blanco y el sofá de tela mistral. Una mesa de centro Fiam Italia, muñecas de fertilidad Akuaba, una escultura de un rottweiler que tenía su cara y los óleos tamaño natural de Michael Corleone y Malcolm X. El de sí mismo empezaba a gustarle. A continuación fueron docenas de trajes y camisas a medida, ropa interior de seda, pilas de jerséis de la NBA y la NFL, suéteres de cachemira, camisetas de Cucinelli de trescientos veinticinco dólares, treinta frascos de su colonia, su enorme colección de zapatillas, copias de sus últimos contratos, gruesas como guías telefónicas, y algunas alfombras persas de oración enrolladas que conservaba de sus dos semanas como musulmán practicante.

En la pila había también montoncitos de joyas, la mayoría creadas por Teddi the Gleam, el joyero de las estrellas y gerente general de Xtreme

Custom Jewelry, cuyos escandalosos y ostentosos productos eran un adminículo imprescindible entre los modernos y famosos. Además del gran número de cadenas y pendientes, Gleam le había fabricado a Cal un grill dental. Los dientes estaban moldeados en oro; en los dos primeros había adosado solitarios de un quilate con un certificado de claridad de grado VS1 y coloración acromática de grado «D». En los incisivos y premolares había grabado signos de pandillas y había incrustado esmeraldas brasileñas. En los dientes inferiores aparecían las palabras DIOS DEL RAP y había más diamantes y esmeraldas. Gleam también había creado el artículo favorito de Cal, un reloj configurado especialmente. Había partido de un Rolex normal y corriente de oro de dieciocho quilates que llevaba diamantes en la esfera, alrededor del bisel, y otros incrustados en la correa. Gleam sustituyó esos diamantes *ejem ejem* por unos de Argyle Pink, añadió algunos más, cambió las manecillas por otras fabricadas a partir de un mineral raro extraído de un meteorito que se había estrellado en Siberia y cambió la correa por una pulsera de cadena que, según la descripción de un bloguero, era lo bastante fuerte como para asegurar la puerta principal de la embajada de los Estados Unidos en Beirut.

Cal sacó un par de cestas llenas de bebidas alcohólicas, como guiño al capítulo cuatro del libro del doctor Freeman, «Evitar las drogas y el alcohol». Usando ambas manos, vació sobre la pila botellas de Bacardi 151, absenta Nouvelle-Orléans, Glenfiddich Snow Phoenix, un Rémy añejo de treinta y siete años y Everclear, un destilado de granos de maíz con una graduación alcohólica del 95 %. Este gesto era, en gran medida, simbólico. Había muchas cajas de bebidas alcohólicas almacenadas en la pista de raquetbol. A Cal se le empezaban a cansar los brazos, por lo que tiró el resto de las botellas sin abrir directamente sobre la pila.

—Adiós, adiós, adiós.

\* \* \*

HEGAN, EL CHOFER DE BOBBY, estaba sentado en el BMW 750i con la ventanilla bajada. Bobby había solicitado una reunión en la entrada de coches circular de Cal. Le gustaba hacer esto, hablar con la gente en caminos de entrada, aparcamientos, vestíbulos de hoteles y cuando estaba saliendo de restaurantes. Le hacía sentir que solo tenía tiempo para una o dos palabras de modo que lo mejor era que lo dejaras hablar. A Bobby le gustaba decir que si uno controla cuánto tiempo se habla, uno controla de qué se habla. Y ese hombre podía hablar y hablar hasta hundirte. Era el mejor embustero que

Hegan había visto en su vida, y había visto bastantes. Como estaba haciendo ahora con ese chico, IQ, ese que el loco de mierda de Cal había contratado para investigar el ataque del perro; Bobby, con su rutina de hombre-ocupado-intentando-ser-paciente, con su Armani verde mar, sus mocasines de ante sin calcetines, hablándole al chico como un fiscal, haciéndole saber quién mandaba.

—A ver si lo entiendo, señor Quintabe —dijo Bobby—. ¿Está diciéndome que el hombre que organizó el ataque a Calvin es un criador de perros y un coleccionista de armas cuyo nombre es *Skip* y que vive en un pueblo que se llama Fergus?

—Eso es lo que estoy diciéndole —respondió el chico. Estaba apoyado en su coche, con las manos en los bolsillos delanteros.

El amigo del chico, el tipo bajito, estaba sentado sobre el borde de la fuente al lado de Anthony, el listo, que siempre parecía estar llegando tarde a algo y que se vestía como Pee-wee Herman. Charles no podía quedarse quieto; daba vueltas en círculos pequeños y se frotaba la nuca. Bug estaba con los pies separados y las manos cogidas tras la espalda como uno de esos tipos del Poder Negro cuando los llaman a filas.

—Bueno, ¿puede decirnos algo más? —dijo Bobby.

—Su verdadero nombre es Magnus Vestergard —dijo el chico—. Tiene antecedentes desde la secundaria. El único trabajo que tuvo en la vida fue en la armería de su tío, pero lo arrestaron por vender el inventario. Estuvo un tiempo en la cárcel de Solano, se perdió de vista durante un periodo y, cuando reapareció, estaba criando pitbulls y se hacía llamar Skip Hanson. No hubo más arrestos y no está en las redes sociales. En su página web hay fotos de sus perros pero no los vende. Tiene su propia casa y una camioneta nueva.

—Y todo esto usted lo averiguó a través de...

—Registros públicos punto com.

—Esto es irreal —dijo Anthony.

Charles miró el cielo.

—Esto es una mierda —dijo—. Lo único que hace este hijo de puta es hacernos perder tiempo.

—Sí —dijo Bug—. Esto es una mierda.

—Con todo respeto —dijo Bobby—, no entiendo en qué medida una información pública puede hacernos avanzar o ayudarnos a resolver nuestra situación. Pero permítame que le pregunte otra cosa. Durante la visita a este supuesto asesino profesional, ¿vio al sospechoso, es decir, a un enorme perro asesino?

—No, no vi al perro, pero estaba allí.

—Estaba allí pero usted no lo vio —dijo Bobby en tono monocorde—. ¿Qué opinas de eso, Anthony? Tú eres el que contrató al señor Quintabe.

—Ya sé, Bobby, pero él está aquí ahora —dijo Anthony—. ¿Podemos seguir adelante, por favor?

Bobby lo miró.

—Y en cuanto al hecho de que este criador de perros posea un montón de armas —prosiguió—, yo tengo un montón de armas y me atrevería a decir que todos los presentes tienen un montón de armas pero ninguno de nosotros es un asesino, al menos profesionalmente. Lamento decírselo, señor Quintabe, pero estoy decepcionado con usted. Muy decepcionado.

El chico le caía bien a Hegan. Mantenía la compostura, no se alteraba ni se dejaba intimidar por Bobby, al contrario que la mayoría de la gente. Era como si estuviera esperando, conteniéndose, dejando que Bobby se agotara antes de darle el golpe de gracia. Hegan quería ver ese momento.

LA ÚLTIMA CESTA DE CAL tenía una temática animal: un gorro de cosaco de armiño blanco, una cazadora de piel de serpiente, guantes de piel de anguila, botas de vaquero de piel de tiburón, un bolso de piel de avestruz, cojines de chinchilla y un abrigo largo fabricado con el cuero de seis guepardos en peligro de extinción. Cal se preguntó dónde irían a parar sus pertenencias cuando estuviera muerto. Sus trajes en un perchero de la tienda de ropa de segunda mano Goodwill, un adicto al *crack* enfundado en su abrigo, las joyas en ese programa televisivo que le gustaba ver a su madre y en el que aparecían personas con la esperanza de que su reloj cucú valiera algo.

—Adiós, adiós, adiós.

BOBBY SEGUÍA HABLANDO y Hegan presintió que el chico estaba cansándose de mantener una actitud defensiva. Lo único que necesitaba era una apertura.

—Muy bien, esto es lo que necesito que haga, señor Quintabe —dijo Bobby—. Necesito que entre en la casa y le confiese a Calvin que lo que le ha pedido es imposible y que tendría que volver a trabajar antes de que el perjuicio a su carrera sea permanente, y que usted le pide disculpas por habernos hecho perder el tiempo a todos con alguien que se llama *Skip* de quien no se puede verificar otra cosa que el hecho de que cría perros y le

entusiasman las armas, y que si alguna vez existió un perro asesino gigante, usted no lo ha visto.

Hegan lo vio en los ojos del chico y en la forma en que clavó la mandíbula. Iba a separarse de las cuerdas.

—No, no vi a un perro asesino gigante —dijo el chico—, pero sí vi una jaula del doble de tamaño que las otras y un cuenco de agua que medía como una bañera, y ¿qué clase de criador de perros necesita un alias, no vende sus perros ni tiene página de Facebook? ¿Y cómo es posible que alguien que no recibió ninguna paga legal desde los dieciocho años se compre una camioneta de treinta y cinco mil dólares y costee el mantenimiento de quince perros? Y ese tipo no tiene un montón de armas; lo que tiene es un arsenal. He visto casquillos de pistolas calibre 38, 40 y 45, munición 7,62 para armas de asalto y Magnum 338 para un fusil de francotirador. Además, ha instalado blancos en una colina que está a ochocientos metros de distancia y no tiene sentido colocarlos allí si no puede acertarles.

»Cogí esto de la casa de Skip —continuó el chico. Le mostró una bala a Bobby. Se veía como un proyectil común calibre 45 pero era más romo—. Esta es una bala de impacto múltiple. Cuando uno la dispara, la bala se rompe en tres fragmentos unidos con hilo de kevlar. Los fragmentos avanzan girando como unas boleadoras sudamericanas e impactan con una separación de treinta y cinco centímetros entre sí. En otras palabras, yo podría dispararle a usted, errar por treinta y tres centímetros, y aun así volarle la cabeza. Ahora bien, no sé si eso verifica que Skip es un asesino profesional, pero sí verifica que es alguien especial.

Bobby se quedó como si hubiera abierto su caja fuerte y hubiera encontrado una cabeza dentro de una col. Hegan se volvió para que no se le viera la sonrisa.

—¿Alguna pregunta? —dijo el bajito.

El chico levantó la cabeza.

—Algo se quema.

ANTES, ESE DÍA, CAL HABÍA hojeado el capítulo 9 del libro del doctor Freeman llamado «Soltando cosas». «Si padecemos el síndrome del quemado —escribía el doctor Freeman—, sabemos lo mucho que nos cuesta mantenernos actualizados con lo que se lleva, con lo nuevo, con lo que está de moda; siempre estamos desesperados por adquirir otra posesión irrelevante. Y otra. Y otra. Esta obsesión con las cosas nos impide avanzar, nos mantiene siempre



quemados, perpetúa la sensación de inutilidad, porque ir hacia delante solo significa acumular más posesiones que no significan nada. Todos mis pacientes experimentan un enorme alivio cuando dejan de invertir su propio valor en lo que pueden comprar. Una de mis pacientes, que era una joven muy adinerada, dijo: “Una vez que dejó de importarme una mierda la ropa que se ponía Jennifer López o si el nuevo iPhone podía hablar en suajili, me sentí libre. Por primera vez en mi vida, me sentí verdaderamente libre”».

Cal anhelaba libertad. De qué, no estaba del todo seguro, pero sabía que tenía que alejarse; en caso contrario, se perdería para siempre. Aplastó un contrato entre las manos, le prendió fuego con su encendedor de platino para porros marca Cartier y lo lanzó sobre la pila. El alcohol de las bebidas se encendió y la pila comenzó a arder. Cal extendió las manos como un crucifijo y levantó la mirada hacia las gruesas nubes blancas que flotaban en el cielo azul, tan azul.

—Me despido de todas mis posesiones irrelevantes —dijo—. Soy libre. Soy libre.

Los contratos, la ropa, las alfombras de oración y otros elementos inflamables habrían generado unas breves llamas y luego habrían seguido quemándose si no fuera por la capa subyacente de muebles y otros artículos. Como las rejillas de ventilación que están en el fondo de las barbacoas, hacía que el oxígeno subiera y que las llamas no se apagarán. Cal esperaba sentir la libertad que el doctor Freeman había prometido, pero solo se sentía drogado y confundido, igual que antes. Miró el fuego y vio cómo sus zapatos de charol Pierre Corthay de dos mil dólares y su bolso Bottega Veneta Intrecciato de tres mil dólares burbujeaban y se ponían negros. De pronto una aguda toma de conciencia atravesó la papilla de su cerebro.

—Mis cosas se queman —dijo—. He quemado mis cosas.

BOBBY SALIÓ DE LA CASA y cruzó el patio al doble de velocidad de lo habitual, mientras los otros lo seguían. No podía creer lo que veía. Su artista estrella estaba de pie delante de una puta hoguera con los brazos extendidos como alguna especie de sacerdote con una bata de cachemira.

—Apártate de allí —dijo Bobby. Cogió a Cal y tiró de él—. Vas a prenderte fuego.

—Esto no tiene fin —dijo Anthony.

Los frascos de colonia empezaron a estallar por el calor. El patio apestaba a productos químicos en combustión y los malignos espíritus del humo negro

escapaban hacia el cielo. La mujer de la casa contigua salió al balcón.

—¿Qué pasa allí? —dijo.

—Vuelve a tu casa, zorra —dijo Charles.

—Mis cosas se queman —dijo Cal—. He quemado mis cosas.

—Voy a buscarte a alguien que te ayude —dijo Bobby.

—Ya tengo quien me ayude. El doctor Freeman está ayudándome.

—Deberías haberle quitado ese condenado libro, Anthony.

—Compró todos los ejemplares que había en Barnes & Noble —dijo Anthony—. Cuarenta o cincuenta.

—¿Y las drogas?

—Veamos, hoy fue focalin, fentanilo, clonazepam, bupropion...

—No me interesan los putos nombres. ¿No puedes confiscárselas?

—La gente de DStar se la suministra las veinticuatro horas.

Bobby se volvió a Isaiah.

—¿Se da cuenta de por qué tiene que acabar con esto, señor Quintabe? Está arruinando su... ¿Señor Quintabe? ¿Sigue aquí?

Isaiah estaba mirando el fuego, las botellas de bebidas alcohólicas no abiertas.

—Corred —dijo. Salió disparado. Dodson vaciló un momento y luego corrió tras él.

—¿Qué carajo les pasa a esos? —dijo Charles.

—Bueno, con eso damos por zanjado el asunto —dijo Bobby—. Nuestro ilustre investigador se ha vuelto loco.

Una botella explotó. Chispas, cristales rotos, una nube de cenizas saliendo de las llamas y Bobby y los otros tipos dispersándose como una bandada de palomas asustadas. Bobby se tumbó boca abajo en el patio con las manos sobre la cabeza. Deseó poder quedarse así, la mejilla contra los ladrillos calientes, inhalando los reconfortantes aromas infantiles del césped cortado y el cloro. Su pesadilla no parecía tener fin, cada día era peor que el anterior, su esperanza se desvanecía como los atardeceres que veía desde la ventana de su oficina.

—Matadme ahora —dijo—. Acabad con mi angustia.

\* \* \*

ESTALLARON MÁS BOTELLAS. Isaiah y Dodson estaban detrás de una palmera.

—¿Cómo sabías que esas botellas iban a explotar? —preguntó Dodson.

—El alcohol del interior estaba enturbiándose —dijo Isaiah—. Estaba vaporizándose y la presión no tenía por dónde salir.

—Me imaginé que sabías algo —dijo Dodson cuando explotó otra botella—. Mira a Bobby en el suelo. Parece como si los talibanes le estuvieran disparando en el culo. Y, hablando de Bobby, ¿por qué te ensañaste tanto con él? Volviste a perder los estribos, ¿no?

—No me interesa Bobby —replicó Isaiah—. Me interesa mi cliente.

—Bueno, mejor que saques los flotadores. Tu cliente está ahogándose otra vez.

A pesar de su experiencia previa, Cal había saltado a la piscina y estaba agitando los brazos y tragando agua.

—¡Ayuda! —gorgoteó—. Que alguien ayude a Calvin. —Se hundió, agitando una mano como si estuviera llamando a un taxi.

Charles y Bug estaban detrás de la parrilla de gas, demasiado asqueados para reír.

—¿Cómo es posible que ese estúpido haya llegado a ser una estrella? —dijo Charles.

Anthony estaba sentado al aire libre, con la espalda contra la casa. Su aspecto era el de un hombre que acababa de perder la dignidad y estaba demasiado cansado para intentar recuperarla.

—Tal vez tengamos suerte y se ahogue —dijo.

Isaiah miró a Anthony, luego a Bobby, a Bug y a Charles. Uno de ellos le pasaba información a Skip. Uno de ellos era el infiltrado.

Las explosiones cesaron. Cal le gritó a Anthony que lo ayudara a salir de la piscina.

—Oh, va a haber una limpieza aquí, podéis creerlo —dijo Cal, tratando de verse como un dios del rap con una bata empapada y con una lente menos en sus gafas de sol.

Sonaron unas sirenas.

—Esa es mi señal —dijo Bobby, mientras se encaminaba hacia la casa—. Vosotros pensad qué vais a decirle a la policía porque Calvin no irá a la cárcel. ¿Entendido? Calvin no va a la cárcel.

—¿Por qué iba a ir Calvin a la cárcel? —preguntó Cal.

—Imprudencia temeraria, alteración del orden público, normativas contra incendio —dijo Anthony—. Y no sé si esas armas están registradas.

Las sirenas sonaban más fuerte.

—Bueno, alguien tendrá que asumir los cargos —dijo Cal—. No puedes ser tú, Anthony, te necesito de lacayo.

Bug y Charles se veían como los culpables de una violación en una rueda de presos, con la víctima directamente delante de ellos.

—Supongo que eso os deja a vosotros dos, negros —dijo Cal, mirando a uno y luego al otro—. ¿Quién será? Pito, pito, gorgorito... ¿Pito, pito, gorgorito?

—Mierda, Cal, sabes que eso no es justo —dijo Charles.

—Es justo si yo digo que es justo, y yo digo que serás tú.

—¡Hijo de puta! —dijo Charles, caminando en círculos y frotándose la nuca—. Venga, Cal, no seas así.

—¿Que no sea cómo, Charles? ¿Que no sea cómo? ¿El que manda? Bueno, no puedo evitarlo, porque yo soy el que manda y te mando que aceptes los cargos y dejes de quejarte como una zorra.

—Y una mierda —dijo Bug—. Tú deberías aceptar tus propios cargos.

—Yo aceptaré mis propios cargos cuando tú firmes tus propios cheques. ¿Qué te parece, Bug? Cuando tú firmes tus propios cheques.

Charles les dijo a los policías que había bebido demasiado y había enloquecido. Isaiah lo vio entregarle a Bug todo lo que tenía en los bolsillos antes de que lo esposaran y se lo llevaran. Los ojos de Bug dispararon balas trazadoras a la espalda de Cal cuando este entró arrastrándose a la casa.

—Algún día, hijo de puta —dijo—. Algún día.

BOBBY ESTABA SENTADO EN EL ASIENTO TRASERO, mirando a Hegan con furia, como si fuera culpa de este que el día se hubiera ido a la mierda. Hegan, probablemente, se preguntaba por qué Bobby olía a humo y no estaba gritando por el teléfono móvil a su abogado o a alguno de sus representados o a Eva, su novia amazona que se ponía tacones altos para ir a comprar a Whole Foods.

—¿Ha ocurrido algo allí? —dijo Hegan.

—Sí, ha ocurrido algo allí —dijo Bobby—. Casi me matan, no gracias a ti.

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien. No estoy nada pero nada bien.

LOS PRIMEROS TIEMPOS después de que Bobby se mudara de Sacramento a Los Ángeles, vivía en Mar Vista y compartía un apartamento de un ambiente con una voraz tribu de cucarachas. Conducía un Lincoln Continental destartado

y se alimentaba a base de ramen como un estudiante universitario. Ramen con huevos. Ramen con carne enlatada. Ramen con salchicha frita. En una ocasión estaba tan arruinado que comió ramen con comida para gatos. Antes de lanzar Bobby Grimes Music and Entertainment, tuvo cuatro cargos diferentes en once empresas diferentes y había encajado más golpes de los que se merecía. Con el correr de los años lo habían engañado, desalojado, expulsado, se habían reído de él y lo habían demandado más veces de las que podía recordar. Bobby podía dar clases sobre los diferentes tipos de quiebras y organizar visitas guiadas a la corte federal Edward R. Roybal.

Cal fue el punto de inflexión. Cuando sus dos primeros álbumes llegaron a ser discos de platino, otros artistas se sumaron al corral de BGME y Bobby se vio de pronto jugando con los grandes. Había logrado respeto, dinero, juguetes, mujeres. Estaba en la cima del mundo. Pero entonces apareció Steve Jobs con su puto iTunes, que asfixió al CD y desangró las ganancias de Bobby. Y la piratería. Un jodido chico de secundaria se enfadaría muchísimo si le robaban su iPod pero no tenía reparos en descargarse gratis la música de Bobby. En el extranjero era una broma. Los chinos no sabían que la música se pagaba. Bobby tuvo que despedir personal, ajustar los presupuestos para la promoción y producir menos discos. Los artistas se marcharon en busca de pastos más verdes.

El caballero andante que salvaría a Bobby era Greenleaf Studios, un grupo empresarial dedicado a la industria del entretenimiento. Greenleaf quería adquirir BGME, pero Cal era fundamental para la operación. No era fácil conseguir artistas de renombre con fans en todo el mundo y una trayectoria probada, y Greenleaf aspiraba a que Calvin diera brillo a su constelación de estrellas. Sin Calvin, no había trato.

El problema inmediato de Bobby: Greenleaf iniciaría pronto las actividades para verificar la solvencia financiera de su empresa. El ejército de abogados y contables de Marty Greenleaf caería sobre las oficinas que BGME tenía en Century City como las cucarachas en el apartamento de Mar Vista y se arrastrarían sobre cada contrato, informe de ventas, liquidación bancaria, hoja de cálculo, cuenta de gastos y derechos de autor desde la creación de la compañía. Y Marty querría conocer a Cal. Bobby podía imaginar la conversación. Cal con su bata, colocado con maría y pastillas y sosteniendo a ese estúpido gato mientras hablaba sobre el señor Q y el pitbull gigante y sobre meter en la cárcel a Noelle y quemar sus irrelevantes pertenencias en el patio trasero. Además, Marty insistiría en escuchar las nuevas pistas. Las dos, la mejor de las cuales era una canción de veintitrés segundos en la que se

preguntaba qué mierda hago en esta tierra. La hoguera era una metáfora, pensó Bobby. Todo aquello por lo que había trabajado estaba desapareciendo en las llamas. La casa de Brentwood, cenas en Spago o Matsuiha, copas en el bar Marmont, estar en la lista del Sayers Club y Greystone Manor. Había visto y hecho cosas que jamás habría imaginado cuando estaba en Sactown y promocionaba *raves* y eventos en discotecas. Ahora estaba del otro lado de las cuerdas, en un mundo con el que todos los jóvenes del país solo podían soñar.

Bobby había asistido a fiestas en la mansión que tenía Young Snap en el norte del estado de Nueva York. Ese sitio tenía los mismos metros cuadrados que un campo de fútbol americano y uno podía mear cada día durante tres semanas y no hacerlo nunca en el mismo baño. Bobby estimaba que una familia de cuatro personas podía sobrevivir comiendo los peces del lago privado de Snap. Consiguió un pase para las bambalinas en un concierto de Layla y se alojó en el mismo hotel que ella. Además del habitual batallón de guardaespaldas y maquilladoras, el círculo de la estrella lo componían una lavandera, un catador de alimentos, un monje budista y un técnico especialista en bótox. Alguien le contó a Bobby que su labradoodle tenía su propia *suite*.

Uno de los patrocinadores de Cal invitó a Bobby al Gran Premio de Mónaco. Estaban GKnight y su novia Nia y Bobby pasó el fin de semana en su yate de lujo, el *Colossus*. Uno no subía a bordo del barco, uno aterrizaba en él, como si fuera una isla. Bobby pensó que si se añadían algunos cañones a la cubierta cargados con algunos misiles Tomahawk podía mandarse al *Colossus* al golfo Pérsico. De ninguna manera iba a renunciar a todo eso, y estaba dispuesto a suicidarse antes de volver a la dieta del ramen. Él siempre había sido un superviviente.

—No me voy a hundir —dijo Bobby.

—¿Qué? —dijo Hegan—. ¿Quién no se va a hundir?

—Bobby Grimes —dijo Bobby—. Bobby Grimes no se va a hundir.

DESPUÉS DE DEJAR A DODSON, Isaiah se fue a su casa. Barrió la entrada para coches, regó el césped delantero y cortó el de la parte trasera. Dejó salir a Alejandro del garaje y el ave empezó a perseguir a los insectos que huían de las hojas del cortacésped de pasto. Después permitió que el ave diera vueltas por la casa mientras él preparaba sopa y la tomaba de pie junto a la encimera.

Pensó en Bobby Grimes. Bobby necesitaba que Cal hiciera un álbum, eso estaba claro. Estaba más desesperado de lo que podría esperarse, pero no había duda de que su furia y su frustración eran genuinas. Charles y Bug. Era

obvio que detestaban a Cal, pero dependían de él para ganarse la vida. Matar a Cal era como matar a la gallina de los huevos de oro. Sin Cal, estarían de vuelta en la calle.

La gran incógnita era Anthony. Era el único que defendía a Noelle y no parecía importarle su trabajo, el álbum ni, para el caso, el propio Cal. Pero si esa era su actitud, ¿por qué no se marchaba? Podía conseguir trabajo en otra parte. Tenía que haber otra razón que lo mantuviera cerca y que explicase su impaciencia. Anthony no estaba interesado en el próximo evento de la agenda de Cal. Estaba tratando de terminar. De acabar. Anthony quería que todo estuviera acabado.

Todo eso tenía sentido, pero Isaiah se sentía incómodo. Tenía la sensación de que estaba siguiendo una pista falsa, pero hasta el momento no había ninguna otra pista que seguir. Y había otra cosa revoloteando en el borde de su conciencia, como una de esas libélulas del patio. Estaba allí y luego desaparecía, estaba allí y luego desaparecía. Ojalá se quedara quieta. Era lo que resolvería el caso, lo presentía.

Y era algo que él ya sabía.

## Capítulo trece

¿Sois vosotros?

*Septiembre de 2005*

**E**RA IRRITANTE QUE ISAIAH le hiciera adivinar cuál era el trabajo. No había duda de que el chico se sentía un tonto por lo del golpe en Pet City y estaba tratando de recuperar algo de imagen. Kinkee también jugaba a eso; sabía que no te quedaba más que unas mierdecitas y te hacía preguntarle cuándo iban a reponer el producto. Y entonces era cuando te decía: «Eso es confidencial, negro, está por encima de tu nivel jerárquico de mierda, ¿entiendes? Te lo haré saber cuando te lo haga saber».

Dodson trató de contenerse, pero cuando entraron en la 710 no pudo aguantar más.

—¿Qué es? —dijo.

—Un salón de belleza.

—¿Y por qué no me llevaste contigo cuando fuiste a estudiarlo?

—No hacía falta. Es perfecto.

—No sé si es perfecto. ¿Y qué puedes robar en un salón de belleza?

Isaiah le contó lo que había encontrado en el sitio web de Ruby's Real Beauty. Ruby poseía el inventario más extenso y más completo de extensiones de cabello humano de toda el área de South Bay. Las más cotizadas eran Virgen Remy.

—¿Virgen porque la chica todavía tenía el himen intacto? —preguntó Dodson.

—No. Virgen porque el pelo no recibió ningún tratamiento químico —dijo Isaiah.



—¿Qué significa Remy?

—Significa que cortaron el pelo con cuidado de modo que las cutículas y las raíces se mantuvieran en la misma dirección. Los otros los cortan como hierbajos y los tiran dentro de un recipiente.

Isaiah siguió con la explicación como un profesor universitario hablándole a un estudiante de primaria no muy brillante: una extensión de cabello humano de trama brasileña Virgen Remy de grado superior, de setenta centímetros de largo y rizo natural, perteneciente a una mujer de São Felipe cuyo cabello representaba la mitad de los ingresos de toda la familia, se vendía en Ruby's por cuatrocientos treinta y cuatro dólares. Una extensión de cabello humano ruso Virgen Remy de grado superior doble recto lacio natural de setenta centímetros de largo de una adolescente de Volgogrado que quería un nuevo par de botas valía quinientos diecinueve dólares.

—De modo que eso es lo que podemos robar en un salón de belleza —dijo Isaiah—. ¿Alguna otra cosa que quieras saber?

Cuando descendieron del Explorer delante de la parte trasera de Ruby's, Dodson dijo:

—Esta vez procura no perder la chaveta.

EL ARIETE SE CARGÓ LA PUERTA sin problemas. La sirena estaba a un volumen tan alto como en Pet City, pero los ladrones llevaban auriculares con cancelación de ruido como los del equipo de boxes en las carreras de NASCAR. No bloqueaban el sonido por completo, pero al menos no te estallaba la cabeza. Isaiah estaba demasiado nervioso, pero era un golpe más fácil. Todas las extensiones Virgen Remy estaban en la misma estantería y había sustituido las bolsas de basura por cestas plegables. Eran ligeras y se quedaban abiertas solas, por lo que se podían usar ambas manos para llenarlas.

—Cuatro minutos —dijo Isaiah cuando ya estaban alejándose en el coche—. Hemos entrado y salido en cuatro minutos. ¿Qué te han parecido las cestas? Es distinto con ellas, ¿verdad? El calor sigue molestándome y las gafas volvieron a empañarse; tengo que solucionarlo. *Cuatro minutos*.

Dodson percibió que a aquel chico se le estaba hinchando la cabeza; probablemente pensaba que se había convertido en un hombre. Y estaba bien; que lo creyera, si eso era lo que quería. Lo principal era que este asunto de los robos estaba funcionando. Si seguían así, podría abandonar el negocio del *crack*, mandar a Kinkee a la mierda y dedicarse al ocio.

VINO UN CLIENTE, EL ÚNICO en las últimas dos horas. Temblaba y miraba hacia un lado y hacia otro como si hubiera perdido a un hijo en la feria del condado. Era un cliente habitual; tenía entre cuarenta y sesenta años, la cara flácida como el basset hound de la tía Mary, los ojos amarillos e inyectados en sangre por haber visto demasiado de su propia vida. Era un cliente típico de estos días: de más edad y adicto desde hacía mucho tiempo. Los jóvenes se mantenían apartados del *crack*. Habían visto demasiadas personas enganchadas a esa sustancia vagando por las calles, con un asqueroso olor a culo sucio, arrastrándose, mendigando monedas y tratando de vender un horno eléctrico con el cable cortado. Los adictos al *crack* no estaban de moda, y si uno quería mantener a los chicos lejos de algo, lo único que hacía falta era que no estuviera de moda.

Y eso para Dodson era un problema. Si no entraba gente nueva al sistema, tenía que competir con todos los narcotraficantes de la manzana por la misma reserva decreciente de adictos. La única manera de ganar algo de dinero era la repetición. Los adictos compraban en diversos sitios. Para hacerlos volver había que tener mierda de la buena. La de Dodson a veces era buena y a veces no, y la de hoy no lo era. Para ganar la misma cantidad de dinero tenía que quedarse más tiempo, atender a los adictos que estaban demasiado enfermos y desesperados para caminar seis manzanas y comprarles a los Locos. Era culpa de Kinkee, el proveedor de Dodson, un hosco clon de Ice Cube que fruncía el ceño incluso cuando sonreía y trataba a todos, excepto a Michael Stokely, como intrusos. Kinkee no pesaba la cocaína antes de convertirla en *crack* y le ponía demasiado bicarbonato de sodio, siempre a su favor. Para compensarlo, añadía lo que llamaba *saborizantes*: vodka, abrillantador de muebles, blanqueador, detergente para lavar la ropa, limpiador de cocina, cualquier cosa que tuviera a mano. Dodson sentía pena por los adictos. «¿Para qué carajo le metes toda esa mierda? —decía—. ¿Quieres colocarlos o matarlos?». Kinkee nunca contestaba.

DODSON FUE AL 7-ELEVEN y compró zumo de uva para eliminar el gusto a *crack* de la boca. Le espantaba la idea de volver a trabajar, pero era el único que ingresaba dinero en el apartamento y eso lo tenía irritado. Debería estar nadando en pasta. En las dos semanas posteriores al golpe de Ruby, habían atracado la óptica Sunglass Emporium, la tienda de artículos de pesca Tight Lines Fly Fishing y Luogo Di Lusso, una zapatería de Studio City. El botín

era demencial. Trescientos pares de Oakley, Ray-Ban, Maui Jim y Michael Kors, ninguno de ellos inferior a cien dólares, la mayoría más cerca de los doscientos. Dodson se sentía escéptico respecto de Tight Lines hasta que encontró una caña para truchas Sage de cuatro partes y de fibra de carbono que pesaba cuarenta gramos y que se vendía a quinientos noventa y cinco dólares. Dodson dijo que por quinientos noventa y cinco dólares podría comer en el Red Lobster durante un mes sin preocuparse por el precio. Se llevaron veintinueve cañas. La zapatería era una mina de diamantes. Jimmy Choo, Prada, Valentino y un montón de otras marcas de diseño a quinientos sesenta y siete dólares por par. Dodson no cobraba por culpa de eBay.

—¿EBAY? —DIJO DODSON—. ¿Qué carajo quieres decir con eBay?

—Marcus tenía una cuenta de vendedor —explicó Isaiah—. También de PayPal, para comprar herramientas. Tengo las contraseñas.

—Al carajo con las contraseñas. Esa mierda tarda muchísimo.

—Debes tener paciencia.

—Sí, bueno, ven conmigo a la Casa y luego me hablas de paciencia. Estoy metido allí todo el día con un montón de negros hechos polvo que tendrían que tomarse un poco de ese Frontline. Y, mientras tanto, ¿tú dónde estás? Aquí sentado jugando con tu portátil. Déjame llamar a mi amigo Pook. Él se llevará las gafas de sol y nos pagará en metálico hoy mismo.

—Nada de intermediarios.

—¿Por qué mierda no? eBay es una intermediaria.

—Ebay no puede delatarnos. Los únicos que podemos hacerlo somos tú y yo.

DODSON SE QUEDÓ A UN LADO sin hacer nada mientras Isaiah se lanzaba de cabeza al mundo de eBay, redactando descripciones detalladas, verificando las comparaciones, fijando los precios y registrando las ventas en una hoja de cálculo. Se obsesionó con las fotografías. Dodson lo vio hacer tonterías con una caña de pescar: la ponía de pie, la tumbaba de lado, le hacía primeros planos.

—¿Cuántas fotos vas a hacer de una caña? —dijo Dodson.

A pesar de las excelentes fotografías, las ventas iban despacio. La gente compraba las cosas de una en una. Los zapatos, las gafas, las cañas de pescar. Isaiah creía que los artículos para perros se venderían rápido, pero había

mucha competencia y los precios eran realmente bajos. Te daba por pensar si todo el mundo estaba robando tiendas de mascotas.

—Déjame ayudarte con lo de eBay —dijo Dodson—. Para hacer que toda esta mierda vaya más rápido.

—Yo me ocupo —dijo Isaiah.

—Ya sé que tú te ocupas, solo muéstrame qué hay que hacer.

—Dije que yo me ocupo.

Dodson sintió la tentación de hacer bajar a Isaiah del caballo, darle un golpe en la cabeza, ponerlo en su lugar. La única razón por la que aún no lo había hecho era porque Isaiah parecía frágil, como una barra antirrobo para volantes rociada con freón. Si uno lo golpeaba, se haría trizas y Dodson jamás vería todo ese dinero. Otro motivo de irritación era que Isaiah no paraba de añadir retoques. Toallitas antivaho para las gafas de sol, linternas de haz más amplio e indumentaria para pesca que había cogido en Tight Lines. Pantalones y camisas color pastel, como las que usaban los tíos ricos que pescaban macabijos en las Bahamas. Dodson se los probó con el pasamontañas y las gafas de sol.

—No voy a usar esto —dijo—. Me veo como una especie de terrorista homo.

—Son ligeros, transpirables y se secan rápido —dijo Isaiah—. Puedes usar tu propia ropa si lo prefieres.

—¿Puedo? Qué generoso de tu parte.

ISAIHAH NO QUERÍA ENSEÑARLE A DODSON el trastero pero no tenía alternativa. En algún sitio tenían que guardar sus crecientes existencias de artículos. La primera vez que Dodson lo vio, dijo:

—Maldita sea. ¿Qué hacía tu hermano? ¿Tenía una ferretería?

Marcus guardaba allí sus herramientas. Los taladros, los serruchos, las amoladoras, las llaves de impacto, las lijas y las pistolas de clavos estaban colgados en un tablero como una colección de armas. De la misma manera estaban dispuestas las docenas de herramientas de mano. Había una sierra de mesa y una ingletadora en el largo banco de trabajo. Unos recipientes de almacenamiento ubicados en los estantes contenían clavos, tornillos, tuercas, arandelas y cosas así. Las herramientas de pie estaban en su propia área.

—Tienes que tener la herramienta adecuada —decía Marcus, tratando de hacer que esa afición por el coleccionismo sonara práctica—. Si no tienes la herramienta adecuada, harás la mitad del trabajo en el doble de tiempo... ¿De

qué te ríes, Isaiah? Puede que en algún momento necesite algo así para un trabajo.

—¿Que lo necesites para qué? —decía Isaiah—. ¿Para reparar el transbordador espacial?

Isaiah veía algo en los ojos de Marcus cuando este sostenía en la mano una herramienta nueva. La giraba, la inspeccionaba como si tuviera pistas, comprobaba que el peso fuera adecuado. Luego sonreía como si fuera la que estaba buscando, la que completaría la serie y llenaría el espacio vacío de su caja de herramientas. Pasaba una semana antes de que la herramienta se convirtiera en apenas otra herramienta y otra semana antes de que Marcus se conectara a internet para buscar otra cosa.

LA PUERTA ENROLLABLE DEL TRASTERO estaba subida por la mitad, dividiendo el espacio entre la luz del sol y la oscuridad. Isaiah estaba en la zona oscura, sentado delante del banco de trabajo, mirando las cifras de ventas en su portátil. Le gustaba mantenerse ocupado. Así evitaba que Marcus se le metiera en la cabeza, y Marcus siempre estaba cerca, esperando para acercársele por detrás a hurtadillas y seguirlo paso a paso y preguntarle por qué su hermanito, a quien Dios había bendecido con un don, se había convertido en un vulgar ladrón.

Dodson entró agachándose por debajo de la puerta; parecía harto y enfadado. Lanzó un rollo de billetes sobre el banco de trabajo.

—¿Qué es esto? —dijo Isaiah.

—Tu parte por las extensiones de pelo —dijo Dodson—. Las vendí a algunos salones de belleza. La señora dijo que si conseguíamos más se las llevaríamos.

—Dije que nada de intermediarios.

—Sé lo que dijiste, pero ¿quién carajo eres tú?

—¿Y si arrestan a las peluqueras?

—¿Qué dirían si lo hacen? ¿Vino un negro que no conocemos, nos vendió unas extensiones y luego se fue? No soy un novato en esto. Yo ya circulaba por el mundo del crimen cuando tú estabas en la clase de la señorita Petrie levantando la mano cada dos segundos.

ISIAH RECOGIÓ LA SALA, tiró la ropa sucia de Dodson en una pila, limpió la mesa de centro y llevó los platos sucios a la cocina. Dodson había sido

escrupuloso a la hora de mantener limpio el apartamento, pero en los últimos tiempos se había relajado.

—¿Crees que podrías limpiar lo que ensucias? —dijo Isaiah.

—Lo haré, negro, mierda —dijo Dodson, saliendo del baño—. He llegado hace un minuto. —Dodson tenía un nuevo jersey Clippers, nuevos vaqueros Diésel y un par de MJ de charol que parecían polainas—. Oh, mierda, qué bien me veo —dijo—. Las zorras se me echarán encima.

—No deberías comprar todas esas cosas —dijo Isaiah—. Lllaman la atención.

—Justamente estoy tratando de llamar la atención.

—¿Qué vas a decir si alguien te pregunta de dónde has sacado el dinero?

—Tienes que desacelerar un poco, Isaiah. Deja de estresarte, tómate un día libre, fúmate un porro, trata de follar un poco antes de que te olvides de qué aspecto tiene un coño. Aprovecha los frutos de tu trabajo.

DODSON TRAJO UNA CHICA A CASA. Por entonces Deronda pesaba unos quince kilos menos pero ya tenía un trasero que la seguía a todas partes como una maleta con ruedas. Cuando conoció a Isaiah, lo miró de arriba abajo y dijo: «¿Y?». Isaiah se retiró al dormitorio y los escuchó destrozar la cama plegable, con Deronda diciendo «¿eso es todo lo que puedes hacer? ¿Eso es todo lo que puedes hacer?» y Dodson respondiendo «vaya, ¿quieres más? ¿Quieres más?». La tele estaba encendida todo el tiempo.

Una vez que Deronda se marchó, Isaiah salió de la habitación y frunció la nariz por el olor a sexo y látex. Dodson estaba boca abajo, vestido solo con sus calcetines, un brazo colgando a un lado.

—Esa chica me ha dejado agotado —dijo—. La última vez lo único que me salió de la polla fue un poco de niebla.

—No deberías haberla traído aquí.

—Vivo aquí, negro. Voy a hacer lo que me salga de los huevos.

—¿Y si le cuenta a alguien que tenemos nuestro propio apartamento?

—¿Por qué siempre estás preocupado de que alguien le diga algo a alguien? La chica cree que este apartamento es de tu hermano y que él no está.

—No importa. Ha sido una estupidez traerla aquí.

Dodson se incorporó a medias, sosteniéndose sobre un codo.

—¿Acabas de llamarme estúpido? —dijo. Isaiah inclinó la cabeza a un lado, puso expresión aburrida y se fue a la cocina—. Sí, vete, hijo de puta —

dijo Dodson—. Si no estuviera todo desnudo te llenaría el culo de patadas ahora mismo. Dilo una vez más, Isaiah, ¿me oyes? Solo dilo una vez más.

Deronda hacía todo lo posible para molestar a Isaiah. Dejaba caer el cepillo de dientes en el inodoro, colgaba las bragas en el pomo del dormitorio para que se secaran. Le gustaba salir de la cocina con un cuenco lleno de budín de chocolate y balancearlo con los ojos bien abiertos como si fuera a derramarlo sobre él. *Ah, oh, ah, oh, ¡cuidado!, ¡cuidado!* Se acurrucaba con Dodson en la cama plegable y le rascaba las bolas, sonriendo a Isaiah cuando él pasaba a su lado, y los dos se reían cuando Isaiah todavía podía oírlos.

DIERON MÁS GOLPES. Afeitadoras eléctricas, cigarros, bombas para piscinas.

Deronda se quedó un fin de semana entero. El domingo por la noche fue con Dodson a comprar tacos antes de que ella se volviera a su casa. Cuando regresaron, Isaiah estaba de pie delante del televisor, viendo las noticias.

—La policía los llama los Bandidos del Ariete —dijo el periodista— porque han utilizado un ariete para entrar en tiendas por todo el sur de California: Long Beach, El Segundo, Lawndale, Culver City, Lomita, Torrance, incluso en el Valle.

—¿Por qué estamos viendo esto? —dijo Deronda.

—Aquí se los ve en un vídeo de una cámara de seguridad —continuó el periodista—. Los dos sospechosos derriban la puerta de Danny's Dive Shop, de Long Beach. La policía dice que los sospechosos son varones, afroamericanos y de veinte años o menos. Uno de ellos mide aproximadamente un metro ochenta, el otro alrededor de uno sesenta.

—Uno sesenta y cuatro —dijo Dodson. Isaiah lo miró con furia y luego posó los ojos en Deronda.

—¿Sois vosotros? —dijo Deronda.

—La policía dice que los sospechosos son profesionales —siguió el periodista—. Entran y salen de las tiendas en pocos minutos y solo se llevan artículos de gran valor. Se cree que utilizan un Ford Explorer de color oscuro.

—Vosotros tenéis un Explorer —dijo Deronda—. ¿Sois vosotros?

El periodista prosiguió:

—La Cámara de Comercio de Los Ángeles ofrece una recompensa de cinco mil dólares por cualquier información que conduzca al arresto de los sospechosos. Si usted tiene alguna información sobre los sospechosos, llame al número especial de la policía que aparece en la pantalla.

—Sois vosotros —dijo Deronda.

ISAIAH HIZO PINTAR EL EXPLORER de blanco y desde entonces Dodson viajaba en el asiento trasero. Un policía vería a un solo ocupante. Hicieron más trabajos. Calentadores de agua circulante, palos de golf, generadores eléctricos, pulverizadores de pintura sin aire, grifos de cocina alemanes. El circuito estaba lleno y a punto de rebosar, el dinero ya entraba de manera constante.

Dodson dejó la Casa. Compró más ropa y otra cadena de oro y un televisor tan grande que tuvieron que sacar los trofeos de Isaiah. Pasaba mucho tiempo con Deronda. Comprando ropa, colocándose, jugando al *GTA*, yendo a discotecas donde aceptaban sus carnés de identidad falsos y haraganeando en la cama plegable, viendo programas de cocina y comprando cosas en HSN. Un masajeador shiatsu para pies, una plancha para paninis, una radio impermeable, un humectante de células madre vegetales, una licuadora que podía exprimir madera y un montón de otras cosas que todavía estaban dentro de sus cajas. Deronda se hacía las uñas cada tres o cuatro días. Nuevos colores, nuevas cosas brillantes. Hacían todas las comidas fuera. Bebían Heineken y Henessy. Si Isaiah se negaba a llevarlos, cogían un taxi. Se acostaban a las tres de la mañana y se levantaban a las tres de la tarde. Se comportaban como celebridades, viviendo la vida en lugar de tratar de ganársela.

—A la mierda con el futuro —decía Deronda—. El futuro que se joda.

UNA DE LA MAÑANA. Estaban tumbados en la cama plegable zampano comida tailandesa. Isaiah entró y pasó al dormitorio sin decir nada.

—¿Y bien? —dijo Deronda, mirando a Dodson.

—Déjame terminar los fideos —dijo Dodson.

—Te los guardo hasta que vuelvas.

ISAIAH HABÍA CAMINADO DE NOCHE durante varias horas pero sabía que no podría dormir. Tenía hambre; le llegaba el olor de la comida tailandesa, pero no pensaba pedirles nada. Se mirarían entre sí como si fuera un pedido escandaloso y luego, a regañadientes, le darían medio rollito primavera o un poco de arroz que les había sobrado.

Isaiah venía pensando insistentemente en cómo hacerlos salir del apartamento. Deronda bien podría pagar alquiler; estaba allí todas las noches,



con sus cosas por todos lados. Solo volvía a su casa cuando tenía que cuidar de su hermanito. También había convertido a Dodson en un perfecto gilipollas y le había metido en la cabeza que era él el que mandaba.

Dodson entró sin golpear a la puerta.

—¿Qué quieres? —dijo Isaiah. Su espacio había sido invadido.

—¿Cuándo haremos el próximo trabajo? —reclamó Dodson.

Isaiah reprimió el impulso de decir «vete a la mierda».

—¿Qué prisa tienes? —dijo—. ¿Necesitas un televisor más grande?

—Tengo un problema temporal de efectivo.

—¿Sí? ¿Te has gastado todo el dinero?

—Estoy viviendo a lo grande. ¿Cuándo?

—En un par de días.

Dodson salió de la habitación con una mirada del tipo *mejor que sea así*. Isaiah pensó: *ya veremos*.

ISAIAH TARDÓ UNA SEMANA en dar luz verde al siguiente trabajo. Dodson lo atosigaba cada vez que se veían. ¿*Quién manda ahora?*, pensó Isaiah. Condujeron en silencio hasta Speedway Bicycles de Culver City y aparcaron en el callejón que estaba detrás de la tienda. Prepararon el equipo y derribaron la puerta, pura rutina. Estaban en el almacén, llenando las cestas con conjuntos de bielas y platos Shimano Dura-Ace y desviadores Ultegra. Dodson tiraba las cajas dentro de las cestas como si estuviera tratando de romperlas.

—Cinco minutos —dijo Isaiah.

—Tengo un reloj —dijo Dodson—, y yo también sé leer la hora.

Isaiah meneó la cabeza y suspiró. Echó una mirada a través de la puerta del almacén hacia la parte trasera del mostrador de ventas. Más allá se veía el escaparate delantero y la calle. Un coche patrulla se había acercado al bordillo de la acera y un policía ya estaba descendiendo.

—La pasma —dijo Isaiah. Salieron corriendo del salón de exposición y ventas y se dirigieron a la salida trasera, pero el policía ya había llegado casi a la ventana—. ¡Abajo! —dijo Isaiah. Se tiraron al suelo y se arrastraron para cubrirse, pero el policía estaba mirando por el escaparate y alumbrando la tienda con la linterna. Se quedaron paralizados detrás de una hilera de bicicletas nuevas aparcadas en ángulo. Estaban protegidos, pero no del todo. Si uno miraba a través de los rayos de las ruedas, estaban allí.

El haz de la linterna del policía recorrió la tienda, tan luminoso como el que apuntaba hacia abajo desde un helicóptero de la policía persiguiendo a un ladrón de coches. Isaiah se aplastó como un halibut, estirando los brazos y apretando la mejilla contra el suelo. *Por favor no me veas por favor no me veas por favor joder Dios no me veas.* Dodson se había tumbado de la misma manera; estaban mirándose directamente a los ojos. El haz de la linterna pasó rápido y no paró. ¿Había terminado el policía? Hubo un momento de esperanza pero el haz apareció de vuelta, esta vez yendo más lento, inspeccionando en lugar de barrer.

—Mierda, hombre, va a vernos —susurró Dodson.

—Tal vez no —respondió Isaiah, también en susurros—. Quédate quieto.

—¿Tardaste una semana en planear esto? ¿Qué mierda estabas haciendo?

—Me metiste prisa. ¡Ni siquiera tendríamos que estar aquí!

El haz estaba avanzando hacia ellos, atravesando exhibidores de cascos e indumentaria para ciclistas. *Por favor no me veas por favor no me veas por favor joder Dios no me veas.*

—Mierda, tío, yo tengo antecedentes, joder —dijo Dodson—. Podrían juzgarme como adulto y mandarme a Corcoran. —El haz se acercó más, alumbrando una familia de maniqués sin ojos que pedaleaban con ropa de licra que hacía juego. La luz se derramó sobre hileras de bicicletas, manillares y guardabarros resplandecientes—. No voy a ir al talego —dijo Dodson—. De ninguna jodida manera. —Se retorció y buscó debajo de la camiseta.

—¿Qué haces? —dijo Isaiah—. Quédate quieto.

Dodson tenía un arma.

—¿Estás loco? —dijo Isaiah. Dodson quitó el seguro con el pulgar—. No, Dodson, por lo que más quieras, ¡no lo hagas! —Milagrosamente, el haz subió hasta el entresuelo, donde había más elementos de ciclismo—. ¡Guarda el revólver!

—Que te jodan, Isaiah.

—Guárdala o me entrego.

—Mentira.

—Te juro por Dios que lo haré.

—Entonces te mataré a ti también.

El haz revoloteó como un buitres, con los dos allí tumbados como si les hubieran disparado a la espalda, con los lados de las caras apretados contra el linóleo y resplandecientes charcos de baba debajo de las bocas.

—No puedes hacer esto, Dodson. No puedes dispararle a un policía. —Un instante después, el haz de la linterna cayó sobre ellos con tanta fuerza que

parecía caliente. Podían contarse las partículas del aire y las gotas de sudor en la cara de Dodson. Se había acercado las manos a la cabeza. En una tenía el arma; la otra estaba plana contra el suelo, para poder levantarse. El haz se mantuvo allí.

—¡¡Nos ve!! —Dodson empezó a levantarse...

—¡¡No, Dodson, no!!

El haz desapareció. Hubo un momento de incredulidad, pero el policía se había girado y estaba regresando al coche patrulla. Isaiah exhaló un largo aliento y se aflojó. Dodson estaba de rodillas, con la cabeza gacha, las manos sobre los muslos.

—Tío, qué jodido que ha sido eso —dijo—. ¿Cómo es posible que no nos viera?

—Por el reflejo de las bicicletas —dijo Isaiah—. Y tenía la linterna apuntando muy alto. Nosotros estábamos en la parte inferior del haz de luz.

El policía había hecho una pausa para decir algo por la radio. A Isaiah se le cayó el estómago sobre sus Nike.

—Va a dar la vuelta por atrás. ¡El coche!

Corrieron, atravesaron la sala de ventas a toda velocidad, salieron por la puerta trasera y saltaron al Explorer. Isaiah encendió el motor... y se detuvo, con la boca abierta.

—¿Qué? —dijo Dodson.

—El coche del poli estaba apuntando en nuestra dirección —dijo Isaiah—. ¡Va a entrar en el callejón justo delante de nosotros!

De un golpe, metió la marcha atrás y pisó el acelerador. Las ruedas chirriaron, el coche dio un salto hacia atrás, acelerando, con la caja de cambios aumentando las revoluciones como el motor de un avión a punto de despegar. Isaiah estaba girado hacia atrás a medias, estirando el cuello para ver en la oscuridad, con una mano en el volante. *El poli ya viene.*

—¡Dale gas! —dijo Dodson.

—¡Lo estoy haciendo! —dijo Isaiah.

El Explorer viró de lado. Isaiah giró el volante pero lo corrigió demasiado, la parte trasera se desvió hacia un costado y chocó contra un contenedor de basura. *El poli ya viene.*

—¡Enderézalo! —gritó Dodson.

—¡Cállate! —dijo Isaiah. Giró el volante en el sentido contrario, volvió a pasarse y un poste de teléfono arrancó el espejo lateral. Movié el volante hacia un lado y hacia otro, tratando de centrar el coche, pero la parte trasera se meneaba salvajemente, chocaba contra las paredes, haciendo que se abriera la

guanteras y que las cosas que estaban en el asiento trasero se golpearan entre sí. *El poli ya viene.*

—¡Enderézalo! ¡Enderézalo!

Isaiah clavó los frenos pero era demasiado tarde. El coche se estrelló contra algo sólido y sus cabezas se agitaron hacia adelante y hacia atrás, chocando contra los reposacabezas. Se quedaron aturcidos. Isaiah apagó el motor. El coche estaba en una zona de aparcamiento, con el callejón delante y el parachoques trasero aplastado contra el muelle de carga de un mercado de productos alimenticios. Había un edificio a cada lado. Si el poli aún no los había visto, ya no los vería. Las luces de unos faros delanteros cruzaron delante de ellos. El policía estaba en el callejón.

—¿Nos ha visto? —preguntó Dodson.

—No lo creo —dijo Isaiah—. Pero tal vez haya oído el choque.

Las luces se hicieron más intensas. ¿El policía se detendría en la tienda de bicicletas o seguiría adelante y encontraría a dos chicos de diecisiete años con indumentaria de pesca y pasamontañas escondidos en el coche de un muerto? Esperaron, mientras las ventanillas se empañaban. Los haces de luz se detuvieron. Isaiah desplomó el mentón contra el pecho y cayeron gotas de sudor sobre sus piernas.

—Ha estado cerca —dijo.

Dodson estaba mirando hacia delante sin expresión alguna, con la boca abierta, como si el pelotón de fusilamiento hubiera vaciado sus fusiles contra él y no hubieran acertado.

—¿Podríamos irnos de aquí cagando leches, por favor?

EN EL TRAYECTO DE REGRESO a Long Beach, Isaiah estaba lo más quieto que se podía estar conduciendo un coche. Dodson sacó su Smith & Wesson calibre 38 especial de debajo de su camiseta de pesca. Era un revólver, más ligero que una Glock, con un cañón de cinco centímetros. Los de su grupo preferían las semiautomáticas, pero a Dodson le gustaba amartillar el arma y oír el clic. El mero sonido hacía que la gente se cagara. Liberó el tambor, pulsó la varilla eyectora y las balas cayeron sobre su palma.

—La seguridad ante todo —dijo. Se metió las balas en el bolsillo y guardó el revólver—. Lo que sea que tengas que decir, dilo.

—¿Realmente ibas a dispararme? ¿A disparar a un policía?

—Puede. Lo que sí sé es que no iba a ir a la cárcel.

—Te dije que nada de armas.

—Sé lo que me dijiste, negro, pero me importa una mierda. Ya recibí bastantes órdenes de mi viejo y no pienso recibir más, ni de ti ni de nadie.

—No son órdenes, solo son... Lo estás jodiendo todo, lo sabes, ¿verdad?

—Tú eres el que lo está jodiendo todo. Te lo digo, Isaiah: mejor que dejes de tocarme las narices o va a pasar algo jodido.

—¿Cómo qué? —dijo Isaiah, enfadado. Dodson lo había amenazado con un arma. Lo había amenazado con quitarle la vida, de la misma manera en que le habían quitado la vida a Marcus—. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué? Dímelo. Porque sea lo que sea, deja de tratar de intimidarme y hazlo.

—No me presiones. Si entramos en esto, te voy a joder para siempre.

—¿Y echar todo a pique? ¿Acabarlo? No lo harás, sé que no lo harás. Lo necesitas demasiado.

—Sí, pero tú lo necesitas más.

—¿Y eso por qué?

—Por lo siguiente. Yo necesito el dinero. Tú, simplemente, necesitas esto.

## Capítulo catorce

### Puedes hacer funcionar cualquier cosa

*Julio de 2013*

**S**KIP APARCÓ LA FURGONETA de Reparación de Electrodomésticos Speedy y se puso la gorra de Kenmore. Los chicos que jugaban al fútbol americano en la calle estaban demasiado ocupados discutiendo sobre los límites del área de juego como para prestarle atención cuando bajó del vehículo con un bolso de lona lleno de herramientas y cruzó la calle hasta la casa del Puto Q. Tocó el timbre, aunque sabía que no había nadie. Se tomó su tiempo, recorrió tranquilamente la entrada para coches en dirección al garaje y el patio trasero. ¿Desde cuándo los técnicos en reparaciones se daban prisa? Se oía música en la casa del vecino. Eso era bueno. Examinó la puerta de la cocina, pero las cerraduras eran indestructibles.

Encontró un estrecho sendero al otro lado de la casa lleno de buganvilla. Usó los espinosos arbustos para ocultarse y se ubicó junto una ventana. Se puso guantes de látex, abrió el bolso de lona y sacó la Halligan, una barra de titanio que utilizaba el departamento de bomberos para entradas forzosas. Metió el extremo con la hoja entre la pared de la casa y el marco de las rejas antirrobo y lo encajó hasta el fondo con un mazo acolchado. Paró un par de veces para escuchar, pero seguía sonando la música y los chicos estaban discutiendo sobre otra cosa. Tiró, levantó y movió la Halligan hasta que consiguió separar el marco de la pared, arrancando también los pernos de anclaje, los alambres y pedacitos de yeso. Rompió la ventana y entró.

El dormitorio olía un poco a amoníaco, lo que era raro, pero nada preocupante. La cama estaba hecha y había un par de fotos en la mesita de

noche. Nada de botellas vacías de cerveza, nada de ropa sucia, ni zapatos en el suelo. El listillo era un maniático de la limpieza. Estaba descargando su equipo cuando oyó un coche en la entrada y el ruido del motor le informó de que se trataba del Audi tuneado. Su teléfono móvil vibró. Había un mensaje de texto que decía *de camino*.

—Gracias por avisarme, gilipollas —dijo Skip.

Dándose prisa, se puso un pasamontañas y metió un cargador de alta capacidad en la Glock 17, cuyo cañón más corto la hacía más apropiada para lugares pequeños. El cargador tenía treinta y tres balas y se extendía trece centímetros por debajo de la empuñadura. Insertó el cañón de la Glock en un filtro de aire para coches normal y corriente que tenía un adaptador especial. Tenía un aspecto raro, como si el arma tuviera una lata de sopa adosada a un extremo, pero con la munición subsónica el disparo no sonaba más fuerte que el chasquido de una ratonera. Pensó en encontrarse con el listillo en la puerta principal, pero era arriesgado. Podría ser visto u oído antes de tener la posibilidad de disparar. Mejor quedarse allí y esperar. El otro entraría en el dormitorio tarde o temprano.

ISAIAH VOLVIÓ A SU CASA, oliendo a plástico derretido y cenizas y esperando que ese olor no impregnara el coche. Cal estaba verdaderamente loco; había quemado pertenencias que valían miles de dólares; cosas a las que la gente se aferraba o por las que luchaba convertidas en leña. De todas maneras, había que relativizar. Poseer todas esas cosas no le servía de nada a Cal. Estaba perdido antes de la hoguera y estaba perdido después. El común denominador era Cal.

Isaiah metió el coche en la entrada, en alerta máxima. Salió del coche rápido y se puso detrás. Tenía miedo de aquella arma de precisión de cañón largo, pero no había ningún lugar dentro del campo visual donde Skip pudiera instalarla. En el trayecto hasta su casa, Isaiah había conducido rápido, cambiando de carril, haciendo giros repentinos, vigilando por si aparecía una camioneta azul detrás de él.

Escudriñó la calle de un extremo al otro. No pasaba nada, salvo unos chicos jugando al fútbol americano. Pero había una furgoneta de reparaciones de electrodomésticos aparcada delante de la casa de la señora Márquez. Si la señora Márquez necesitara reparar un electrodoméstico, lo habría llamado a él. La lengua se le llenó del sabor a lata de la adrenalina. Cruzó la calle hasta

la casa de la señora Márquez y golpeó la puerta pero no estaba. Se acercó a los chicos.

—Oíd, ¿habéis visto dónde fue el técnico? —dijo.

—¿Qué técnico? —dijo un chico.

—Yo no he visto a nadie —respondió otro. Los demás se encogieron de hombros o miraron para otro lado.

—¿Habéis visto a alguien cerca de mi casa?

—Yo no —respondió el primero. Los otros ya habían reanudado el partido.

Isaiah sacó la correspondencia del buzón, puso la llave en la puerta delantera y la empujó con el pie. Podía ver toda la sala y también la cocina. La puerta trasera estaba intacta y se relajó un poco. No había otra manera de entrar en casa. Pasó al interior y dejó todo sobre la mesa de centro excepto la factura de la Visa. Si la miraba primero, las otras facturas no impresionaban tanto. Abrió el sobre y avanzó por el pasillo leyendo los movimientos. Las sesiones extra de terapia física de Flaco lo estaban matando. No quedaba nada de los ahorros para el apartamento. Sin el dinero extra de Cal, el plan se vendría abajo.

SKIP ESPERÓ; EL DORMITORIO ESTABA cálido y húmedo como una lavandería. Parpadeó para quitarse el sudor de los ojos y siguió sujetando la Glock con ambas manos apuntando a la puerta. Esta parte le gustaba. La tensión acumulada. Era casi mejor que cargarse al tipo. El Puto Q estaba en el pasillo. Oía el crujido de sus zapatillas sobre el suelo de cemento... cada vez más cerca... cada vez más cerca... y entonces se detuvieron. Pasaron unos cuantos segundos sin ningún sonido. *¿Qué demonios hace? Si supiera que yo estoy aquí, se daría la vuelta y se iría corriendo. A menos que tenga un arma.*

ISIAH LEVANTÓ LA VISTA DE LA FACTURA de la Visa justo a tiempo y vio las manchas verdes de mierda de gallina en el suelo. Esa mañana había dejado a Alejandro entrar en casa y se había olvidado de meterlo otra vez en el garaje. Con un poco de suerte, el ave estaría dando picotazos por alguna parte y no posado en la barra del armario y cagando sobre toda su ropa.

—¿Alejandro? —dijo—. ¿Estás ahí?



LOS OJOS DE SKIP RECORRIERON la habitación a toda velocidad. *¿Quién carajo es Alejandro?* Algo se movió y aleteó dentro del armario. Skip se giró y disparó. SNAPSNAPSNAPSNAP. Oyó un graznido infernal que lo hizo cagarse de miedo y siguió disparando a una nube de cosas blancas que giraban en remolino en el aire. SNAPSNAPSNAPSNAP.

ISAIAH RETROCEDIÓ A TODA VELOCIDAD en el pasillo. Girar a la derecha y usar la puerta principal era la salida más rápida, pero había niños jugando en la calle. Fue hacia la izquierda y corrió por la cocina hacia la puerta trasera. Vio a Skip entrando en la sala con el arma delante. Durante una fracción de segundo se miraron a los ojos. Skip disparó. SNAPSNAPSNAPSNAP. Pero Isaiah ya había cruzado la puerta y las balas reventaron latas de comida que estaban en la despensa.

Isaiah corrió por el patio hacia la cerca trasera pero Skip salió disparando de la cocina. SNAPSNAPSNAPSNAP. Isaiah viró de golpe, abrió la puerta lateral del garaje con el hombro y se aplastó contra una pared, sin nada tras lo que esconderse salvo la jaula de Alejandro y el cortacésped. SNAPSNAPSNAPSNAP. Los proyectiles hicieron impacto en la puerta enrollable delantera y unos rayos de luz entraron por los orificios. Skip le impedía moverse y encontrar un arma. SNAPSNAPSNAPSNAP. Isaiah pensó en la muerte. La única forma de salir era por donde había entrado, y oyó que Skip venía por allí. Su única ventaja era la luz brillante del sol. El resto era cosa de Skip.

SKIP SE ACERCÓ a la puerta lateral.

—Voy a por ti, Puto Q —dijo. Pensando en una posible emboscada, disparó a ambos lados de la puerta. SNAPSNAPSNAPSNAPSNAP—. ¿Tienes algo que decir ahora, listillo? —Entró y quedó momentáneamente deslumbrado mientras su visión se ajustaba al paso de la luz del sol a la oscuridad. Movié el arma de un lado a otro, disparando a diestra y siniestra. SNAPSNAPSNAPSNAPSNAP... y entonces, a través de la vía láctea que atravesó sus ojos en su proceso de recuperación, vio a Isaiah en el extremo más alejado. Movié el arma y disparó. SNAPSNAPSNAPCLICCLICCLIC. Isaiah saltó desde el suelo como una raya venenosa. No llevaba camiseta y tenía manchas de aceite en el pecho y en la mejilla. Apartó el arma con un golpe del antebrazo desde dentro hacia fuera y lanzó un derechazo recto al rostro de Skip, pero este giró la cabeza y el golpe le acertó en la oreja. Isaiah volvió a

golpearlo con un zurdazo que impactó de lleno en la mandíbula de Skip y con otro rechazazo que le rozó el pelo cuando este cayó al suelo. Skip buscó la Beretta, pero Isaiah ya había desaparecido.

—¡Hijo de puta! —gritó Skip mientras se incorporaba. Ese cabrón era rápido; los golpes parecían caer todos al mismo tiempo. Y entonces Skip lo vio. La camiseta acribillada colocada sobre el manillar del cortacésped, la gorra de Harvard haciendo equilibrio donde debería estar la cabeza—. Estás muerto —dijo Skip—. Estás jodidamente muerto.

\* \* \*

ISAIAH CORRIÓ, METIÉNDOSE ENTRE las casas, hasta que se sintió seguro de que estaba fuera de peligro. Se detuvo y tomó aliento, agachado y con las manos en las rodillas. Se alegraba de haber contado bien. Había visto el cargador de alta capacidad que se extendía por debajo de la empuñadura del arma cuando salía por la puerta trasera. Si hubiera tenido unas pocas balas más, estaría muerto. Había errado un par de golpes. Maldición. Si los hubiera acertado, Skip habría perdido el conocimiento. Y se sentía imbécil por haberlo provocado. La insensatez de haberlo pinchado no había logrado nada excepto hacer que casi lo mataran. Pensó en llamar a la policía, pero Skip llevaba un pasamontañas y guantes y sin duda ya se había librado del arma y de la furgoneta. La policía podía arrestarlo por violación de libertad condicional. Skip siempre tenía un arma en la pistolera trasera, y estaban todos esos casquillos en el suelo de Blue Hill. Pero por otra parte era la única conexión con quien lo había contratado. Si se lo quitaba de en medio, ya no habría ninguna pista. Era arriesgado dejar a Skip suelto, esperando el momento de matar a Cal, pero eso no parecía demasiado probable. Lo único que Cal tenía que hacer era quedarse en su casa, donde estaría perfectamente a salvo.

AL ANOCHECER, LA COLINA SIN vegetación adoptaba un color azul acero como la Smith & Wesson ProMag que Skip había tenido en una época. Los perros corrían por el desierto como una *Blitzkrieg* en la luz menguante, asustando ratas, conejos, pájaros y ardillas; luego Skip disparaba su AK a todo lo que los perros no hubieran matado. Quería ver sangre y sufrimiento y muerte. Quería soltar parte de su ira para así no tener que volver a la casa del Puto Q y vaciarle un cargador en su boca de listillo. Se le había acabado la munición cuando lo llamó Kurt.

—Hola, ¿cómo estás, 007? —dijo—. Tengo esa *información confidencial* sobre el rapero. ¿Te la digo por teléfono o te la paso con un código secreto?

—Dímela —respondió Skip, con ganas de dispararle a través del teléfono—. Sí, sí —dijo—. Eso me sirve.

EL BULEVAR SANTA MÓNICA era la arteria principal de Hollywood Oeste, una zona donde vivían y trabajaban muchas personas gays. Isaiah siguió conduciendo, un poco avergonzado. No sabía qué esperaba, pero no se veía nada diferente de lo que había en cualquier otra calle comercial. Tiendas finas, tiendas normales, restaurantes, bares. Tal vez los hombres fueran un poco más arreglados, pero era lo único.

—¿No te dije que Skip vendría a buscarte? —dijo Dodson—. Todavía no puedo creer que le hayas soltado toda esa mierda sobre los cachorros.

—Acribilló toda la casa y estuvo a punto de matarme —replicó Isaiah—. Era una trampa. Skip llegó al mismo tiempo que yo, pues de lo contrario me habría disparado a través de la puerta. Creo que el infiltrado iba a avisarle una vez que nos marchásemos de la casa de Cal, pero hizo la llamada tarde.

—Suerte para ti. ¿Sabes quién es?

—¿El infiltrado? No. Aún no.

SE ENCONTRARON CON BLASÉ en la terraza de un café. Era un antiguo cliente de Isaiah. Había sido un niño prodigio como Stevie Wonder y cantaba profesionalmente desde los doce años. Poseía un conocimiento enciclopédico del mundo del rap y del hip-hop, conocía a todos los que tenían alguna importancia y consideraba que criticarlos sin piedad era su deber cívico.

—En aquellos tiempos, Black the Knife era un grupo —dijo Blasé—. Como el Wu-Tang Clan sin el Wu ni el Tang. Charles era el líder, por increíble que os suene. Supongo que tenía talento para rapear, pero sus ritmos eran repetitivos y sus rimas eran fatigosas fatigosas fatigosas. Calvin era el *hype-man*, el que levanta a la multitud y repite las palabras que son el gancho de la frase. Bug no hacía otra cosa que dar vueltas en el escenario como un cavernícola gritando *Síííí, Black the Knife en esceenaaaa*. Pobre Charles. Allí, en el escenario, tratando de que la cosa fluyera mientras todas las damas miraban a Calvin y le tiraban las bragas. Todos sabían quién era la verdadera estrella, y estoy seguro de que Charles también era consciente. —Blasé hizo una pausa para dar un sorbo a su café con leche descremada aromatizado con

avellana—. Oh, qué bueno —dijo—. Nada como una taza de café de seis dólares para despertarte por la mañana. Siempre teníamos Maxwell House en nuestra casa, que venía en esa lata azul grande, ¿os acordáis? Mi mamá las usaba como macetas.

El capuchino de Isaiah tenía un gusto aceptable, pero el *barista* había dejado la espuma demasiado delgada.

—¿Qué pasó con el grupo? —preguntó—. ¿Qué pasó con Black the Knife?

—Calvin amenazó con marcharse y hacer una carrera en solitario si no era el líder —explicó Blasé—. Charles sabía que solo no llegaría a ningún lado, de modo que dio un paso atrás y Cal pasó a ser el jefe. Debe de haber sido humillante, y Cal no tenía ningún problema en ser el que mandaba. Adoptó Black the Knife como nombre personal, se negó a interpretar ninguna de las canciones de Charles y cuando Bobby Grimes apareció con ese primer contrato discográfico se lo ofreció a Calvin, no a Charles y a Bug. Desde entonces trabajaron para la SL de Calvin y vivían en su choza como sus esclavos hasta que Noelle los echó a la calle.

Dodson miró de reojo a un hombre blanco lustroso vestido con una camiseta sin mangas y que tenía un bronceado tan uniforme como la muñeca Barbie marrón con la que jugaba su hermana Lavinia.

—¿Qué ocurre, mi niño? —dijo Blasé—. ¿Estás sintiendo cosas que no habías sentido nunca?

—Oh, ya había sentido estas cosas antes —dijo Dodson—, pero estaba encerrado en la cárcel.

Blasé continuó.

—Uno creería que Charles y Bug ya se habrían marchado a esta altura pero supongo que vivir a lo grande bajo el ala de Calvin es mejor que volver a vender droga y comer cerdo y judías con patatas fritas aplastadas. Yo no podría, querido. A mí nadie me trata así. Habría estrangulado a Cal con un cable de micrófono mucho tiempo atrás.

—¿Has tenido noticias de Noelle?

—Mi ex, Byron, me contó que vendió su anillo de compromiso y que tal vez necesite dinero. Yo vendí el mío. Si me das un anillo, es para siempre o para nunca.

—¿Quién es DStar? —preguntó Isaiah.

—El narcotraficante de las estrellas, Jimmy Bonifant. Al parecer hoy en día todo el mundo es «algo» de las estrellas. Yo en vuestro lugar me mantendría lejos de él. Los que se meten con Jimmy terminan muertos en una

zanja... Lo siento, Isaiah, pero me tengo que ir. Me ha encantado veros. Llamadme si puedo hacer algo más. —Blasé se levantó y se colgó un bolso que parecía hecho de miel líquida—. Y saludad a Anthony de mi parte. Ese chico es guapo guapo. Adiós.

Dodson esperó hasta que Blasé se marchó.

—¿Anthony? —dijo.

LOS HERMANOS MOODY vivían en una caja de galletas de estuco blanco con rejas antirrobo blancas y una antena de televisión pasada de moda en el techo. Era tarde, e Isaiah y Dodson estaban sentados en el Audi, esperando a Bug. Charles seguía bajo custodia. En circunstancias normales, podría haber pagado la fianza y haber salido en libertad, pero las armas que habían ido a parar a la hoguera representaban una violación a la libertad condicional y tendría que ver a un juez a la mañana siguiente.

—¿Por qué no volvieron a casa de Cal, a vivir lujosamente? —preguntó Isaiah—. Podrían haberlo hecho después del divorcio.

—Es mejor ser un pez gordo en Inglewood que una sardina nadando en el ego de Cal —respondió Dodson.

—Tienes razón.

Bug salió de la casa y se subió a su Escalade. El motor cobró vida con un rugido, el escape trucado burbujeó como si estuviera debajo del agua. Salió marcha atrás de la entrada para coches y se fue.

—Se ha puesto la colonia de Cal —dijo Isaiah—. Es como el gas lacrimógeno.

Se dirigieron a la parte trasera de la casa e Isaiah tardó treinta segundos en abrir la puerta con una ganzúa.

—Podríamos haberlo hecho más rápido con el ariete —dijo Dodson—. ¿Qué ha sido de él?

—Todavía está en el trastero —respondió Isaiah.

ISAIAH PENSÓ QUE LOS PADRES de Bug y Charles debían de haberse muerto o se habían vuelto a casar y se habían mudado a otra casa. Toda la sala era madera oscura y felpa, fotos de familia en cada superficie y fundas de plástico en las pantallas de las lámparas. Los hermanos habían hecho un par de cambios en la decoración. Había un televisor tridimensional de alta definición y de

sesenta y cinco pulgadas colgado encima de la chimenea y una barra de *striptease* plantado en mitad de la sala.

Charles le había dado a Bug todo lo que tenía en los bolsillos antes de que la policía se lo llevara. Las llaves del coche, chupachús de cereza, monedas, encendedor y su teléfono. Isaiah encontró todas esas cosas en un envase de golosinas que estaba sobre la mesa de centro. Sacó las tarjetas SIM y SD del teléfono y las cambió por unas nuevas, dejando el teléfono completamente vacío. Charles le echaría la culpa a Bug. El teléfono funcionaba hasta que lo había cogido Bug, ¿quién otro podría ser?

Isaiah oyó que Dodson decía:

—Isaiah, ven a ver esto.

Los equipos de grabación de Cal que en teoría habían arrojado al océano estaban amontonados en un dormitorio. Micrófonos, consolas, monitores, Mac Pro, *sampler*, mezcladora. Había una pila de cedés sobre el escritorio. Las etiquetas, escritas a mano, decían: GRANDYOSE TOMA EL MANDO.

—¿Grandyose es Charles? —dijo Isaiah.

—Supongo que sí —dijo Dodson—. Y adivina a quién le va a quitar el mando.

Isaiah levantó la cabeza.

—Hay alguien aquí.

Se pusieron detrás de la puerta justo cuando una chica blanca de ojos adormilados y completamente desnuda pasó por el pasillo arrastrando los pies, con un trasero que parecía una mochila que se había colgado demasiado bajo.

—¿Bug? —dijo.

Se marcharon mientras ella estaba en el baño.

CUANDO YA ESTABAN DE REGRESO en su casa, Isaiah se sentó delante de la encimera de la cocina y utilizó un programa de transferencias para pasar los datos de las tarjetas de memoria de Charles al MacBook. El estéreo estaba reproduciendo las pistas del tema *Tomando el mando* de Charles, que sonaban como la misma historia de siempre.

—Noelle aparece en su lista de contactos —dijo Isaiah—, pero tal vez la tenga desde hace muchos años. —Dodson estaba delante de los fogones, cocinando. Isaiah pensó en decirle que no lo hiciera, pero cambió de idea—. Tiene unas cien llamadas guardadas en el teléfono —continuó—. La mayoría son a su grupo. Algunas a Bobby, que este no devolvió. Unas pocas a DStar.

Ninguna a Noelle y no veo ningún código de área de Fergus o cerca, pero probablemente Skip haya utilizado un móvil desechable. El resto es a chicas.

—Tal vez sean nombres falsos —dijo Dodson.

—Tendría que llamar a cada una de ellas para verificarlo —respondió Isaiah—, y no veo un grupo de llamadas juntas el día en que nos contrataron, o cuando fuimos a Blue Hill o cuando Skip estuvo en mi casa. —Isaiah revisó rápidamente los mensajes de texto. Estaban los sospechosos habituales y más chicas. Unos pocos a DStar, preguntándole cuándo iba a venir. Ninguno a Noelle, ningún código de área sospechoso, ningún grupo de mensajes juntos.

—Bueno, te diré una cosa —replicó Dodson—. Charles no va a hacer ningún regreso triunfal con estas grabaciones. Copió a todos los raperos que existen.

Charles no usaba mucho el correo electrónico y no había ningún *e-mail* que le llamara la atención a Isaiah. Tendría que volver a revisarlos con una aplicación de búsqueda, pero no era buena señal. Si no había ninguna conexión entre Charles y Noelle, seguían en la casilla de salida.

—¿Estás escuchando esto? —dijo Dodson—. Charles grabó una canción de insulto.

*Black the Knife, derrotado sin pelearla  
Una termita, una pulga malvada  
Miedo a la escena, no merece despertarse por la mañana  
Ese chico no vale nada, es capaz de dejarte en la estacada  
No aparece su número en el identificador de llamadas  
No hay nadie en la casa de la dirección registrada  
Su tiempo ha pasado, no cumple la función asignada  
Se ha quedado sin gasolina, no es más que un matón de esquina  
Lo van a desahuciar, se va a emborrachar  
Yo estoy ganando, estoy tomando el mando.*

—No tiene sentido —dijo Dodson—. Si esto llega a oídos de Cal, Charles y Bug perderán su trabajo.

—Tal vez creen que no lo necesitarán —dijo Isaiah—. Escucha las voces de fondo.

Charles había hecho sus propias voces de fondo, sobregrabándose para conseguir un sonido más grueso; había una voz de mujer que entraba y salía de la mezcla, subiendo y bajando tres octavas como una montaña rusa y haciendo «yeah yeah yeah».

—¿Oyes a la mujer? —preguntó Isaiah.  
—Sí. ¿Qué pasa con ella?  
—Antes de ser la esposa de Cal, Noelle era cantante.  
—¡Lo sabía! —dijo Dodson. Si no hubiera estado friendo okra, habría chasqueado los dedos.

SE SENTARON A LA ENCIMERA a comer gumbo con arroz y okra frita.

—Esto está bueno —dijo Isaiah.

—¿Bueno? —replicó Dodson—. ¿Eso es lo único que vas a decir?

El gumbo era distinto de la versión que Dodson preparaba cuando compartían el apartamento. Isaiah detectó rastros de miel y vinagre blanco y alguna clase de hierba que sabía a cerveza de raíz.

—La okra también está buena —dijo.

Habían descargado de iTunes una de las canciones de Noelle y su voz era similar a la de la mujer de la pista de Charles. Eso no probaba nada, pero al menos había una conexión.

—Noelle necesita el dinero del seguro de vida —dijo Isaiah— y si Charles va a emprender una carrera en solitario, también necesitará dinero. Ambos odian a Cal, así que se asocian. Vivieron juntos, quizás hasta tuvieron algún lío. La pregunta es: ¿quién se va a cargar a Cal? Podrían recurrir a los tipos de Inglewood que están conectados con Charles, pero eso sería demasiado obvio. Necesitan a alguien al que no se pueda relacionar con ellos. Necesitan a un profesional.

A DODSON LO HABÍA DECEPCIONADO que Isaiah no recordara el gumbo, pero lo que realmente lo irritaba era no haber deducido lo de Noelle, y lo que lo irritaba todavía más era que no había logrado que Isaiah tropezara ni una vez.

—Entonces, ¿cómo hacen Noelle y Charles para dar con alguien como Skip? —preguntó Dodson—. ¿Se sentaron cerca de él en la gala de los premios a afroamericanos distinguidos de la Black Entertainment Television?

—A través de DStar —dijo Isaiah—. Él está todo el tiempo haciendo entregas en la casa de Cal. Debe de conocerlos a ambos.

—Eso no significa que DStar conociera a Skip.

—El nombre real de DStar es Jimmy Bonifant, y Skip estaba hablando con alguien llamado Bonnie cuando nosotros llegamos a Blue Hill.



—¿Quién hizo el trato? —preguntó Dodson, sin querer darse por vencido—. ¿Noelle fue al desierto con sus zapatos Jimmy Choo, se sentó a la mesa de pícnic que Skip no tiene y discutieron los detalles con todos esos perros ladrando? No lo veo claro.

Isaiah vaciló. Dodson pensó: *Oh, mierda.*

—Utilizó un intermediario —dijo Isaiah.

—¿Un intermediario como quién? ¿Charles? —continuó Dodson—. ¿Skip se sentó con Grandyose en un Starbucks y esos dos desequilibrados hijos de puta llegaron a un acuerdo? Ya sabes que eso no ocurrió.

—Entonces fue otra persona —dijo Isaiah, en voz más baja que antes.

Dodson pensó: *Ya le he colado una. Está dolido.*

—Tal vez Bug se haya reunido con Skip —dijo—. Skip le comentó que había estado en los Juegos Olímpicos y Bug le respondió que tal vez fuera alguien en Fergus pero que allí no era más que un mierda. Y ahora en serio, Isaiah. Noelle no encargaría a ninguno de esos dos lerdos que fueran a la tienda a comprar un refresco, ¿verdad?

Isaiah contempló su plato de gumbo.

—¿Y bien? —dijo Dodson. *Está en la lona, esperando la cuenta atrás.*

Isaiah dejó la cuchara y se limpió los labios con una servilleta y en esos escasos momentos Dodson supo que había caído en la trampa.

—No, Noelle no confiaría en ellos —dijo Isaiah—. Pero tal vez sí confiaría en su guardaespaldas.

—LAMENTO IMPORTUNARTE, cariño —dijo Blasé—, pero tengo un problemilla. Me está siguiendo un acosador; se presenta en todos los sitios a los que voy. Ya sabes cómo son, ¿verdad? De los que te miran como si quisieran tenerte en el sótano encadenado al calentador de agua.

—He pasado por eso —respondió Noelle—. Un gorila me siguió un tiempo. Creo que Cal lo había mandado a asustarme y dio resultado. ¿Has conseguido una orden de alejamiento?

—Aún no. Ni siquiera sé cómo se llama.

—¿Te puedo ayudar de alguna manera?

—No sé cómo decirte esto, pero... me gustaría que me prestaras a tu guardaespaldas.

—¿A Rodion?

—¿Ese es su nombre? ¿Rodion?

—Así lo llamamos.

—¿Tiene apellido?

—Si lo tiene, no se lo ha dicho a nadie. ¿Por qué él?

—¿Conoces ese club de Melrose, el Nirvana? ¿Ese que siempre está tan lleno que no puedes levantar los brazos? Byron me contó que vio a Rodion en la barra y era como si acabara de llegar de Liberia y le moqueara la nariz. Nadie se acercaba a menos de tres metros de él.

—Sí. Es un individuo que da miedo. Consuelo lo llama *el monstruo feo*, lo que yo creo que significa «dime cuándo se ha ido para que pueda limpiar la condenada casa».

—¿Me lo puedes prestar, cariño?

—Lo haría si pudiera, pero está de vacaciones.

—¿Adónde va de vacaciones alguien como él?

—No lo sé. Tal vez fue a la feria del cómic. Encajaría perfectamente sin tener que disfrazarse.

DESPUÉS DEL GUMBO, Dodson se marchó a su casa e Isaiah reflexionó sobre la teoría Noelle-Charles-Rodion. Sonaba bien en una discusión, pero tenía la sensación de que no era más que eso, una manera de ganar una discusión.

En una ocasión, Marcus e Isaiah habían pasado la tarde en Mount Baldy peleando con bolas de nieve y deslizándose por el hielo con un trineo de cartón. Se divertían tanto que perdieron la noción del tiempo y emprendieron el regreso bastante tarde. La carretera de dos carriles estaba completamente oscura y ventosa, con montículos de nieve a los lados. Isaiah tenía once años y era un chico de ciudad. Estar allí lo ponía nervioso, en especial viajando en un viejo carromato destartado con el silenciador roto y con el motor picando biela. Cuando dejaron atrás la montaña y se internaron desierto alto, la carretera se puso recta, pero Isaiah no se sintió mejor por ello. Pasaban junto a carteles de clubes de *striptease* y de agentes financieros. Casas aisladas, basura en los patios. Marcus decía que podía oír el maltrato doméstico. Estaban bajando por una inclinación empinada cuando se oyó un golpe en la cadena de transmisión.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Isaiah.

—Mierda, el coche se ha quedado atascado en segunda —dijo Marcus. Acercó el coche al arcén y movió el embrague y la palanca de cambios—. Tengo que meterme debajo.

—¿Debajo del coche? —dijo Isaiah.

—No hay espacio para trabajar aquí —dijo Marcus. Pensó un momento y luego llevó el coche hasta una zanja de desagüe y se detuvo, con las ruedas a ambos lados de la zanja—. Bien, echemos un vistazo —dijo. Sacó la caja de herramientas del maletero, se puso una linterna en la boca y se metió en la zanja debajo del coche.

Isaiah esperó en el frío, golpeando los pies y preguntándose por qué tardaba tanto. Oía a Marcus retorciéndose de un lado a otro, gruñendo, haciendo ruido con las herramientas.

—¿Todo bien? —preguntó.

Marcus se arrastró hasta salir de debajo del coche, sucio de grasa y barro.

—Es el perno que conecta la palanca con la horquilla del eje transversal —dijo—. Se ha roto.

—¿Podemos conseguir otro? —dijo Isaiah, mirando la oscuridad que lo rodeaba.

Marcus rebuscó en el baúl y encontró una bengala. Cortó el soporte del cable con un cortacables y volvió a meterse debajo del coche. Más ruidos de herramientas y gruñidos.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Isaiah.

—Reemplazo el perno —dijo Marcus—. Pero tengo que doblar el alambre para que quepa.

Isaiah aguardó otro año.

—Lo tengo —dijo Marcus.

Cuando salían de la zanja y volvían a la carretera, Marcus dijo:

—Que esto te sirva de lección. Puedes hacer funcionar cualquier cosa.

Y sí, lo cierto es que el coche funcionó hasta que el perno improvisado se rompió, el cabezal se dobló y el eje se paralizó por completo. A Isaiah le preocupaba su teoría por la misma razón. ¿Lo había hecho funcionar? ¿O había juntado elementos que se paralizarían y lo dejarían varado? Y, por otra parte, estaba la solución del caso. Esa libélula que revoloteaba por su corteza cerebral más rápido que una sinapsis. Si llegaba a verla, aunque fuera fugazmente, ¿lo ayudaría o lo mandaría de vuelta a la casilla de salida? Temía que ya sabía la respuesta.

NOELLE ACABABA DE TERMINAR DE HABLAR con Blasé cuando el número que estaba esperando apareció en el identificador de llamadas.

—Bueno, no me tengas en suspenso —dijo—. ¿Qué pasa? Maldita sea, él se niega a cooperar, ¿verdad? Como si yo ya no tuviera bastante presión. Sí,

sé que es difícil, pero ya hemos hablado de esto. Hemos hablado de esto y tú dijiste que... Vale, eso está mejor. Ahora, tú aguanta, no me defraudes. Va a ocurrir, te lo prometo.

## Capítulo quince

### Cuando avancemos sobre nuestros enemigos

*Marzo de 2006*

**I**SAIAH ESTABA EN EL TRASTERO meditando sobre lo que había ocurrido en la tienda de bicicletas y tratando de redactar descripciones de artículos. ¿Y si Dodson le hubiera disparado al policía o si le hubieran disparado a él?, pensó. Ahora estaría en la cárcel. Contempló la idea de alejarse de todo aquello, pero Dodson tenía razón. No podía e, incluso si lo hacía, Dodson seguiría en el apartamento y no había manera de sacarlo de allí.

Horas antes habían tenido otra discusión. Dodson necesitaba dinero y quería bajar el precio de los pulverizadores de pintura entre un treinta y un cincuenta por ciento, pero Isaiah se mantuvo firme. La gente estaba pagando los precios que él había fijado. ¿Tenía que aceptar menos solo porque Dodson no sabía manejar el dinero? Casi habían llegado a las manos.

Isaiah dejó de escribir. Esa noche harían otro trabajo. Sabía que debería cancelarlo, dejar que las cosas se enfriaran, pero Dodson podría pensar que él se había acobardado. No. El trabajo se iba a hacer. Al carajo con Dodson.

ONCE Y TREINTA. EL EXPLORER se acercó a la acera y aparcó detrás de La Cucina Felice, una tienda de artículos de cocina de Torrance. Isaiah y Dodson no se habían hablado en todo el trayecto; la tensión era como llevar a un desconocido en el coche. Habían sacado el equipo y se habían colocado en la entrada trasera como si el otro no estuviera allí.

La puerta era reforzada. No había cerradura exterior y tenía una barra de seguridad en el interior. Derribarla con el ariete les llevó algo de tiempo y la alarma se disparó antes de que entraran; esta era como un gorrión gigante con esteroides que te piaba en la oreja.

—Respetemos el tiempo —dijo Isaiah cuando entraron en el almacén—. Tendremos que llevarnos menos cosas.

Dodson no respondió y entró por su cuenta.

Cuando se cumplieron los seis minutos, Isaiah estaba cargando juegos de cuchillos Wüsthof en el coche. Miró hacia la tienda, pensando que Dodson estaría justo detrás de él, pero no era así. Si iba a buscarlo, el otro pensaría que estaba tratándolo de manera condescendiente e iniciaría una pelea. Isaiah se metió el coche, con los ojos en el espejo retrovisor. Sentía el tictac del reloj. Siete minutos... ocho minutos. ¿Dónde estaba Dodson? Isaiah sintió el cosquilleo de un sudor nuevo en el cuero cabelludo. Volvió a entrar corriendo y pasó al almacén, bailó hasta la parta delantera de la tienda y miró en los pasillos. Dodson no estaba. Su cesta estaba contra la pared, como si se hubiera marchado sin ella. Se fijó en los baños y en la oficina, mientras lo llamaba, Dodson, Dodson, y el gorrión gigante chillaba como si hubiera una serpiente en el nido. *¿Dónde se ha ido? ¿Por qué se habrá marchado?*

DODSON ESTABA EN EL SALÓN DE VENTAS con una cesta de compras, mirando una vitrina con una batería de cocina de cobre. Se preguntó qué propiedades podía tener una bandeja para asar para que costase trescientos treinta y nueve dólares. Por ese dinero debería incluir el legendario jamón HoneyBaked Ham y alguien para que fuera adobándolo.

Isaiah corrió hacia él con las palmas hacia arriba. Tuvo que gritar por encima del gorrión gigante.

—¿DÓNDE ESTABAS? ¡VÁMONOS! —Dodson caminó a su lado y se detuvo ante una mesa con jarras de cerámica de las que sobresalían utensilios de cocina—. DODSON, YA HAN PASADO NUEVE MINUTOS. ¿QUÉ TE PASA? —Dodson seleccionó un batidor de acero inoxidable y lo sacudió como una maraca. Daba la impresión de que no sabía que Isaiah se encontraba allí—. ¿NO ME OYES? ¡TENEMOS QUE IRNOS! —Dodson metió el batidor en su cesta y siguió comprando, mientras Isaiah retrocedía delante de él—. ¿DODSON, ESTÁS LOCO? ¿QUÉ HACES? ¡VAMOS! —Dodson se detuvo ante un exhibidor giratorio de aparatitos y adminículos. Sacó un pelador de tomates de su clavija y empezó a leer la etiqueta—. ¡DIEZ MINUTOS, DODSON, DIEZ MINUTOS! ¿QUÉ TE OCURRE? —

Dodson levantó la mirada, como si hubiera algo lejos y se preguntara de qué se trataba. Isaiah lo cogió del brazo—. ¡DODSON, TENEMOS QUE IRNOS! ¿NO ME OYES? ¡TENEMOS QUE IRNOS! ¡DODSON, POR FAVOR! ¡TENEMOS QUE IRNOS AHORA! —El pasamontañas ocultaba el rostro de Dodson pero los ojos estaban serenos y despiadados. Isaiah ya no pudo gritar más—. No sé qué quieres —dijo—. No sé qué quieres. —Dodson suspiró como si estuviera permitiendo a Deronda manejar el mando a distancia. Luego dejó caer el pelador de tomates en su cesta y se alejó contoneándose con arrogancia.

DODSON TENÍA UNA LLAVE DE LA PUERTA PRINCIPAL de las instalaciones donde estaba el trastero y una llave del candado de la puerta del trastero. Pidió prestada la camioneta Tacoma al hermano de Deronda, la acercó en reversa hasta el trastero y sacó tres cajas de mercancías que pensaba que se venderían rápido, mientras Deronda permanecía sentada sobre una caja de libros escribiendo en su teléfono.

—Esto es también para ti —dijo Dodson—. Levanta el culo y ayúdame.

—Acabo de hacerme las uñas —dijo Deronda—. ¿Puedo hacer algo con los codos?

Dodson había vuelto a mirar los precios de los pulverizadores de pintura. Isaiah los había aumentado, como había hecho con todo lo demás.

—A la mierda con tus uñas —dijo Dodson—. Ayúdame con estas herramientas.

Hicieron una venta de garaje. Nona prestó su patio trasero a cambio de dos pares de zapatos. Se corrió el rumor de que había gangas y al patio acudió más gente que a un Walmart un Viernes Negro. No importaba cuál fuera el trato siempre que se pagara en efectivo. Las herramientas se vendieron rápido; la gente sabía que eran valiosas, aunque no tuvieran idea de cómo utilizarlas. Antes de la hora de la cena, ya habían agotado todo lo que tenían.

DODSON FUMABA UN PORRO en la cama plegable, con billetes esparcidos a su alrededor como las hojas de un árbol muerto. Deronda estaba bailando con música de Tupac, sosteniendo por el cuello una botella de Dom que lanzaba espuma cuando ella perreaba. *Cuando avancemos sobre nuestros enemigos os apuesto que vosotros, hijos de puta, moriréis. Cuando avancemos sobre nuestros enemigos os apuesto que todos vosotros, hijos de puta, moriréis.*

Aflojó un poco el ritmo, temiendo que a sus ajustadísimos vaqueros se les saltara una costura, incluso aunque fueran nuevos.

Entró Isaiah, con la mandíbula tan apretada que parecía que iban a explotarle los dientes.

—¿Qué has hecho? —dijo.

—He movido la mercancía —dijo Dodson—. ¿Qué supones que he hecho?

—Esas herramientas son mías. Quiero que me las devuelvas.

—No usas ninguna. ¿Qué vas a hacer? ¿Construir una casa? —Dodson señaló con un gesto un fajo de billetes que estaba sobre la mesa—. Esa es tu comisión menos el diez por ciento de mi comisión de ventas.

—Las herramientas no eran tuyas y no podías venderlas. Ve a buscarlas.

—Vete a la mierda, Isaiah. Ve a buscarlas tú mismo.

Deronda nunca había visto a nadie tan enfadado. Si los ojos de Isaiah fueran cuchillos de carnicero, a esas alturas ambos estarían reducidos a pedacitos.

—Ve a buscar mis herramientas.

—No hagas eso. No me des órdenes.

—Ve a buscarlas ahora.

Dodson se levantó lentamente, se quitó las cenizas de la marihuana y le pasó el porro a Deronda. Ella podía oler su ira, sentirla como una fiebre. Él se acercó a Isaiah y se plantó delante de él.

—Dame una orden más —dijo Dodson—. Una sola más.

Deronda quería que pasara algo. Durante la venta en el garaje Dodson había estado gruñón e irritado todo el tiempo y ni siquiera había disfrutado de lo que pasaba. Tal vez una pelea lo hiciera salir de esa actitud. Isaiah y él se habían puesto frente a frente y cuando sus ojos se encontraban salían chispas como las de un soldador de arco. Le pareció que Tupac estaba a un volumen más alto. *Cuando avancemos sobre nuestros enemigos os apuesto que vosotros, hijos de puta, moriréis. Cuando avancemos sobre nuestros enemigos os apuesto que todos vosotros, hijos de puta, moriréis.* Deronda vio que algo cambiaba en la expresión de Isaiah. No como si estuviera asustado, sino como si estuviera pensando. Por alguna razón, eso le dio miedo. Isaiah se giró, cogió su dinero y entró en su dormitorio.

—Eras un cobardica cuando te conocí y serás un cobardica toda tu vida —dijo Dodson.

—Einstein de mierda, hijo de puta —dijo Deronda.



ISAIAH SALIÓ A HURTADILLAS DEL APARTAMENTO mientras ellos dormían y se llevó solo una maleta con artículos de primera necesidad y su portátil. Usó el carné de identidad de Marcus, se registró en el Wayside Motel y le dieron una habitación en la parte trasera. Olía a líquido limpiador y a polvo y había una mosca golpeándose contra la ventana. Era un alivio estar allí. Nada de televisión, música ni marihuana. El silencio era tranquilizador y solitario.

Reemplazó el candado del trastero por uno de acero marca Abus Extreme Security. Un cuerpo de acero templado y reforzado, cilindro de diecisiete discos y once mil kilos de resistencia a la torsión. Hacía falta dinamita para abrirlo. Transcurrió una semana. Isaiah pasaba el tiempo trabajando con la mercancía que todavía no se había vendido. El odio que sentía por Dodson le quemaba las paredes del estómago, pero cuanto más esperara, más sudaría Dodson. Una vez que lo hiciera salir, lo bloquearía por completo.

DODSON Y DERONDA ESTABAN VIENDO la tele desde la cama plegable, rodeados de un montón de botellas vacías de bebidas alcohólicas, latas de Heineken, envoltorios de comida rápida, revistas, platos sucios, bolsas de compras, zapatos y cortezas de pizzas. Había pilas de ropa sucia por todas partes, como si alguien estuviera separando prendas en alguna tienda de ropa usada Goodwill. Era el apartamento de Isaiah, así que, ¿a quién le importaba una mierda? El programa que estaban viendo era *Iron Chef*, el favorito de Dodson.

—Fíjate en eso —dijo—. Tienen a un jugador de fútbol americano en el papel de juez. A menos que el ingrediente secreto sea Gatorade, ¿qué carajo puede opinar este tipo?

—Casi nos hemos quedado sin dinero —dijo Deronda— y hay que pagar el alquiler.

—Oh, mierda, está esa chica que siempre dice que todo tiene que estar más crujiente. Eso es lo único que sabe... crujiente. Espera, a ver qué gilipollez dice... ¿Lo ves? ¿Qué te he dicho? Mira a Morimoto. Si no estuviera en la tele, le estaría sacando el crujiente a bofetadas a esa zorra.

—¡Dodson!

—Ya te he oído, mierda.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—No, no lo sé.

- Sí, lo sabes.  
—Chica, te he dicho que no lo sé.  
—Pero sí lo sabes.

ISAIAH RECIBÍA MENSAJES DE TEXTO. *¿Dónde estás? Llámame. Hola, de nuevo. ¿Te has ido a algún sitio? Tenemos negocios. ¿Y ahora qué, Dodson?, pensó Isaiah. ¿Qué vas a hacer sin tu Einstein de mierda? Me estás faltando al respeto. Llámame. Más vale que respondas. La última oportunidad o tendremos un problema. Que te jodan, Dodson. Que te jodan.*

ISAIAH ESTABA EN VONS empujando su carrito de la compra por el pasillo del agua cuando se topó con Deronda.

—¿Dónde has estado, Isaiah? —dijo Deronda.

—Por ahí.

—¿Piensas mudarte a otro lado?

—¿Y por qué iba a hacerlo? El apartamento es mío.

—¿Por qué no le devuelves las llamadas a Dodson?

—No tengo nada que decirle.

—Quiere saber cuándo será el próximo trabajo.

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Quiero decir que no lo sé.

—Te lo juro por Dios —dijo Deronda—. Dodson ya no va a liarla. Va a hacerlo bien, sin gilipolleces. Me ha dicho que lamenta lo de las herramientas y todo eso. Está tratando de recuperarlas.

—No mientas.

—No miento. Es absolutamente cierto.

—Ahora me mientes respecto de que mientes.

Isaiah se detuvo y metió un *pack* de doce botellas de agua en su carrito. Deronda se acercó y se presionó contra él. El aliento le olía a Hennessy y Juicy Fruit.

—No voy a meterme contigo nunca más, lo prometo —dijo—. Tú serás el jefe, como antes. Seré buena, ni siquiera sabrás que estoy allí.

—Haz lo que quieras —dijo Isaiah, alejándose.

Deronda lo siguió, gimiendo como una niña de cinco años a la que le han negado sus cereales Froot Loops.

—He limpiado el apartamento —dijo—. Volví a poner tus trofeos en la pared y todo. Dodson dice que lo pasado pasado está.

—Dodson nunca diría eso, ni nada parecido.

Deronda se detuvo y golpeó los pies contra el suelo.

—Mierda, Isaiah, ayúdanos. Sabes que estamos en la ruina.

—No es mi problema —dijo él. Se apartó. Dejemos que se retuerzan un poco más, hasta que estén realmente desesperados. Y luego hagámosles una oferta que no puedan rechazar.

PASARON DOS DÍAS MÁS y otros cinco mensajes de texto. Isaiah fue al trastero para envolver algunos paquetes. Dodson estaba esperándolo.

—¿Quién carajo ha puesto este candado aquí? —dijo—. No puedo entrar.

—No se supone que tú puedas entrar —respondió Isaiah—. No es tu trastero.

—Hay un montón de cosas allí dentro y la mitad son mías.

—Con eso me pagas las herramientas.

Dodson se alejó tres pasos, giró y volvió al mismo sitio.

—Podría meterte un tiro sin despeinarme —dijo.

—Méteme un tiro y será como dispararte a ti mismo —dijo Isaiah—. ¿No quieres hacer más trabajos?

Durante un momento pareció que Dodson se había quedado sin habla. Pero solo durante un momento.

—Oh, ¿de modo que va a ser así? —dijo—. Bueno, pon tus cartas sobre la mesa y deja de dar vueltas como una zorra.

—Quiero que os marchéis del apartamento —dijo Isaiah.

Dodson sonrió, como si admirara la jugada.

—Voy a estar en ese apartamento hasta el día en que te mueras.

—Entonces no haré más trabajos.

Dodson se alejó tres pasos, giró y volvió apuntando con el revólver a la cabeza de Isaiah.

—¿Crees que puedes joderme de esa manera? ¿Matarme de hambre, hacerme suplicar? Estás jodiendo al negro equivocado.

Isaiah levantó la mirada y señaló con un movimiento de cabeza una cámara de seguridad sujeta a un poste de luz.

—Están por todas partes —dijo—. La de la entrada principal te hace una foto. —Le dio la espalda y se dirigió al Explorer—. Hazme saber qué quieres hacer.

A DODSON LE TEMBLABA LA MANO en la que sostenía el arma. Sentía más ganas de acabar con ese hijo de puta irrespetuoso y condescendiente de las que había sentido en su vida. Dio un pequeño salto, hizo girar el arma como si estuviera a punto de lanzar una pelota y dejó caer el cañón sobre la cabeza de Isaiah. Isaiah se derrumbó hacia delante, cayó contra el Explorer y resbaló hasta el suelo. Se dobló sobre sí mismo, gruñendo, agarrándose la cabeza. Le salía sangre de entre los dedos. Dodson estaba de pie a su lado.

—¿Crees que estás al margen? ¿Crees que puedes alejarte de mí y llevarte mi hombría? Me dispararía a mí mismo antes de permitir algo así. Estás dentro, negro, y no estarás fuera hasta que yo lo diga.

CREPÚSCULO. UNAS LLAMAS VACILANTES de luz atravesaban las cortinas andrajosas. Isaiah estaba en la cama, con una bolsa de hielo en la cabeza. El sangrado se había detenido. Tenía un corte feo encima de la oreja derecha, que le palpitaba de dolor como un electrodo encendido.

Había llegado el momento de ponerle fin. Directamente, ponerle fin.

Descansó un día, se colocó un vendaje nuevo en el corte, se tomó un puñado de tylenol y fue al trastero. Dodson no había tocado la caja de libros, veintiún mil dólares producto de los atracos en un ejemplar perforado de *Los hombres de la tierra prometida*. Isaiah llamó al casero, le notificó su partida y le dijo que se quedara con la fianza. Marcharse sería doloroso. Se había esforzado mucho para conservar el apartamento, pero tenía que separarse de Dodson antes de que ocurriera algo realmente desastroso. Incluso si de alguna manera conseguía sacar a Dodson de allí, estaría bajo sitio y la guerra de voluntades no terminaría nunca. Tenía que cortar con todo. Además, el apartamento ya no era su hogar y lo que fuera que hubiera quedado del espíritu de Marcus se había marchado asqueado. No habría vuelto allí en ningún caso, pero se había dejado las cenizas de Marcus en el estante superior.

CUANDO ENTRÓ EN EL APARTAMENTO, Deronda estaba en el balcón, la espalda contra la barandilla, los brazos cruzados sobre el pecho, y por primera vez no estaba hablando ni mandando mensajes de texto ni balanceando la cabeza con los auriculares puestos ni bailando al estilo *crip-walk*. Entró sorbiéndose la nariz, con el rímel corrido y las mejillas mojadas por las lágrimas.

—¿Y a ti qué te pasa? —dijo Isaiah.

—Dodson no puede hacer ningún trabajo solo —dijo Deronda—. Yo lo sabía, pero de todas maneras se lo dije. Va a hacer que lo maten.

—¿Qué trabajo? ¿Quién va a matarlo?

HABÍA SIDO EL DÍA DESPUÉS DE QUE DODSON golpeará a Isaiah con el revólver delante del trastero. Dodson y Deronda estaban en la cama plegable, viendo la tele. Llevaban un par de horas así, sin que importara lo que estuvieran poniendo.

—Necesitamos encontrar una manera de ganar dinero —dijo Deronda.

—¿Cómo qué? —dijo Dodson.

—No lo sé.

—¿Entonces para qué mierda abres la boca?

Deronda necesitaba que él estuviera relajado y con la mente abierta. Le tocó el paquete.

—Ven aquí, cariño —dijo—. Déjame relajar tu tensión.

Después del sexo, y cuando Dodson estaba casi dormido, Deronda hizo su movimiento.

—¿De dónde saca la droga Kinkee? —dijo, tratando de que sonara como un comentario casual.

—De Junior —dijo—. Está conectado con el cártel.

—¿Cuánto paga por, digamos, un kilo?

—Entre quince y veinte mil, más o menos.

—¿Cuántos kilos compra?

—No lo sé. Más de uno.

—El día de la reposición debe de llevar encima bastante dinero.

Dodson dormitó un momento y entonces abrió los ojos de golpe.

—Mejor que te saques esa idea de la cabeza, nena. Nos podrían disparar aquí sentados solo por pensarlo.

—No estoy diciendo que hagamos nada.

La voz de Dodson salió en falsete.

—¿Hacer qué?

—Caramba, cariño. Lo pregunto solo por curiosidad. —Se acurrucó contra su cuello y avanzó los dedos por su ingle—. Quiero decir, ¿cómo lo hacen, el día de la reposición?

—Cuando se nos acaban las piedras de *crack*, Junior va a Boyle Heights con una bolsa llena de dinero y vuelve con una bolsa llena de cocaína.

—¿No le preocupa que lo atraquen?

Dodson le contó que Junior no era ningún estúpido. Si uno quería robarle, el primer problema era el edificio donde vivía. El Sea Crest, en Bluff Park, donde la gente conducía coches híbridos y tenía nombres como Jason y Laura y Chin Ho. No era la clase de personas que estaban dispuestas a franquearle el paso a un gánster, e incluso si te las arreglabas para agarrar la puerta cuando venía el mensajero de FedEx, todavía había que lograr que Junior te abriera sin dispararte con su pistola o su AK.

—¿Junior tiene protección? —dijo Deronda.

Dodson meneó la cabeza como si estuviera mirando el daño producido por un tornado.

—Booze Lewis, dijo.

Cuando tenía dieciséis años, Booze Lewis, a quien en la calle se conocía como Bola, fue juzgado como adulto por intento de secuestro, mutilación y agresión con daños físicos graves. Cuando entró en Corcoran, pesaba setenta y tres kilos. Cuando salió, treinta y nueve meses más tarde, pesaba más de ochenta y ocho kilos de puro músculo de patio de prisión y la única grasa que podía encontrársele estaba en su plato.

—¿Por qué lo llaman Bola? —preguntó Deronda.

—Porque mató a Cole Campbell con un martillo de bola, aunque él no es más que la mitad.

—¿Quién es la otra mitad?

—Michael Stokely. Si estás en su lista de asesinatos y sigues con vida es porque está ocupado matando a algún otro. Lleva una Mossberg recortada. Si apuntas al aire con una de esas te cargarás a cuatro o cinco negros... ¿Y por qué estamos hablando de esto, en cualquier caso? Es imposible atracar a Junior.

—Creo que te estás subestimando.

—Jamás me he subestimado en toda mi vida.

—¿Cuántos golpes has dado y te han salido bien? Unos cuantos, ¿verdad? Tienes experiencia, tienes conocimiento. Eres un profesional, en mi opinión.

Dodson asintió. Era cierto.

—Sí, pero robar una tienda de mascotas no puede compararse a tratar de robarle a Junior.

—No estoy diciendo que sea lo mismo. Solo digo que podrías resolverlo mentalmente, preguntarte a ti mismo cómo podrías hacerlo.

—¿Preguntarme a mí mismo cómo podría...? Yo soy yo mismo. ¿Por qué iba a preguntarse a alguien que no lo sabe?

—Pero sí que podrías saberlo. Tengo fe en ti, cariño. Podrías lograrlo, yo lo sé... si te haces la pregunta correcta.

—¿Cuál pregunta correcta?

—Voy a decir algo ahora, no te enfades, ¿vale?

—Mierda, chica, di lo que tengas que decir.

—Lo que tienes que preguntarte a ti mismo es... ¿qué haría Isaiah?

Dodson le contestó que cerrara la puta boca y la mandó a comprar comida tailandesa. Luego vio una repetición de *Chopped*. Luego se fumó un porro. Luego salió al balcón y caminó hacia un lado y hacia otro durante un rato hasta que, finalmente, se puso manos a la obra.

¿Qué haría Isaiah?

Lo estudiaría todo, haría una investigación, aunque Kinkee ya había hecho la mayor parte. En el último viaje a Boyle Heights, Booze estaba en el hospital y Kinkee había ocupado su puesto. Cada vez que podía comentaba que era una especie de honor arriesgar la vida gratis. Dodson y Sedrick ya habían oído la historia dos veces, pero tuvieron que oírla una tercera porque Kinkee todavía no les había entregado el producto nuevo.

—Entonces Stokely y yo vamos a la choza de Junior, ¿vale? —dijo Kinkee—. Y son como las diez de la mañana, la gente ya se ha ido a trabajar. Por eso no hay coches y puedes ver lo que viene a ambos lados, nadie puede acercarse de repente y sorprendernos... Astuto, ¿eh? Entonces a mí me abren la puerta de la calle y pienso que Junior está en el ático, sabes, pasándoselo de lujo, pero escuchad esto. Su choza está en la primera planta. ¿Queréis saber por qué?

—Para no quedar atrapado en el ascensor —dijo Sedrick.

—Para no quedar atrapado en el... ¿Quién está contando la historia, negro? Mierda. Ya veremos qué clase de piedras recibiréis esta vez... ¿Dónde estaba? Ah, sí, entonces me abren la puerta de la calle, ¿sí? Y voy al apartamento, golpeo la puerta. Junior me ve por la mirilla, sale con una bolsa de compras llena de pasta y esa arma que a él le gusta, ¿cómo se llama?

—Sig Sauer calibre cuarenta —dijo Sedrick.

—¿A quién carajo le importa, Sedrick? Vale, así que volvemos al vestíbulo y hay como una cristalera delante y vemos a Stokely esperando en el coche. Entonces si él hace un gesto determinado, es que no hay moros en la costa. Si hace un gesto para el otro lado, nos quedamos quietos. Eso es pensar por adelantado, ¿lo captáis? Entonces Junior se sube a mi coche y Stokely nos sigue en el suyo con esa condenada Mossberg porque...

—A los Locos les gusta acercarse en su coche y dispararte delante de un semáforo —dijo Sedrick—. ¿Ahora puedes darme algunas piedras?

DODSON FUE AL SEA CREST, encontró una puerta lateral que utilizaba el encargado y entró con una llave de percusión. Siguió el trayecto de Kinkee hasta el apartamento de Junior. Estaba a la altura de la mitad del pasillo. No había manera de acercarse por la espalda sin que se diera cuenta. Si entrabas por la salida de emergencia, él te vería llegar. Dodson hizo una lista y trazó un par de diagramas. Le hacía sentirse bien planear por adelantado, visualizar lo que ocurriría. Era como controlar el futuro, anticipar cada contingencia.

Al día siguiente volvió a trabajar en la Casa, que se había trasladado a otro apartamento destruido de Seminole. Con el último dinero que le quedaba compró un poco de producto y se lo suministró a los adictos, igual que antes. Por alguna razón había pensado que las cosas habrían cambiado, pero seguían exactamente igual. La atmósfera de mierda, los tíos hablando de gilipolleces sin hacer nada, los adictos matándose de dosis en dosis. Estuvo vendiendo el producto durante una semana y un día hasta que a nadie le quedaba otra cosa que unos pedacitos minúsculos de *crack* que vendían a dos dólares y los adictos les compraban a los Locos.

Fue Sedrick el que se lo preguntó a Kinkee.

—¿Cuándo será la próxima reposición?

—Eso es confidencial, negro —dijo Kinkee. Está por encima de tu nivel jerárquico de mierda, ¿entiendes? Te lo haré saber cuando te lo haga saber.

DODSON ESTABA FUERA, preguntándose por qué, estuviese donde estuviese la Casa, el aire siempre olía a tierra, marihuana y mierda de perro. Kinkee estaba allí, caminando de un lado a otro mientras hablaba por su teléfono móvil.

—Vamos, Stokely —dijo—. No nos quedan más que unas mierditas. Dile a Junior que necesitamos producto. ¿Cuándo? ¡Ahora!, joder. ¿Por qué crees que te llamo? Bueno, ¿no puedes decírmelo de una manera estimativa...? ¿Por encima de mi nivel jerárquico? Ves, ahora me estás vacilando. ¿El miércoles? ¿No podías decirlo al principio? Mierda, tronco, ¿por qué siempre tienes que fastidiar a la gente? No es gracioso. ¿Qué? No, no, no, no, no lo estoy faltando al respeto a nadie, Stoke, no te lo tomes como algo personal.



DERONDA SE SENTÓ EN EL BORDE de la cama plegable y se limpió la nariz con una de las camisetas de Dodson mientras Isaiah se apoyaba contra la biblioteca con las manos en los bolsillos delanteros.

—Es una locura, muy peligroso —dijo ella—. Parecía como una película, ¿sabes? Como si fuera un juego o algo así, pero cuando Dodson se fue, me di cuenta de que iba en serio. Podría acabar muerto de un millón de maneras diferentes.

—Un momento —dijo Isaiah—. ¿Que se fue?

—Le mandé cuatro o cinco mensajes pero no responde.

Unas manos enormes retorcieron el pecho de Isaiah como una bayeta para platos. Si había tiros, la policía intervendría, y si arrestaban a Dodson, todo habría terminado. Dodson tenía el número de Isaiah en su teléfono. La tarjeta para abrir el trastero estaba en su cartera y Dodson lo delataría antes de llegar a la comisaría.

—¿Dónde vive Junior? —dijo Isaiah.

## Capítulo dieciséis

### No pienso hacerlo

*Julio de 2013*

**C**AL DECÍA «A QUIÉN CARAJO LE IMPORTA» al menos una docena de veces al día. Respecto de Bobby Grimes, de su gente, del álbum, de su carrera, de las llamadas telefónicas de su gestor contable en las que le informaba de que Hacienda le había embargado la casa. Estaba demasiado cansado, demasiado drogado y demasiado confundido para hacer algo al respecto salvo consumir más drogas. Se había hundido en una desesperación tan profunda que había olvidado qué esperaba. Oyó voces que venían desde el exterior; la más fuerte era la de Bobby. Él siempre hablaba más fuerte que los demás. Le gustaba dar órdenes, humillar a todo el mundo. Cal pensó en bajar y ponerlo en su sitio. Hacerlo callar y mandarlo a comprar unos Krispy Kreme, pero, si lo hacía, tenía que escucharlo hablar, y si alguna vez había habido una razón para quedarse en la cama, era Bobby hablando. Además, ¿a quién carajo le importa?

ANTHONY NO SABÍA CÓMO IBA A PODER SOPORTAR otra reunión, si podía llamárselo así. De pie, en la entrada para coches, como una panda de *valets* después de la hora punta de la cena, con Bobby hablando con su habitual estilo pomposo, pretencioso y autoritario. Uno pensaría que en determinado momento él se cansaría de sí mismo, pero eso jamás había ocurrido desde que Anthony lo conocía. Había empezado a hacer prácticas con Bobby cuando estaba estudiando gestión empresarial y después de graduarse se quedó como

secretario ejecutivo. En aquel momento había parecido buena idea. Aprender sobre el negocio de la música, hacer contactos, labrarse una carrera. Pero Cal necesitaba a alguien que lo mantuviera organizado y Bobby dijo «coge a Anthony, él puede organizar una sala llena de bebés desnudos». Anthony pensó que sería algo temporal, pero las otras oportunidades laborales para un lacayo con pretensiones eran otros trabajos para lacayos con pretensiones y ninguna de ellas tenía las ventajas de trabajar para una estrella de rap.

—Anthony, ¿me escuchas? —dijo Bobby—. Esto también se relaciona con tu futuro.

—Sí, Bobby, te escucho.

Hegan los observaba desde el BMW. Charles hablaba en murmullos con Bug, algo respecto de que le había jodido el teléfono. Isaiah y Dodson estaban apoyados en el Audi, con Bobby delante de ellos, yendo hacia un lado y hacia el otro, asintiendo con gesto de sabiduría, las manos cogidas detrás de la espalda.

—Calvin quiere pruebas de que Noelle estaba detrás del complot para matarlo —dijo Bobby—, y si no consigue esas pruebas se quedará encerrado en su casa, lo que le causará un daño incalculable a su carrera, así como serios problemas a sus colegas y a la compañía discográfica. En eso estamos de acuerdo, ¿verdad, señor Quintabe?

Isaiah había complicado enormemente las cosas, pero Anthony sintió admiración por él. Sereno, vigilante, sin dejar traslucir nada. Y miraba a Bobby como si fuera un escritorio o una lámpara.

—Pues bien, lo que voy a sugerir tal vez suene extremo —dijo Bobby—, pero creo que, en este punto, lo extremo es nuestro único recurso. Como ya he dicho, Calvin quiere pruebas de que Noelle está detrás del complot para matarlo, y lo que propongo es que fabriquemos esas pruebas.

—Quiere decir que lo engañemos —dijo Isaiah.

—Por favor, déjeme terminar antes de emitir un juicio —dijo Bobby—. Bien, digamos que usted informa a Calvin de que tiene una grabación de Noelle y Skip haciendo un trato. Un ejemplo malo, pero ya entiende a qué me refiero. Por supuesto Calvin querrá oír la grabación, pero usted le diría que la policía la ha confiscado como prueba y que en breve arrestarán a Noelle. De este modo usted habrá cumplido con su misión y Calvin puede seguir con su actividad sin preocuparse por nada, ya que estará completamente a salvo. — Bobby extendió las manos hacia afuera, interrumpiendo la respuesta de Isaiah —. Sí, lo entiendo, usted es un hombre de escrúpulos —dijo—. Y lo aplaudo por ello, pero es necesario salir de este punto muerto por el bien de todos.

Anthony sabía lo que ocurriría a continuación. Como era de esperar, Bobby dejó caer un grueso sobre sobre el capó del Audi. Algunos billetes salieron en abanico, todos de cien.

—Si usted pudiera encontrar la manera de ayudarnos a resolver nuestro problema —continuó Bobby—, estoy dispuesto a darle veinte mil dólares en efectivo.

Por una vez, Anthony deseó que las sórdidas tácticas de Bobby dieran resultado, pero Isaiah se mantenía indescifrable. Todas las luces de la calle Las Vegas Strip brillaban en los ojos de Dodson.

—Gracias, Bobby —dijo Dodson—. Es una oferta muy generosa. ¿No crees, Isaiah?

—Tengan en cuenta —dijo Bobby— que Calvin seguirá obligado a pagarles el bono de cincuenta mil dólares y ustedes ya cuentan con veinte mil de mi parte. ¿Qué piensa, señor Quintabe? De esta manera ganamos todos.

—No puedo hacerlo —dijo Isaiah.

—¿Por qué no? —dijo Bobby.

—¿Por qué no? —dijo Dodson.

—Cógelo, estúpido —intervino Charles—. Sabes que te vendrá bien el dinero.

—Ya expliqué por qué no —dijo Isaiah—. No pienso engañar a Cal.

Anthony estaba disfrutando de este intercambio, pero había que poner fin al asunto.

—Mira, no estás siendo ni justo ni realista —dijo—. No has avanzado nada en el caso y no hay razón para creer que lo harás. Estás atascado, admítelo. Vamos, Isaiah, es hora de que todos nos centremos en otra cosa.

—Tengo una nueva pista —dijo Isaiah, lanzándole una mirada rápida a Dodson.

—¿Una nueva pista? —dijo Bobby—. ¿Qué nueva pista?

—Está mintiendo —dijo Charles.

—Cállate, Charles. ¿Qué nueva pista, señor Quintabe?

—Hay un hombre que conoce a Skip —respondió Isaiah—. Me reuniré con él esta noche en el JC's, un bar de Long Beach. Cerca de las once.

—Bueno, ¿y qué nos dirá esta nueva pista?

—Le contaré algo si da resultado. No quiero precipitarme y enfadar a alguien.

—¿Enfadar a quién? Nada de lo que dice tiene sentido, señor Quintabe. ¿Podemos volver a la realidad, por favor? Bien, ¿aceptará o no este plan?

—No. No lo haré.

Bobby se llevó las manos a las caderas, bajó la mirada al suelo y tomó un largo aliento, mientras Anthony pensaba *oh, oh*. Cuando Bobby volvió a levantar la mirada, sus ojos se habían congelado y su voz era un picahielos.

—Da la casualidad de que soy un hombre muy influyente, señor Quintabe —dijo—, y que conozco a mucha gente influyente. Sería una pena que algo dañara su reputación en la comunidad de la música. Ya sabe que la gente comenta.

—Hay muchas comunidades además de la de la música —respondió Isaiah—, y a ninguna de ellas le importa un comino su influencia; y le diré una cosa más, *señor Grimes*. Mi reputación no se puede dañar por lo que la gente comente, sean quienes sean, pero sí se perjudicará si acepto el dinero.

Anthony sintió una oleada de orgullo y deseó que fuera por sí mismo.

VOLVÍAN POR PACIFIC a casa de Dodson; Dodson miraba por la ventanilla cómo el extracto de su cuenta iba quedando atrás.

—Rechazar veinte mil dólares —dijo, asqueado—. Eso es una completa locura, incluso para ti.

—Tenía que hacerlo —dijo Isaiah.

—No, no tenías que hacerlo. Te enfadaste y perdiste el sentido común igual que hiciste con Skip y, de paso, jodiste mi situación. Yo tengo mis propios problemas. Rechazar veinte mil dólares. ¿Aceptas el caso para ganar dinero y de pronto lo dejas? ¿Qué carajo es eso? Y no me digas que vas a resolver el caso. No hay nada que resolver. No tenemos nada en lo que basarnos ni por dónde seguir, ¿verdad? ¿Verdad? ¿Eh? Mierda. ¿Pagas la hipoteca con tus escrúpulos? ¿Te alcanzan para hacer la jodida compra? Yo traté de usar los míos en el supermercado y me dijeron que solo aceptan dinero. ¿Y qué es toda esa mierda de reunirte con alguien en el JC's? Si estás tramando alguna jugarreta, lo menos que podrías hacer es advertirme.

—Skip es la única pista que tenemos —dijo Isaiah—. Debemos hacerlo hablar.

—¿Hacerlo hablar cómo? ¿Le hacemos la tortura del submarino? Mi viejo me enseñó cómo se hace y casi me ahoga. Oh, ya sé. Secuestremos a la mamá de Skip y cortémosle los dedos de los pies hasta que él hable. Mierda. Lo más probable es que ese loco hijo de puta no tenga mamá.

—A su mamá no.

Dodson pensó un momento... y entonces su cara explotó en un terror abyecto.

—No, no, no. Olvídalo. Sácatelo de la cabeza, ¿me oyes? No voy a hacer eso, digas lo que digas.

—Es eso o renunciar a los cincuenta mil.

—¿En qué los voy a gastar? ¿En mi tumba? No quiero tener nada que ver con eso y sabes por qué. Déjame salir del coche. Tengo que buscar helado para Cherise. —Isaiah paró y Dodson salió del coche—. No estoy jugando, Isaiah.

—Ya sé que no estás jugando.

—No pienso hacerlo.

—Te he oído.

—No, no creo que me hayas oído. ¡No pienso hacerlo!

—De acuerdo, no piensas hacerlo.

—Bien, de acuerdo, entonces.

EL DROP IN DINER estaba abierto las veinticuatro horas; la furgoneta del centro de control de animales estaba en el aparcamiento. Desde allí se podía ver la carretera sin asfaltar que llegaba hasta la casa de Skip. La camioneta se la había prestado Harry, junto con una pistola de dardos tranquilizantes y una camilla especial para transportar animales inconscientes. Los dardos de la pistola estaban cargados con sucostrin, un relajante muscular cuya dosis se calculaba en función de la especie y el peso.

—¿Para qué me necesitas? —dijo Dodson—. ¿No puedes dispararle al perro tú solo?

—Ya te lo he dicho diez veces —respondió Isaiah—. Te necesito para que me ayudes a subir al perro a la camilla. Son sesenta kilos de peso muerto.

—¿Y si se escapa? ¿Y si se escapan todos los perros? ¡Mierda! Ni siquiera sabes si ese dardo va a funcionar. No se usan con perros.

—No, solo con osos y pumas. ¿Podrías relajarte, por favor? Lo único que tienes que hacer es traer la camilla, y solo estarás un minuto allí.

Vieron unos faros. La camioneta de Skip subía por el camino. Tomó la carretera pavimentada y se alejó.

—¿Listo? —dijo Isaiah.

—No —replicó Dodson—. Y nunca lo estaré.

RECORRIERON LOS TRES KILÓMETROS que los separaban de la casa de Skip, en medio de un desierto iluminado por la luna que se parecía al desierto de la

luna. La casa parecía más aislada que durante el día.

—Todas las películas de terror que he visto en mi vida tenían lugar en una casa idéntica a esta —comentó Dodson.

La furgoneta de control de animales era demasiado ancha para hacerla girar alrededor de los postes de la valla y del patio de ejercicios, por lo que la aparcaron a un lado de la casa cerca de la diana de tiro al arco y de la bicicleta de montaña con el manillar torcido. Dodson esperó con la camilla en el patio de atrás. Iría cuando se lo llamara. Isaiah se alejó en dirección al granero, con una mochila y una escalera de mano.

—Date prisa, ¿me oyes? —dijo Dodson—. No me dejes aquí afuera eternamente.

SKIP ESTABA EN LA AUTOPISTA 58 en dirección a Barstow y le quedaba poca gasolina. Debería haber cargado combustible en Fergus, pero estaba distraído pensando en que el Puto Q iba a reunirse con alguien que lo conocía. No se le ocurría quién podría ser. No tener amigos reducía mucho la lista de sospechosos. Llamó a Bonnie.

—A ver si lo he entendido —dijo Bonnie—. ¿Este tipo, IQ, va a reunirse con alguien que tiene información sobre ti?

—Parece que sí.

—¿Como quién? Tú no tienes amigos.

—Por eso te llamo, Bonnie. Quiero saber quién es.

—¿No te he dicho que no me llamas Bonnie?

—Vale, Jimmy. ¿Qué crees que ocurre?

—Bueno, no es ninguna de las personas para las que has trabajado. Te entregarían a la policía, no a un investigador del gueto. ¿Podría ser alguna chica de la limpieza o algún jardinero?

—Tú has estado en mi casa, ¿verdad?

—¿Algún criador de perros?

—Ninguno de ellos sabe a qué me dedico.

—Entonces es una trampa.

—¿Qué tipo de trampa? ¿Voy al bar y ese gilipollas me pone una pistola en la cabeza y me obliga a hablar? No podría hacer algo así, aunque quisiera.

Jimmy se quedó callado un momento y luego se echó a reír.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Skip.

—Este tipo es bastante listo. Con razón lo llaman IQ.

—Déjate de dar vueltas, Jimmy. ¿Qué?

—No está tratando de meterte a ti en un bar. Está tratando de sacarte de tu casa.

Skip sintió que el corazón se le subía a la garganta. Giró el volante y, con un chirrido de ruedas y un corcoveo de la suspensión, se subió a la franja divisoria y giró en U por los cuatro carriles de la autopista 58.

ISAIAH ESTABA ANSIOSO por llevar a cabo su objetivo y se decía a sí mismo que era exclusivamente por el caso. No le gustaba pensar que quería lastimar a Skip. Quitarle algo. Hacerle sentir el dolor de perder a un ser amado. Cuando llegó al granero, los perros ladraban y aullaban y se golpeaban contra las jaulas. *Attila* estaba suelto, con su mojada nariz husmeando el otro lado de la puerta. No había manera de dispararle sin abrirla, y Harry le había advertido de que tal vez el perro no quedaría inconsciente de inmediato. Unos cuatro metros y medio más allá estaba la puerta que daba al pajar. En su última visita, Isaiah había visto un gran cerrojo deslizante del lado interno. Para entrar de esa manera era necesario quitar el riel que sujetaba la puerta. Sacar unos cuantos tornillos grandes y mover la escalera de lado a lado. El acceso más fácil era a través de una de las claraboyas, pero el techo tenía una pendiente muy empinada. Tendría que manejar una sierra circular parado en lo que equivalía al lado de una pirámide.

Dio la vuelta hacia el lado largo del granero y colocó la escalera de mano contra la pared. Ya se había puesto el arnés de escalada. Le quedaba como un pañal hecho de correas de nailon. Subió por la escalera hasta el canalón del tejado, depositó la mochila delante de él y sacó un rezón de tres garfios y un rollo de cuerda de montañismo. Con una destreza producto de la práctica, lanzó el rezón por encima del tejado. Tiró de la cuerda hasta que el rezón quedó sujeto en la tapa de ventilación. Luego ató un extremo de la cuerda a una presilla metálica del arnés de escalada, se puso la mochila en la espalda y ascendió en rapel por el techo hasta la claraboya, donde se sujetó con una abrazadera de mano. Sacó la sierra circular y empezó a cortar el acrílico, haciendo un sonido enorme en el silencio del desierto. Sabía que era una jugada desesperada, tal vez estúpida, pero el caso era estúpido. Jamás lo habría considerado si no fuera por Flaco... y, ahora, por Bobby Grimes.

SKIP HABÍA HECHO MUCHOS ESFUERZOS para proteger su casa. El robo de perros no era infrecuente, en especial tratándose de pitbulls. De hecho, unos



pandilleros habían intentado robarle. Habían llegado en un Honda Civic con ventanillas tintadas y los rostros ocultos tras pañoletas azules. Cuando estaban acercándose a la casa y sacando las armas, Skip salió disparando un fusil de asalto totalmente automático con un cargador helicoidal norcoreano que almacenaba ciento cincuenta proyectiles. Una exhibición acuática de balas obligó a correr a los pandilleros hacia su coche e hizo que el coche retrocediera renqueando por el camino con tres neumáticos deshinchados y humo saliendo del motor. Lo que realmente preocupaba a Skip era estar en un club de *striptease* o encargándose de un trabajo en alguna parte mientras sus perros y su propiedad quedaban desprotegidos. Podía dejar a *Attila* suelto dentro del granero, ¿pero y el resto de las instalaciones? Skip estaba volviendo a casa, cojeando con la bicicleta de montaña, cuando tuvo un relámpago de brillantez. *Dejar a Goliath en libertad.*

*GOLIATH* HABÍA SEGUIDO EL RASTRO de un coyote hasta la colina pelada cuando detectó a los intrusos. Levantó su cabeza con forma de mazo y dejó que el aire se almacenara en sus orificios nasales. Lo mantuvo allí, clasificándolo entre cientos de aromas diferentes, y su memoria olfativa reconoció unos que había olido antes. Si hubiera habido alguien cerca para verlo, habría jurado que estaba sonriendo cuando se giró y corrió hacia la casa.

DODSON ESTABA SENTADO SOBRE LA CAMILLA, respirando profundamente y retorciéndose los dedos. El ladrido era incesante y el sonido de la sierra circular dejaba en carne viva sus terminaciones nerviosas. Estaba a punto de fumarse un porro cuando vio una silueta oscura saltando en el paisaje lunar. Aquel pitbull inmenso y negro corría hacia él como un *linebacker* de cuatro patas, gruñendo y babeando, con los colmillos brillando en la oscuridad.

—¡¡¡Ohhh, MIERDA!!! —dijo Dodson. Corrió instintivamente hacia la casa y gracias a Dios la puerta trasera estaba abierta. Entró y la cerró con un golpe. Esperó, pero no oyó al perro—. ¿Dónde se ha ido? —dijo. Entró en la sala y miró por las diferentes ventanas. No se veía al perro por ninguna parte—. ¿Qué carajo ha sucedido? —dijo.

El carajo que había sucedido era que Skip había hecho planes para esa situación, en la que un gilipollas, dentro de la casa y con las puertas cerradas, pensara que estaba a salvo sin saber que *Goliath* estaba entrenado para saltar por la ventana de la sala de estar que siempre quedaba abierta. Dodson giró

justo a tiempo para ver dos ojos amarillos y una boca llena de colmillos saltándole a la garganta. Reaccionó como un boxeador, girando la cabeza a un lado y apartándose; el perro chocó contra su hombro y cayó al suelo. Sabiendo que no llegaría lejos, Dodson corrió hasta la entrada del vestíbulo, derribó el reloj de pie de Elsa Gunderson y se armó con una silla. El perro se le acercó, pero no podía dar la vuelta al reloj y Dodson mantenía la silla contra su rostro para que no saltara.

—¡Atrás, atrás, joder! —gritó Dodson—. ¡¡Isaiah!! ¿Dónde carajo estás?

De pronto el perro huyó a la carrera. Dodson se quedó inmóvil, desconcertado. Oía que el perro se movía, que raspaba las baldosas de estilo mexicano a un volumen cada vez más fuerte. Sintió un escalofrío de terror como si le hubieran acertado con una pistola paralizante. La bestia estaba rodeando la casa y entraría en el vestíbulo por el otro lado. Dodson corrió hacia un dormitorio y buscó la puerta, pero no había ninguna. Al parecer, Skip las había quitado todas. Dodson oyó que el perro se acercaba. No había donde ir, la ventana estaba tapiada.

—Oh, Señor, ten piedad de mí —dijo.

ISAIAH DESCENDIÓ HACIA EL PAJAR con la cuerda de montañismo; tenía la pistola de dardos desarmada dentro la mochila. Miró por encima del borde del pajar y vio a *Attila* a los pies de la escalera, gruñendo, mirándolo con sus ojos verde láser, mientras los otros perros se movían frenéticamente. Era como contemplar un manicomio canino. El primer movimiento de Isaiah sería lanzarle un dardo a *Attila*; luego descendería y le clavaría otro al perro grande. Posó los ojos sobre la jaula de tamaño más grande y luego los paseó de un lado a otro por el granero. *El perro grande no estaba.*

LA CAMIONETA RUGIÓ POR LA AUTOPISTA DESIERTA, con el velocímetro a más de ciento cuarenta, todavía a unos kilómetros de Fergus y con la furia de Skip como un cometa ardiente.

—SI HA TOCADO A MIS PERROS LO MATO LO MATO LO MATO MIERDA LO MATO.

HABÍA PUERTAS DE LAMAS en el armario del dormitorio y Dodson tuvo justo el tiempo de cerrarlas desde el interior. El perro grande entró en la habitación, con una baba pegajosa chorreándole de los colmillos. Gruñó, palpó las puertas

con las garras y las olfateó como si quisiera inhalar a Dodson a través de la madera.

—¡NO! —gritó Dodson—. ¡VETE! ¡VETE! ¡SIÉNTATE! ¡TÚMBATE! ¡TRAE!  
¡ISAIAHHHH! —El perro empezaba a frustrarse; ladraba y gemía, tratando de entrar clavando las uñas. Dodson había visto una película en la que el personaje daba órdenes a su perro de ataque en un idioma extranjero. Lo intentó con el español—: ¡VÁMONOS! ¡HASTA LUEGO! ¡VAYA CON DIOS! —El perro mordió las lamas y sacudió las puertas, mientras Dodson las mantenía cerradas sujetándolas con las puntas de los dedos—. ¡¡ISAIAHHH!! ¿DÓNDE CARAJO ESTÁS? —El perro siguió mordiendo y royendo, enganchó una lama con los dientes y la arrancó. Se puso más excitado y empezó a destrozar las lamas, mascando y arrancando. La baba entraba por los espacios que dejaban las lamas arrancados—. ¡SAYONARA! ¡ACHTUNG! ¡SIEG HEIL! ¡VETE, MIERDA! ¡ISAIAHH! —El perro arrancó más lamas y metió la inmensa cabeza en el armario, echó los labios hacia atrás como el alien de *Alien*, con sus ojos ámbar feroces y asesinos— ¡NO ME MATES NO ME MATES NO ME MATES DÉJAME EN PAZ! El perro empujó tratando de meter el resto del cuerpo, astillando lamas y rugiendo como un hombre lobo. Dodson cayó al suelo, gritando, sin creer que de pronto estaba de vuelta en el patio de la tía Mary... Y de pronto el perro se le puso encima, con su aliento ardiente en la oreja. No podía morir así, no podía...

ISAIAH ABRIÓ LA PUERTA y disparó el dardo al perro a bocajarro.

—Sal de allí —dijo. El perro aulló, gruñó y se le abalanzó; Isaiah retrocedió tropezando hacia el vestíbulo, el perro saltó hacia él, lo derribó, acercó las mandíbulas a su garganta y le chorreó una espesa saliva sobre la cara... y en ese momento se derrumbó sobre el pecho de Isaiah, pesado como un edificio. Isaiah se sacó el perro de encima y se incorporó.

Dodson salió del dormitorio.

—¿Dónde estabas? —sollozó—. ¡Ese hijo de puta me iba a comer vivo! ¡Maldita sea, Isaiah, te dije que no quería venir aquí! ¡Te lo dije, joder, te lo dije!

—Ve a buscar la camilla —dijo Isaiah.

—¿Eso es lo único que tienes que decirme? ¿Ve a buscar la camilla?

—Ve a buscar la camilla.

Rezongando y lloriqueando, Dodson se alejó tambaleándose. El perro estaba paralizado pero consciente y lanzaba fuertes jadeos, con los ojos

abiertos. Ahora parecía un perro en lugar de una máquina de matar. Isaiah sintió deseos de calmarlo.

Dodson volvió corriendo.

—Viene Skip —dijo.

SKIP VIRÓ CON LA CAMIONETA hacia el patio y se deslizó hasta que logró frenarla, lanzando una tormenta de tierra y piedrecillas contra la casa.

—LO MATO LO MATO LO MATO JODER LO MATO.

Entró corriendo y un momento después la furgoneta de control de animales rodeó la casa por el otro lado y salió disparada hacia las alegres luces del Drop In Diner.

Skip la habría perseguido pero vio a *Goliath* derrumbado en el vestíbulo. Lo llevó a toda velocidad a un veterinario que atendía las veinticuatro horas y que creía que el perro era un gran danés. El veterinario le administró oxígeno y fluidos y le dijo que debería pasar la noche allí como precaución, pero Skip se lo llevó a su casa.

La nueva misión vital de Skip: matar al Puto Q. Podía entrar en el programa de protección de testigos y esconderse en la puta selva, pero Skip lo encontraría y le dispararía y luego dejaría que *Goliath* se ocupara de él hasta que no quedaran más que entrañas en un charco de sangre.

## Capítulo diecisiete

### Muere, perra

*Abril de 2006*

**A**LAS DIEZ DE LA MAÑANA en punto, cuando la mayoría de los residentes de Sea Crest estaban trabajando, un Navigator y un Cadillac CTS se acercaron a la parte delantera del edificio. Booze Lewis descendió del CTS, tocó el interfono para que le abrieran la puerta y atravesó el vestíbulo, haciendo un gesto de dolor a cada paso. Tenía el pie muy vendado y se había puesto una zapatilla de andar por casa sujeta con tiras de velcro. Debería andar con muletas, pero no quería que Kinkee volviera a reemplazarlo.

Cojeó por el pasillo hacia el apartamento de Junior; no había nadie tras él ni nadie apareciendo por la puerta que daba a la escalera de incendios; todo igual que siempre. Estaba a mitad de camino cuando un enanito hijo de puta salió del cuarto de contadores apuntándolo con un arma. Estaba cubierto de arriba abajo. Pasamontañas, gafas de sol, cuello vuelto, camisa de franela a cuadros como las de todos los gánsteres, guantes de jardinería y un pañuelo rojo en el bolsillo.

—No te muevas, *pendejo* —dijo el enano.

—¿Te has quemado el cerebro con codeína? —dijo Booze—. ¿Sabes con quién te estás metiendo? —El enano se colocó detrás de él, buscó debajo de su camisa y sacó la Magnum 357 de la pistolera, como si supiera que estaba allí. Booze sintió cómo al enano le costaba meter ese revólver de más de dos kilos debajo de su propia camisa, tanteando y frustrándose. No quería que ese pigmeo hijo de puta apretara el gatillo accidentalmente—. Tranquilo, tronco —dijo—. No me voy a ninguna parte.

Booze tenía miedo de los accidentes. Había modificado la biela del gatillo, bajando la resistencia del disparador de los habituales tres kilos a medio kilo. Un gatillo fácil. Lo estaba probando cuando se disparó por accidente y le arrancó el dedo meñique del pie.

—Al carajo —dijo el enano, y dejó caer ese gran revólver sobre la moqueta—. No intentes nada, *pendejo* —dijo—, o te juro por el puto Dios que te quemo.

DODSON HABÍA SALIDO CON LUPITA TELLO tres meses, tiempo suficiente para aprender el acento y un poco de vocabulario. Mayormente cosas que ella le decía a él. *Pendejo, puto, pinche, cabrón* y algunas otras. En ese momento lo único que podía recordar era *pendejo*.

—Las manos atrás, *pendejo* —dijo. Booze obedeció; estaba familiarizado con el procedimiento. Dodson le rodeó las muñecas con una brida y tiró de ella para ajustarla—. Vamos, *pendejo*.

Lo hizo avanzar por el pasillo, levantando la mandíbula para ver por encima del hombro montañoso del gánster, con la vista parcialmente bloqueada por la nuca de Booze, los diminutos nudos de sus perfectas trenzas africanas, separadas por un reluciente cuero cabelludo que emitía un calor húmedo con olor a almendras y coco.

Booze cojeaba como un hombre con una pierna más corta que la otra.

—Eh, vamos, tronco —dijo—. Cálmate.

—Cierra la puta boca, *pendejo* —dijo Dodson. Cuando llegaron a la puerta de Junior, Booze ya estaba lloriqueando, con la cara retorcida de dolor—. Hazme entrar, *pendejo* —dijo Dodson—. Si te haces el puto héroe estarás muerto, hijo de puta.

—Soy yo —dijo Booze, golpeando la puerta. Dodson apenas oía nada por encima de los atronadores latidos de su propio corazón y sus manos chorreaban de sudor dentro de los guantes. Otro relámpago de pánico. En la pandilla ningún otro tenía un revólver. ¿Y si Junior lo reconocía? La suerte estaba echada. Había que seguir adelante.

Junior abrió la puerta con una bolsa de Adidas en la mano y la Sig Sauer en el cinturón. Dodson apretó el cañón del revólver contra la sien de Booze.

—Suelta la bolsa y deja la pistola en el suelo o le vuelo los putos sesos.

Junior tenía la actitud de alguien a quien le hubieran pedido que hiciera algo tan ridículo que era insultante.

—¿Esto es algún tipo de broma o eres un rematado ignorante? —dijo—. Tu cerebro se ha desvalorizado extensamente si consideras que tus objetivos llegarán a buen destino con esta clase de actividad. Creo que necesitas reconsiderarte a ti mismo.

—He dicho que sueltes la bolsa y dejes la pistola en el suelo —dijo Dodson, apretando más fuerte el arma.

—Oye, amigo —dijo Booze—, tranquilo con esa cosa.

—Presta atención, hermano —dijo Junior—. Permíteme que trate de aclarar tus peligrosas circunstancias. Corres el riesgo de una exterminación de por vida si procedes con esta necedad.

Según el plan infalible de Dodson, se suponía que Junior se mostraría temeroso y cooperativo en lugar de regañarlo igual que la tía Mary pero con un vocabulario más florido.

—Haz lo que te digo, pendejo —insistió Dodson—. O le dispararé a este hijo de puta. Lo juro por Dios.

—No creo que eso sea una señal de prudencia por tu parte —dijo Junior—. Se manifestarán repercusiones superiores a tu capacidad de reacción. Ahora te sugiero que evacúes mientras conserves la movilidad necesaria para maniobrar tu culo y largarte.

—¿Qué carajo haces, Junior? —intervino Booze—. ¿No ves que este negro tiene un arma contra mi cabeza?

—¿Crees que estoy jugando, pendejo? —dijo Dodson—. ¿Quieres que tu amigo muera?

—No, no quiere eso, definitivamente, no lo quiere —dijo Booze—. ¡Díselo, Junior!

—¿Por qué tengo que justificar mis postulados ante este agricultor? —dijo Junior—. Si fuera creíble, a esta altura ya habría procedido con tu muerte.

—Oh, ya entiendo —dijo Booze—. Lo que quieres es que este negro me dispare para que así tú puedas dispararle a él.

—¡Suelta la bolsa y tira el arma al suelo o me lo cargo ahora mismo, carajo! —dijo Dodson, viendo cómo su plan se iba a la mierda. Pensó en apuntar a Junior con su revólver, pero eso dejaría libre a Booze.

—¡Entrégalo, Junior, maldita sea! —dijo Booze.

—Esto es lo que ocurre cuando no consumes tus obligaciones de la manera adecuada —dijo Junior—. Has generado un problema de tu propia causalidad.

—Esto me lo pagarás, Junior. Lo juro por Dios.

Dodson sabía que no podía dispararle a Booze en la cabeza a esa distancia.

—Es tu última oportunidad, hijo de puta —dijo, sabiendo que era la suya—. Ríndete o él muere.

—Vosotros calmaos —dijo Junior, hablándoles a ambos.

—Junior, ¿no has oído a este hombre decir que era mi última oportunidad? —dijo Booze.

—Este hombre miente mendazmente, Booze. ¿No puedes discernir una falsedad de una objetividad?

*Amartilla el arma*, pensó Dodson, pero antes de poder poner el pulgar en el martillo, Junior había entrado a toda velocidad en el apartamento y Booze estaba empujando con su pie bueno, dando marcha atrás contra él, presionando el arma hacia arriba con ese hombro enorme, y el impulso lo hizo caer de espaldas al suelo. Booze cayó encima de él y sus nalgas, duras como rocas, aterrizaron en el vientre de Dodson, que sintió una explosión de dolor, cada molécula de oxígeno dejó su cuerpo en una sola exhalación. Se dobló sobre sí mismo y soltó el revólver.

Booze se apartó de encima de él y se puso de pie.

—¿Qué tienes que decir ahora, *pen... de... jo*? Ojalá sean tus putas oraciones.

Junior salió del apartamento con la Sig en una mano y una navaja plegable en la otra. Le cortó la brida a Booze y luego pateó con fuerza a Dodson.

—Prepárate para una denigración total, hijo de puta —dijo. Dodson estaba acurrucado, formando una bola, tratando de absorber aire a través de una garganta del tamaño del ojo de una aguja. Tenía un brazo sobre la cabeza, el otro sobre el estómago. Junior lo pateaba una y otra vez, diciendo—: Ahora-tú-cesarás-de-res-pirar-has-ta-que-estés-fallecido-de-por-vida.

A través de los ojos semicerrados, Dodson alcanzaba a ver a Booze cojeando de un lado a otro, vibrando con una energía homicida, con el revólver en la mano.

—¿Trataste de robarme a mí? —dijo—. ¿Me pones un revólver en la cabeza a mí? Estás terminado, negro, estás acabado. Te apagaré la luz, ¿me entiendes?

—Lleva a cabo tu orden del día, Booze —dijo Junior—. Extermina a este plebeyo con todo empeño.

Dodson no podía creer que estuviera indefenso y a punto de morir. Trató de hablar, de suplicar por su vida, o de decir *soy yo*, pero no pudo emitir palabra. Booze estaba sobre él, apuntándolo a la cabeza con el revólver.



—Muere, perra —dijo Booze. Amartilló el arma, haciendo un sonido como el de un cráneo al quebrarse. El disparo fue tan fuerte como un trueno, la onda expansiva sacudió el aire, de inmediato dos disparos más y luego... silencio.

Por lo que el propio Dodson sabía, todavía estaba vivo. ¿Booze estaría vacilándolo? Dodson esperó, en medio de una quietud asombrosa. Se desplegó lentamente, jadeando; el dolor le nublabla la vista, el olor a cordita era tan fuerte como los vapores del *crack*. Booze tenía la cabeza contra el suelo, el culo levantado en el aire, como una chinche. Junior estaba en posición fetal, perdiendo sangre, dejando una mancha color óxido que se expandía sobre la alfombra. Isaiah estaba de pie, a unos tres metros de distancia, con la boca abierta y sosteniendo el 357 de Booze a un costado, un dedo en el guardamonte. Dodson se incorporó con dificultad, entró tambaleándose en el apartamento y salió con la bolsa de Adidas. Recogió su arma, agarró a Isaiah de la manga y tiró de él.

—Vamos —graznó. Corrieron hasta el otro extremo del pasillo, atravesaron la salida de emergencias y se marcharon en distintas direcciones, sin mirar atrás.

EN LA TELE ESTABAN PONIENDO LAS NOTICIAS. Había varios policías arremolinados delante del Sea Crest y unas cintas amarillas bloqueaban el ingreso al edificio. Un periodista de mediana edad informaba desde allí, con el traje arrugado por el calor y el pelo peinado hacia un lado como una pelota de playa cubierta de un puñado de paja.

—Según los informes de la policía, cerca de las diez de la mañana —dijo el reportero— un residente de los apartamentos Sea Crest, de Bluff Park, junto con otro hombre, recibieron disparos delante de la puerta de la vivienda del residente. Ambas víctimas fueron trasladadas al Long Beach Memorial, donde se informó de que el residente está en estado crítico y que el otro hombre permanece estable. La policía desconoce el motivo del tiroteo, pero se supone que está relacionado con algún ajuste de cuentas entre pandillas.

Isaiah estaba de pie, con la frente contra la pared del apartamento y con una exhibición de diapositivas parpadeando detrás de los ojos. *Parpadeo*. Corriendo al pasillo. *Parpadeo*. Dos hombres de pie alrededor de Dodson, gritando y pateándolo. *Parpadeo*. Un arma sobre la alfombra. *Parpadeo*. Recogerla, correr hacia los hombres. *Parpadeo*. Uno de ellos que dice «Muere, perra» y amartilla su arma. *Parpadeo*. Dispararle. *Parpadeo*. El otro

hombre que también grita. *Parpadeo*. Dispararle. *Parpadeo*. Cuerpos en el suelo.

—Tuve que hacerlo —dijo Isaiah—. ¡Tuve que hacerlo!

La ropa que llevaba estaba en una alcantarilla; el arma, en el fondo del río Los Ángeles, y el Explorer, en el aparcamiento de Vons. Se había dado una ducha de veinte minutos y se había quitado los residuos de pólvora con una piedra pómez. No había visto cámaras ni testigos, pero eso no significaba que no los hubiera. Y Dodson. ¿Le habría hablado a alguien del robo además de a Deronda? ¿Deronda se lo habría contado a alguien? ¿Y si arrestaban a Dodson y este lo delataba? Sabía que tenía que irse de Long Beach, pero estaba demasiado aterrorizado para salir de la habitación.

HABÍA OCHENTA Y CINCO MIL DÓLARES del dinero de Junior sobre la mesa de centro. Billetes de diez, veinte y cien sujetos con gomas elásticas y agrupados en pilas separadas. Dodson lo estaría festejando si no tuviera náuseas, si no estuviera sordo por los disparos y con el cuerpo lleno de cardenales. En cierto sentido, esas heridas eran algo positivo. Lo distraían e impedían que se volviera loco de miedo. ¿Booze y Junior se habrían creído el acento? ¿Se habrían dado cuenta de que no era mexicano? ¿Habrían reconocido el arma? ¿Lo habrían reconocido a él?

El teléfono de Dodson vibró. Deronda lo levantó.

—Dice nueve uno uno estrella sd estrella once —dijo—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Nueve uno uno significa reunión de emergencia —explicó Dodson—. O vienes o recibirás una paliza. Sd significa la choza de Sedrick. Once es a las once en punto.

Dodson cerró los ojos. Si no iba, parecería sospechoso, pero si iba, podrían matarlo. Lo lógico sería desaparecer, pero ¿dónde podría ir? ¿Coger un autocar Greyhound hacia Oakland y empezar todo de nuevo? ¿Y si resultaba que se había librado? En ese caso habría abandonado su barrio en balde.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Deronda.

UN REFLECTOR OXIDADO proyectaba un débil círculo amarillo sobre el césped irregular; Michael Stokely estaba en el medio, sosteniendo la Mossberg recortada como un hacha de guerra.

—Junior está en la UCI —dijo—, pero he hablado con Booze. Recibió una en la cadera que lo atravesó limpiamente. Estaban sus parientes, todos llorando sin parar. Su mamá me gritó como si fuera yo el que le había disparado.

Los Crip Violators estaban reunidos en el patio trasero de Sedrick, con algunos de los miembros esparcidos en zonas donde la luz se desvanecía y se convertía en penumbra. Las viejas glorias estaban sentadas juntas en torno a la mesa de pícnic. Había otros en los columpios oxidados, en la escalinata de la entrada o apoyados contra la destartalada furgoneta que tenía un solo faro delantero. Algunos adoptaban la pose que se ve en todas las fotos de pandillas que existen. Encorvados, apoyando el codo en la rodilla. Dodson estaba de pie, cerca del portón. Una pátina de sudor en la cara, círculos mojados bajo los brazos, el cuerpo convertido en un sólido ladrillo de dolor.

—Me siento responsable de esta mierda —dijo Stokely—. Yo era el encargado de la seguridad de Junior, ¿entendéis? Se supone que tengo que impedir que pasen estas mierdas, pero no salió así. Booze dijo que eran dos los que lo hicieron. No vio al que disparó, solo al hijo de puta que se encargó del atraco.

—¿Dijo quién era? —preguntó Sedrick.

—Ya llegaré a eso, negro —respondió Stokely—. Si me interrumpes una vez más, verás cómo te meto la Mossy en el culo y te vuelvo los putos sesos. —Sedrick pareció convertirse en parte del limonero; los hermanos se rieron de él—. Booze dijo que el hijo de puta iba completamente tapado —dijo Stokely—. Tenía un pasamontañas y esa clase de mierda, pero era bajo como Dodson. Un enanito hijo de puta.

Hubo algunas risitas. Dodson estuvo a punto de salir disparado, pero algo en la voz de Stokely lo hizo quedarse.

—Ahora, negros, escuchadme —dijo Stokely—. Esto que os voy a decir es la clave de todo el episodio. Booze dijo que el atracador era mexicano. Que tenía un pañuelo rojo. Dijo que era un puto Loco.

Un tsunami de testosterona inundó el patio trasero; todos los miembros se pusieron en plan pandilla. Todos de pie, agitando las pipas, haciendo signos, moviendo las cabezas en tictac. *Esos hijos de puta van a caer. Vamos a cargarnos a esos negros ahora mismo. ¿A qué carajo esperamos? Empezó el juego, mis negros, ¿me oís? Vamos a quemar a unos mexicanos, todos. Es hora de activarnos, de incendiar a esos negros, hacer llorar a sus mamitas.* Dodson se sumó, mientras pensaba *gracias, Jesús. Gracias de todo corazón.*

Stokely levantó la escopeta.

—Es la hora de la venganza, ¿me entendéis? —dijo—. Vamos a darles fuerte, vamos a arrasar la tierra. Aniquilación total con todos los medios necesarios. Es la guerra, hijos de puta. Es la puta guerra.

AMELIO, JORGE Y LIL GENIUS salieron del Big Meaty Burger como si tuvieran grilletes en los tobillos. Es normal que una Everest Burger Extra Grande con beicon y huevo frito más una porción de patatas fritas con queso y chile te vuelvan más lento. Subieron la calle hasta el vehículo de Jorge, que estaba aparcado a la vuelta de la esquina. No vieron llegar la furgoneta destartada con un solo faro delantero hasta que fue demasiado tarde. La puerta lateral se abrió de golpe y dos hermanos con las caras cubiertas con pañuelos azules vaciaron los cargadores de sus pistolas semiautomáticas Tec-9, con un sonido como el de un par de adictos a la anfetamina martillando clavos. Amelio recibió tres en la espalda. Jorge, una en la garganta. A Genius le acertaron en la frente y murió antes de tocar el suelo. Cuando la furgoneta se alejaba a toda velocidad, uno de los que disparaban gritó:

—¡Sí, hijos de puta! ¿Cómo os sentís ahora?

EL REPORTERO DEL PELO PEINADO HACIA UN LADO estaba informando delante del Big Meaty Burger, con una actitud tan distante que parecía estar pensando «¿Otro tiroteo? Dejadme en paz».

—La zona de Hurston del este de Long Beach fue la escena de un tiroteo realizado desde un vehículo en marcha y con consecuencias letales —dijo—. Amelio Aguilar, Jorge Ochoa y una tercera víctima menor de edad acababan de comer en el Big Meaty Burger de la avenida Pacific cuando una furgoneta se acercó a ellos y un número indeterminado de sospechosos supuestamente abrieron fuego con armas semiautomáticas. Todas las víctimas han muerto *in situ*. La policía sospecha que el tiroteo está relacionado con otro episodio ocurrido el miércoles pasado en Bluff Park. Un portavoz de la policía declaró que la situación tiene todos los indicios de una guerra de pandillas y advirtió a los residentes de la zona de que tomaran más precauciones de las habituales.

Llegaron más miembros de la prensa, algunos de medios nacionales, que informaban con los pósteres de «Sabes que la quieres» en el fondo. Se sospechaba que las dos chicas que trabajaban en el restaurante habían delatado a los Locos y no querían aparecer en cámara por miedo a las represalias. Entrevistaron a vecinos de la zona. Declararon que las pandillas

eran algo realmente malo, que hay demasiada violencia, alguien debería hacer algo, antes el barrio no era así.

KAYLIN KENNEDY HABÍA QUEDADO SEGUNDA en las listas de las Chicas del Tiempo más Buenas de Los Ángeles. Kaylin no sabía qué la irritaba más, haber quedado segunda o que la llamaran chica del tiempo. Le dijo a Doug que quería ser reportera o de lo contrario renunciaría, y él empezó a asignarle artículos. El hombre con la mayor colección del mundo de *souvenirs* de los Picapiedra. Un chico que tallaba silbatos para las tropas de ultramar. Un cerdo panzudo que podía decir te quiero.

Kaylin se emocionó cuando Doug le dijo que podría cubrir historias reales, pero esta era su primera semana y ya estaba pensándose mejor. Ayer, ella y su cámara Roddy habían cubierto un incendio forestal en las inmediaciones de la autopista 210. Había treinta y seis grados, el viento le arruinó el peinado y el humo le empeoró el asma. Luego se rompió un tacón y tuvo que entrevistar al capitán de los bomberos descalza y pisó un hormiguero.

Ahora estaba en Hurston a punto de entrevistar a un gánster implicado en la guerra de pandillas. Parecía que hacía más calor aquí que en el incendio forestal y había arenilla en el aire. El fondo de la entrevista era una pared de yeso llena de grafitis indescifrables de pandillas que hacían que todo pareciera un país extranjero. El pandillero era mucho más alto que ella. Llevaba una gorra negra con una C y un pañuelo azul en la cara. Llevaba una escopeta recortada bajo el brazo como si se dispusiera a por ir a cazar patos.

—Hablemos de su arma, señor —dijo Kaylin—. ¿La lleva encima todo el tiempo?

—Sí, diablos —dijo Stokely—. Esta mierda no es ningún juego. Esta es una jodida zona de guerra, ¿me entiende? Si no voy calzado, no sobrevivo. Podrían atacarnos ahora mismo.

—¿Entonces usted cree que su vida está en peligro mientras habla aquí conmigo?

—Ajá, y también creo que tu vida está en peligro mientras estés aquí hablando conmigo.

—Hablemos de la guerra en sí. ¿Podría decir qué hay detrás? ¿Cuáles son las razones por las que empezó?

—Esta mierda viene desde siempre, ¿entiendes lo que te digo? El último brote no es ninguna puta sorpresa. Esta mierda es lo habitual.

—¿Podría pedirle que bajara un poco el tono? Esto sale en televisión.

—No me importa una mierda dónde sale y no pienso bajar el tono de nada. Si no te gusta cómo hablo, vete a la mierda ahora mismo.

A Kaylin le sudaban las axilas y estaba perdiendo la paciencia. Recordó cuando estaba en el estudio bromeando con Ted y Patricia y señalando nubes imaginarias en la pantalla verde durante noventa segundos. Roddy le estaba haciendo señas de que continuara.

—¿Me decía que la violencia es habitual? —continuó Kaylin.

—Así es el barrio —dijo Stokely—. Aquí hay que arreglárselas. Si no liquidas al negro antes de que te liquide él, se acabó para ti.

—¿Esta guerra es por drogas?

—De una manera colateral, pero ese no es el centro de la cuestión. Esta mierda tiene que ver con el respeto, ¿me captas?

—Esa es una palabra que he oído mucho, respeto. ¿Qué significa para usted?

—Significa que no me importa quién carajo seas ni lo que tengas que decir. Si siento que estás desafiándome, te derribo en el acto.

—A ver si lo entiendo. Está diciéndome que respeto significa que nadie ni nada puede desafiarlo de ninguna manera. ¿Esa es la idea?

—Es eso, en una puta palabra.

—¿Puede decirme si hay algún componente racial en la guerra? ¿Afroamericanos contra latinos?

—No tengo nada contra los latinos en sí. Yo disparo a los negros sean quienes sean.

—¿Tiene alguna idea de cuándo terminará la guerra y la gente de Hurston volverá a estar a salvo?

—Los negros tampoco estaban a salvo antes de la guerra. ¿Por qué lo van a estar cuando termine?

Kaylin terminó la transmisión. Stokely se quitó el pañuelo de la cara y encendió un porro.

—¿Quieres? —dijo.

—No, gracias —respondió Kaylin. La marihuana olía a alguien meando en una pila de hojas en llamas. Stokely le ofreció una calada a Roddy, quien negó con la cabeza, pero sonriendo—. ¿Puedo preguntarle algo? —dijo Kaylin—. Hay una pregunta que oigo todo el tiempo pero jamás he oído ninguna respuesta satisfactoria.

Stokely dio una calada y la retuvo en los pulmones.

—Sí, ¿qué? —dijo, expulsando las palabras con el aire, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Por qué está bien que usted use la palabra N pero no está bien que la use yo?

—Permíteme que te lo explique de una manera clara —dijo Stokely—. Si un negro me llama negro, sé lo que quiere decir. Pero si eres tú la que me llama negro, tal vez me estés llamando *negro*.

El pandillero se marchó y Roddy guardó el equipo mientras Kaylin esperaba a la sombra de la furgoneta del canal fumando un Marlboro Light. Le había hecho las preguntas correctas al pandillero, pero una vez que en edición tapan con un pitido todas las palabrotas, no quedaría otra cosa que adverbios y pronombres. Tal vez el trabajo mejoraría, pensó. Se acostumbraría, se endurecería, se volvería fuerte y valiente. Sería una de esas reporteras con una chaqueta militar que se agachaban detrás de una pared de barro porque los rebeldes estaban disparando y hablaban con Anderson Cooper vía satélite. Sí, podía imaginarse haciendo eso.

FRANKIE LA PIEDRA MONTÁÑEZ era el que tomaba las decisiones en los Locos. Su cabeza afeitada estaba hecha solo de ángulos, como una herramienta de corte de la Edad de Piedra, y la boca tenía la misma forma que los bigotes caídos. Estaba con el torso descubierto y lucía un matorral de tatuajes en el pecho y en los brazos. Una calavera sonriente en medio de una telaraña. Un cholo y una chica buena con sombreros y correas de municiones. La letra M dentro de la imagen de la palma de una mano con la leyenda en español *Cuando la mano te toca tú empiezas a trabajar* y el símbolo azteca de la guerra para representar el orgullo de su linaje.

Frankie era un carnal, un miembro importante de la mafia mexicana, la pandilla carcelaria también conocida como La Eme. Los Locos les compraban la droga a distribuidores de La Eme y les entregaban un porcentaje de las ganancias. Lo hacían voluntariamente porque todos los hermanos sabían que algún día irían a la cárcel, y si La Eme tenía algún problema contigo, más te valía apuñalarte a ti mismo veinte veces con el mango afilado de una cuchara y ahorrarles el esfuerzo.

Frankie convocó a una reunión de emergencia y los Locos se encontraron en el anfiteatro de McClarin Park donde la gente jugaba al ajedrez y almorzaba en torno a la fuente sin agua. Todos salieron de estampida cuando apareció la pandilla.

—Estos putos Violators se acercaron por detrás como los putos cobardes que son —dijo Frankie—. Supuestamente nosotros tuvimos algo que ver con el robo a Junior, pero eso es pura mierda, una puta excusa para poder atacarnos. Es como que nos están retando, como que pueden intimidarnos, como que nosotros vamos a retroceder. —La pandilla gritó, expresando su desafío; movían las cabezas a un lado y a otro como un tictac, agitando las armas y diciendo gilipolleces. Frankie levantó los brazos para hacerlos callar—. Es la guerra —dijo—. Sin piedad, sin cuartel, disparar en el acto. Si alguien os mira mal, le disparáis y luego le hacéis preguntas. —Frankie miró los rostros uno a uno, solemnemente—. Los Violators deben pagar con su sangre lo que nos han hecho —dijo—. Esta es nuestra misión y tenemos que ir hasta el final. No podemos permitir que nuestros hermanos caídos mueran en vano. Eran Locos, nuestra familia, y vivirán para siempre en nuestros corazones.

LOS VIOLATORS, QUE ESPERABAN REPRESALIAS, ahora solo viajaban en manada; nadie se paseaba solo ni se quedaba sentado en la galería delantera fumando un porro. Kinkee, Sedrick, Hassan, Omari y Dodson estaban comiendo perritos calientes con chile en una mesa exterior de cemento detrás de Hot Dog Heaven, un sitio que no podía verse desde la calle. Habían demolido un edificio a un lado del restaurante. No quedaba nada salvo pilas de maderas viejas, hormigón roto y varillas oxidadas. Al otro lado, en European Auto Mart, estaba Trone, examinando los coches.

—Míralo —dijo Kinkee, señalando a Trone con un movimiento de la cabeza—. Ese negro no tiene dinero para un puto perrito caliente y está allí como si fuera a comprarse un coche.

Dodson seguía dolorido por la paliza. Tenía vendajes en las costillas, los analgésicos ya eran parte de su dieta y estaba fumando mucha marihuana. Pensó en llamar a Isaiah y darle las gracias por haberle salvado la vida, pero lo único que Isaiah haría sería regañarlo. Al carajo con Isaiah.

—Booze está a punto de volver a su casa —dijo Kinkee—. Junior sigue dentro, lo tienen que volver a operar, pero no se va a morir. Su mamá ha dicho que se lo va a llevar a Stockton, sacarlo de la calle. Mierda; allí también hay calles.

Trone se cubría los ojos con las manos y trataba de mirar el interior de un Mercedes Benz 500SL. Había un vendedor blanco con una camisa de vestir azul con las mangas enrolladas hablándole y sonriendo solo con la boca.



—El vendedor no sabe qué hacer —dijo Kinkee—. Trone podría ser un rapero y comprar el coche en efectivo.

—O podría ser lo que parece —dijo Dodson—. Un matón sin dinero.

—Lo que quiero saber —dijo Sedrick— es cómo sabían los Locos cuándo era la reposición. El día, la hora.

—Eso no es ningún misterio —dijo Dodson—. Los Locos seguían a Junior todo el tiempo, jodidos hijos de puta. Si se puede espiar encima de la pared y pasar delante de la patrulla de fronteras con todas esas cámaras con visión nocturna, uno puede espiar cualquier cosa.

Kinkee miraba el aparcamiento.

—Oh, mierda —dijo.

El vendedor salió pitando hacia su oficina. Trone corrió hacia el grupo, saltó la cadena que bordeaba el aparcamiento.

—Vienen —dijo.

Dodson vio a un grupo de Locos avanzando a hurtadillas entre las filas de coches, con pañuelos rojos en la cara. Se incorporaron y empezaron a disparar.

—Matémoslos, matemlos a esos cabrones —dijo un Loco. Dodson corrió al aparcamiento vacío, con Sedrick y Omari justo detrás. Trone se lanzó al contenedor de basura y se zambulló de cabeza, mientras unos proyectiles hacían orificios en el metal verde. Hassan no consiguió sacar las piernas de debajo de la mesa, recibió dos en el pecho y murió con la boca llena de aros de cebolla.

Un Loco gritó:

—¡Le he dado! ¡Le he dado!

Dodson, Sedrick y Omari se agacharon detrás de los escombros de la demolición y devolvieron el fuego; las balas rebotaban en el hormigón, chocaban con un tañido contra las varillas y destrozaban las maderas viejas. Kinkee estaba a un lado del restaurante, asomando su arma por la esquina y disparando sin mirar. Era espanto y sobrecogimiento, un tiroteo al máximo nivel: 9 milímetros, 38, 45 y 357, disparando en andanadas, con ambos bandos vaciando cargadores en medio de una neblina de humo.

Un Loco recibió un tiro.

—Me han dado —dijo—. Me han dado, mierda.

Un proyectil impactó a Omari en la sien y su cerebro salió salpicado por el otro lado.

—Oh, mierda —dijo Sedrick—. Omari está jodido.

—Basta de esta mierda —dijo Kinkee. Salió de detrás del edificio e hizo su imitación de Denzel, caminando hacia los Locos con las dos armas de lado y disparándolas al mismo tiempo. Presentaba una buena imagen hasta que recibió un disparo en el muslo y tuvo que volver saltando a ponerse a salvo.

Cayó otro Loco.

—Le han dado a Frankie —dijo un Loco—. Que alguien lo ayude.

Dodson estaba detrás de unos escombros extraídos de los cimientos, disparando una pistola pequeña que había comprado después de deshacerse del revólver. Erraba a propósito. Si algún Loco moría, la policía no podría comparar las balas con su arma a menos que las extrajeran del Porsche Panamera al que apuntaba.

Los Locos avanzaban, agachándose y escondiéndose y disparando. Ya habían pasado por encima de la cadena. Kinkee se quedó sin munición y se alejó renqueando. Dodson y Sedrick se levantaron y salieron corriendo.

—¡Se escapan! —gritó un Loco—. Coged a esos putos cobardes.

Dodson rodeó el restaurante a toda velocidad y salió disparado por la calle, aliviado por no haber recibido ningún tiro. Seguían sonando disparos a sus espaldas, el parabrisas de un coche delante de él se rompió en pedazos. *Los Locos estaban persiguiéndolo.* Dodson corrió todo lo que podía hacia el otro extremo de la manzana. Si conseguía dar la vuelta a la esquina, podía esperar y dispararles si ellos lo seguían. Pero el dolor y la marihuana lo ralentizaban. Le ardían los pulmones, sintió una punzada en el riñón. Los Locos se acercaban; sus disparos sonaban más fuerte. Dodson estaba a punto de parar y morir peleando cuando vio un cartel de ABIERTO en la ventana de una taquería. Atravesó la puerta, recorrió el comedor y salió por la parte trasera, mientras oía disparos y vidrios rotos a sus espaldas.

SOLO HABÍA UNA LÁMPARA ENCENDIDA; la bombilla de veinticinco vatios como una vela solitaria, oscuridad alrededor. Isaiah estaba sentado en el suelo con la espalda contra la cama. En la tele seguían las noticias.

—Dos pandillas rivales se tirotearon detrás del Hot Dog Heaven de Hurston —dijo el conductor del noticiario—. Según la policía, esta es la última escaramuza de lo que describieron como una guerra total. Unos quince pandilleros intercambiaron docenas de disparos. Cuatro de los combatientes murieron. Se encontró a un sospechoso muerto dentro de un contenedor de basura. No había llegado a disparar ni una sola vez. Otra de las víctimas tenía apenas catorce años. Hay tres heridos, que fueron trasladados a hospitales de

la zona. Pero me temo que la historia no termina allí. Según la policía, un pandillero que participó en el tiroteo estaba huyendo de los miembros de la otra pandilla y entró en la taquería Los Amigos. El pandillero logró escapar, pero los dueños del restaurante, Selena y Héctor Ruiz, murieron en el fuego cruzado. Lo que puede ser todavía más trágico, el hijo de ambos, de diez años de edad, recibió un disparo en la cabeza. Lo trasladaron al hospital comunitario de Hurston y está en estado crítico. La cirujana a cargo del muchacho, la doctora Amelia López, declaró ante los periodistas que el niño había sufrido un severo traumatismo cerebral y que tuvieron que operarlo. Aún no se sabe si sobrevivirá, pero, si lo logra, tendrá que enfrentarse a la terrible noticia de que sus padres están muertos.

Isaiah se incorporó, caminó en círculos y apoyó la frente contra la pared. *¿Cómo puede haber pasado esto? ¿Mataron a esas personas? ¿Las mataron? ¿El chaval tiene traumatismo cerebral? Esto es una locura. La causa es la guerra. La guerra que empezó Dodson. Dodson. Puto Dodson.*

Ya no podía quedarse en la sala; caminó sin rumbo. *Todo este desastre es culpa suya, culpa de ese idiota. ¿Cuán jodidamente estúpido hay que ser para intentar algo así? ¿Y ahora qué pasará conmigo? ¿Qué voy a hacer? Puto Dodson. Jamás debería haberlo dejado entrar en el apartamento.*

El apartamento. La idea lo llenó de nostalgia y dolor.

—Quiero que me devuelvan mi vida —dijo—. Quiero que me devuelvan a Marcus.

Fue decir su nombre lo que lo provocó. Su conciencia atravesó el muro de su negación como el ariete y Marcus se coló por la grieta. Isaiah sabía exactamente qué le diría su hermano y cómo se lo diría. Con la voz ronca, como si hubiera estado gritando, una mano dando golpes de judo a la otra, como si quisiera cortarla por la mitad.

*¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? Esto es culpa tuya. TUYA. No lo niegues con la cabeza. TÚ has causado esta guerra. Tú hiciste caer la primera ficha del dominó en el momento en que decidiste ser un delincuente y, una tras otra, fue cayendo toda la cadena y aquí estamos ahora. Esas personas inocentes muertas y ese niño sin madre ni padre. Sí, sé que estabas sufriendo, ¿pero no podías enfrentarte a ello de una manera mejor? ¿Tu única alternativa era convertirte en ladrón? ¿Qué fue de tu sentido de la decencia? ¿Qué fue de tu moral? He perdido todos estos años contigo, ¿y para qué? ¿Para que pudieras usar tu don como una sanguijuela, un parásito, un delincuente de poca monta, una escoria, una basura?*

Isaiah caminó más rápido, casi corrió, pero no podía alejarse de la voz de Marcus, cuya presencia era tan real que le respiraba en la nuca y le pisaba los talones, haciéndolo tropezar.

*¿Dónde vas, Isaiah? ¿Piensas que puedes alejarte de esto? Puedes caminar hasta Tombuctú, pero estos tipos seguirán muertos y ese niño seguirá siendo un huérfano. ¿Qué vas a hacer con él, Isaiah? No lo has pensado, ¿verdad? Bueno, mejor que empieces a pensar en eso y que encuentres la manera de repararlo o te acecharé y acecharé tus sueños cada día y cada noche durante el resto de tu miserable vida.*

## Capítulo dieciocho

### El infiltrado

*Julio de 2013*

**E**L SEGUNDO MÓVIL DE CAL vibró por cuarta vez en veinte minutos y nadie tenía el número excepto DStar, el equipo, Bobby Grimes y su madre. Eso lo irritó. Se les había indicado a todos que no llamaran, que no mandaran mensajes de texto, que ni siquiera golpearan a la puerta a menos que la casa se estuviera incendiando. Tal vez debería hacer eso mismo, pensó Cal. Quemar la más grande de todas sus posesiones irrelevantes. A ver qué le parecía eso al doctor Freeman. ¿Qué tal si incendio mi casa? El teléfono siguió vibrando. Cal se levantó a atender solo porque tal vez fuera DStar y se le estaba acabando el clonazepam.

—¿Hablo con el señor Wright? ¿El señor Calvin Wright? —La voz de un chico blanco.

—Sí, soy el señor Calvin Wright. ¿Quién carajo eres y de dónde has sacado este número?

—Me llamo Brian Sterling, señor. Soy el asistente ejecutivo del doctor Freeman.

—¿Perdón?

—Trabajo con el doctor Freeman. El doctor Russell Freeman.

—¿El doctor Freeman que oí en la radio? ¿El doctor Freeman que escribió ese libro?

—Sí, señor; permítame que le explique por qué lo llamo. Su médico, el doctor Macklin, habló con el doctor Freeman y le suministró un informe

detallado según el cual usted presenta síntomas severos del síndrome del quemado. El doctor Freeman está preocupado y me pidió que lo llamara.

—¿El doctor Freeman sabe quién soy?

—Como ya le he dicho, el doctor Macklin le proporcionó un informe completo.

Cal no recordaba haber dado permiso al doctor Macklin para que le proporcionara informes completos a nadie, y mucho menos al doctor Freeman, pero tenía la memoria hecha polvo.

—Entendemos que ha habido un problema respecto al uso del libro del doctor Freeman.

—Al parecer no consigo el efecto deseado.

—A veces eso es lo que ocurre en casos tan complejos y críticos como el suyo.

Calvin sintió alivio cuando supo que su caso era complejo y crítico. Todos los demás pensaban que estaba loco.

—Por suerte, ha habido una cancelación en la agenda del doctor Freeman —dijo Brian— y ha quedado un turno libre mañana a las once. ¿Podría venir?

Cal vaciló. Quería ver al doctor Freeman, pero no se levantaba hasta las dos o tres de la tarde y necesitaba tiempo para prepararse, ordenar las ideas, conseguir más clonazepam de DStar.

—¿Hay algún turno la semana próxima?

—Me temo que no, señor. El doctor Freeman empieza la gira de su libro. Europa, Asia, Alemania. No estará de regreso hasta enero.

—¿Entonces tengo que elegir entre mañana o el año próximo?

—Básicamente, sí.

Brian le pidió a Cal que no hablara de la cita con nadie, ni siquiera con sus amigos. Un rapero famoso consultando al doctor Freeman provocaría titulares en los periódicos sensacionalistas. También le explicó que se habían tomado las medidas necesarias para que las celebridades pudieran acudir a la consulta sin que los vieran y se las hizo repasar dos veces.

—De acuerdo —dijo Cal—. Hasta mañana.

—Muy bien, señor Wright —dijo Brian—. El doctor Freeman tiene muchas ganas de conocerlo. Es un gran admirador de su música.

DESPUÉS DE COLGAR EL TELÉFONO, Skip sacó del cubo de basura el rastrillo para la mierda de los perros y caminó hacia el norte en dirección a la colina. Viró a la izquierda junto a la roca grande que tenía forma de tortuga y saltó de

una piedra plana a otra hasta que llegó a un montón de rocas que no era distinto de cientos de otros. A un lado del montón había una maraña de ramas de chaparro prieto; las espinas tenían más de un centímetro y eran afiladas como agujas. Skip apartó las ramas con el rastrillo, lo que dejó al descubierto un hueco profundo entre dos rocas. Escarbó con el rastrillo dentro del hueco para asegurarse de que no hubiera serpientes y sacó un baúl impermeable para caravanas. Dentro del baúl había armas. Eran nuevas y estaban envueltas en plástico. Skip había pagado a testaferos para que las adquirieran en exhibiciones de armas en Utah y Arizona, donde no se consultaban los antecedentes.

Había dos fusiles de asalto, una escopeta táctica, un rifle de alta precisión Remington 700 y media docena de armas cortas. Skip eligió la Glock 18c. Un arma especial que le había comprado a un colega de Bonnie. La 18c era una pistola totalmente automática a la que también se conocía como pistola de plástico. Estaba fabricada con un polímero y era ligera como una pluma. La cadencia de tiro de la Glock era de mil doscientos disparos por minuto y vaciaba el cargador de treinta y tres balas de impacto múltiple en 1,65 segundos. Era como disparar treinta y tres redes de pesca cada uno de cuyos nudos era letal. Pasara lo que pasara, era imposible errar, y cuando todo estuviera terminado, iría a buscar al listillo y también le dispararía al puto Kurt.

Skip pensó que le vendría bien practicar un poco. Sacar a *Goliath* a los matorrales y ver si el perro conseguía espantar alguna cosa a la que él pudiera disparar. Para hacerlo justo, utilizaría munición convencional y pondría el arma en semiautomático. Cuando vio a través de la mira un conejo que corría en zigzag le subió la adrenalina y se le desoxidaron los reflejos. Le acertó a uno, que se retorció y se tambaleó antes de derrumbarse sobre la tierra, y *Goliath* estuvo encima de él en un abrir y cerrar de ojos, gruñó y lo partió en pedacitos, dejando unos trocitos de piel flotando en el aire del desierto.

ESTABAN EN EL APARTAMENTO DE DODSON, esperando que empezara *The Shonda Simmons Show*. Era un lugar agradable, pensó Isaiah. Tonos crema y beis discretos, alfombra bereber, algunas obras de arte nada estridentes en las paredes. Seguramente lo había decorado Cherise.

Dodson salió de la cocina con dos expresos y un plato de pastas calientes.  
—¿Ves esto que estoy haciendo? —dijo—. Se llama hospitalidad.

Shonda Simmons iba a entrevistar a Noelle, como habían estado anunciando toda la semana. Isaiah no sabía por qué había accedido a ver el programa en esa casa o, para el caso, donde fuera. El caso estaba terminado. El secuestro fallido del perro había sido su última oportunidad. Tal vez debería haberse tragado el orgullo y haber aceptado los veinte mil de Bobby. Eso era muchísimo mejor que nada de dinero y lo habría dejado en mejor disposición de conseguir el apartamento para Flaco. Ahora ya estaba totalmente fuera de su alcance. Además, tenía que lidiar con Skip. Con lo loco que estaba, probablemente volvería a tratar de matar a Isaiah, pero ya se enfrentaría a esa situación cuando se produjera.

—Aquí está —dijo Dodson.

El adjetivo «voluptuosa» no hacía del todo justicia a la silueta de Shonda Simmons. Era más bien como la figura de un número 8 en tamaño XXL. Tenía un rostro atractivo, pero el maquillaje que le habían puesto era como una cobertura de café con leche sobre una tarta de chocolate, con unas pestañas tan largas que habrían servido para barrer el suelo y aros del tamaño de las arañas de la casa de Cal.

—Gracias, Shonda —dijo Noelle—. Intento no derrumbarme.

—Tal vez ese vestido te ayude. No había visto nada tan ceñido desde que quité el envoltorio al vacío de mi nuevo vibrador.

Noelle rio.

—Debo admitir que me costó un poco ponérmelo.

Noelle era seductora por naturaleza y no tenía ninguna necesidad de enfatizar su sexualidad, pero lo había hecho de todas maneras. Llevaba una falda que bien podría haber hecho las veces de un calzoncillo bóxer de hombre y una blusa brillante y de pronunciado escote. El pelo, teñido de dorado, flotaba en el aire como si lo meciera el viento y su sonrisa era astuta y segura.

—Mierda, qué buena está Noelle —exclamó Dodson—. Pero ya sabes lo que se dice. Independientemente de lo atractiva que sea una mujer, alguien, en alguna parte, la echó a patadas en el culo.

—¿Por qué estamos viendo esto? —preguntó Isaiah.

—Dijiste que nunca habías visto a Noelle. Bien, esta es tu oportunidad.

—Bien, cuéntame, ¿qué tal está tu ex? —dijo Shonda.

—No tengo ni idea. No hablo con él —respondió Noelle.

—Sí, supongo que debe de ser difícil tener una conversación después de haberlo golpeado con la Copa del Chulo de Bishop Don Juan.

—Presuntamente —replicó Noelle.



—Bien, sé que tenías muchas razones para divorciarte de Calvin — continuó Shonda—. Ese es el nombre real de Black the Knife, para los que no lo sabían. Pero ¿hubo algo en particular que os separó?

—Sí. El ADN de Calvin —respondió Noelle—. Es mitad megalómano y mitad perverso. Cuando no te está contando lo maravilloso que es, está intentando que hagas algo desagradable.

—Ohh, veo que nos hemos quitado los guantes.

—Hace tiempo que no los llevo puestos. Si golpeas a Calvin con cualquier otra cosa que no sean tus nudillos desnudos, no se enterará de que estás en la misma habitación.

Una ola de risitas y aplausos ligeros recorrió la audiencia, mayormente femenina.

—Ahora bien, me ha llegado de varias fuentes el rumor de que Cal tiene serios problemas, lo que supongo que está relacionado con las drogas —dijo Shonda.

—Calvin siempre ha tenido problemas con las drogas, pero ahora, además, está loco —dijo Noelle.

—¿Loco? ¿Loco cómo?

—Permíteme que lo exprese de esta manera. Mañana, cuando te despiertes, empieza el día como lo hace Calvin. Primero con un puñado de focalin, clonazepam y bupropion y una docena de donuts Krispy Kreme Originals y baja todo eso con V8 picante y vodka, y si no estabas desquiciada antes lo estarás poco después.

—Supongo que sí —dijo Shonda. El público rio y aplaudió—. Bueno, un pajarito me ha contado que tienes un nuevo proyecto en marcha.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Noelle.

—Es mi trabajo.

—Bueno, todavía está en la fase de planificación, pero cuando haya algo más concreto, serás la primera en saberlo.

—¿Me lo prometes?

—Claro que sí. Sabes que eres mi amiga. ¿Ahora podemos hablar de mis bolsos?

LA ENTREVISTA LLEGÓ A SU FIN. Isaiah se puso de pie.

—Me voy —dijo.

—¿No vas a comer pastas? —dijo Dodson.

—No me gustan las pastas.

—¿Tampoco te gusta el expreso?

—Ya me he bebido el mío.

—Bueno, vete a la mierda entonces. Fuera de aquí. Supongo que tu hermano te enseñó de todo excepto modales.

—No hables de mi hermano.

Isaiah estaba allí de pie, como en el dormitorio del viejo apartamento. Tan enfadado que no podía hablar, los puños apretados a los costados, sin nada a que pegarle. Ahora sí sabía por qué había venido.

—¿Qué problema tienes? —dijo Dodson—. ¿Estás enfadado por el caso? Deberías. ¿Sabes que tuve una pesadilla anoche? Estaba metido en un recipiente de comida para perros, y adivina quién venía a cenar.

—Flaco Ruiz —dijo Isaiah—. ¿Sabes quién es?

—Sí, sé quién es —respondió Dodson—. Era el chico que recibió disparos cuando aquellos dos Locos me persiguieron por la taquería. Mataron a sus padres y él recibió un tiro en la cabeza. ¿Eso es lo que te estaba obsesionando todo este tiempo?

—Espera. ¿Te perseguían a ti? Es increíble.

Dodson no parecía arrepentido, ni siquiera avergonzado. Parecía Dodson. No se inmutaba, no se preocupaba, estaba listo para hacer lo que fuera, si tú también lo estabas.

—¿Sabes lo que pasó con Flaco? —dijo Isaiah—. ¿Acaso te importa?

—Lo que me importa son mis asuntos —dijo Dodson.

—Flaco tiene daño cerebral y será un discapacitado toda su vida.

—Sí. ¿Y qué?

—¿*Cómo que y qué?*

—Yo no disparé a ese chico; tampoco a sus padres.

—Tú empezaste la guerra. Tú empezaste la guerra cuando le robaste a Junior.

—Estuve involucrado. Como tú. Como mucha gente.

—¿No te remuerde la conciencia? ¿Tienes conciencia?

Dodson, por fin, reaccionó; levantó el mentón, y su actitud demasiado tranquila se endureció y se volvió beligerante.

—Mejor que te calmes, hijo. No eres ningún ángel sentado sobre mi hombro. Tengo conciencia, y lo que me dice no es asunto tuyo.

Dodson llevó los platos a la cocina. Isaiah miró el televisor. Llevaba mucho tiempo esperando para enfrentarse a Dodson. Descargar parte de la culpa, hacerlo sentir como un delincuente de poca monta, como una escoria, una basura. Se suponía que Dodson tendría que confesar, suplicar perdón y

ofrecerse a reparar la situación, pero en cambio se había ofendido, como si Isaiah fuera un gilipollas por haber sacado el tema a colación. Isaiah estaba enfadado pero lo que más sentía era una tristeza abrumadora. Dodson era así. La gente era así. ¿Y qué si uno la cagaba y le arruinaba la vida a alguien? Uno había sobrevivido sin ningún rasguño. ¿Acaso no es eso lo único que importa?

Había un anuncio de tylenol. Se veía a un abuelo levantando a su nieto en el aire y haciéndolo girar mientras la voz en *off* decía que tylenol era el analgésico más recomendado por los médicos para todo lo que uno hiciera. Isaiah había tomado mucho tylenol en su época hasta que descubrió que el mismo medicamento genérico costaba mucho menos.

Isaiah se quedó quieto. La clarividencia le inundó el torrente sanguíneo. Repasó todas las conexiones lógicas y casi se permitió una sonrisa.

Dodson salió de la cocina secándose las manos con una toalla.

—Pensé que te ibas —dijo.

—Lo sé.

—¿Qué sabes? ¿Que te vas?

—El infiltrado. Sé quién es.

LAS INSTRUCCIONES DE BRIAN STERLING eran las siguientes: Cal tenía que ir al edificio Amos Center, en el número 453 de Capital Way, a media manzana del Ventura Boulevard. Los inquilinos eran abogados y asesores financieros. Cualquiera que lo viera entrar pensaría que estaba allí por negocios. Una vez en el interior, debía cruzar el vestíbulo, dejar atrás los ascensores y girar por el pasillo de la izquierda. En el fondo había una salida de emergencia. Cal debía salir por allí y cruzar el callejón hasta el garaje del edificio del doctor Freeman. Brian lo esperaría allí para acompañarlo por las escaleras traseras hasta la entrada lateral de la consulta.

Aunque en realidad la consulta del doctor Freeman se encontraba en Beverly Hills y el segundo edificio estaba en obras. No había nada en el garaje, salvo un espacio vacío. Skip se había ubicado en el callejón que separaba ambos edificios con un Corolla antiquísimo sin ninguna característica distintiva. El rapero pasaría justo delante de él. El plan era seguirlo con el coche, dispararle y salir por el otro extremo. Le había llevado bastante tiempo encontrar el sitio adecuado.

Skip tenía la radio del coche encendida, en la emisora donde retransmitían el partido de los Dodgers. Llevaba pantalones marrones de pana y un chándal gris con capucha que había comprado en Goodwill. Tenía la visera de la gorra

hacia abajo, para proyectar sombra sobre su cara. Se había puesto guantes de látex desde el momento en que había robado el Corolla. La Glock 18c estaba debajo del asiento, junto a un pasamontañas; llevaba la Beretta en una pistolera de tobillo. El teléfono estaba sobre el salpicadero, con la aplicación de Uber en la pantalla, y había restos de una ración de McNuggets en el asiento a su lado. Había reclinado el asiento hacia atrás para tener el cuerpo más abajo pero de todas maneras podía ver con claridad por encima del salpicadero y había ajustado los espejos para tener una perspectiva completa de lo que ocurría a sus espaldas. Fingió dormir, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos enguantadas ocultas debajo de las axilas. Si pasaba alguien, parecería un conductor de Uber normal y corriente, que estaba haciendo una pausa y escuchando el partido.

Estaba listo.

CAL ESTABA EN SU VESTIDOR, que era ligeramente más pequeño que la cancha de pádel. Se miraba en el espejo de sastre de tres cuerpos. Por suerte, solo había quemado una mínima parte de su irrelevante vestuario. Para la reunión con el doctor Freeman había elegido pantalones cortos de cinco bolsillos Dolce & Gabbana, un polo de piqué con logo de Alexander McQueen y unos mocasines Jimmy Choo Sloane de jacquard con estampado paisley. Un atuendo informal pero que le haría saber al doctor Freeman que tenía dinero y que no era ningún paciente normal y corriente. Si iba solo en coche, seguramente se perdería, así que su plan consistía en decirle a Bug que le dolía un diente y que tenía que ir al dentista... ¡Ahora mismo, negro! No, no dentro de cinco minutos, y no, no hacía falta llamar a los otros, métete en el puto coche. Hacerlo así. Cuando alguien se enterara de que se había ido, ya se habría ido.

Dadas las circunstancias, Cal se sentía bien. Drogado y no demasiado despierto, pero bastante bien. Estaba harto de estar loco y confundido y recluido en su habitación. Era hora de dejar atrás toda esa mierda.

Estaba listo.

ISAIAH, ANTHONY Y DODSON estaban abajo, en la cocina, de pie junto a la isleta central donde Cal había comido tempeh a la brasa y había visto cómo el pitbull gigante entraba por la puerta para mascotas.

Isaiah estaba incómodo. Sentía que estaba precipitándose. La solución del caso ya estaba a la vista. Algo reluciente que ondeaba bajo la superficie del agua.

—Bien, ¿de qué va todo esto? —dijo Anthony.

—¿Cuánto hace que te estás viendo con Noelle? —dijo Isaiah.

—No me estoy viendo con ella. ¿De dónde has sacado esa idea?

—Has estado con ella todo el tiempo, tal vez incluso cuando todavía vivía en esta casa. Tiene sentido. Hacéis buena pareja.

—Bueno, gracias, pero estás equivocado y acabo de preguntarte de dónde has sacado la idea de que estábamos juntos.

—Noelle apareció en el *The Shonda Simmons Show*.

—Sí, lo vi. No dijo nada sobre mí.

—Noelle conocía los nombres de todas las medicinas de Cal y ¿cómo podría saberlo a menos que se lo dijeras tú? Bug y Charles no lo sabrían y a Bobby no le interesa. Se lo has contado tú, Anthony. No puede haber sido nadie más.

—¿Qué puedo decir? Te equivocas.

Isaiah lo miró y Anthony le sostuvo la mirada un momento antes de hundirse en una especie de cansado alivio.

—Vale, sí, me estoy viendo con Noelle —dijo—. Vamos en serio y planeamos casarnos. ¿Qué tiene de malo?

—¿Entonces por qué le has dicho los nombres de los medicamentos?

—Solo se los he dicho, ¿vale? —respondió Anthony—. Tal vez lo hice para presumir.

—¿Así es como presumes? —dijo Dodson—. Es impresionante que hayas conseguido novia.

En la entrada un motor cobró vida con un rugido y un escape trucado burbujó en punto muerto.

—¿Adónde va Bug? —dijo Isaiah.

—Ni lo sé ni me interesa —dijo Anthony—. Lo preguntaré una vez más. ¿De qué va todo esto, Isaiah?

Isaiah se sentía cada vez peor. Algo estaba mal. Podía oír la voz severa de la señora Washington: *Pero este es un ejemplo de cómo el razonamiento inductivo puede llevaros a error. Tal vez no tengáis todos los datos.* Dodson estaba inquieto, asentía con la cabeza, se moría por ir al grano.

—Adelante —dijo Isaiah.

—Tú sigues los movimientos de Cal y se los cuentas a Noelle —dijo Dodson.

—Sí, le cuento lo que sucede —respondió Anthony, encogiendo ambos hombros—. A ella le divierte, cree que es gracioso. No podéis culparla.

—Confiesa, primo, te hemos pillado. Tú y Noelle tratáis de sacar a Cal de casa para que Skip pueda meterle un balazo.

—¿Pensáis que esto es una conspiración? Oh, Dios mío, qué locura.

—¿Qué más le has contado a Noelle? —prosiguió Dodson—. ¿Cuándo sale Cal? ¿Cuándo está junto a una ventana? ¿Cuándo está solo?

—Mirad, no lo entendéis... —La actitud de Anthony era como si estuviera en medio de un atasco y tuviera que mear—. De acuerdo, no voy a hablar más de esto —dijo—. Ahora, si no os importa, tengo cosas que hacer.

Charles entró.

—¿Dónde ha ido Cal? —dijo.

—¿A qué te refieres? —dijo Anthony—. ¿No está en su dormitorio?

—Bug lo ha llevado a algún sitio, acaban de marcharse. He llamado a Bug pero tiene el teléfono desconectado. Cal me ha colgado.

Cuando Isaiah salió corriendo de la cocina le pareció ver que Anthony sonreía.

ISAIAH DESCENDIÓ DE LA COLINA donde estaba la residencia de Cal al doble del límite máximo de velocidad. Se sentía seguro cuando conducía, fluido como el lubricante K-Y, con la caja de cambios de seis velocidades, los ojos concentrados, sin siquiera parpadear, viendo el giro y la línea recta como si estuvieran pintados en la carretera.

—Mierda —dijo Dodson cuando giraron a la izquierda en una curva muy cerrada y la cola del Audi derrapó en la otra dirección—. ¿Quién te enseñó a conducir?

Isaiah llamó a Cal y puso el altavoz.

—Cal, soy Isaiah.

—¿Qué hay, señor Q? —dijo Cal—. ¿Ha averiguado algo sobre la zorra?

—¿Dónde está?

—Yendo a una cita.

—¿Con quién?

—¿Y eso por qué es asunto suyo? Si quiero ir a ver al doctor Freeman, lo haré.

Isaiah oyó por el teléfono el resuello de un autobús. Cal estaba en las calles de abajo, mientras que la consulta del doctor Freeman se encontraba en

Beverly Hills. Bug tendría que haber cogido la autopista si iba a Beverly Hills.

—Escúcheme, Cal —dijo Isaiah—. No vaya a la cita. Es una trampa.

—¿Una trampa? ¿Y por qué el doctor Freeman me tendería una trampa? Bug, ¿tenemos tiempo para parar y comprar una docena? ¿Qué? ¿Que sí lo tenemos si quiero llegar tarde? ¿Qué te parece si te digo que tú llegarás demasiado tarde para conservar tu trabajo? ¿Qué te parece, Bug?

—¿Dónde es la cita, Cal? ¿Cal?

—Mierda, Bug, mira lo que has hecho... sí, es culpa tuya. Yo no lo habría derramado sobre ti si tú no fueras tan rápido, torpe cabrón que no sabe conducir.

—Cal, pare y espérame.

—¿Has visto a ese hijo de puta? ¡Ey, ey! ¿Habéis visto quién viaje en este coche? Ya sé que puedo subir la ventanilla, Bug, ¿crees que no sé cómo funciona una jodida ventanilla? ¿Qué botón es? ¿Qué? ¿Que mire los números? Tú mira los condenados números.

—¿Cal, me oye? ¿Cal?

—Es allí, Bug. ¿Qué es toda esta mierda? Mira, Bug, allí hay sitio para aparcar, ve y cógelo. ¿Qué es eso de que no puedes? ¿Has olvidado cómo se aparca?

—Atienda al teléfono, Cal. ¿Me oye?

—Mierda, Bug, lo hemos pasado. Juro por Dios que no sirves para nada. Debería reemplazarte por uno de esos mayordomos. Diddy tenía uno que le sostenía una sombrilla encima de la cabeza para que no le diera el sol.

—No vaya, Cal. ¡No vaya!

—Debería haber conducido yo. Al menos puedo reconocer un sitio para aparcar cuando lo veo. Bueno, da la vuelta a la puta manzana y déjame. ¿Crees que podrás, Bug? ¿Dar la vuelta a la manzana y dejarme? ¿O es demasiado para ti? ¿Qué? ¿Acabas de decirme que me calle la puta boca? No debes de saber con quién estás hablando. ¿A qué te refieres con que este es el día? ¿Qué día? ¿Qué estás haciendo, Bug? ¿Por qué paras aquí?

Se oyó a Bug salir del coche y un momento después se abrió la puerta de Cal.

—¿Qué? —dijo Cal—. ¿Que salga del coche? ¿Por qué tendría que salir del coche? No me pongas las manos encima, Bug, me estás jodiendo el... no quiero salir del... vale, vale, salgo, no tienes que... me estoy asfixiando con el cinturón de seguridad, Bug.

El teléfono cayó al pavimento con un ruido y la llamada se cortó.

Isaiah redujo una marcha, descendió a toda velocidad de la colina y se internó en el tráfico.

—¿Dónde vamos? Podrían estar en cualquier parte —dijo Dodson.

—Cal dijo que quería una docena —respondió Isaiah—. Estaba hablando de los Krispy Kreme.

SKIP ESPERÓ EN EL COROLLA. La cita era a las once y ya eran las once y cuarto. El rapero llegaría tarde, qué sorpresa. Skip se puso el pasamontañas y deslizó la corredera de la Glock.

—Vamos, gilipollas —dijo—. ¿Dónde estás?

CAL ENTRÓ EN EL VESTÍBULO DEL AMOS CENTER. Le dolía la garganta a la altura del cuello donde el cinturón de seguridad se le había hundido en la piel y estaba empapado. Bug lo había sacado por la fuerza del coche y lo había arrojado a la fuente delante del edificio Fidelity. Cal vaciló. Las instrucciones de Brian Sterling habían quedado un poco pasadas por agua. Brian había dicho algo respecto de un pasillo, pero del vestíbulo salían tres. Cal dijo:

—Pito, pito, gorgorito.

EL AUDI CIRCULABA POR VENTURA BOULEVARD, zigzagueando en el tráfico, y aminoró la velocidad cuando pasó delante del local de Krispy Kreme.

—¿Y entonces? —dijo Dodson—. Allí está el Krispy Kreme. ¿Ahora qué?

—A Cal se le cayó la bebida sobre Bug —dijo Isaiah—. Si giras a la derecha, el que está sentado en el asiento del pasajero se inclina a la izquierda.

Isaiah giró a la derecha.

—¿Cómo sabes que ha girado aquí? —dijo Dodson—. Tal vez lo hizo en el callejón que acabamos de pasar.

Isaiah no respondió; siguió mirando hacia delante, preocupado.

—Cal le gritó a alguien y quería cerrar la ventanilla... ¿Por qué? ¿Por qué él...? Allí, más adelante, están reparando la calle. Ese tipo tiene un martillo neumático. Cal quería librarse del ruido. Esta es la calle correcta.

Dodson empezaba a exasperarse. Era como si su trabajo consistiera en lanzar pelotas de *softball* para que Isaiah pudiera batearlas y sacarlas de la



pista.

—De acuerdo —dijo—. Pero todavía no sabemos dónde vamos.

EL PASILLO «PITO» DABA A UN PATIO. El segundo «pito» era como un laberinto. Cal giró esquina tras esquina y terminó de nuevo en el vestíbulo. El pasillo «gorgorito» seguía recto pero se suponía que tenía que haber un cartel indicando una salida. ¿Era aquello? ¿Era aquel borrón rojo en el otro extremo, o se trataba de una de esas cosas flotantes que veía cuando había bebido mucho y había tomado demasiado lorazepam?

SKIP OYÓ QUE ALGO SE ACERCABA DETRÁS DE ÉL. Miró en el espejo retrovisor y vio a cinco patinadores. Con gorras, sin cascos, camisetas con logos y Vans negras o azules. Probablemente cursando los últimos años de secundaria. Pasaron junto al Corolla y Skip se quedó con la boca abierta cuando todo el grupo se deslizó hacia el garaje.

—Qué puta mala suerte —dijo. Los oyó hacer ochos entre las columnas y raspar las ruedas sobre los bordillos de aparcamiento. Podría entrar y decirles que se marcharan, pero ¿y si no lo hacían? Tendría que matarlos—. No puede ser que pase esto —dijo. El rapero apareció por la salida de emergencia del Amos Center tal cual se suponía que lo haría. Parecía atontado; se detuvo junto a la entrada para orientarse. Luego cruzó delante de Skip y pasó al garaje. Skip oyó que los patinetes chirriaban, se golpeaban y se detenían de golpe.

Uno de los patinadores dijo:

—¡Tío! ¿En serio?

DODSON SE HABÍA OLVIDADO DE CAL. Lo único que quería era que Isaiah dijera «no lo sé».

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó.

Isaiah disminuyó la velocidad del coche y avanzó a paso de hombre; detrás sonaban las bocinas.

—Cal dijo «es allí, Bug». Tenía que ser la dirección.

—Todos los edificios de la manzana tienen una dirección —dijo Dodson.

—Justo después Cal vio un sitio para aparcar pero Bug dijo que no podía aparcar allí. ¿Por qué? —Los ojos de Isaiah se posaron en una boca de

incendios—. ¡Por eso!

*Mierda, pensó Dodson. Casi lo tenía.*

Isaiah paró el coche y los dos descendieron. Había edificios de oficinas a ambos lados de la calle. Un reloj que estaba en la fachada del edificio Fidelity marcaba las 11:17. La cita, probablemente, sería para las once. Después de la hora punta de la mañana pero antes del almuerzo.

—¿Qué edificio? —dijo Dodson—. Todos parecen iguales.

—Cal dijo «¿qué es toda esta mierda?» —continuó Isaiah, girando en círculos—. ¿Qué mierda? —Se detuvo. Había un camión de alquitrán y un camión grúa delante del Amos Center. Del segundo camión se extendía una grúa que llegaba hasta el techo del edificio y que se inclinaba por encima del andamio de la entrada—. Esa —dijo. Salió disparado mientras Dodson lo seguía pensando *hijo de puta*.

SKIP TENÍA LA FRENTE APOYADA EN EL ANTEBRAZO y el antebrazo contra el volante. Los chicos y el rapero rapeaban.

*Vengo a anunciar que voy a saltar sobre su cara la voy a lanzar  
En su cañería me hundo y me hundo, no es el primero, es el  
segundo  
Me estoy cocainando, me estoy vaciando, y estoy corriendo y  
estoy entrenando  
Mi Gengis kanando, la estoy fecundando, estoy bostezando  
Mientras ahí fuera está amaneciendo, yo sigo con ganas, la sigo  
metiendo  
Chingando chingando chingando hasta el alba  
Chingando chingando chingando hasta que no suene más la flauta  
Chingando chingando chingando hasta que no quede nada  
Chingando chingando chingando hasta el alba*

—¿En serio? —dijo Skip.

\* \* \*

ISAAH Y DODSON ENTRARON EN EL VESTÍBULO del Amos Center y lo cruzaron hasta llegar a los ascensores.

—Skip necesita estar aislado para matar a Cal —dijo Isaiah—. El techo. —Las puertas del ascensor se abrieron. Entraron e Isaiah salió de inmediato—. Sube —dijo.

—¿Tú dónde vas? —dijo Dodson.

—Quiero ver qué oficinas están vacías. Tal vez Skip esté usando una. Tú ve. —Las puertas se cerraron.

Isaiah sabía que Cal no estaba en el techo porque no se había subido al ascensor. No había olor a colonia en el interior del coche pero sí en el vestíbulo, de modo que sí había estado allí, y en el estado en que se encontraba no habría subido por las escaleras. Skip podría haber atraído a Cal a una oficina de la primera planta o al garaje, pero eso no tenía sentido. Había cámaras y gente entrando y saliendo. De hecho, no tenía sentido matar a Cal en ningún lugar del edificio. Isaiah sintió que le picaba el cuero cabelludo. Él era el que había puesto en riesgo a Cal, y si Cal moría era culpa suya. Marcus lo acosaría por toda la eternidad. *¿Por qué aquí?*, pensó. *¿Por qué en el Amos Center?* Tenía que haber una razón... a menos que no hubiera ninguna razón... a menos que aquel fuera el destino final de Cal.

DODSON SUBIÓ EN EL ASCENSOR, que paraba en todas las plantas para que la gente entrara y saliera. Tenía la leve sospecha de que Isaiah se había librado de él, que pensaba que él lo entorpecería, que le estaba faltando al respeto una vez más. ¿Y si Skip sí estaba en el techo con Cal? ¿Qué iba a hacer sin una pipa? No podía subir hasta allí, pero si Cal moría, Isaiah le echaría la culpa, y si subía tal vez el que muriera fuera él. ¿El veinticinco por ciento de cincuenta mil dólares era una suma suficiente para arriesgar la vida? Sabía lo que Cherise contestaría. *Los muertos no necesitan dinero, Dodson. No seas tonto.* Cherise lo trataba con dureza, pero también lo había hecho entrar en razón en numerosas ocasiones. Sí, se bajaría en el próximo piso y mandaría a Isaiah a la mierda.

POR FIN, DESPUÉS DE UN BUEN RATO, el rapeo terminó. Skip oyó a los chicos reír y celebrar, probablemente haciendo ese estúpido apretón de manos y chocando los hombros; sus voces rebotaban con fuerza contra las paredes de cemento. Momentos después, toda la manada salió en patinete del garaje. El rapero estaba allí solo. Skip pensó en entrar y alcanzarlo antes de que ocurriera otra cosa, pero los chicos estaban deslizándose directamente hacia el

Corolla, ocupando el callejón. Skip hizo sonar la bocina y lanzó el coche hacia ellos, pero no paraban de avanzar. *Que te jodan, tío, sí, ven, arróllanos. Sí, cabrón, persíguenos.* Le dieron puñetazos al capó. *¿Qué haces ahí? ¿Te estás haciendo una paja, capullo chingado de mierda?* Un chico con capucha y una gorra que decía PLAN B encajó un escupitajo en el parabrisas. Skip apenas logró reprimir sus ganas de dispararle.

Por fin, los chicos siguieron su camino. Skip pisó el acelerador y el coche corcoveó y se paró.

—No puedo creerlo, joder —dijo. Salió del coche y caminó rápido hasta la entrada del garaje, con la Glock a un lado. Oyó al rapero, justo al otro lado de la esquina.

—Me han engañado —dijo el rapero—. Brian me ha engañado.

Isaiah salió corriendo del Amos Center. Trató de retroceder hasta la puerta pero ya se había cerrado. Estaba atrapado en el vestíbulo.

—Este debe de ser mi día de suerte —dijo Skip.

Sonrió y sus ojos titilaron como estrellas de la muerte. Caminó hacia el listillo y le apuntó el arma a la cara. Había planeado utilizar los proyectiles de impacto múltiple con el rapero, pero esto sería mejor. Salpicar todo el callejón con este cabrón, que a la familia no le quedara nada que ver, apenas pedacitos para meter en el ataúd. Al rapero le dispararía con la Beretta.

—¿Y ahora qué tienes que decir, gilipollas? —dijo, cubriéndose el oído con la mano—. ¿Qué? No te oigo. ¿Qué has dicho? ¿Por favor no me dispaes, ya no me comportaré como un listillo? —Skip deseó que el otro le suplicara o llorara o se meara encima, lo que fuera, en vez de quedarse allí y mirarlo—. Sabía que daría contigo —dijo—. Lo sabía.

ISAIAH ESTABA MÁS FURIOSO QUE ASUSTADO. Este asesino de mierda estaba a punto de meterle una bala en el corazón. No vio toda su vida proyectada delante de los ojos, pero sí la de Flaco. La cara del chico iluminándose cuando vio a Margaret. Y Marcus, saliendo del baño, con esa sonrisa enorme y soleada, cantando *The Way You Do the Things You Do*.

—¿Listo para morir? —dijo Skip.

—Nunca estaré más listo que ahora —respondió Isaiah.

Skip no llegó a ver el rollo de treinta y seis kilos de cartón asfáltico que cayó del cielo. Se derrumbó como una lata de Red Bull aplastada contra el pavimento. La Glock se disparó. Treinta y tres proyectiles de impacto múltiple impactaron en el Corolla en 1,65 segundos.

Isaiah levantó la mirada y vio a Dodson asomándose en el techo.

—Tengo las Puma llenas de alquitrán —dijo—. Ese hijo de puta me debe un nuevo par de zapatillas.

CAL SALIÓ DEL GARAJE y parpadeó unas cuantas veces, dudando de que sus ojos estuvieran bien. ¿Qué estaba haciendo allí el señor Q? ¿Acaso no acababa de hablar con él por teléfono? ¿Tendría algo que ver con Brian Sterling? ¿Por qué había un coche destruido a balazos y quién era ese chico blanco tumbado en el suelo debajo de un rollo grande de papel negro y con un arma? ¿Sería Brian Sterling? ¿Brian Sterling estaba muerto?

—No entiendo —dijo Cal. Se llevó el dorso de la muñeca a los ojos y empezó a llorar—. No entiendo.

## Capítulo diecinueve

### Una condenada bala

*Abril de 2006*

**E**L DÍA DESPUÉS DEL TIROTEO de la taquería, Isaiah fue al hospital, con la voz de Marcus resonándole en la cabeza. Pidió ver al chico que había salido en la tele, pero la enfermera le anunció que no podía visitarlo porque era menor y no era pariente consanguíneo. Se negó a darle información; ni siquiera el nombre del chico. Si quería hablar con la doctora López, tendría que llamar a su consulta y pedir hora.

Isaiah volvió a la cafetería y se instaló cerca de las cajas registradoras. Pasaron cientos de personas, cargando sus bandejas. Cerca de las dos de la tarde, cuando el flujo había disminuido y se había convertido en un goteo, vio a una mujer latina de bata verde y zapatillas de correr. La identificación que tenía en la bata decía Dra. Amelia López. Era huesuda, pero estaba en forma. Brazos largos y codos afilados, muy bronceada, el pelo recogido en una coleta tirante. Maratonista, pensó Isaiah. Esperó hasta que ella se puso a comer un Yoplait y se sentó delante.

—Ese chico —dijo—, el del traumatismo cerebral. Yo hice que le dispararan. Yo hice que mataran a su padre.

Le contó toda la historia a la doctora, de principio a fin, sin obviar nada.

—No sé qué decir —dijo la doctora López.

—Es culpa mía —continuó Isaiah—. Todo es culpa mía.

Había empezado a llorar, con la cabeza gacha, las lágrimas cayéndole sobre las piernas.

—Creo que eres demasiado duro contigo mismo. Tú no sabías que ocurriría eso.

—Tengo que repararlo.

—¿Cómo?

—Mi hermano Marcus era mi único pariente y me lo quitaron. Quiero ser la familia que le quité a ese chico.

Ella lo miró.

—Creo que tienes un buen corazón, Isaiah. Lo digo en serio. Y tus intenciones me parecen admirables, pero no puedo darte permiso para verlo. Eso solo lo puede hacer la familia.

—¿Qué debería hacer?

—Si yo estuviera en tu lugar, rezaría y pediría perdón.

PASARON SEMANAS. La única otra visitante de Flaco era una asistente social que trabajaba en un programa estatal para pacientes sin cobertura sanitaria. Flaco se había hundido en una depresión profunda y se pasaba el día gimiendo algo que sonaba como «mamá». La doctora López le recetó un antidepresivo, pero no dio resultado.

Se sintió aliviada cuando apareció su tío. Estaba impaciente con su camisa granate, su corbata granate, sus pantalones de pinzas grises y el pelo engominado hacia atrás y por encima de las orejas. Preguntó por la taquería y si los Ruiz eran los dueños del edificio y si tenían seguro de vida y si se podía demandar al ayuntamiento. ¿Flaco? Ah, sí, ¿cómo está? El tío se marchó sin verlo.

Lo visitaron los abuelos. Vivían en un complejo residencial para jubilados de Colton y los había traído un miembro del personal del hospital. El abuelo tenía cataratas y prácticamente no veía. La abuela caminaba con ayuda de un andador y prácticamente no oía. La doctora López les preguntó si había otros parientes que pudieran ayudar. No, solo estaba el hijo de ellos, que vendía seguros de renta vitalicia y no era de fiar. Había otros parientes en México, pero tenían sus propios problemas.

La doctora López ya se había visto en situaciones como esa. Un chico solo y abandonado, que añoraba a sus padres y que se hundía en la desesperación. Era un problema psicológico, pero también tenía consecuencias médicas. Aumento de la tensión arterial, del estrés, de los niveles de cortisona. Detestaba ver sufrir al muchacho, un niño no muy

diferente del suyo. Se acordó de Isaiah. De su sinceridad y su entusiasmo. De su necesidad de convertirse en la familia que le había quitado a Flaco.

ISAIAH SE ENCONTRÓ CON LA DOCTORA LÓPEZ en su consulta.

—Te voy a poner en la lista de visitantes —dijo ella—, pero si causas algún problema o le creas cualquier clase de disgusto a Flaco, estás fuera.

Le mostró las imágenes de resonancia magnética de Flaco y señaló con su bolígrafo el punto donde la bola de nueve milímetros había impactado contra el cráneo y le había atravesado el lado izquierdo del cerebro, aniquilando millones de neuronas antes de salir cerca del ojo izquierdo.

—El traumatismo le provocó una inflamación en el cerebro —explicó—. Podría haberlo matado. Tuve que hacerle un orificio en el cráneo para aliviar la presión.

—¿Un orificio en el cráneo? —preguntó Isaiah—. ¿Cómo?

—Se retira el cuero cabelludo, se le practica un orificio taladrando a través del hueso y se corta un segmento con una sierra eléctrica. No es bonito. Luego lo colocamos en un respirador y lo sometimos a un coma inducido.

Isaiah nunca había tenido ninguna enfermedad ni lesión grave y jamás había estado en un hospital hasta ese momento. Haber obtenido un A en biología no lo había preparado para eso.

—Espere. ¿Le provocaron un coma?

—Para reducir el flujo sanguíneo y dejar que el cerebro descanse. Luego reemplazamos el tubo respiratorio por una cánula de traqueostomía. Podrás verla; le sale de la garganta.

—¿Cómo come? —preguntó Isaiah, horrorizado. ¿En serio le habían hecho un agujero en el cuello?

—A través de una sonda de alimentación por vía nasal. Luego se le practicó otra cirugía para quitar las astillas de hueso de la cuenca fracturada del ojo izquierdo y habrá más operaciones en el futuro. Tenemos que reparar las lesiones del cráneo y reemplazar una parte de este con una placa de cerámica.

Isaiah tardó un momento en procesar toda esa información.

—¿Pero se encuentra bien?

—Diría que está todo lo bien que puede esperarse —respondió la doctora López.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que vuelva a la normalidad?



—No va a volver a la normalidad —dijo ella—. Tiene el lado derecho paralizado; estará en silla de ruedas toda su vida. Tiene las funciones cognitivas afectadas. Deberá volver a aprender a hablar, a leer y escribir, a mover los brazos, a usar las manos. Y los nombres de las cosas. También tendrá que reaprenderlos. Silla. Casa. Coche. El alcance del daño psicológico aún está por determinarse. —Golpeó la imagen de resonancia magnética con el bolígrafo—. Todo por una condenada bala.

ISIAH ESTABA DE PIE al lado de la cama de Flaco. El chico era pequeño y estaba pálido como papel de cera. Con moratones alrededor de los ojos, puntos en la cabeza afeitada como si fuera Frankenstein, tubos que salían de todas partes, monitores relampagueando con números.

—Hola, Flaco —dijo—. Me llamo Isaiah. Voy a quedarme un rato aquí, si no te molesta.

Flaco estaba sedado y no reaccionó. Isaiah se sentó y se puso a leer sobre lesiones cerebrales en su portátil. Se quedó dos horas, dijo que regresaría el día siguiente y se marchó.

Iba cada día y hacía lo mismo. Decía «hola, Flaco» y se sentaba con su portátil. Reprimía el impulso de decir «sé cómo te sientes» o «yo también he pasado por esto». Nadie sabía lo que era perder a Marcus y nadie sabía lo que Flaco sentía en ese momento salvo con palabras que no tenían ningún significado. Asustado, abandonado, enfadado, confundido. Por el momento bastaba con estar allí, sin mejorar nada, pero sin empeorar nada tampoco.

La doctora López los vigilaba de vez en cuando. Veía a Isaiah leyendo en voz alta fragmentos de *Harry Potter* para Flaco y a Flaco escuchando música en los auriculares de Isaiah y a Isaiah manteniendo pelotas de tenis en el aire y haciendo trucos de magia. Se marchaba sin decir nada.

ISIAH ALQUILÓ UN APARTAMENTO de un ambiente cerca del hospital. La moqueta color habano tenía agujeros y el cuarto de baño olía a cañería. Visitaba a Flaco dos veces al día. Cuando no estaba allí, acudía a la biblioteca a buscar libros para leer en voz alta y aprendía a hacer trucos de magia y malabares. A Flaco le gustaban.

Isaiah comía en la cafetería del hospital o compraba sándwiches envueltos en plástico en Vons y los comía sentado en el bordillo de la acera como un pordiosero. Todavía tenía mucho tiempo libre. Tomó clases de Krav Maga

porque el gimnasio estaba cerca del hospital. El Krav Maga era un arte marcial desarrollado por el ejército israelí. El principio guía: defender y atacar al mismo tiempo. Llegó a ser bastante bueno, pero no le interesaban los cinturones ni los torneos.

FLACO EMPEZÓ LA REHABILITACIÓN. Terapia motriz, terapia cognitiva, terapia para afasias, terapia del habla. Poco a poco, empezó a progresar.

La voz de Marcus jamás estaba lejos. Sonaba tan real y próxima que era como si estuviera allí, junto a Isaiah en la habitación del hospital, sentado en el bordillo de la acera mientras comía sus bocadillos, de pie a su lado cuando trataba de conciliar el sueño.

*Si crees que leerle Harry Potter a ese chico te exime de culpa, estás muy equivocado. Flaco no es más que el principio. La guerra ha ocasionado muerte y destrucción y ha hecho que personas inocentes temieran por su vida y por la vida de sus hijos y se sintieran avergonzados del sitio en el que vivían. Se suponía que tú ibas a animar a la gente, aliviar su sufrimiento, brindarles justicia, hacer el bien... Oh, lo siento, ¿estás llorando otra vez? Bueno, espero que no sea por ti, porque yo no te tengo lástima y tú tampoco deberías tenértela. ¿Qué? ¿Qué ha sido eso? ¿No puedes compensar a todos por todo lo que ha sucedido? ¿Esa es tu excusa? ¿Como no puedes compensar a todos no vas a compensar a nadie?*

ISIAH DEJÓ DE GASTAR EL DINERO de los atracos y ahorró lo que quedaba para Flaco. No sabía qué otra cosa podría hacer. Estaba arruinado, así que consiguió trabajo en el Refugio de Animales de Hurston. Los animales le gustaban y Harry le gustaba, pero el ayuntamiento recortó el presupuesto y Harry tuvo que despedirlo.

Empezó a trabajar como vigilante nocturno en Hopkins, un taller de mecanizado y soldadura. Aprendió a usar las máquinas viendo vídeos y practicando de noche. El señor Hopkins se lo encontró trabajando con la cubierta de la cabina de un avión Spitfire de época que pertenecía a un cliente. Estaba impresionado, pero no podía contratar a Isaiah por cuestiones sindicales.

Hopkins lo recomendó a Garrison Robles, un armero que fabricaba armas de fuego y municiones bajo pedido. Garrison buscaba un operario que aceptara un salario bajo a cambio de aprender el oficio. Isaiah tenía dudas

respecto de aceptar el empleo. Desde el tiroteo, las armas lo asustaban, y la doctora López, con su condenada bala, lo había vuelto casi fóbico.

A LOS ONCE AÑOS DE EDAD, a Isaiah le daban miedo las arañas. Se negaba a tomar un baño porque había un fólcido en la bañera.

—¿Esa cosita? —había dicho Marcus—. No puede hacerte daño.

—No me importa —dijo Isaiah—. No pienso meterme allí.

—A mí me asustaban las serpientes. Ni siquiera podía mirarlas en foto. Así que las estudié, aprendí sus motivaciones, estudié cada detalle. Las convertí en una cosa en lugar de un demonio.

—¿Todavía te dan miedo?

—Oh, sí, me horrorizan... pero ahora sé a qué me enfrento.

Isaiah aprendió mucho de armas y municiones mientras trabajaba para Garrison. Seguían dándole miedo, pero sabía a qué se enfrentaba.

HUBO OTROS EMPLEOS. Trabajó como barista en el Coffee Cup, preparando expresos, café con leche y frapuchinos moca. Aprendió sobre el café y sus olores. A dividir los aromas en notas de carbón, chocolate, frutos rojos, caramelo y una docena más. Empezó a prestar atención a los olores en general. Cuando entraba en una habitación, cuando conocía a alguien, cuando abría un paquete. Trabajó para un bufete jurídico como portador de citaciones. Le gustaba encontrar a personas que no querían que se las encontrara y también le gustaba leer las notificaciones que entregaba. Divorcios, órdenes de comparecencia, demandas, requerimientos, cartas de cese y desista. Un minicurso de derecho. Trabajó en una tienda de artículos deportivos. Tenía una pared para practicar escalada y él se interesó en ese tema. El tipo de esa tienda lo llevaba a escaladas en Eagle Peak, Stoney Point, Joshua Tree.

SU MEJOR TRABAJO FUE EN EL DESGUACE DE TK. Cinco desoladas hectáreas cerca del canal Domínguez. TK era un anciano delgado que olía a aceite para motores y sudor, que tenía espacio suficiente en su mono de trabajo como para dos TK más y que llevaba una gorra tan sucia que apenas podía distinguirse el logo de STP.

—¿Cómo te llamas, hijo? —dijo TK, limpiándose las manos con un trapo que estaba más sucio que las propias manos.

—Isaiah Quintabe —dijo Isaiah.

—¿Alguna vez habías trabajado con coches, Isaiah Quintabe?

—No, señor, pero sé de herramientas y aprendo rápido.

—Debe de haber seiscientos vehículos aquí, además de las piezas. Si no puedes distinguirlos, no me sirves para nada.

—Puedo distinguirlos —respondió Isaiah. Había visto cada marca y modelo aparecer por la rampa de salida de Anaheim. Una vez que Isaiah hubo nombrado todos los coches en un radio de treinta y cinco metros, TK dijo:

—Oye, ¿habías oído este? Había dos viejos en la misa y durante la homilía el viejo se inclina hacia la vieja y le dice: «Acabo de tirarme un pedo silencioso. ¿Debería decir algo?», y la vieja responde: «No, pero mejor ponle una pila nueva a tu audífono». —Isaiah se rio por primera vez en mucho tiempo. TK encendió un Pall Mall e inhaló entrecerrando los ojos—. Bueno, supongo que el puesto es tuyo, muchacho —dijo.

De joven, TK corría con un Turbo Eclipse por las amplias calles cerca del aeropuerto de Ontario, conducía superkarts en CalSpeed y también competía con un CRX muy tuneado en las carreras del Club de Coches Deportivos de América hasta que ya no pudo costárselo. Isaiah encontró cajas con trofeos abollados en el almacén. TK le enseñó a conducir. A conducir de verdad. Cómo hacer el punta-tacón, cómo nivelar las revoluciones en las reducciones de marchas, cómo hacer que el coche se desvíe con el freno de mano. Instalaron su propia pista de carreras. Curvas en ese a través de las hileras de coches aplastados, una recta a lo largo del cerco perimetral, luego una curva a la derecha muy cerrada en torno a la montaña de neumáticos, para regresar por las curvas en ese a la línea de meta delante del almacén, donde había que clavar el freno de mano para no chocar contra la grúa.

TK ponía un coche en marcha, hacía que Isaiah se colocara al volante con un casco de motocicleta rayado y empezaba la clase. TK sabía mucho, pero la paciencia no era una de las virtudes que más cultivaba. Saltaba en el asiento del pasajero, señalando cosas que Isaiah no veía, y anticipaba las curvas con un movimiento de la mano.

—Más abierto, más abierto, maldita sea... vale, vale, aquí está el giro, frena hasta el umbral, escoge la línea... no, por allí no, te estás adelantando, guía, guía, sal de la línea ahora... demasiado, demasiado... mierda, chico, si dieran puntos por salirse del carril, serías un condenado campeón.

\* \* \*

ERAN LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA TARDE. El aceite y la corrosión se cocinaban bajo el calor y el resplandor que se desprendía de los parabrisas equivalía a seiscientos soles. Isaiah y TK estaban dismantelando un Audi que había chocado desde atrás contra un camión de dieciocho ruedas. A Isaiah siempre le habían gustado los Audi y este era un S4. Un cohete de bolsillo con piel de cordero.

—¿Has oído este? —dijo TK—. Una mujer atractiva está caminando por la calle y tiene la blusa abierta en la parte delantera y con una de las tetas colgando hacia fuera. Bueno, se aparece un policía y le dice: «Señora, ¿sabe que tiene una teta fuera? Podría arrestarla por exhibicionismo». Y la señora dice: «Mierda, debo de haberme dejado a mi bebé en el autobús».

Isaiah se rio y se metió en el Audi para quitar los asientos. No habían sufrido daños, como tampoco el resto del interior, con excepción del salpicadero. Entonces se le ocurrió una cosa: si podía desarmar un coche, ¿por qué no podría volver a armarlo?

—QUIERO COMPRAR ESTE COCHE —dijo Isaiah.

—¿Este coche? ¿Este? —dijo TK—. A este coche le falta uno de los parachoques, el radiador, las ruedas, el puntal, los amortiguadores, el travesaño; el motor está fastidiado, y quién sabe qué más.

—El motor puede repararse y el tren de transmisión está bien. La parte trasera del coche está como nueva.

—Los recambios para esta cosa cuestan un ojo de la cara y por aquí no llegan muchos Audi, ya sabes.

—Este sí llegó.

—Esto no es un Chevy viejo. Intentar reparar uno de estos coches alemanes es una pesadilla.

—Entonces me ayudarás.

ISAAH TENÍA DIECINUEVE AÑOS y estaba desorientado. Trabajaba en el desguace, visitaba a Flaco y, de vez en cuando, salía con los tíos del gimnasio. Las pocas chicas con las que se había acostado se quedaban con él apenas una o dos semanas. Pensaban que era un tipo extraño, un insomne callado, muy listo, pero con un trabajo de baja categoría, que nunca hacía nada divertido y que pasaba todo su tiempo libre con un chico lisiado.

Aparte de Flaco y de las constantes reprimendas de Marcus, lo que más preocupaba a Isaiah era su estado mental. Sentía que estaba oxidándose, que las neuronas se granulaban y se endurecían hasta formar una costra. Consideró la idea de volver a estudiar pero no había terminado la secundaria. Tendría que aprobar el examen de desarrollo de educación general y arrastrarse durante años por cursos para alumnos universitarios antes de que se pusiera interesante. Podía conseguir otros trabajos, pero empezaría en el nivel más bajo, e ir ascendiendo poco a poco los peldaños empresariales no le resultaba atractivo. Podría haber permanecido así indefinidamente si no le hubiera llegado aquel primer caso.

ERA EL DÍA EN QUE LE TOCABA LAVAR LA ROPA. Isaiah reunió todas las prendas sucias y las llevó al cuarto de lavado. Había una anciana, con la cara arrugada y oscura como un guante de béisbol de los años cuarenta que alguien hubiera encontrado enterrado. Llevaba un vestido floreado estilo hawaiano y tenía una peluca color cobre con un insólito peinado a lo paje. Parecía frustrada y dolorida y se sujetaba la parte inferior de la espalda con una mano.

—Perdón, joven —dijo—. ¿Le molestaría ayudarme a sacar mi ropa de la secadora? Me está dando un ataque de lumbalgia.

Isaiah apiló sobre la mesa la ropa todavía caliente. Al parecer, todo su vestuario consistía en vestidos hawaianos, calcetines de gimnasia y bragas blancas grandes como paracaídas. Le dobló las toallas.

—Mi nombre es Myra Jenkins —dijo ella—, pero todos me llaman señorita Myra. Tú eres Isaiah, ¿verdad? Te he visto por aquí. Eres un joven muy amable, siempre limpio y educado, nunca dices palabrotas. Eres un poco joven para mi Brenda, pero ojalá ella te hubiera conocido antes de liarse con Bernard. Me di cuenta de que ese hombre era un vago inservible en el momento en que le puse los ojos encima, pero Brenda se casó con él de todas maneras; tampoco es que tuviera muchas opciones, con lo poco agraciada que es. Se casaron el fin de semana y Brenda nunca estuvo tan guapa, ni lo estará. La ceremonia estuvo bien, y la fiesta también, aunque se equivocaron con la tarta. Mandaron una cosita pequeñita y lamentable de coco que decía «Feliz cumpleaños, Sheldon».

—Qué pena —dijo Isaiah. Le dieron ganas de salir de allí y lavar su ropa luego, pero era demasiado tarde.

—Por supuesto que como estamos hablando de Brenda, tenía que haber alguna tragedia —dijo la señorita Myra—. Robaron los regalos de la boda.

Debían de ser unos treinta o cuarenta, con envoltorios bonitos y todo eso. Pobre Brenda. Lloró hasta que se le cayeron los ojos.

Isaiah dejó de doblar la ropa.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Oh, los del hotel no habían preparado la sala para la fiesta y no quisimos que los invitados tuvieran que quedarse con los regalos sobre las piernas mientras Bernard trataba de recitar correctamente los votos matrimoniales, así que los pusimos en una habitación que habíamos reservado. Ya sabes, para que Brenda se maquillara y todo eso. Bueno, después de la ceremonia fuimos a buscarlos y habían desaparecido. Una pena muy grande. Pobre Brenda. Lo digo todos los días.

—¿Qué dijeron los de seguridad del hotel?

—El encargado de seguridad dijo que el hotel no se hacía responsable. ¿Qué otra cosa iba a decir?

Isaiah pensó un momento y dijo:

—¿Cómo se llama el hotel?

EL BLUE WAVES RESORT AND SPA había visto mejores días. Había un pez vela de plástico colgado torcido sobre una mesa llena de folletos. La moqueta azul con blasones dorados estaba gastada en algunas partes, los muebles de madera clara tenían manchas de agua y quemaduras de cigarrillos. Isaiah captó olor a limpiador Pledge con aroma a limón, escape de aire de aspiradoras, café y agua sucia de fregona.

Isaiah y la señorita Myra subieron al sexto piso en un ascensor que chirriaba y traqueteaba.

—Esa es nuestra habitación, la 604 —dijo la señorita Myra, señalando la puerta con un movimiento de la cabeza y con voz intrigada—. ¿Eso es lo que querías ver?

Cuando volvieron al vestíbulo los recibió una joven asiática con pantalones marrones y una *blazer* amarillo claro. Tenía la cara ancha y ojos pequeños, es pelo lacio y mustio con raya al medio y una piel rugosa como la superficie de una pelota de básquet. Los miró como si fueran las personas que estuvieran delante de ella en la cola de la Dirección General de Tráfico.

—Queríamos ver al supervisor de seguridad —dijo Isaiah.

—¿Te refieres a Ed? —dijo ella, como si estuvieran a punto de cometer un error estúpido.

—Si se llama así.

—¿Qué os parece la *blazer*? Este color está de moda esta primavera.

—No está mal —respondió la señorita Myra.

—Es usted muy amable. Parezco un frasco de mostaza china.

Dijo que se llamaba Karen Mochizuki. Los llevó al sótano y los condujo por un pasillo largo que tenía una luz deslumbrante y un fuerte olor a blanqueador. Unas lavadoras industriales gemían a través de las paredes.

—Tendréis la oportunidad poco común de presenciar las bambalinas de la seguridad de un hotel —dijo—. No todo es oropel y glamur, como comprenderéis. Hay que mantenerse alerta. Nunca se sabe cuándo Al Qaeda intentará volar la tienda de regalos por los aires.

LA SEÑORITA MYRA SUPONÍA QUE EL SUPERVISOR debía de ser el tipo menos importante del hotel. Su despacho era muy pequeño, estaba pintado de beis satinado, como un baño, y el techo estaba lleno de conductos, tuberías y cables eléctricos. El hombre en sí estaba sentado delante de un escritorio de metal gris, inclinado hacia atrás, con la cabeza apoyada en las manos.

—Pasen —dijo sin levantarse—. Soy Ed Blevins. Por favor, siéntense, siéntense, aquí no nos importan las formalidades. Déjenme adivinar. Han venido por los regalos robados. Usted es la señorita Jenkins, ¿verdad? Y usted es...

—Un amigo —dijo Isaiah.

La señorita Myra se preguntó si Ed iba a presentarse a una prueba para un papel en una película sobre sureños racistas, con su peinado a lo Hitler y sus orejas de Señor Patata. Llevaba una camisa blanca de manga corta que parecía recién salida del canasto de la ropa y una corbata de rayas de mala calidad dura como la aleta dorsal de aquel pez vela.

Ed se enderezó en la silla, sonrió compasivamente y rodeó su taza de café con sus peludos nudillos.

—Señora, como ya le he dicho, yo le compensaría cada uno de esos regalos, pero la política del hotel es la política del hotel. Debo de habérselo repetido mil veces a miles de huéspedes diferentes. El hotel no es responsable de los objetos robados. Está escrito en el formulario y además hay un cartel en cada habitación que así lo indica. Quiero decir, ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Verdad, Karen?

Karen estaba de pie, con la espalda contra la puerta, los brazos cruzados delante.

—Si tú lo dices, Ed —dijo.



—Esta clase de robos son tan comunes como los grumos en la sopa de pollo —dijo Ed, bostezando—. Incluso pasan en el Marriott y en el Hilton. Karen, ¿podrías sentarte, por favor? Pareces una agente del Servicio Secreto.

Había un bolso de lona que tenía escrita la palabra HUMMER sobre un sillón color naranja Fanta. Karen lo levantó, lo sostuvo como si fuera una rata muerta cogida por la cola y lo dejó caer directamente al suelo. Se sentó y dijo:

—¿Así está bien, Ed?

Ed hizo una pausa, inhaló profundamente y exhaló por la nariz. La señorita Myra pensó que podía oírlo contar hasta diez mentalmente. Estaba enfadada con Isaiah. La había traído hasta aquí y no decía ni una palabra.

—Señora, es como ya le he dicho —continuó Ed—. El ladrón les puso los ojos encima apenas entraron al hotel; probablemente estaba vestido como un turista; incluso puede que hasta las haya saludado. Estos tipos son listos, permítame que se lo diga. Luego debió de esperar hasta que ustedes estuvieran en la boda, se metió en su habitación, se llevó todo lo que quiso y desapareció antes de que usted o cualquier otra persona se diera cuenta de lo que había pasado. Casi es para admirarlo. Era un verdadero profesional.

—¿Cómo salió? —preguntó Isaiah.

—¿Cómo salió quién? —preguntó Ed.

—El profesional. ¿Cómo sacó treinta o cuarenta regalos de la habitación y del hotel sin que nadie lo viera?

—Buena pregunta —dijo Ed, como si estuviera respondiéndole a un chico el día de Orientación Vocacional—. Pero trata de entenderlo. En este hotel hay ciento ochenta habitaciones, doce salidas en la planta baja y cuatro más que dan al garaje. No hay forma de que dos personas puedan vigilar todo eso. ¿Verdad, Karen?

—Si tú lo dices, Ed —respondió ella.

—¿Apareció algo en las cámaras de seguridad? —dijo Isaiah.

—No, me temo que no —dijo Ed—. Hubo una avería en el sistema toda la semana. Malditos ordenadores. ¿Qué se puede hacer?

—Fue más que un ladrón —dijo Isaiah—, y eran aficionados.

Karen se aclaró la garganta.

—No lo entiendo —dijo Ed.

—Una persona sola no podría sacar treinta o cuarenta regalos de aquí sin que lo vieran. Había otros huéspedes y personal del hotel. Tuvieron que ser dos, y no eran profesionales. Un profesional no se habría llevado todos los regalos, especialmente los grandes. Cuesta transportarlos y no tiene sentido robar un cuenco de ponche salvo que sea de cristal Waterford y esto no es

Beverly Hills. Un profesional se habría centrado en objetos más pequeños que tuvieran joyas, o en artículos electrónicos. No, estos eran aficionados. — Isaiah miró directamente a Ed—. Y eran empleados.

Las lavadoras seguían gimiendo, pero parecía que la habitación se hubiera sumido en el silencio. La tensión era demasiado elevada para la señorita Myra. Ella quería irse a su casa y ver a Shonda Simmons, y además, ¿de dónde había sacado todo esto Isaiah? ¿Se lo estaría inventando?

Ed tenía los labios fruncidos, como si estuviera besando a su madre.

—Bueno, esa es una acusación muy seria —dijo—. Por tu propio bien, espero que puedas fundamentarla.

—Los empleados sabían en qué habitación estaban los regalos y cuándo estaría vacía —dijo Isaiah—. Seguramente tenían acceso a las tarjetas para abrir las puertas, de modo que entrar no sería un problema. Sacaron los regalos de la habitación, los guardaron en otra y más tarde los sacaron del hotel poco a poco, usando algo como ese bolso Hummer.

—¡Bueno! —dijo Ed, al tiempo que se incorporaba—. Esa es una teoría muy interesante, pero lamentablemente son puras especulaciones, y en tu lugar yo dejaría el trabajo detectivesco en mis manos. En fin, tengo un día muy ocupado y...

—Habitación 605 —dijo Isaiah.

—¿605? —repitió Ed.

—Esa es la habitación donde ocultaron los regalos y la razón por la que nadie los vio. Está justo enfrente de la habitación de Brenda y permanece siempre vacía porque está junto al ascensor, que hace mucho ruido. Hoy también la usaron, ¿verdad? ¿Puedo darles un consejo? Dense una ducha cuando hayan acabado. Los dos huelen a lubricante de condones.

—Oh, Dios mío —dijo Karen, y se olfateó las manos.

Ed adoptó la pose de un gorila. Inclinado hacia delante, los brazos rectos, las palmas abiertas contra el escritorio.

—Puedes inventarte todas las teorías que quieras, pero no tienes pruebas, ni testigos, ni nada.

—Bien, Ed —dijo Karen—. Qué buena forma de no delatarte.

—He hablado con una de las limpiadoras —dijo Isaiah—. Me dijo que todos saben que ustedes roban y que ya lo han hecho antes.

La señorita Myra lo miró. ¿Qué limpiadora?

—Esa es una cochina mentira —dijo Ed—. Y sé quién te lo contó. Esa zorra de Esmeralda. La mujer me tiene manía pero no podría decir por qué.

—La llamas Chiquita Banana —dijo Karen—. Tal vez sea por eso.

—Solo una o dos veces, y si piensa que la gerencia del hotel va a creer en su palabra más que en la mía...

—¡Yo misma creería en su palabra más que en la tuya! —dijo Karen—. Por Dios, qué idiota eres. Jamás sabré cómo permití que me convencieras de hacer esto.

—Karen, yo me ocupo de esto.

—Cállate, Ed, por el amor de Dios, cállate. —Ed empezó a responder, pero Karen lo fulminó con una mirada tan dura que habría bastado para romperle la mandíbula. Se apartó el pelo de los ojos; tenía la cara más brillante y roja que antes—. Lo siento mucho, de verdad —dijo—. ¿Existe alguna posibilidad de que nos olvidemos de todo esto? Haremos lo que ustedes digan.

—¿Qué opina, señorita Myra? —dijo Isaiah. La señorita Myra lo miró como si le hubieran crecido alas.

—Supongo que podría ser —respondió ella.

—Solo me acosté con Ed porque estaba aburrida —dijo Karen—. Me creen, ¿verdad?

Brenda estaba emocionada. Recuperó casi todos los regalos y recibió trescientos dólares por los que faltaban. Como agradecimiento, le hizo a Isaiah unas galletitas con chips de chocolate que la señorita Myra le advirtió que no comiera.

—Este joven es especial —le contó la señorita Myra a su mejor amiga, Elaine—. Este joven tiene un don.

ELAINE Y ARTHUR STEADMAN tenían deudas y eran demasiado orgullosos como para pedirles a sus hijos adultos que los ayudaran. Recurrieron a Don Wheeler, un especialista en resolución de deuda que se anunciaba en las paradas de autobuses y en la radio. Les hizo firmar unos documentos que lo autorizaban a actuar en su nombre pero los documentos resultaron ser escrituras que transferían a Wheeler la propiedad de su vivienda.

—Me siento como un condenado imbécil —dijo Arthur—. Incluso hice certificar los documentos por notario. Llevamos cuarenta y dos años en esta casa.

—¿Cuándo los firmaron? —preguntó Isaiah.

—¿Cuándo firmamos los papeles? El viernes, cerca de las siete. ¿Por qué?

Isaiah sabía que Wheeler no podría presentar los documentos en la oficina de registro del condado hasta el lunes. Tardó exactamente seis minutos en

entrar en la casa de Wheeler, coger los documentos, destruir los ordenadores y dejar la puerta abierta para que los chicos del barrio pudieran saquear la vivienda. Arthur lloró cuando recuperó los documentos. Le habló de Isaiah a Burton Stanley y Burton se lo comentó a Anita y Anita se lo contó a su prometido, Tudor.

ISIAH SE REUNIÓ CON TUDOR en el Coffee Cup. Rondaba la cincuentena e iba immaculado, con su bigote finito y pulcro, uñas manicuradas y un Rolex de oro grueso como un disco de *hockey*. Antes de sentarse, limpió el asiento con una servilleta.

—La hija de Anita se lio con un narcotraficante y huyó con él —dijo Tudor—. Anita está muy disgustada. Llamó a la policía, pero le dijeron que no buscan a los que se fugan, porque por lo general vuelven solos.

—¿Por qué se fugó? —dijo Isaiah.

—Darcy y yo discutimos, de modo que, por supuesto, es mi culpa. La chica está totalmente descontrolada y malcriada y yo se lo dije. Entonces ella empezó a contestarme, a insultarme, a insultar a su madre, y la abofeteé. Le di un buen golpe. Se lo merecía. Cualquier adulto habría hecho lo mismo.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Cuatro, cinco días, algo así.

—¿Tiene una foto?

—Puedo conseguirla.

—El traficante, ¿qué aspecto tiene?

—¿Qué aspecto tiene? Es joven, calvo, usa una camiseta blanca y una pañoleta en la cabeza. ¿Eso reduce las posibilidades?

—¿Sabe cómo se llama?

—Shake. ¿Puede creerlo? Se llama Shake, como un batido. Ah, esto le interesará. Shake, en realidad, no es un narcotraficante, aunque vende drogas. Tiene algunos vídeos en YouTube, así que, por supuesto, eso lo convierte en artista de rap. Qué original, ¿eh? ¿Y sabe lo que le dije? Vaya, de modo que eres un artista. ¿Un artista como quién? ¿Billie Holiday? ¿Wynton Marsalis? ¿John Lee Hooker? El arte trasciende las épocas, y de aquí a cien años nadie recordará nada de ti ni de tus rimas infantiles pero seguirán adorando a Billie y a John Lee. ¿De qué hablábamos?

—De Shake. De cómo identificarlo.

—Bien, veamos. Tiene un tatuaje en el antebrazo, se lo vi cuando se bebió mi zumo de naranja directamente del envase. Era una corona, como la corona

de un rey, y unas letras, CRR o CMM, algo así. ¿Y qué más? Unos números. ¿Mil novecientos?

—La corona es por la calle Prince —dijo Isaiah—. Y el número es mil setecientos. Es el número que corresponde a la manzana. Las letras son CHH. De los Crip Headhunters.

—Acabo de recordarlo —añadió Tudor—. Había unas iniciales, también. MB. Sí, estoy seguro. MB. Eso sí debería servir para descartar sospechosos, ¿verdad?

—MB significa Mata Blood —dijo Isaiah—. Los Crip y los Blood son enemigos.

—Dios Santo, ¿en qué se ha convertido el mundo? —dijo Tudor—. Yo tuve una infancia difícil, pero los jóvenes de ahora son completamente diferentes. Mata Blood. Cuando yo era joven, no había que matar a nadie para ajustar cuentas. Lo hacíamos uno a uno, hombre a hombre, puñetazo a puñetazo. Cualquier idiota puede apretar un gatillo. Y tampoco se daban esas tonterías de moler a alguien a palos. Eso es lo más cobarde que he oído en mi vida. Cinco o seis tipos dándole una paliza a uno. ¿Eso es lo que significa ser un tipo duro hoy en día? Eso es de cretinos, si quieres mi opinión. Si no puedes enfrentarte a las cosas tú solo, ni siquiera deberías estar en la calle.

Oyeron un bocinazo. Desde donde estaban se veía a Anita sentada en el Range Rover de Tudor, que era blanco como la nieve, tamborileando con sus uñas blancas como la nieve contra la ventanilla. Tenía la frente alta como una reina egipcia, si las reinas egipcias mascararan chicles, usaran gafas de sol con estrás y se hicieran un peinado con complicados rizos rubios.

—Anita —dijo Tudor—. Querrá saber cuándo puedes empezar, lo que espero sea inmediatamente.

Tudor no le caía bien a Isaiah. Era arrogante y no pedía ayuda, sino que suponía que Isaiah cumpliría con sus deseos, y ni siquiera era educado al respecto. Y tampoco le gustaba el anillo que llevaba en el meñique ni el traje azul metálico que le quedaba demasiado bien como para haberlo comprado en una tienda ni el reloj Rolex. Un Yacht-Master de oro, el mismo que quería Dodson. Mil novecientos dólares y pico.

—No lo haré gratis —dijo Isaiah.

—Supongo que habré entendido mal —replicó Tudor—. Creía que hacías esta clase de cosas como un servicio a la comunidad.

—A veces sí.

—Pero conmigo no, ¿es eso? —dijo Tudor, quitándose una pelusa imaginaria de la solapa—. Muy bien, joven, ¿qué piensas cobrarme por tus

servicios?

—Mil dólares —respondió Isaiah, eligiendo una cifra al azar.

—¿Mil...? Debes de estar de broma —dijo Tudor—. No te pagaré mil dólares ni nada parecido. ¿Crees que nací ayer? ¿Con quién crees que estás tratando? Yo me ganaba el pan cuando tú todavía estabas en... ¿Adónde vas?

Tudor alcanzó a Isaiah en el aparcamiento.

—Mi oferta es doscientos dólares, y es extremadamente generosa en mi opinión.

—No, gracias.

—¿No, gracias? No has ganado doscientos dólares por un día de trabajo en toda tu vida.

—Sí que lo he hecho.

—Estoy perdiendo la paciencia, joven, pero te diré una cosa. Por el bien de la chica, permitiré que me robes el día de hoy y solo el día de hoy. Trescientos dólares, pero solo cuando Darcy vuelva sana y salva con su madre. ¿Trato hecho?

—No, no hay trato.

—Seamos realistas, ¿vale? Sabes tan bien como yo que recuperar a la chica no es ningún problema.

—Si cree que no es ningún problema entrar en una zona de los Crip y quitarle su chica a un narcotraficante, entonces yo le daré trescientos dólares a usted para que vaya a buscarla.

—Eres duro negociando y lo respeto, pero así estás a punto de perder un cheque muy sustancioso. —Tudor miró a Anita, sonrió y dijo—: Está todo bien, cariño, estamos llegando a un acuerdo. —Anita hizo un globo con el chicle—: Ahora escúchame, joven —prosiguió Tudor—. Estás haciéndome quedar mal delante de mi prometida y puedo asegurarte que eso no lo olvidaré.

—¿Qué pasará cuando lo recuerde? —dijo Isaiah, pasando por alto la amenaza.

—Esta es mi última y definitiva oferta, y no soy de los que se tiran un farol. Quinientos dólares, lo tomas o lo dejas.

—Lo dejo.

—Bueno, acabas de tirar quinientos dólares por la ventana y la culpa es únicamente tuya. No daré mi brazo a torcer, ni siquiera por Anita.

—Oye, Tudor —dijo Anita—. Ni se te ocurra siquiera decir la palabra «coño» hasta que me devuelvas a mi hija.

Tudor sonrió como si acabara de tirarse un pedo en un ascensor lleno de gente.

—¿Aceptas un cheque? —dijo—. No llevo tanto efectivo encima.

CONDUCIR LENTAMENTE A TRAVÉS DE UN BARRIO CRIP buscando a alguien era un comportamiento similar a tirotear desde un coche, y lo más probable era que uno recibiera un disparo. Isaiah encontró a tres chicas de una edad similar a la de Darcy en el Baskin-Robbins, tomando cucuruchos de dos bolas y hablando en voz muy alta.

—Busco a mi hermana, se llama Darcy —dijo—. Mamá ha muerto y tengo que contárselo.

—¿Por qué no la llamas? —dijo una de las chicas.

—No sé cómo se lo va a tomar, ¿me captas? Igual se desmaya o algo así. Tengo que estar a su lado cuando se lo diga.

Las chicas le contaron que había una chica de piel clara que se llamaba Darcy y que vivía en un edificio marrón tres manzanas más arriba, en la calle Prince.

El edificio marrón tenía forma de L. Todas las puertas daban hacia el interior y había grandes espacios blancos donde la pintura se había desprendido del yeso. Había ropa secándose en la barandilla de la segunda planta, un contenedor rebosante de basura en el aparcamiento. Isaiah detuvo el Explorer de cara al sol para que el resplandor del parabrisas impidiera ver el interior del vehículo. Había mujeres sentadas delante de las puertas, hablando. Niños subiendo y bajando las escaleras a toda velocidad, viejos que jugaban al dominó.

Isaiah estaba acabándose el cóctel de frutos secos cuando apareció Darcy delante de uno de los apartamentos de la planta superior. Tenía dieciséis años, camino de treinta y cinco; se había puesto un albornoz, unas bragas y unas pantuflas peludas. Se inclinó sobre la barandilla y miró el aparcamiento como si la decepcionara que todavía siguiera allí. Alguien la llamó. Hundió los hombros. Miró hacia el cielo y entró arrastrándose al apartamento.

Isaiah se vio a sí mismo subiendo por las escaleras y golpeando a esa puerta y a Shake saliendo con la cabeza cubierta por una pañoleta y sin camisa y preguntando qué carajo quería y luego a él explicándole que había venido a llevarse a Darcy a su casa y a Shake sacando una pistola y disparándole en la cabeza. Era evidente que no era la mejor alternativa, y después de pensarlo un poco se le ocurrió otra.

—911, ¿CUÁL ES LA EMERGENCIA?

—Una chica, la tienen secuestrada. Apenas tiene dieciséis años. Creo que tiene problemas.

—¿Dónde se encuentra, señor?

Pocos minutos después había cuatro coches patrulla llenando el aparcamiento. Una multitud vio cómo un agente salía del apartamento cogiendo a Darcy del brazo.

—No he hecho nada —dijo ella—. ¡Suélteme!

Otros dos agentes sacaron a Shake esposado.

—¡Os equivocáis, cabrones! —dijo—. ¡Lo de esa chica es consentido!

FUE UNA REVELACIÓN. Isaiah había ganado mil dólares en un día y había mensajes nuevos en el contestador. El rumor debía de haberse extendido por todo el barrio. *Están acosando a mi hija. La policía me tendió una trampa. Quiero encontrar a mis verdaderos padres. Han robado los ordenadores de mi clase. No encuentro a mi marido. No puedo alejarme de mi marido. Mi hijo no se suicidó.*

¿Por qué no cobrarles mis servicios?, pensó Isaiah. No como le había cobrado a Tudor, pero que le pagaran, valer algo. Sabía lo que diría Marcus.

*¿Que te paguen? ¿Quieres que te paguen? ¿Qué te he dicho respecto del dinero?*

—No es por el dinero —dijo Isaiah—. Puedo ayudar a la gente, empezar a serle útil a la comunidad, hacer el bien, como tú has dicho, ¿recuerdas?

Isaiah esperó. Podía ver a Marcus sentado a la mesa del desayuno, con sus galletas de cereal Shredded Wheat y su café, inclinándose hacia atrás en la silla, asintiendo con la cabeza, reflexionando.

—*Ya veremos, Isaiah. Ya veremos.*



## Capítulo veinte

R. I. P.

*Agosto de 2013*

**A**RRESTARON A SKIP y lo trasladaron al hospital de la cárcel del condado con conmoción cerebral grave, lesión cervical, una clavícula fracturada, una mandíbula rota, costillas rotas y un manguito rotador desgarrado. Justo antes de entrar en coma, le dijo al doctor:

—¡Mis perros!

Isaiah, Harry algunos voluntarios del refugio para animales se desplazaron hasta Blue Hill y rescataron a los perros. *Goliath*, *Attila* y algunos de los otros eran demasiado salvajes y hubo que practicarles la eutanasia. Harry distribuyó al resto de perros y cachorros en hogares de acogida, refugios y entre sus amigos criadores de pitbulls. Habría más pitbulls en el mundo, pero Harry no se animó a sacrificarlos. Isaiah se quedó con uno de los cachorros. Tras la partida de Alejandro, necesitaba un cuerpo caliente en la casa.

Cal ingresó voluntariamente en Tranquility, una institución de rehabilitación de Malibú, y veía al doctor Freeman tres veces por semana. Alguien les hizo una fotografía caminando juntos por los alrededores y se la vendió a los periódicos sensacionalistas. Las ventas del libro del doctor Freeman subieron un seiscientos por ciento.

Anthony pensaba renunciar a su trabajo justo después del divorcio de Cal, pero Noelle estaba recopilando material para un libro sobre su vida junto a un rapero famoso. Cuando Cal empezó a enloquecer, era demasiado jugoso como para dejarlo pasar y ella le había hecho a Anthony prometer que permanecería en el puesto hasta que Cal muriera o lo encerraran en algún lado. Necesitaba

un buen final. Noelle presentó *Desde la nada y otra vez en la nada* en una editorial especializada en libros de revelaciones vergonzosas de celebridades. Les habló a los editores del pitbull gigante, de la hoguera, del asesino profesional y del investigador aficionado al que llamaban IQ. Los editores le dieron un anticipo de 850 000 dólares.

Rodion, el guardaespaldas de Noelle, era grande como un ogro, tenía los ojos como los de un pescado conservado en hielo y una frente de Neanderthal que se inclinaba hacia atrás por encima de una única ceja enmarañada. Era un exagente del KGB experto en interrogar a fondo a los disidentes. Sus instrumentos favoritos eran sus manos enormes y nudosas y sus uñas largas y afiladas. Byron decía que se parecían más a patas de avestruz que a apéndices humanos.

Cuando Charles oyó la pista de Cal, *¿Qué mierda hago en esta tierra?*, supo que el álbum sería un desastre. Desde su punto de vista, cuanto antes entrara Cal en el estudio, antes se humillaría a sí mismo y le dejaría el camino libre a Grandyose. Y había sido Bug quien le había pedido a Noelle que participara en la canción insultante. Por eso las llamadas no estaban registradas en el teléfono de Charles.

Charles intentó colocar su álbum *Tomando el mando* en otros sellos, pero nadie lo aceptó y sin salarios los hermanos no tardaron en arruinarse. Se quedaban en la casa de Cal, se tomaban sus bebidas alcohólicas y pasaban el tiempo con videojuegos en el Sharp de noventa pulgadas. Una tarde, Charles estaba hablando por teléfono, tratando de volver al negocio de la venta de drogas, mientras Bug recogía el desastre de los restos de la hoguera. La Blanquita Culona, y sus amigas Blanquitas Culonas, iban a ir a nadar y algunas cenizas habían caído a la piscina.

—Oye, Charles —dijo Bug, con un escobillón en la mano—, cuelga el teléfono y ven a ver esto.

Allí, entre los escombros achicharrados, había diamantes y esmeraldas sueltos y oro y platino derretido, restos de las joyas de Teddi the Gleam. Los hermanos vendieron todo y compraron un taller de neumáticos y llantas.

Bobby Grimes fue el más afectado. Su artista principal estaba en rehabilitación y Greenleaf retiró la oferta de adquisición de BGME. El resto de su corral fue abandonando el sello. Shonda Simmons comentó que había oído el rumor de que Bobby estaba a punto de quebrar.

QUIÉN HABÍA CONTRATADO A SKIP seguía siendo un misterio e Isaiah no podía sacárselo de la cabeza. Se quedaba repantigado en un sillón, revisando el caso mentalmente, de arriba abajo y de un lado a otro, mientras *Ruffin*, bautizado así en homenaje a David Ruffin, el cantante favorito de Marcus, le mordía los zapatos y hacía pis en todas partes excepto en las bandejas dispuestas para ello. Lo único que podía hacer era volver a trabajar.

El señor Everwood tenía alzhéimer y no recordaba dónde había escondido quince mil dólares en krugerrands. El ex de Susan Paul estaba extorsionándola con un vídeo que habían grabado en la intimidad del dormitorio. Unos vándalos habían vandalizado la clínica de abortos. Habían escrito ASESINOS DE BEBÉS y CAMPO DE EJECUCIÓN en las paredes y se habían largado con un aspirador, un aparato de succión y una silla de quirófano.

Nona, una amiga de Deronda, tenía un marido que la golpeaba cuando estaba ebrio, que era casi todos los días. Isaiah puso dinero para un billete de autocar e hizo venir a Earl, el padre de Nona, desde Bakersfield, donde trabajaba para Union Pacific acoplando y desacoplando vagones de carga y enganchándolos al montacargas. Earl se encontró con el marido de Nona cuando salía de la tienda de bebidas alcohólicas con una botella de casi dos litros de vino Thunderbird. Earl lo molió a palos, le aplastó las manos para que no pudiera pegarle más a Nona y se bebió el Thunderbird en el autocar que lo llevó de regreso a Bakersfield.

Cuando Nona se dio cuenta de que su marido todavía podía patear y morder, decidió irse a vivir con Deronda. Isaiah prometió colaborar. Nona era amiga de Cherise y esta última ofreció como voluntario a Dodson. Usaron el vehículo de Dodson, un Lexus SR de dos tonos y diez años de antigüedad, como camión de mudanzas, con el asiento trasero y el maletero llenos con las pertenencias de Nona y un colchón atado en el techo. El coche marcaba ciento ochenta mil kilómetros en el cuentakilómetros, era silencioso como una bóveda de banco y pasaba sobre los baches como si fueran dibujos de rayuela en la acera. Dodson conducía con el cuello encajado en los hombros y sostenía el volante con un solo brazo estirado hacia fuera. Tupac rapeaba en el estéreo. Isaiah refunfuñaba.

—Necesito neumáticos nuevos —dijo Dodson—. ¿Sabes cuánto cuestan los de este coche? Algo bueno tiene el transporte público. Tal vez tenga que reducir gastos y comprarme un bono de autobús. Está bien, no tienes que hablar, tampoco es que me muera por conversar contigo, pero, solo por curiosidad, ¿te has olvidado de mandarme una tarjeta de agradecimiento?

—¿Una tarjeta de agradecimiento por qué? —dijo Isaiah.

—Por haberte salvado la vida.

—No recuerdo haber recibido ninguna de tu parte.

Isaiah se quedó inmóvil. La clave del caso estaba materializándose como una instantánea Polaroid. Franjas y colores borrosos que iban cobrando forma. El rap de Tupac lo distraía.

—¿Podríamos escuchar otra cosa, por favor? —dijo.

—Podríamos, pero no quiero —respondió Dodson.

—¿No te cansas de él?

—No. No me canso. Entre todos sus álbumes debe de haber doscientas, trescientas canciones, y él grabó más. Sí, Tupac componía como un loco. ¿Recuerdas a Suge Knight y Death Row Records? Suge le robó todo lo que pudo. Tupac vendió millones de discos y cuando murió estaba prácticamente en la ruina.

—¿Suge se salió con la suya?

—Se gastó el dinero, si te refieres a eso —respondió Dodson—. Pero Afeni, la mamá de Tupac, lo demandó y recuperó los derechos de las canciones que quedaban. Eran muchas. Oh, escucha esto.

Tupac rapeó:

*Mi amigo me dijo una vez: no confíes en esos otros imbéciles  
Lucharon como si fueran tus amigos, pero son unos falsos  
cabrones*

—Sí, Tupac debería haber seguido su propio consejo —dijo Dodson—. En el negocio de la música no se puede confiar en nadie. Si no vigilas a esos hijos de puta a cada jodido minuto, son capaces de sacarte los ojos de la cara.

Isaiah se retorció en el asiento. Había líneas conectándose en la Polaroid. Una serie de hechos. Una lógica. La solución del caso. Estaba justo allí. Justo allí, mierda.

Dodson apretó los frenos con tanta fuerza que el colchón se deslizó por el parabrisas y una caja llena de animales de peluche derramó su contenido sobre la parte delantera del coche.

—¿Qué? —dijo Isaiah, mientras arrojaba un koala tuerto por encima del hombro.

—Cuando Tupac murió, Afeni usó las canciones inéditas y lanzó siete discos más —explicó Dodson—. La gente los llamaba los álbumes R. I. P., descansa en paz. Los comercializaron como artículos para coleccionistas. Seis de esos álbumes llegaron a ser discos de platino. *Don Killuminati* vendió

cinco millones de copias. —Dodson miró a Isaiah y dijo—: ¡Tupac vendió más discos muerto que cuando estaba vivo!

—¡Lo sabía! —dijo Isaiah, chasqueando los dedos.

BOBBY GRIMES CONTEMPLABA INDEFENSO cómo el estado mental de Cal desaparecía por el remolino del inodoro. Era imposible que su estrella hiciera un álbum decente antes de la fecha límite acordada o, para el caso, en algún momento próximo. Bobby podía demandarlo por incumplimiento de contrato, pero ¿en qué lo beneficiaría? Los abogados se pasarían un año entero y discutiendo, Bobby perdería a su artista más importante, que también era la razón principal por la que Greenleaf estaba interesada en adquirir GBME.

Pero Cal también componía como un loco y era más prolífico que Tupac. En un álbum estándar había diez pistas, pero grababa quince o veinte y luego descartaba las que tenían ritmos flojos, letras poco interesantes o, por alguna u otra razón, no estaban a la altura de sus expectativas. Bobby estaba desesperado por utilizar las canciones descartadas para hacer más álbumes, pero Cal no quería ni oír hablar de eso. Esos álbumes serían de segunda, decía. Saturarían el mercado y ensuciarían su nombre. Bobby estaba en su derecho si lanzaba las canciones, pero Cal lo había amenazado con emprender acciones legales y con poner esos álbumes por el suelo públicamente. Daría entrevistas, escribiría tuits para sus fans, declararía que las canciones eran de segunda categoría e informaría al mundo del rap de que Bobby faltaba al respeto a sus artistas. Si ocurría eso, los álbumes fracasarían, habría demandas, Greenleaf anularía el trato y los únicos que se beneficiarían serían los abogados.

*Por otra parte.*

Si Cal se reuniera prematuramente con su creador, Bobby podría lanzar más álbumes, tal y como había hecho Afeni. Los llamaría cintas del sótano o grabaciones perdidas o alguna otra tontería. Los de Greenleaf se morirían de emoción cuando se enteraran de que había más de trescientas canciones inéditas. Si a eso se añadían las remezclas, las versiones de homenaje, las grabaciones en directo, pistas adicionales de otros artistas, Bobby tendría más álbumes de los que Cal podría hacer incluso si estuviera limpio de drogas, comiera exclusivamente tempeh asado y viviera hasta los cien años. Podría aumentarle el precio a Greenleaf o directamente anular la operación. Lo único que tenía que hacer era conseguir que alguien se encargara de Cal. Que pareciera un tiroteo desde un coche para que luego la policía investigara a

Noelle o a Kwaylud y no encontrar nada. Todavía no sabían quién había matado a Tupac o, para el caso, a Biggie.

CUANDO BOBBY PROMOVÍA *raves* en Sacramento, Jimmy Bonifant vendía éxtasis y ¿qué sentido tenía ir a una *rave* sin tomarse una dosis doble de vitamina X? Los dos buscavidas compartían un apartamento, desayunaban en el Silver Skillet a las tres de la mañana, llevaban chicas drogadas a su casa y se las beneficiaban en la misma habitación.

Ambos terminaron mudándose a Los Ángeles. A esas alturas, Jimmy ya era alguien importante y había un montón de personas peligrosas en su círculo de amigos. Bobby le pidió una recomendación y Jimmy le habló de un tipo que se llamaba Skip y que criaba pitbulls en el desierto. Estaba loco pero siempre cumplía. Jimmy lo sabía con seguridad. Pero cuando Skip se unió al proyecto, Cal ya no salía de su casa y Skip no podía tirotearlo desde un coche en marcha ni nada parecido. Y luego ese lunático soltó a aquel condenado perro y provocó que Quintabe entrara en escena y lo jodió todo. Que Skip cayera en coma había sido un golpe de suerte. Él, al menos, ya no le causaría problemas, pero la operación con Greenleaf estaba más muerta que Tupac y los acreedores llamaban a Bobby todos los días. Podía declararse en quiebra, pero las canciones inéditas de Bobby eran un activo de la empresa y las perdería a menos que sus abogados pudieran pensar en alguna estrategia. Ya había vaciado los fondos de la empresa, había despedido a la mayor parte de la plantilla y había pasado las canciones a una nube dentro de una nube.

Pensaba ir a Belice, a comprobar el estado de su fondo para emergencias, que constaba de siete cifras y que había guardado en el Banco Central del país, la institución preferida de los lavadores de dinero. Su plan era quedarse allí un tiempo. Descansar en la playa, beber unos cuantos mojitos, probar el talento local y reflexionar. Regresaría al ruedo en algún momento, de eso no había duda. A Marion Barry, el exalcalde de DC, lo habían grabado fumando *crack* con una prostituta. Cuando salió de la cárcel, se postuló para alcalde nuevamente y ganó con el cincuenta y seis por ciento de los votos. Si él podía resurgir de las cenizas, Bobby también.

ESTABA EN LA OFICINA, preparando su equipaje de mano, cuando entró Hegan frotándose el brazo torcido. A Bobby le parecía que las trenzas rasta con cuentas le quedaban ridículas a un blanco, como un turista japonés con

sombrero de vaquero. Uno creería que a esas alturas tendría que haber cambiado el estilo, dejar de aferrarse al pasado. Los días de Hegan, el Hombre Hacha Swaysie, habían quedado atrás. Bobby pensaba llevárselo a Belice. Sabía demasiado y era mejor mantenerlo cerca. Tal vez tuviera un accidente, lo mordería una mamba o se hundiría en arenas movedizas. Nunca se sabía.

—¿Estás listo? —dijo Hegan—. El tráfico en la 405 es muy jodido.

—En un minuto —dijo Bobby.

—Tenemos que pasar por seguridad.

—Ya he viajado en avión. Trae el coche.

HEGAN SE MORDIÓ LA LENGUA. Ya se encargaría de Bobby, a su debido tiempo. Primero lo dejaría utilizar ese fondo para emergencias y luego le recordaría lo que sabía. No pensaba olvidarse de todo este asunto con un apretón de manos, pero tendría que irse con cuidado. Bobby había ordenado el asesinato de Cal sin pensárselo dos veces y haría lo mismo con él apenas surgiera la oportunidad.

—Tengo que sacar mi equipaje de mi coche —dijo Hegan.

—¿Y ahora de quién será la culpa si llegamos tarde? —dijo Bobby.

BOBBY ESTABA BUSCANDO SU PASAPORTE cuando Hegan volvió a la habitación levantando el brazo sano.

—¿Qué te pasa? —dijo Bobby.

Luego apareció Charles apuntando un arma a la cabeza de Hegan, con Bug justo detrás.

—¿Qué hay, Bobby? —dijo Charles.

—¿Alguien agitó un sándwich de jamón? —dijo Bug—. Me pareció oler algo.

—¿Qué es esto? —dijo Bobby.

—¿Te vas de viaje? —dijo Charles, mirando la maleta de mano—. ¿Qué llevas ahí? ¿Las canciones de Cal?

El pánico atravesó a Bobby como una rata corriendo a lo largo de un zócalo.

—Tíos —dijo Hegan—. Os contaré todo lo que queráis saber. Yo era el intermediario, nada más.

Bobby le lanzó a Hegan una mirada letal.

—Mirad —dijo—. Todo esto es un malentendido. ¿Qué os parece si nos sentamos y os lo explico todo en detalle?

—¿Qué quieres hacer, Bug? —dijo Charles—. ¿Quieres sentarte con Bobby y dejar que nos lo explique todo en detalle?

—Claro que no —dijo Bug—. Tengo mucha grasa en la panza y me siento muy pesado. No puedo escuchar todo eso.

—Bueno, ¿entonces qué tienes ganas de hacer?

—¿Sabes qué? Me gustaría jugar a la pelota.

En aquellos primeros momentos de impresión y confusión, Bobby no notó que Bug tenía un bate Louisville Slugger apoyado en el hombro. Era un modelo de aluminio, con mango de cuero con agujeros de ventilación, como una raqueta de tenis. Bug dibujó en el aire unos arcos como para practicar y las ráfagas despeinaron a Bobby e hicieron caer al suelo los papeles que estaban sobre el escritorio.

—Bateador listo —dijo.

ISAIAH ESTABA VIENDO LAS NOTICIAS, vagamente insatisfecho. Todo este escándalo, todas estas vueltas de un lado a otro, ¿y con qué fin? *¿De qué iba este caso?*

—La siguiente noticia de esta noche está relacionada con el ejecutivo discográfico Bobby Grimes —dijo la locutora—. Encontraron al señor Grimes tratando de salir de un contenedor de basura cerca de su despacho de Century City. Grimes tenía una conmoción cerebral, contusiones, huesos rotos y hemorragias internas. Fue trasladado al hospital Cedars-Sinai y su estado es crítico. Un dato curioso es que cuando la policía le preguntó quién lo había atacado el empresario se negó a responder. Y hay otro giro muy extraño en este episodio. Un supuesto asesino profesional que se encontraba en coma a causa de las lesiones sufridas en otro incidente ha recuperado hoy mismo la conciencia y ha señalado a Hegan Swaysie, un asistente de Grimes, como partícipe en un intento de homicidio por encargo. Mañana por la tarde el fiscal del distrito celebrará una conferencia de prensa para explicar los detalles del caso. Ahora pasamos a un tema más agradable: nuestra meteoróloga veterana, Kaylin Kennedy, nos dará el pronóstico del tiempo. Y bien, Kaylin, ¿qué tal pinta este fin de semana?

Isaiah rumió. Un rapero, cuyo valor para la sociedad era bastante dudoso, se había salvado, pero tampoco era como si el bien hubiera triunfado sobre el mal. En realidad, el bien había permitido que un mal menor sobreviviera. Pero



Skip ya estaba encerrado y eso era algo, ¿verdad? Ese loco hijo de puta sí que era el mal. Tal vez era demasiado duro consigo mismo, pensó Isaiah. Tal vez. El lado positivo era, definitivamente, el dinero del bono; el apartamento para Flaco se había convertido en una posibilidad real.

ISAIAH FUE A VER A TUDOR para hablar de una segunda hipoteca. Estaba a punto de aparcar delante del edificio cuando recibió la llamada del contable de Cal. Le contó que tenía malas noticias. No le mandaría el cheque del bono. El nivel de despilfarro de Cal más las obligaciones fiscales lo habían dejado en una situación crítica. Cal iba a declararse en quiebra y había una larga lista de acreedores. Le debía dieciséis mil al doctor Freeman. Isaiah tendría que ponerse en la fila y solo podía aspirar a recibir una mínima parte de lo que se le debía, en el mejor de los casos. Por otro lado, antes de que le embargaran las cuentas a Cal, había podido librar un cheque para cubrir la tarifa diaria de Isaiah y le llegaría en uno o dos días.

—¡¡¡MIERDA!!! —dijo Isaiah, golpeando el volante con ambas manos. Todo ese trabajo, todas esas preocupaciones, por no mencionar el hecho de que habían estado a punto de matarlo, para que terminaran fastidiándolo con el dinero, la única cosa que hacía que el caso valiera la pena.

ISAIAH LLEVÓ A FLACO A VER A MARGARET CHO al Hollywood Bowl. Era bastante graciosa, toda tatuada y mucho más atractiva que en el recorte. Isaiah admiró la manera en que se animaba a recorrer aquel gran escenario completamente sola. Sin escenografía, sin efectos especiales, solo ella ante diecisiete mil personas que esperaban que los hiciera reír. Flaco rio a carcajadas, incluso en las partes que no eran graciosas. Cuando terminó la actuación, agitó ambas manos, como si estuviera varado en una isla desierta.

—¡Nargret! ¡Nargret! —dijo—. ¡Te amo, Nargret! ¡Te amo!

Isaiah y Flaco empezaron a buscar apartamentos del programa de protección oficial Sección 8. Los que veían estaban en mal estado y eran deprimentes. Isaiah le ofreció a Flaco irse a vivir con él y Flaco respondió que se lo pensaría. Quería residir en una zona atractiva que estuviera llena de chicas.

DODSON SE PRESENTÓ A COBRAR SU PARTE de los honorarios diarios. La quería en efectivo porque, según comentó, su relación con Hacienda estaba pasando por un período de transición.

—¿No es una putada? —dijo cuando entró—. Cal tiene todo el dinero del mundo hasta el juicio final. Qué mala suerte. Lo único que puedes hacer es esperar que llegue algún golpe de buena suerte que te permita salir de los números rojos; y a propósito, ¿no crees que yo debería recibir un poco más por haber resuelto el caso?

—Yo lo habría deducido tarde o temprano —dijo Isaiah.

—Sí, lo entiendo. Es difícil aceptar que alguien cuya habilidad intelectual has menospreciado y a quien le has faltado al respeto durante tantos años se aparezca y te salve los papeles. ¿Qué era aquello que dijiste? ¿Este es mi trabajo?

—¿No tienes que ir a algún sitio?

—No seas demasiado duro contigo mismo. Ya sabes lo que se dice, lo que no te mata puede volver más tarde y matarte de verdad. Ten. Esto es tuyo.

Dodson le dio a Isaiah un cheque al portador.

—¿Qué es esto? —dijo Isaiah, mirando fijo la cantidad.

—Junior llevaba encima ochenta y cinco mil para la reposición. Le di cinco mil a Deronda justo después del robo. Esa es la mitad del resto.

—Esto es mucho más que cuarenta mil.

—Compré bonos municipales. Cupones del siete por ciento. Ya no se consiguen de esos. No vencían hasta hace unos días, si no, habrías recibido el dinero antes.

—¿No podías habérmelo dicho?

—Quería darte una sorpresa. Oh, casi lo olvido.

Dodson le tiró a Isaiah un juego de llaves.

—¿De dónde son? —preguntó Isaiah.

—¿Viste el partido de los Lakers anoche? —dijo Dodson—. Kobe estaba lesionado y trató de no hacer grandes esfuerzos la mayor parte del partido. Cherise decía que era porque estaba viejo y que debería retirarse antes de quedar como un tonto. Yo le contesté que Kobe estaba reservándose para anotar cuando llegara el momento. Seis minutos antes de que terminara el cuarto tiempo, Kobe encestó doce seguidas e hizo que su equipo ganara el partido.

—¿Qué ocurre, Dodson?

—Habla con Tudor, él tiene los documentos. Pagué el anticipo con mi mitad. Este cheque debería cubrir el resto y más. Tal vez te convendría abrir

un fondo para la universidad. Eso cuesta caro. Cherise tiene deudas de préstamos para estudiantes que no terminará de pagar hasta que mis propios hijos necesiten préstamos para estudiantes. ¿Te había dicho que Cherise está embarazada? Sí, me enteré ayer.

—Enhorabuena.

—Saluda al Flaco de mi parte —dijo Dodson, volviéndose hacia la puerta—. Dile que he visto algunas mujeres muy atractivas en esa zona.

Isaiah se apoyó en el umbral con el cheque en la mano y vio a Dodson cruzar la calle hasta su coche, contoneándose un poco.

ISAIAH ESTABA EN EL TECHO, acunando la urna con las cenizas de Marcus como si fuera un bebé recién nacido. El sol se ponía detrás de la línea de los edificios, dejando colores ámbar y rosa sobre los vientres de las nubes grises que iban desapareciendo en la oscuridad. Abrió la urna y lanzó al aire las cenizas, que como un aliento helado, se esfumaron en la brisa, bendiciendo la casa y el barrio y la ciudad, para luego sumarse a la corriente en chorro y esparcirse sobre un mundo que sin duda lo necesitaba.

Isaiah entró, calentó un poco de sopa y la tomó de pie junto a la encimera. La casa estaba en silencio, lo que no era infrecuente, pero había algo distinto. Un vacío... no, eso no era correcto. Algo que ya no estaba, quizás, como cuando Dodson había quitado los trofeos de la pared para poner su televisor. Incluso aunque no supieras qué había allí antes, sabías que faltaba algo.

A la mañana siguiente Isaiah seguía meditando sobre eso mientras bebía un expreso y leía sus *e-mails* sentado en el sillón. No fue hasta que, por un impulso, puso *The Best of the Temptations* y oyó los primeros compases de *My Girl*, cuando se dio cuenta de que Marcus ya no estaba. Lo que tenía sentido, si uno lo pensaba. Las cenizas estaban en el viento, ¿dónde iría sin ellas? ¿Para qué quedarse si su hermanito, a quien Dios le había otorgado un talento, no necesitaba más que su recuerdo? Lo que no era una absolución, aunque Isaiah esperaba que fuera, al menos, un perdón.

## Epílogo

**E**L ALERÓN DELANTERO DEL AUDI se había salido durante la persecución del pedófilo. Isaiah fue al desguace a buscar un recambio. Hacía mucho tiempo que no iba y le alegró ver a TK, que estaba igual que siempre. TK le dijo que había dos Audi en la sección alemana.

—Cuando vuelvas, te contaré uno bueno —dijo.

Había una docena de maneras de llegar a la sección alemana pero Isaiah eligió el viejo circuito de carreras, recordando cómo había girado tarde en una curva y demasiado pronto en otra. Estaba rodeando la montaña de neumáticos cuando lo vio junto a un montón de otros coches destrozados. Llevaba un tiempo allí, cubierto por una gruesa capa de polvo y con maleza creciendo alrededor de las ruedas hundidas en la tierra. Los parachoques delanteros y el capó ya no estaban, el espacio para el motor estaba vacío, y el interior, destripado y lleno de telarañas. Isaiah caminó en torno al vehículo como si este fuera a despertarse y morderlo. La mayor parte del parabrisas trasero había desaparecido, pero allí, en la esquina izquierda, sobre un mosaico de vidrios rotos, se veía el pie de una L púrpura dentro de un cuarto de luna color oro.

## Agradecimientos

**A**GRADEZCO A CRAIG TAKAHASHI, Dagmara Krecioch y Gene Ferriter, quienes hicieron aportaciones a este libro muy superiores a lo que puede esperarse de unos amigos. A Andy Leuchter, que me dio consejos inapreciables con una paciencia infinita, y a Pat Kelly, escritor, amigo y consejero espiritual. Saludo a regañadientes a mis hermanos, Jack, Jon y James, por haber puesto todo su entusiasmo en impedir que me diera demasiados aires de superioridad. También estoy en deuda con mi editor Wes Miller, por haberme convertido en un escritor mejor a pesar de mí mismo, con Francis Fukuyama, cuya amabilidad y generosidad me han cambiado la vida, y con Esther Newberg y Zoe Sandler, cuya fe inquebrantable superó todos los obstáculos y abrió todas las puertas. Y a mi esposa, Diane, que sueña mis sueños.

# Notas

[1] «¿Puedo dar testimonio de tu grosor?». (*N. del T.*) <<

[2] Casualidad, golpe de azar. (*N. del T.*) <<



[3] En español en el original. (*N. del T.*) <<